



**MY SHINING
STAR**

UNA NOVELA DE
LAURA SANZ

My Shining Star

Una novela de

LAURA SANZ

OceanofPDF.com

© 2021, Laura Sanz

Diseño de cubierta: Nune Martínez

www.magicblacksoul.wixsite.com/nune-martinez

Diseño interior y maquetación: Nerea Pérez Expósito
de www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

OceanofPDF.com

*“Honey, you are my shining star
Don’t you go away, oh, baby
Wanna be right here where you are
Until my dying day, yeah, baby”*

*(Cariño, eres mi estrella brillante
No te vayas, oh, baby
Quiero estar aquí donde tú estás
Hasta el día en que muera, yeah, baby)
The Manhattans – *Shining Star**

OceanofPDF.com

Índice

Un día antes del concierto / One day before the concert

¡La horrible camiseta! / That awful t-shirt!

¡Quiero un cigarrillo! / I want a smoke!

Una llamada / A call

Primeras impresiones / First impressions

¡La jodida canción! / The fucking song!

Simón era fotogénico / Simón was photogenic

El paquete / The package

Huida / Escape

Sorpresa en casa / Surprise at home

La primera mañana / First morning

Impaciencia / Impatience

Viviendo juntos / Living together

Me gustas / I like you

Bebiendo y besando / Drinking and kissing

Ansiedad / Anxiety

Una experiencia ardiente en el sofá / A steamy experience on the couch

El Mike auténtico / The real Mike

Una experiencia ardiente en la ducha / A steamy experience in the shower

Era un lunar / It was a mole

¿Y eso qué es? ¿Una gallina? / What's that then? A chicken?

Creo que me estoy enamorando de ti / I think I'm falling for you

Sexo, sexo, sexo... / Sex, sex, sex...

Cena para siete / Dinner for seven

¡Buenas noticias! / Good news!

¡Jodidos maricones! / Fucking faggots!

Bailar / To dance

Él es especial para mí / He is special to me

Una visita desagradable / An unpleasant visit

Te elegiría a ti / I'd choose you

Por favor / Please

Mantenlo en secreto / Keep it a secret

[Echar de menos a alguien... / To miss somebody...](#)

[Voy a regresar / I am coming back](#)

[Recuerdos / Memories](#)

[Regalo de cumpleaños / Birthday gift](#)

[Di que lo sientes / Say you are sorry](#)

[Quiero cogerte de la mano / I want to hold your hand](#)

[Felices para siempre / Happily ever after](#)

[Una especie de epílogo que exactamente no lo es, dos años después / A sort of epilogue that isn't quite one, two years later](#)

[Lista de canciones](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

[OceanofPDF.com](#)

Un día antes del concierto

One day before the concert

—¡Tengo entradas para el concierto de los CFB!

La voz de Paola, aguda y cargada de alegría, resonó potente en la quietud de la sala. Había entrado como un vendaval sin preocuparse de si había alumnos en el aula.

Simón alzó la vista de los ejercicios que estaba corrigiendo, se quitó las gafas y la miró con actitud reprobatoria.

—Tienes suerte de que ya haya terminado mi hora.

Ella no le hizo caso. Se limitó a sacarle la lengua como si fuera una niña pequeña y a poner un papel encima de la mesa. Lo señaló con el dedo índice varias veces con apremio.

—¡Mira!

Simón apenas le echó una ojeada al folio. Soltó el rotulador rojo y se cruzó de brazos, mirándola a la cara. Era una cara muy similar a la suya, no en vano eran mellizos, si bien los rasgos de ella eran mucho más delicados. Ahora, esos rasgos estaban distorsionados por la euforia y sus ojos oscuros relucían de un modo casi imposible.

—¡Mira! —volvió a insistir ella.

Simón suspiró. Era difícil sustraerse al entusiasmo innato de su hermana.

—¿Qué es? —capituló al fin.

Posó sus ojos sobre el papel de manera superficial. En la parte superior aparecía una foto a todo color de unos chicos con instrumentos musicales. Debajo, había un texto que no se molestó en leer. ¿Para qué? Paola le iba a dar toda la información con pelos y señales en cuanto mostrase algo de interés.

—¡Son entradas para el concierto de los CFB para mañana en la Sala Avenida! —exclamó, tomando asiento a su lado y alisando el papel con

fervor, como si fuera un manuscrito del siglo XV—. En realidad, no son entradas, ¡es el acceso a una sala VIP! Vamos, que podemos ir todos.

—¿De dónde lo has sacado?

—Es un obsequio de Laureano Reyes. En señal de agradecimiento.

«Cuánta generosidad», pensó Simón con cinismo, pero no dijo nada.

Paola y él regentaban una pequeña escuela de idiomas fundada por su madre hacía más de treinta años. Laureano Reyes los había contratado para que impartieran clases de inglés a sus comerciales. Era un empresario bastante conocido, dueño no solo de la Sala Avenida, sino también de un par de discotecas y de varios hoteles en la capital. La única relación que tenían con él era meramente profesional. Se trataba de uno de sus mejores clientes, por no decir el mejor, pero no era santo de la devoción de Simón. Su carácter arrogante y presumido no le gustaba demasiado. Lo único que parecía tener en mente era cómo llevarse a su hermana a la cama, ignorando que estaba casada y que le había rechazado en multitud de ocasiones.

—Ya sé lo que estás pensando. Que es un regalo envenenado. Pero si te soy sincera, me da igual. Además, lo tengo controlado. Y merece la pena soportar sus tonterías con tal de ver a los CFB.

—Nunca he oído hablar de ellos.

Ella abrió la boca con incredulidad. Se llevó las manos al pecho y fingió no poder respirar.

—¡¿Cómo?! ¡Que nunca has oído hablar de ellos! —profirió de un modo estentóreo capaz de dejar sordo a cualquiera—. No puede ser. ¿En qué planeta dices que vives?

Simón se encogió de hombros. No estaba demasiado al tanto de la música moderna.

—¿Es que no ves la MTV? ¿No escuchas la radio? ¿No vas a ningún bar de copas? —Paola parecía escandalizada.

—No.

—La tonta soy yo por preguntar. —Resopló, alzando los ojos al techo—. Te pasas la vida encerrado en casa con tus plantas, tu gato y tus películas. No sé quién narices te dio a luz. Mamá seguro que no.

Simón alzó la comisura de los labios en un amago de sonrisa. Era la misma broma de siempre. Paola y su madre, Regina, eran exactamente iguales. Ambas poseían un carácter abierto y extrovertido, prestas a divertirse en cualquier momento o situación. Eran verdaderos animales

sociales, siempre rodeadas de amigos y de gente interesante. Por el contrario, él carecía de ese tipo de habilidades. Era tímido y retraído, y le encantaba la soledad. No se le daba bien interactuar con otras personas. Podía contar sus amigos con los dedos de una mano y todavía le sobraban algunos.

—CFB son las siglas de Crazy Fucking Bastards¹ —explicó ella con un suspiro—. Es un grupo inglés de *indie rock* postpunk que lleva unos años copando las listas de éxitos. Han sacado ya tres álbumes y ahora están haciendo una gira europea. Es la primera vez que vienen a España. Este es su único concierto aquí.

—Pareces un presentador de televisión y suenas muy pedante —se burló—. ¿*Indie rock* postpunk? Vaya mezcla rara.

—¿Acaso sabes lo que es eso? —le cuestionó indignada. Se echó hacia atrás en la silla y le miró con los ojos entornados.

—El *indie rock* es el *rock* que solo escuchan los raritos —la provocó—. Y el postpunk me suena a esos grupos que tanto le gustaban a mamá. Joy Division y Siouxsie and the Banshees. Son de su época, ¿no? Algo anticuados... ¿Y eso es lo que te gusta?

—De verdad que no tienes ni idea de nada. —Meneó la cabeza mientras le contemplaba fascinada, como si estuviese dentro de una probeta—. Sujeto A, Simón Muñoz Neumann, venido al mundo por concepción espontánea. No se conocen otros ejemplares de su misma especie o condición. Digno objeto de estudio y experimentación. —Puso voz de robot al decir aquello.

Él no dijo nada, se limitó a ignorarla. Se colocó las gafas, recuperó el rotulador rojo que había dejado antes sobre la mesa y le quitó la tapa.

—¿Qué haces?

—Seguir corrigiendo.

—¡Pero todavía no he acabado de hablar!

—¿No? ¡Qué pesada eres! Vamos, habla, entonces.

—El concierto es mañana a las nueve. Ya he llamado a Mario. Luis y Rocío también se apuntan si encuentran a alguien que se quede con Aarón. Mamá también vendrá, claro. Y tú, por supuesto. Así que seremos siete.

Simón se llevó una mano al mentón y fingió estar meditando. No le apetecía nada ir al concierto, pero sabía que una vez que Paola se proponía

algo era muy difícil llevarle la contraria. Y más para él, que siempre había sido un títere en sus manos. Ella lo sabía y se aprovechaba de su debilidad constantemente.

—¿A las nueve? No voy a poder. Tengo una cita —dijo con tibieza.

Ella resopló con sorna.

—¿Una cita? ¿Tú? ¿Con quién? Si estuvieras saliendo con alguien, yo lo sabría la primera.

—¿Crees que lo sabes todo de mí?

—Sí.

Él suspiró. Por más que le fastidiase admitirlo, era cierto. Su hermana estaba muy bien informada de cómo era su monótona vida.

—Entonces a las nueve —capituló con resignación.

Ella soltó una carcajada y se puso de pie.

—A las ocho te recogemos en casa. Iremos en taxi, que luego allí no hay dónde aparcar. Y ponte guapo. No vayas con esa ropa.

—¿Qué tiene de malo mi ropa? —cuestionó extrañado.

—Que es muy clásica. Siempre llevas esos pantalones chinos, esas camisas y esos jerséis de pico. Ponte unos vaqueros, por favor. Y la cazadora que te regalamos por tu cumpleaños. Ni siquiera la has estrenado.

Simón frunció el ceño. La cazadora a la que ella se refería era de cuero y ante de color marrón, de estilo motero. Y de marca. Su madre y su hermana se habían vuelto locas para comprarle algo tan caro. Lo agradecía en el alma, pero no era su estilo.

—Bueno...

—¡Perfecto! —le interrumpió ella sin dejarle continuar.

Cogió el papel de la mesa, lo dobló en cuatro y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros. Después se acercó con una amplia sonrisa y mirada maliciosa.

—No lo hagas —la amenazó él, levantando el dedo índice en señal de advertencia.

—*Ni li higuís, ninini* —se chanceó ella.

Lo hizo. Por supuesto que lo hizo. Le pellizcó las mejillas y presionó como si fuera un niño de tres años.

—Joder, Pao —protestó, echándose hacia atrás para romper el contacto.

—Ay, mi hermanito pequeño, qué rarito es.

—¿Pequeño?

—Nací cuatro minutos antes que tú, así que sí, pequeño.

—Pero te saco una cabeza, que no se te olvide.

—Bah... minucias —rechazó ella, agitando los brazos en el aire—. Me voy a casa. No tengo más clases hoy. ¿Y tú?

—Tampoco. Voy a terminar de corregir esto y me marchó también.

—Mañana nos vemos, entonces —se despidió, yendo hacia la puerta. Justo antes de abandonar el aula, se detuvo y dio unos cuantos saltitos histéricos—. ¡Dios mío! ¡Los CFB! ¡Me muero muerta! Anda, búscalos en el Google y escucha alguna de sus canciones. Vas a flipar.

—Seguro que sí —murmuró con sarcasmo, pero ella ya no pudo oírle porque se había marchado.

Permaneció unos cuantos segundos con la vista fija sobre la puerta, todavía demasiado aturdido por la breve visita. Terminó por quitarse las gafas y frotarse los ojos. Estaba cansado. Había impartido cinco clases seguidas, dos de ellas de principiantes, y eso siempre terminaba agotándole. Solo había tenido tiempo de comerse un sándwich vegetal entre clase y clase.

Se levantó, abandonando los ejercicios, y con las manos en los bolsillos del pantalón —ese pantalón chino de color gris que a su hermana tan poco le gustaba—, se acercó a la ventana y echó un vistazo al exterior.

La academia se encontraba en la planta baja de un edificio antiguo de cinco plantas, frente a la famosa Plaza de Toros de las Ventas. A través de los árboles, al otro lado de la amplia avenida, se podía ver su impresionante estructura, pero él no se fijó en ella. Extravió la mirada y se perdió en sus propios pensamientos.

Era septiembre y, con el comienzo de curso, mucha gente aprovechaba para matricularse en una escuela como la suya para aprender un nuevo idioma. Pero, al igual que sucedía con los propósitos de Año Nuevo, esas ganas de conocer una nueva lengua se quedaban solo en eso, en ganas, y muchos de los alumnos recién llegados no aguantaban más de unas pocas semanas y terminaban por no continuar con el aprendizaje. Simón esperaba, sin hacerse demasiadas ilusiones porque era realista y tenía experiencia, que aquel año las cosas fueran diferentes y los alumnos matriculados aguantaran todo el curso.

Suspiró.

Las cuentas no cuadraban.

El año anterior no fue nada bueno; la academia había perdido muchos alumnos debido a la feroz competencia. Además, hacía catorce meses, hicieron una reforma y tuvieron que hipotecar el local para poder sufragar los gastos. El negocio llevaba bastante tiempo arrojando resultados negativos y Simón había tenido que poner dinero de su propio bolsillo para cubrir el pago de varias facturas. Poco a poco, se estaba quedando sin recursos. Su madre y su hermana no sabían nada de todo eso. Se había esforzado por ocultárselo, en espera de que llegase el otoño y la escuela remontara.

Paola, aparte de impartir clases de inglés, se encargaba del marketing y del tema comercial y era totalmente ajena a la contabilidad. Y su madre, desde que se retiró, había dejado todo en manos de sus hijos, por lo que no estaba al tanto del funcionamiento del negocio.

Era él el que llevaba el peso de las finanzas y el único que sabía cómo estaban las cosas, económicamente hablando.

Lo último que necesitaba con todas las preocupaciones que le rondaban por la cabeza era ir a un concierto de música rara. Había contado con pasar el fin de semana tranquilo en casa, tirado en el sofá y viendo alguna película clásica con su gato, Rico, encima del estómago. Quizá, como mucho, salir a dar un paseo por el parque o tomarse una cervecita en la terraza que tenía a dos calles de su piso.

—Uno propone y Paola dispone —murmuró con estoicismo.

Echó una ojeada por encima del hombro a su portátil. ¿Cómo había dicho ella que se llamaba el grupo ese? ¿Crazy Fucking Bastards? Con ese nombrecito estaba claro qué tipo de música harían. Durante una milésima de segundo pensó en hacerle caso a su hermana y buscarlos en Google, pero no tardó en desechar la idea. Tenía demasiadas cosas que hacer para perder el tiempo con esas gilipolleces.

Volvió a la mesa y se sentó. Se puso las gafas de nuevo, cogió el rotulador rojo y el ejercicio que había dejado a medio corregir. Era una redacción sobre la vida de Goethe que había hecho Ricardo, uno de sus alumnos de un curso avanzado. No tenía casi fallos.

Simón sonrió con complacencia. Cuando leía textos así sentía una enorme satisfacción y también algo de orgullo como profesor. El que Ricardo, con solo catorce años, hubiese alcanzado ese nivel de alemán en tan poco tiempo era la prueba de que no se le daba mal la enseñanza.

A veces, su trabajo era muy gratificante.

OceanofPDF.com

¡La horrible camiseta!

That awful t-shirt!

Se sentía muy incómodo con esa ropa. Los pantalones vaqueros no estaban mal, pero la camiseta se le ajustaba demasiado y la cazadora le parecía excesiva. No hacía tanto frío. A fin de cuentas, solo estaban a principios de septiembre y la temperatura era agradable.

Pero Paola fue inflexible. Se había presentado en su casa a las siete, de improviso, con esa horrible camiseta negra con el nombre del puñetero grupo que iban a ver estampado en la pechera. Ella misma llevaba una igual. Patético. Como si fueran niñas adolescentes y fuesen a ver a una *boyband*².

Solo para no discutir, Simón había terminado por ceder después de protestar durante unos minutos. Conocía a su hermana y sabía que ella no iba a dar su brazo a torcer, así que terminó por encogerse de hombros y quitarse la sobria camisa azul de manga larga que él mismo había elegido.

Era un blando.

—Con sinceridad, podías haber cogido una talla más grande —dijo en ese momento, intentando ahuecar el tejido elástico, algo del todo imposible.

Iban camino de la Sala Avenida, en el taxi que los había recogido hacía un cuarto de hora en la puerta de su casa.

—Es la cuarta vez que me lo dices y ya me estás cansando —repuso ella resoplando—. Tú hazme caso. No tienes ni idea de lo que se lleva ahora. Las camisetas ajustadas en los hombres están de moda y, además, deberías aprovecharte de ese cuerpazo que tienes y mostrarlo. No entiendo por qué vas al gimnasio a hacer pesas, flexiones, sentadillas, boxeo y todas esas chorradas para luego ponerte esa ropa ancha que lo oculta todo.

—Voy al gimnasio para estar en forma y por salud, no para presumir por ahí de músculos.

—Pues muy mal. La camiseta te queda genial. Si hasta se puede apreciar la tableta de chocolate esa que tienes en el estómago.

Nada más decir aquello le golpeó con el codo sobre los abdominales, sin miramientos y con fuerza. Simón casi lo había esperado y fue lo suficientemente previsor para endurecerlos y aguantar el golpe sin inmutarse. Su mirada se cruzó con la del taxista en el espejo retrovisor. Este los observaba con una chispa divertida en los ojos.

—Eres muy bruta. Si no fuera porque tienes pechos, todo el mundo pensaría que eres un tío —le dijo en un susurro mirándola de soslayo.

—Tetas, Simón. Se dice tetas. Qué fino eres, por Dios. Y deja ya de preocuparte por la camiseta. Pedro también lleva una igual.

—¡Mentira! —exclamó con los ojos muy abiertos. Eso solo lo creería cuando lo viera.

Pedro era uno de sus mejores amigos desde el instituto y el marido de Paola. Simón le conocía bien y dudaba de que hubiera aceptado ponerse algo semejante. Era bastante fornido y le sobraban unos cuantos kilos, por lo que era imposible que se presentara con ese tipo de ropa.

—Se la he comprado yo misma. Lleva una igual. ¡Te lo prometo! —dijo ella mirándole con inocencia.

Él la contempló desconfiado.

Un sonido proveniente del bolso de Paola los interrumpió.

Mientras ella consultaba su móvil, él miró por la ventanilla. Acababan de salir del túnel de la M-30, por lo que no tardarían mucho más en llegar. Para ser un sábado por la tarde, no había demasiado tráfico.

—Es Pedro. Dice que ya están todos en la puerta esperándonos. Luis no ha venido, pero Rocío sí. Él se ha quedado con el niño, al parecer. Y también tengo un mensaje de mamá. Dice que al final no puede venir, que se le han complicado las cosas y que está todavía en Sevilla.

Simón siguió mirando por la ventana un poco desilusionado. Hacía meses que no veía a su madre y le hubiese gustado encontrarse con ella. La última vez fue en mayo, en su cumpleaños y el de Paola. Regina, desde que se había jubilado, se pasaba la mayor parte del tiempo viajando. Tenía un novio bastante aventurero que no podía estar quieto en un mismo sitio, así que, de doce meses que tenía el año, ocho solían pasarlos fuera de Madrid.

—¡Mira! —El grito de su hermana le sobresaltó—. Joder, qué cola. —Soltó una risa mientras pegaba la frente al cristal de su ventanilla—. Menos mal que esta noche somos VIP.

La Sala Avenida se encontraba al sur de Madrid, a solo tres kilómetros del centro, en un terreno rodeado por un parque con un lago artificial. Era un edificio de hormigón y acero de forma circular compuesto de dos plantas. A pesar de que Simón nunca había estado allí, sabía que tenía dos escenarios cerrados y una amplia terraza. Cuando no ofrecía conciertos, funcionaba como discoteca.

Como bien había comentado su hermana, la cola daba la vuelta a la construcción. Había gente de todas las edades, pero predominaban los chicos y chicas muy jóvenes y estrafalarios. Sobre todo, las chicas.

Simón se sintió fuera de lugar.

—Menuda noche me espera... —murmuró con desagrado en voz muy baja para que Paola no le oyera.

El coche se detuvo unos minutos después frente a la puerta principal, detrás de otros dos taxis. Mientras Paola pagaba, Simón se bajó del vehículo. Como había sospechado, hacía demasiado calor para llevar la chaqueta de cuero puesta, así que se la quitó. Un par de chicas que pasaban por allí con latas de cerveza en las manos se le quedaron mirando. Una, incluso, lanzó un silbido apreciativo. Mascullando por lo bajo, volvió a maldecir la puñetera camiseta y le lanzó una mirada asesina a su hermana.

—¡Vamos, ven! La puerta de acceso de los VIP está en el lateral —dijo esta, tomándole de la mano y arrastrándole detrás de ella.

Rodearon la edificación, abriéndose paso entre la gente. Los CFB debían de ser muy famosos si uno se guiaba por la afluencia de público. En la sala no debían de caber más de dos o tres mil personas, a lo sumo, pero Simón tenía la sensación de que allí había muchas más. No solo habían copado los alrededores de la construcción, también el parque parecía repleto de jóvenes sentados en grupos por todas partes.

—¡Chicos! —gritó Paola, al tiempo que levantaba los brazos y daba saltos.

Simón giró la cabeza y vio a Pedro, a Mario y a Rocío que se encontraban a unos cien metros de distancia.

Ninguno llevaba una camiseta del grupo. Claro que no.

Debería matar a su hermana.

—Oh, ¡Dios mío! —chilló Rocío con entusiasmo cuando estuvieron a su altura—. ¡Vais vestidos igual!

«Estrangular, decapitar, descuartizar a Paola».

Rocío era la más joven de todos ellos. Era la única que no pertenecía al grupo de amigos del instituto que siempre estuvo compuesto por Simón, Paola, Pedro, Mario y Luis. Ella había llegado hacía tres años cuando se casó con este último. No obstante, rápidamente se había convertido en una más.

—Joder, Simón, qué abdominales, ¿no? —se burló Mario dándole una palmada en el hombro.

—¿Por qué no te has puesto la camiseta? —le preguntó Paola a Pedro, colgándose de su cuello y estampándole un beso en la boca.

—A ver, cariño, ¿cómo pretendes que me ponga la misma camiseta que mi cuñado? Mira mi cuerpo y mira el suyo. —Se señaló la barriga algo prominente que la amplia camisa negra no podía ocultar del todo—. Las comparaciones son odiosas.

—Bah —rechazó ella con un mohín—. La tuya es un par de tallas más grande y te hubiese quedado genial. La de él es de talla de niño.

Simón alzó los ojos al cielo, todavía azul celeste, y soltó un bufido ahogado.

—A mí me encanta cómo te queda. Estás buenorro. —Rocío se colgó de su brazo y apoyó la barbilla en su hombro. Era muy alta y delgada, con los ojos claros y el pelo rubio, que llevaba recogido en una coleta. Lucía unos vaqueros negros y una camiseta verde con cuello de pico—. Como no está Luis, hoy eres mi pareja.

—¿No habéis encontrado a nadie que se quede con Aarón? —le preguntó Simón.

—La verdad es que sus padres podían quedarse, pero ya sabes cómo es. Parece que ha sido él el que ha dado a luz al niño y no yo. Me hace sentir como una mala madre —suspiró—. Aarón ya tiene un año y esta era la primera oportunidad que teníamos de salir a divertirnos sin él. Pero Luis es Luis... —Sonaba contrariada.

Simón la contempló con una sonrisa comprensiva. Como bien decía ella, Luis era Luis. Era excesivamente protector con su hijo. Desde que este había nacido, había renunciado a muchas cosas solo para estar con el niño. Le había sucedido como les sucedía a muchas madres que dejaban de ser mujeres para convertirse en eso, en madres. En el caso de Luis también era así; había dejado de ser hombre para convertirse en padre. Ya apenas salía con ellos los fines de semana cuando hacían rutas en bicicleta. Y si

quedaban en algún sitio a tomar algo, él no aguantaba más de una hora y se marchaba con rapidez.

—Bueno, al menos no te pone pegas para que te diviertas tú.

—A ver, es que son los CFB y esta es su única actuación en España —dijo, como si aquello lo explicara todo.

—¿He oído CFB?! —Paola se inmiscuyó en la conversación con un chillido.

—¡Sí! —gritó también Rocío con entusiasmo.

Y de pronto, las dos treintañeras se convirtieron en niñas de quince años. Agarradas de las manos comenzaron a saltar histéricas y a dar vueltas en círculo.

—A mí me mola Joe —exclamó Paola—. Esos ojos azules que tiene me matan y cuando hace esos solos de guitarra... ¡Ayyy, que me muero...!

—Yo prefiero a Vince —repuso Rocío.

—¡Pero Vince es muy joven!

—En la cama y a oscuras ni se nota. —Se carcajeó. Se dio la vuelta con brusquedad y miró a los tres hombres que las observaban con diferentes grados de incredulidad—. ¡Ni una palabra a Luis! —advirtió con un ladrido.

Mario se rio y le echó un brazo por encima a Pedro que tenía una mueca resignada en el semblante.

—Deberías haberte quedado en casa —le dijo.

—No, no, si es mejor que esté yo para controlarla, así no se tira encima del guitarrista y le acosa sexualmente. Pobre chico, me da hasta pena. —Se encogió de hombros—. Espero que ni se crucen, Paola es capaz de cualquier cosa.

Simón miró a su alrededor avergonzado, pero la zona en la que se encontraban no tenía mucha afluencia de público, al contrario que la puerta principal. No le gustaba llamar la atención, aunque sabía que con su hermana aquello era casi como desear que el infierno se helara: algo imposible. Meneó la cabeza mientras, en silencio, conjuraba la imagen de su sofá de tres plazas y de su televisor de pantalla plana que le esperaban en casa. Se miró el reloj. Las nueve menos cuarto.

«Todavía tengo que aguantar al menos tres horas. No sé si podré».

—Vamos a entrar —exclamó Paola en ese instante.

Agarró a Rocío y a Pedro del brazo y tiró de ellos. Miró por encima del hombro y les hizo un gesto a Mario y a Simón que, con más lentitud, se

pusieron también en movimiento.

Dos hombres del tamaño de dos armarios roperos de doble puerta, vestidos con traje y pinganillo en la oreja, hacían guardia delante de un portón metálico que había a unos metros de allí. Examinaron con mucha atención el papel que les mostró Paola y les pidieron sus identificaciones. En el interior, los esperaba otro hombre que les pasó un detector de metales por el cuerpo.

—La seguridad es brutal —siseó Rocío.

Accedieron a un pasillo largo con una tenue iluminación que provenía del suelo. Desde allí ya se podía oír la música, aunque bastante amortiguada. Al final del corredor había una escalera metálica que conducía a la primera planta, y esta desembocaba en un panel de cristal que se abrió solo cuando se acercaron. Ante ellos se mostró una amplia sala decorada en tonalidades azules. Al fondo había cuatro puertas cerradas, cada una de un color. A la izquierda, una barra con bebida y comida tipo buffet atendida por dos camareros, y a la derecha, sillones y mesas bajas. Había unas cuantas personas allí, reunidas en pequeños grupos con copas en las manos. Simón reconoció al menos a dos caras famosas, una cantante y un actor, aunque no supo ponerles nombre, él no era muy aficionado al mundo de la farándula.

—Mira quién está ahí —cuchicheó Paola, dándole un codazo a Rocío y señalando a un tipo alto y con aspecto de llevar varias noches sin dormir.

—Ya lo veo. Qué fuerte. ¿No estaba en una clínica de rehabilitación?

—Pues debe de haber salido. Y mira con quién está.

—¿Cuál es nuestra sala, Paola? —la interrumpió en ese momento Mario.

—La morada.

—¿Nos pedimos unas bebidas y entramos? —sugirió—. Si queremos comer algo, podemos salir luego a buscar comida.

Se aceptó la propuesta por unanimidad.

Mientras los demás pedían cosas más fuertes, Simón optó por una cerveza. No era buen bebedor, nunca lo fue, y prefería no pasarse la noche con la cabeza metida dentro de un retrete.

La sala morada estaba decorada en varios tonos de ese color y debía de medir unos cuarenta metros cuadrados. Estaba insonorizada, pero los paneles de cristal que daban justo sobre el escenario se podían abrir para que la música entrase directamente. En la parte frontal había varios sofás y

mesitas bajas para poder dejar los vasos o platos, y detrás, disponía de un espacio libre para que los ocupantes pudiesen bailar si así lo deseaban. También tenía un pequeño aseo privado.

Simón se adueñó de uno de los sofás laterales y se acomodó en él, tratando de poner al mal tiempo buena cara. Ya estaba allí, así que no le iba a servir de nada tener una actitud contrariada. Al menos, la cerveza estaba fresca.

—Simón, tápate los oídos porque voy a abrir el panel —le advirtió su hermana. Tenía un mando a distancia en la mano.

«¿De verdad soy tan aguafiestas y antipático?», se cuestionó en silencio al escucharla.

Quizá lo fuera. Siempre estaba protestando cuando salía de fiesta con los demás. Se anotó mentalmente el no refunfuñar aquella noche.

Contempló a Paola de reojo. Estaba guapa con los vaqueros, la camiseta, las deportivas y la trenza. De ninguna manera aparentaba los treinta y dos años que tenía. Pero no era por su ropa juvenil, era por el entusiasmo desmedido con el que lo hacía todo. Su hermana siempre sería joven, daba igual la edad que tuviera.

Él, por el contrario, se sentía como un anciano.

La culpabilidad se mostró en su cara. No le gustaba en absoluto la persona en la que se había convertido. Nunca fue muy dicharachero y alegre, pero últimamente era un verdadero cascarrabias. Las preocupaciones le habían sobrepasado.

Carraspeó y le dio un largo trago a su cerveza, dispuesto a olvidarse de todo, al menos por una noche. Con determinación, le hizo un gesto a Paola para que abriese la ventana de una vez.

Ella lo hizo y el panel se deslizó a un lado.

La estridente música procedente de los altavoces de la sala se adentró con fuerza en la estancia, mezclada con las voces y algunos gritos de los asistentes al concierto que ya llenaban la pista en la planta baja.

Simón le lanzó una sonrisa a su hermana. Tampoco era para tanto, se dijo. Había asistido a numerosos conciertos en su vida. Lo soportaría.

Mientras las dos mujeres comenzaban a bailar detrás de los sofás, Mario y Pedro conversaban a unos dos metros de distancia. Este último le hizo una señal para que se uniera a ellos, pero él negó con la cabeza, sonriendo. Se incorporó y se asomó para echar un vistazo abajo. La vista desde donde

estaban era grandiosa. Las salas VIP se encontraban en la primera planta, tan cerca del escenario que daba la sensación de poder tocarlo. Este solo estaba ocupado por algunos *roadies*³ que comprobaban que todo estuviera en su sitio. Simón recorrió la sala con la vista. Estaba iluminada por unos cuantos cañones de luz y totalmente abarrotada.

—Estamos en el mejor sitio. ¿Qué te parece la música? ¿Te gusta? —le preguntó su hermana, que se había acercado sin que él se diera cuenta.

Simón escuchó con atención. Hasta el momento no había prestado demasiado interés. El sonido le recordaba vagamente al de las canciones con las que se había criado y que a su madre tanto le gustaban. No estaba mal. Había esperado algo bastante peor.

—Suenan un poco como The Cure o The Smiths.

—¡Sí! ¿No es genial? Al cantante le comparan con el Morrissey de principios de los ochenta. Se llama Mike Allen. Dicen que tiene... —se interrumpió cuando el recinto se quedó a oscuras.

Una explosión de luces brillantes no tardó en emerger de las tres pantallas gigantes que rodeaban la sala. Y la gente comenzó a gritar.

Una figura apareció corriendo en el escenario. Era un tipo fornido y pelirrojo que lucía una falda escocesa. Saludó al público, que aullaba y aplaudía, y tomó asiento frente a la batería. Hizo una filigrana en el aire con las baquetas y comenzó a aporrear los toms, la caja y los platillos a toda velocidad.

—¡Ahhh, es la intro de *Cry, baby, cry!* —gritó Rocío.

Solo unos segundos después, otros dos integrantes del grupo hicieron su aparición. El primero era alto y delgado con el pelo castaño muy largo. Tenía un tatuaje muy llamativo en el cuello e iba vestido de negro de los pies a la cabeza. Cogió la guitarra y se unió a la melodía que ya interpretaba el batería. El otro, que era el bajista, hizo lo mismo. Era algo más menudo y más bajito. Un enorme sombrero blanco de ala ancha le cubría la cara. Solo llevaba unos vaqueros y un chaleco negro que dejaba sus brazos tatuados al descubierto.

Los asistentes empezaron a silbar llenos de agitación y entusiasmo.

Simón observó a los espectadores con cierta condescendencia. De buena gana se hubiese tapado los oídos, tal era el volumen de la música y de los gritos, pero recordó que se había prometido a sí mismo no ser un cenizo.

Bebió un trago de cerveza y por el rabillo del ojo contempló a Paola y a Rocío que parecían extasiadas mientras imitaban los movimientos del batería y del guitarrista respectivamente. Incluso Pedro y Mario se movían al compás de la música.

La voz del cantante tan similar a la de Morrissey se escuchó a través de los altavoces y un cañón de luz enfocó uno de los laterales del escenario. Y la exaltación del público llegó al punto del paroxismo más absoluto.

Los ojos de Simón buscaron al causante de esa reacción tan desproporcionada con una sonrisa entre perpleja y divertida.

Sonrisa que se le quedó congelada en los labios al verle.

Mike Allen, así había dicho su hermana que se llamaba, avanzaba con lentitud hacia el centro del escenario. Llevaba el micrófono en la mano, pegado a la boca, mientras iba cantando frase tras frase con una entonación cálida y ronca.

Bum bum bum...

Simón sintió que su corazón se aceleraba. Sin motivo aparente.

Era alto y muy delgado, aunque fibroso. Lucía unos vaqueros azules muy bajos en la cadera, y llevaba una exagerada chaqueta gris de pelo sin abrochar que dejaba su torso libre de vello al descubierto. Solo un largo collar negro con algunas cuentas blancas interrumpía la perfección de su piel. Tenía el pelo rubio muy largo y sus facciones delicadas eran muy llamativas.

Y brillaba.

Simón tragó saliva.

Nunca había visto a nadie brillar de aquel modo.

Dejó de prestar atención a la canción, a las luces, al público y a sus amigos para concentrarse solo en ese rostro del que le separaban unas decenas de metros. Poseía una belleza extraña y única. Era un hombre, sin duda, pero al mismo tiempo sus rasgos eran extremadamente finos e incluso infantiles. Sus movimientos estaban cargados de elegancia y se desplazaba por el escenario como si se deslizara.

Y no paraba de brillar, en sentido figurado.

Se apartó el micrófono de la boca y le regaló una sonrisa al público. Una sonrisa entre perezosa y arrogante que fue como un disparo directo al corazón de Simón.

Aturdido, meneó la cabeza de un lado al otro. Había comenzado a sudar y notaba un hormigueo en los dedos. Se agarró con fuerza a la barandilla y trató de apaciguarse. Nunca antes se había sentido así. ¿Por qué no podía controlar los latidos de su corazón ni el ardor que se había instalado en su abdomen? ¿Y por qué no podía apartar los ojos de ese tipo?

¿Qué demonios le estaba sucediendo?

Mike Allen seguía cantando y animando a la gente a unirse a la canción, ajeno a que en el primer piso de aquella sala de conciertos un hombre moreno se había quedado sin aliento al verle aparecer.

OceanofPDF.com

¡Quiero un cigarrillo!

I want a smoke!

Estaba comenzando con la puta ansiedad otra vez, lo notaba en el temblor de las manos y en la opresión que sentía en el pecho, y todavía quedaban dos temas más antes del descanso. Para que el público no se diera cuenta de nada, dejó el micro en el soporte y se dio la vuelta, colocándose de espaldas, mientras los acordes de la última canción reverberaban en el aire. Rob le lanzó una mirada preocupada desde la batería. Mike le hizo un breve guiño para tranquilizarle.

«Tú puedes, Mike. Tú puedes», se dijo, intentando hacerse dueño de su propia respiración, que empezaba a perder el compás.

Hizo una de las poses que tanto gustaban a sus seguidores, elevando los brazos y la cabeza hacia el techo al tiempo que oscilaba las caderas. Extendió el dedo índice de la mano derecha en el aire. Era la señal para que sus compañeros supieran que necesitaba hacer una pausa. Habían convenido que, si Mike se encontraba mal, pasarían a cambiar el repertorio y tocarían *You are everywhere*. Era un tema rápido y corto y lo interpretaba Vince, de manera que él podía abandonar el escenario y tomarse un respiro.

Joe comenzó con el solo de guitarra que era el prelude de la canción. Era una de las más famosas de su primer álbum y siempre solían tocarla en todos sus conciertos. El público empezó a gritar entusiasmado.

Mike sabía que no podía largarse de repente y joder el espectáculo, así que se acercó a Vince y tonteó un poco con él, imitando sus movimientos antes de alejarse hacia uno de los laterales del escenario. Le resultó difícil llegar. Cada vez le costaba más respirar. En cuanto alcanzó las negras cortinas y estuvo seguro de que el público no podía verle, se detuvo y se dobló sobre sí mismo aspirando bocanadas de aire.

«Mierda, mierda, mierda. Otra vez, no».

—¿Estás bien, Mike? —La voz de Greta, la asistente del grupo, llegó hasta él como a través de un túnel.

No contestó. Se limitó a despojarse de la chaqueta y a arrojarla al suelo. El sudor frío que le provocaban los ataques de ansiedad se mezclaba con el otro, con el sudor que cubría su cuerpo después de llevar una hora cantando y moviéndose sin parar. Sin mirar a Greta, alargó la mano con impaciencia.

Esta le alcanzó una botella de agua.

Mike la abrió y se vació el contenido por encima de la cabeza. El líquido no estaba demasiado frío, pero su piel ardiente lo recibió con avidez. Seguía encorvado y con los ojos cerrados, concentrado única y exclusivamente en contar del uno al diez para sus adentros. Tardó algo más de doce series de números en volver a ser dueño de su respiración y en que la presión del pecho comenzase a disminuir. Se irguió con lentitud.

—Póntela. —Greta le tendió una sudadera con capucha—. Sabes que siempre te quedas helado después.

La cogió con movimientos mecánicos y se la puso, sin protestar.

—Ciento veinticinco segundos —musitó—. Ha durado ciento veinticinco segundos.

—Mucho mejor que la última vez.

Ella le sonrió al tiempo que le tendía otra botella de agua. Mike la cogió y se la llevó a la boca. Bebió con ansia mientras sus ojos recorrían el entorno. No había nadie allí, solo ellos dos. Andrew, su mánager, había dispuesto un espacio entre cortinas en un lateral del escenario a salvo de ojos curiosos por si acaso sucedía algo similar.

—Dame un cigarro —le pidió una vez hubo vaciado la botella.

Ella alzó la barbilla y le miró con el ceño fruncido. Era bajita y muy delgada. Llevaba el pelo muy corto y teñido de color verde menta.

—Es mejor que no.

Mike soltó un improperio y cerró los ojos con fuerza.

—Es solo uno —suplicó volviendo a mirarla.

—No deberías fumar.

—Lo sé. Es solo esta vez.

—Pero Mike...

—Joder, dame un puto cigarro —masculló, perdiendo la paciencia.

—Vale, Mike, te doy un puto cigarro, pero espero que sea el último. Le prometiste a Andrew que no volverías a fumar. Joder, hace solo cuatro meses de la neumonía. Estuviste grave, Mike.

—Lo sé, lo sé... —Se llevó las manos a la cabeza y se echó el pelo hacia atrás—. No quiero volver a fumar, es solo que no sé cómo controlar esta mierda de ansiedad y el tabaco me calma.

Ella no replicó a pesar de mirarle con escepticismo. Metió la mano en la riñonera que llevaba en la cadera y sacó un mechero y un paquete de Marlboro, extrajo un cigarrillo y se lo dio con una mueca desencantada.

—¿Por qué me haces rogarte si al final haces lo que quiero? —preguntó él.

—Tengo la esperanza de que algún día dejes de ser tan cabezota y me escuches. Que no se entere Andrew de que te lo he dado, tú verás dónde vas a fumártelo. Toma también chicles. —Miró su reloj de pulsera—. Después de esta canción es el intermedio. Tienes media hora. Si no llegas a tiempo, que empiecen con *Juliet*. Pero no te retrases mucho más. ¿Te vas a poner la camisa blanca?

Mike se abrochó la sudadera y se subió la capucha.

—Sí, pero tráela aquí. No voy a ir a la sala de descanso. Paso de ver a Andrew. Y dame mi móvil.

—Como tú digas. —Le dio el móvil al tiempo que se encogía de hombros.

Mike no se entretuvo más con ella. Seguido por los últimos acordes de la canción y la voz de Vince, apartó las cortinas y abandonó el pequeño espacio privado para encontrarse de lleno con la cara menos glamurosa del escenario: los montones de cables, los carros y las decenas de cajas metálicas apiladas unas sobre otras. Un par de técnicos pululaban de un lado a otro. Y dos guardias de seguridad le estaban esperando a solo unos metros de distancia junto a un andamio.

Estaba un poco desorientado y no sabía muy bien hacia dónde dirigirse. No quería cruzarse con su mánager, así que ir hacia la zona de vestuarios quedaba descartado. Normalmente, este no los acompañaba en las giras, pero hacía una semana había cogido un avión y se había plantado en París, donde tenían un concierto. Llevaba con ellos desde entonces. Era un jodido incordio porque su presencia los obligaba a portarse bien y a no desfasar.

Vio a Toby, uno de los *roadies* que los acompañaban en todas sus giras, y a Howard Cambell, el novio de su maquilladora. Estaban sentados en una de las cajas, charlando. Ambos eran fumadores empedernidos. Mike les hizo una señal con la mano y se acercó a ellos.

—Eh, chicos. ¿Dónde vais vosotros a fumar?

—En la parte de atrás, en la salida de emergencia hay un patio donde almacenan cosas. Pero tú no puedes, tío —contestó Toby—. Está todo lleno de gente. Vayas donde vayas llamarías mucho la atención.

«Joder».

—Sube a la sala VIP —sugirió Howard—. Allí hay baños. Por allí te puedes mover con libertad. Los de seguridad tienen la zona controlada. Mira, es por ese pasillo, la escalera que hay al final. —Señaló a su espalda.

—Vale, tíos, gracias —repuso.

Se acercó a uno de los de seguridad, un tipo negro de metro noventa y cabeza afeitada.

—Voy arriba, al baño —le dijo.

Este asintió sin despegar los labios.

A Mike le jodía tener a esas sombras pegadas a su trasero, pero sabía que su mánager lo hacía por precaución y con la mejor de las intenciones. Estaba preocupado por él. Todo el mundo lo estaba.

Su acosador particular, después de no haber contactado con él por espacio de varios meses, había vuelto a encontrarle. Y había regresado por la puerta grande, enviándole una foto que indicaba que también se encontraba en España. Eso había sucedido solo hacía unas horas, poco antes de empezar el concierto. Andrew, rápidamente, había dado parte a la policía.

Los dos guardaespaldas con aspecto de tanques alemanes de la Segunda Guerra Mundial eran necesarios, aunque llamaban demasiado la atención. De camino a la planta superior, se cruzó con un grupo de chicas en las escaleras, que comenzaron a darse codazos y a cuchichear entre ellas. A pesar de llevar la capucha bien baja sobre la frente ocultando su llamativo cabello y su cara, suponía que no era muy común encontrarse a un tipo seguido por dos hombres con pinganillo en la oreja a punto de reventar la ropa debido a su musculatura.

Les indicó que le esperasen a la entrada de la sala VIP. No quería que le siguieran hasta el baño. Atravesó la puerta de cristal deslizante y echó un vistazo a su alrededor. La estancia debía de estar insonorizada porque la música apenas llegaba hasta allí. Había un grupo de personas delante de una barra atendida por dos camareros y un par de mujeres sentadas en un conjunto de sofás a la derecha. La iluminación era suave y él se camufló en

las sombras de la pared, por lo que logró pasar desapercibido sin demasiado esfuerzo. Un pequeño rótulo luminoso en el techo le indicó dónde estaban los aseos.

De camino hacia allí, cogió otra botella de agua de una de las mesas que había pegadas a la pared y se la metió en el bolsillo.

No había nadie en el baño. Atravesó la zona de lavabos con rapidez, sin molestarse en mirarse al espejo, y se encerró en el cubículo más alejado. Se sentó en la tapa del retrete y se encendió el cigarrillo. La llama del mechero osciló con el temblor de sus manos.

La primera calada fue dolorosa y estuvo a punto de hacerle toser. Demasiado tiempo sin nicotina ni alquitrán en los pulmones. El humo no le supo tan bien como esperaba, aun así, se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en la pared de azulejos con los ojos cerrados.

Su vida se había vuelto a complicar. Otra vez a vivir con mil ojos, mirando por encima del hombro, sin poder salir a la calle cuando le apeteciese, y siempre custodiado por guardaespaldas. Era lo que peor llevaba de la fama: la falta de privacidad y de libre albedrío. Al menos, cuando su vida no estaba amenazada, podía escabullirse de tanto en tanto y respirar con libertad.

Todo comenzó hacía algo más de un año, cuando sacaron su último disco, que fue un éxito inmediato en Reino Unido. Poco después, los mensajes de aquel psicópata empezaron a llegar a su agencia. En un primer momento, Andrew no les dio demasiada importancia —el grupo recibía multitud de amenazas y cartas llenas de odio constantemente—, pero las cosas pasaron a tornarse serias cuando los mensajes se convirtieron en algo más personal hacia Mike, y uno de ellos llegó a su domicilio particular. Iba dentro de un sobre de un despacho de abogados londinense, por lo que Claudia, su secretaria y chica para todo, lo abrió sin sospechar nada. Dentro encontró una carta escrita a máquina en la que se le conminaba a abandonar el grupo si no deseaba sufrir un «lamentable accidente». La misiva iba acompañada por un par de fotos que le mostraban a él en situaciones de su vida privada. Una de ellas de un restaurante donde había cenado con su padre y otra en una tienda de ropa cercana a su domicilio.

Andrew procedió a contratar seguridad privada y puso el asunto en manos de Scotland Yard que, a pesar de tratarlo con la mayor seriedad, no logró encontrar ninguna pista o evidencia. El despacho de abogados

londinense cuyo membrete aparecía en las cartas resultó ser un callejón sin salida. El logotipo habría podido imprimirlo cualquiera en una de las numerosas imprentas que había en la capital. Y no había ninguna huella dactilar ni en el sobre ni en la carta.

A las dos semanas llegó otra misiva. Y poco después, otra más. Así hasta un total de cinco. Todas con un texto similar. Dos de ellas llevaban fotos de Mike paseando por Regents Park, cerca de donde vivía, en la zona de Primrose Hill.

Las crisis de ansiedad comenzaron después de recibir la tercera carta. Mike jamás había pasado por algo semejante y la primera vez que le sucedió creyó que estaba sufriendo un ataque al corazón. Estaba solo en su casa y ni siquiera tuvo tiempo de coger el móvil y avisar a alguien. Terminó tendido en el suelo de su cocina, respirando con dificultad y mirando al techo, aterrado, pensando que iba a morir. El ataque le duró unos diez angustiosos minutos y fue el primero de muchos. Le sobrevenían en cualquier momento y lugar y no era capaz de controlarlos. Terminaron por afectar toda su vida personal y profesional, llegando incluso a obligarle a suspender un concierto. Finalmente, consultó a un psiquiatra que le recetó ansiolíticos y le enseñó unas pautas para aprender a manejarse. Al menos, la prensa no se había enterado del problema.

Las cartas dejaron de llegar unos meses después, y sus crisis empezaron a mejorar hasta desaparecer del todo. Luego sucedió lo de la neumonía y comenzaron la gira europea y pensó que la mierda de la ansiedad era agua pasada y que ya lo había superado.

Hasta esa tarde, cuando apareció la carta en el hotel donde se alojaban. Alguien la dejó en la recepción a nombre de Andrew Brown. Esa vez el sobre no llevaba membrete y dentro solo había una fotografía tomada la noche anterior en el restaurante donde estuvieron cenando. La foto tenía dos frases escritas a máquina en la parte de atrás, las mismas que el psicópata acosador había utilizado en sus anteriores misivas.

Mike, ¿cuándo vas a dejar el grupo? Los CFB estarían mejor sin ti.

Nada más.

En la furgoneta, de camino a la sala de fiestas, tuvo un ataque —el primero después de medio año—, y terminó con la cabeza dentro de una bolsa de papel. Viendo la consternación en las caras de sus compañeros,

insistió en seguir adelante y no interrumpir el concierto, aun sabiendo que quizá podría repetirse algo semejante, como finalmente había sucedido.

¿Por qué era tan débil? ¿Por qué cojones le pasaba eso a él? ¿Por qué no era capaz de controlar su propio cuerpo? ¿Durante cuánto tiempo iba a tener que aguantar algo así?

Abrió los ojos y soltó un suspiro antes de darle una honda calada al cigarro. El humo le quemó la garganta, la laringe y los pulmones y tosió un par de veces.

El ruido de la puerta le obligó a alzar la cabeza con brusquedad. Alguien acababa de entrar al baño. Se mantuvo en silencio y aguardó sin moverse hasta que volvió a escuchar la puerta de nuevo. Otra vez estaba solo.

Le echó una ojeada a la pantalla de su móvil. Todavía tenía al menos un cuarto de hora antes de tener que volver al escenario. Siguió fumando con parsimonia, apurando el cigarrillo hasta llegar casi al filtro.

—¡Mierda! —masculló.

Menudo fracaso. La nicotina no le había proporcionado la calma que iba buscando.

Se puso de pie, abrió la tapa del retrete y arrojó allí la colilla. Luego tiró de la cadena. Estaba a punto de descorrer el cerrojo y abandonar el cubículo, cuando escuchó que la puerta se abría de nuevo y que alguien entraba.

El recién llegado hablaba por el móvil, aparentemente. Tenía una voz agradable y bien modulada.

Mike resopló con frustración y tomó asiento de nuevo. Se sacó la botella de agua del bolsillo y bebió un trago con impaciencia. Luego abrió el paquete de chicles de menta y se llevó uno a la boca, mientras esperaba a que el desconocido acabase su conversación y se largara.

Una llamada

A call

El cantante abandonó el escenario por un lateral. Simón le siguió con los ojos, ansioso, volviendo a admirar esa forma que tenía de moverse que le tenía completamente abducido desde que había empezado el espectáculo. En realidad, todo le tenía fascinado.

Cómo se movía cuando caminaba.

Cómo se apartaba el pelo de la cara mientras inclinaba la cabeza.

Su forma de provocar al público ondulando las caderas.

El modo en que, de vez en cuando, les hacía un guiño a sus compañeros.

La expresión de su rostro cada vez que comenzaba una canción nueva.

Y esa voz... Era grave y cálida y le penetraba a uno hasta lo más profundo. Era una voz capaz de erizar el vello de cualquiera. Al menos el de Simón.

Y su manera de brillar...

«Creo que me estoy volviendo loco».

—¿A que te está gustando? —le gritó su hermana a su lado.

Se giró y la miró. Era la primera vez desde que había comenzado el concierto que apartaba la vista del escenario y solo porque el tal Mike ya no estaba sobre él.

—Sí, no está mal —reconoció, tratando de sonar neutral para que Paola no se percatase de su extraño estado de ánimo.

—Son una pasada —repuso con una sonrisa de oreja a oreja. Luego le ignoró y coreó la canción que había comenzado a cantar el bajista.

¿Por qué se había marchado el cantante?

Simón se concentró en el grupo, pero la escena había perdido interés para él. No cesaba de lanzar miradas furtivas hacia el lateral del escenario por donde había desaparecido Mike Allen.

Unos minutos más tarde, la canción terminó y los músicos se despidieron entre los aplausos estruendosos del público. Una música algo

diferente comenzó a surgir de los altavoces y las luces de la sala se encendieron.

—¿Alguien quiere beber algo? —Era Pedro.

—¡Yo! —gritaron las dos mujeres al unísono.

Simón contempló su cerveza. Estaba vacía.

—Yo también —dijo.

—Pues vamos a por bebida. —Pedro echó a andar hacia la salida, haciéndole un gesto a Simón—. Deja a las locas aquí y ven conmigo. —Luego se giró hacia su mujer—: Dile a Mario cuando salga del aseo que venga, que estamos fuera.

Simón se puso la cazadora antes de seguirle. A pesar del calor que hacía, le resultaba vergonzoso que le vieran con aquella camiseta.

Había unas cuantas personas delante de ellos en la barra, pero los camareros eran ágiles y no tuvieron que esperar mucho. Estaban siendo atendidos cuando apareció Mario.

—Al final te está gustando —se dirigió a Simón muy sonriente—. Con lo reticente que eras a venir. No le has quitado ojo al escenario y tenías una cara de flipado... Nunca te había visto así, bueno, miento, es la misma cara que pones cuando estás con tu gato. —Soltó una carcajada.

Simón sonrió con suavidad fingiendo un sosiego que para nada sentía. Agradeció que la luz fuera tenue y que el sonrojo que había coloreado sus mejillas no fuese perceptible. ¿Tanto se notaba que estaba cautivado?

—Son mejores de lo que pensaba —murmuró. Gracias a Dios, Pedro y su infinita glotonería le salvaron de tener que decir más.

—¿Cogemos también unos sándwiches? —exclamó, señalando el extremo de la barra que exhibía la comida—. Mirad qué pintaza tienen.

—Siempre pensando en lo mismo. —Mario meneó la cabeza.

—En lo único, dirás —se chanceó con sorna.

En ese momento, el móvil comenzó a vibrar en el bolsillo del pantalón de Simón. Lo sacó y miró la pantalla. Era Luis.

—Tengo que contestar esta llamada —les dijo, y se alejó hacia el fondo, camino de los aseos.

—¡Escaqueado! —La voz de Pedro llegó con claridad hasta él—. Nos dejas cargando con todo.

Se dio la vuelta y le lanzó una mirada de disculpa. Tenía que contestar el teléfono sí o sí. Era bastante urgente.

—Dime, Luis.

—¿Tienes tiempo para hablar ahora o te pillo mal? Ya sé que estás en el concierto.

—Puedo hablar. Es el descanso.

Empujó la puerta batiente del aseo de caballeros y accedió al interior. Parpadeó un par de veces, deslumbrado por la claridad de los tubos fluorescentes del techo. Estaba desierto.

—¿Lo estáis pasando bien? ¿Se ha emborrachado mi mujer ya?

—Está bailando como una loca con mi hermana —resopló—. Has hecho bien en no venir. Te habría ignorado. Solo tiene ojos para el guitarrista.

—Y yo en casa con el niño, qué desagradecida... —La diversión vibró en su tono, pero se puso serio con rapidez—. Pero te llamo por el otro tema.

La mano de Simón agarró el móvil con ansiedad.

—Dime.

—No tengo buenas noticias.

—El comprador se ha echado atrás. —No era una pregunta, era una afirmación.

—Sí. Parecía muy interesado, pero me ha llamado hace cosa de media hora diciendo que prefiere otro piso —dijo con pesar.

Simón soltó un suspiro apenas audible.

—Bueno, Luis, sé que no es fácil encontrar un comprador que acepte que el antiguo dueño del piso se quede en él como inquilino. Ya lo sabíamos de antemano.

—Mira que me jode que tengas que vender tu piso, Simón. Ya te he dicho que yo puedo prestarte algo de dinero.

—Ni hablar. No voy a aceptar dinero de nadie. El piso se vende y punto. Tampoco es para tanto —mintió tragando saliva. Le había costado mucho hacerse con ese apartamento y le tenía mucho cariño.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Simón apretó los labios. Luis era su mejor amigo y el único que sabía de las dificultades económicas por las que estaba pasando su escuela de idiomas. Era el propietario de una agencia inmobiliaria y Simón había acudido a él para poner en venta su casa pidiéndole discreción para que su familia no se enterase de nada.

—¿Y no cabe la posibilidad de que tu madre o tu hermana...?

—Ni lo menciones —le cortó con sequedad—. La pensión que le ha quedado a mi madre es de risa y mi hermana sigue pagando la hipoteca de

su casa. El único que puede hacer algo soy yo, pero no quiero que se enteren. Ya sabes cómo son. Serían capaces de vender la escuela antes de permitir que yo venda mi piso. Y eso no lo puedo consentir.

—Vale, vale. No se hable más. A ver si hay suerte y encontramos un comprador. Seamos positivos. Solo lleva a la venta una semana. Es poco tiempo.

—Lo dejo en tus manos, Luis.

—Lamento haberte jodido la tarde, pero sabía que querías saberlo cuanto antes —se disculpó.

—No te preocupes, no me has jodido nada.

—¿Estás divirtiéndote? No te hacía yo yendo a un concierto de música alternativa.

—La verdad es que me lo estoy pasando mejor de lo que esperaba —repuso sin vacilación.

Sus ojos en el espejo refulgieron cuando la imagen del cantante cruzó rauda por su mente como un fogonazo. Meneó la cabeza para ahuyentarla.

—Pues me alegro mucho. Ya era hora de que salieras un poco de casa. Te estás convirtiendo en un ermitaño. Bueno, te voy a dejar que el niño se está poniendo pesadito. ¿Nos vemos esta semana? ¿Vienes a la oficina y nos tomamos algo?

—Sí, el lunes por la tarde estoy libre. Me paso por allí y hablamos.

Se despidieron y Simón colgó el teléfono. Lo dejó en la repisa que había sobre el lavabo y se llevó las manos a la cabeza, echándose el pelo hacia atrás con los dedos. Lo tenía ondulado y grueso, algo rebelde.

En realidad, la noticia no le había pillado tan de sorpresa. Casi lo había esperado. Era demasiada buena suerte encontrar un comprador tan pronto. Dejó escapar un suspiro. Al menos todavía podía aguantar unos meses más. Si se apretaba el cinturón, con sus ahorros podría cubrir las letras de la hipoteca hasta Navidad. Lamentó en silencio haberse embarcado en aquella estúpida obra de remodelación del local. Si hubiera sabido lo que iba a pasar...

Un ligero olor a humo llegó hasta él, distrayéndole. Olfateó el aire. Sí, olía a tabaco. Alguien debía de haberse fumado un cigarrillo no hacía mucho tiempo. Hacía muchos años que él había dejado de fumar, no obstante, el olor no le pareció desagradable.

Abrió el grifo y dejó correr el agua. Se lavó las manos y se las llevó a la cara para refrescarse. Se contempló en el espejo y no le gustó lo que vio. Tenía el ceño fruncido por la preocupación.

«Intenta olvidar tus problemas, al menos por esta noche», se dijo. «De todas maneras no puedes solucionar nada aquí y ahora».

Accionó el secador de manos y las puso debajo. El aire caliente propulsado no tardó en llevarse toda la humedad.

Una mueca decidida se mostró en su semblante. Casi con rebeldía, se subió el cuello de la cazadora.

Iba a volver a la sala a tomarse otra cerveza y a disfrutar del concierto.

Iba a recrearse en el aura que rodeaba al cantante y a sumergirse en las sensaciones desconocidas que se habían despertado en él.

Como si no hubiera un mañana.

Primeras impresiones

First impressions

En cuanto escuchó la puerta cerrarse, Mike abandonó el cubículo y se dirigió a los lavabos. Lo primero que llamó su atención fue un móvil sobre la repisa que había encima, justo debajo del espejo.

El tipo de los problemas económicos se había dejado el teléfono.

No había podido evitar seguir su conversación. Las paredes de azulejos del aseo eran excelentes conductoras del eco de las voces, y el español de Mike era excelente, no en vano había pasado gran parte de su infancia en España. Aunque su padre era de Manchester, su madre era madrileña.

Todo el mundo tenía sus propios problemas y cada uno lidiaba con ellos como podía. El único que al parecer no sabía cómo afrontarlos era él. Qué patético. Dudaba mucho que el tipo del teléfono sufriera ataques de ansiedad debido a sus preocupaciones. Su voz había sonado serena y apacible.

Apoyó las manos en el borde del lavabo, apretándolo con fuerza, y hundió la cabeza en los hombros, muy enfadado consigo mismo.

Una gota viscosa se deslizó de su nariz y aterrizó en la blanca superficie del sanitario.

¡Mierda! Ahora sangraba por la nariz también.

No había tenido tiempo de limpiarse cuando la puerta del baño se abrió con ímpetu.

Mike se mantuvo encorvado, intentando que el recién llegado no le viera la cara.

—Disculpa —murmuró Simón a la alta figura que se doblaba sobre el lavabo. Localizó su móvil con la vista y alargó el brazo para cogerlo.

Mike había reconocido la voz del tipo instantáneamente. Era modulada y tranquila. Era el del teléfono. Masculló algo ininteligible y siguió en la misma postura. Una nueva gota de sangre cayó al lado de la anterior. ¡Joder!

Los ojos de Simón se posaron sobre la sangre que destacaba contra la blancura de la pila. Abrió la boca muy sorprendido. Su innato sentido del deber y su buena educación le llevaron a acercarse al individuo que parecía petrificado.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Necesitas ayuda?

Mike rechinó los dientes. Estaba claro que lo de pasar desapercibido se había ido al carajo. Resignado, irguió la cabeza con demasiada brusquedad y unas gotas de sangre que brotaron de su nariz terminaron en la manga de la cazadora del desconocido.

—*Fuck!*⁴ —masculló, fijando la vista sobre las manchas que, rápidamente, impregnaron la tela de ante y se quedaron allí estampadas.

Simón también se quedó mirando la manga como idiotizado. Tardó un par de segundos en reaccionar antes de alzar la vista y mirar al causante del desperfecto, que había echado la cabeza hacia atrás. A toda velocidad sacó unas cuantas toallitas de papel del expendedor de la pared y se las tendió.

—*Sorry*⁵... Ahh... lo siento mucho —murmuró el tipo con voz grave cogiéndolas y llevándoselas a la cara. Arrastraba las palabras con un ligero acento.

—No pasa nada. ¿Tú estás bien?

Mike bajó la vista al tiempo que asentía en silencio.

—No te preocupes por la cazad...

La frase que Simón iba a pronunciar se le quedó atascada en la garganta mientras su mirada se anclaba en unos impresionantes ojos azul océano bordeados por pestañas de color castaño muy claro, casi rubias.

¡No podía ser verdad!

Incluso a pesar de que la capucha de la sudadera le cubría el cabello, y la parte inferior de su cara estaba oculta tras las toallitas de papel, le reconoció al instante.

Nadie brillaba de ese modo.

El cantante.

Mike se percató del cambio de actitud del tipo inmediatamente. Su expresión se había quedado congelada. Era obvio que su identidad acababa de ser descubierta. Se apresuró a abrir el grifo y a lavarse, frotándose con una toallita para eliminar los restos de sangre. La hemorragia se había detenido con rapidez y ya no le goteaba la nariz. Podía notar la inmóvil

presencia del otro a su lado y se sintió incómodo. Terminó por incorporarse y encararse con él.

Simón, por su parte, no podía apartar la vista. Sus erráticos ojos se fijaron en pequeños detalles que no había apreciado desde la sala VIP. Llevaba las uñas cortas, pintadas de negro y tenía un tatuaje diminuto en forma de estrella debajo del ojo derecho en un lateral. Sus orejas estaban perforadas, una de ellas desde el lóbulo hasta la parte superior con pequeños aros metálicos. Tenía la piel blanca y las líneas de su rostro eran aniñadas, si bien el ángulo de su mandíbula era prominente. Sus pómulos eran altos y pronunciados y sus labios, carnosos con el área de Cupido muy marcada. Su barbilla tenía una ligera hendidura apenas perceptible.

Era perfecto.

Mike se dejó examinar sin decir ni una palabra. Estaba acostumbrado. Él mismo escrutó al otro de arriba abajo. Era algo más bajo que él, aunque eso no significaba nada. Él medía un metro ochenta y ocho por lo que quizá el otro midiese uno ochenta, aproximadamente. Era atractivo con ese pelo castaño ondulado, los ojos color chocolate y el mentón cubierto por una sombra oscura. Tenía las cejas pobladas y sus pestañas eran largas y negras. Rezumaba masculinidad por todas partes.

—Yo me encargo de pagarte la cazadora —rompió el silencio.

—No, no hace falta —reaccionó Simón por fin.

Seguía sin poder asimilar que la persona que había a solo un metro escaso de él fuese Mike Allen, el cantante de los CFB. Y que hablara español, con acento, pero un español impecable.

—Insisto. Las manchas de sangre no se quitan fácilmente.

—¿Tú estás bien?

Le hizo un gesto señalando su nariz. Era quizá la única parte de su cara que no era perfecta del todo, se percató Simón. Era algo ancha en el puente. Pero eso no le restaba atractivo. Esa imperfección lo convertía en humano.

Mike asintió. El tipo tenía una voz muy agradable como ya había podido constatar antes cuando le escuchó hablar por teléfono. Resultaba agradable. Tontamente deseó que dijese algo más.

—Me llamo Mike —dijo, aunque sabía que era absurdo presentarse.

—Yo soy Simón.

Simón. Aquel nombre iba con él. Le gustaba mucho más la variante española, más que la anglosajona. Tenía más garra.

—Me gusta Simón. —Exteriorizó sus pensamientos—. Más que Simon —lo pronunció en inglés al tiempo que esbozaba una sonrisa.

Simón tragó saliva y notó cómo el calor le invadía al ver aquella sonrisa de perfectos dientes blancos. Si de lejos la belleza algo andrógina de Mike Allen le había encandilado, de cerca era impresionante.

No entendía lo que le sucedía. Jamás le había llamado la atención un miembro del sexo masculino con anterioridad, al menos no de ese modo.

Mike inclinó la cabeza a un lado con curiosidad al darse cuenta de que el hombre que tenía frente a él se sonrojaba. ¿Había dicho algo raro que hubiera podido molestarle?

—Vuelvo a insistir en lo de la cazadora. De veras que me siento mal por haberla estropeado. No, no —le interrumpió al darse cuenta de que iba a volver a rechazar su ofrecimiento.

—¡Pero no es necesario! Tampoco es para tanto y las manchas casi ni se ven.

—Pero es una cazadora muy cara y parece nueva. Es una lástima —continuó Mike.

Se sentía culpable. Más todavía después de haber escuchado que el tipo tenía dificultades económicas. Estaba seguro de que no podría reemplazar la prenda. Si Mike entendía de algo era de ropa. Esa cazadora era de marca y su precio no bajaba de las mil quinientas libras.

Simón volvió a mirar las manchas de la manga. Sí, se veían perfectamente. Su hermana iba a matarle cuando se enterase. Pero no podía consentir que Mike Allen le indemnizase, a fin de cuentas, había sido un accidente.

—Déjalo —repitió decidido.

—Espera —murmuró Mike, sacándose el móvil del bolsillo—. Voy a hacer una foto.

Antes de que Simón hubiera podido protestar o decir algo, ya le había apuntado con el móvil y había tomado un par de fotos.

—Le paso la imagen a mi asistente y ella se encargará de conseguirte una igual.

—Pero...

—No hay peros. Dime tú número de teléfono y tu dirección.

Simón se mordió los labios. Seguir negándose le parecía ridículo y más todavía cuando vio la expresión impaciente de Mike. Se sintió como un

imbécil. Con cierta reticencia y vergüenza le dio sus datos.

Mike anotó todo en su móvil con un gesto satisfecho. Era testarudo y solía salirse con la suya.

—¿Qué talla es?

—No lo sé. Es un regalo.

—De tu novia, seguro. ¿Ves como es necesario que te consiga otra? Seguro que se enfada contigo —dijo.

—Es un regalo de mi hermana —repuso Simón en voz baja, desviando la vista. No estaba habituado a hablar con tanta familiaridad con desconocidos y se sentía incómodo.

Mike le miró tratando de contener una sonrisa. A pesar de que debía de ser algunos años mayor que él, el tal Simón era realmente tímido. Le resultó peculiar.

—Déjame ver la talla.

Lo primero en lo que Mike se fijó cuando Simón se quitó la cazadora fue en su musculatura. La ajustada tela de la camiseta no ocultaba nada en absoluto. Ni los poderosos bíceps que las estrechas mangas apenas podían contener, ni los abdominales bien marcados. Le sorprendió. No daba la impresión de ser el tipo de persona que presumiera de músculos de gimnasio.

Durante un instante, sintió envidia de ese cuerpo tan bien entrenado, pero apartó ese tonto pensamiento de su cabeza con rapidez. Sus ojos se posaron sobre el logotipo blanco que adornaba su pecho.

—Ah, eres fan... —constató con una nueva sonrisa incrédula.

Tampoco parecía ser la clase de persona que siguiera a un grupo como los CFB. Sus fans solían ser bastante más jóvenes y del sexo femenino, principalmente. No obstante, el mundo estaba lleno de sorpresas. El descubrimiento le encantó.

Simón bajó la vista hacia las letras que destacaban sobre la tela de su camiseta como si fuese un letrero parpadeante de neón rosa reluciente. Cerró los ojos y le mandó una silenciosa maldición a Paola.

—Eh... sí, claro... —mintió.

Mike cogió la cazadora y le hizo una foto a la etiqueta. Luego se la devolvió.

—¿Cuál es tu canción favorita? —preguntó, interesado.

—Eh... eh... es que no recuerdo el título.

Mike arqueó una ceja, perplejo.

La mente de Simón trabajó a toda velocidad. ¿Cómo había dicho Rocío que se titulaba esa canción? *Cry*... algo...

—Con la que habéis empezado el concierto... —se detuvo, inseguro.

—*Cry, baby, cry*. —El propio Mike llegó en su auxilio sin saberlo—. A mí también me gusta mucho, es una de mis preferidas.

A pesar del calor que hacía, Simón se puso la cazadora de nuevo y se la abrochó hasta la barbilla para tapar el traidor logotipo. Apenas se atrevía a mirar al otro de frente. No pensaba que a este le importase mucho la opinión de alguien como él; seguro que tenía millones de seguidores fanáticos, pero había visto la expresión halagada en su rostro cuando descubrió las letras en la camiseta y se sentía culpable por haber mentido. No era su estilo.

Mike escrutó a Simón de reojo. Seguía sorprendiéndole que un hombre de su edad se mostrara tan inseguro. Al mismo tiempo le resultaba irresistible.

—¿Nos hacemos una foto?

La pregunta sorprendió a Simón que se le quedó mirando con la boca entreabierta. ¿Una foto?

Mike alargó la mano y señaló el móvil que asomaba del bolsillo delantero de los vaqueros de Simón. A pesar de que su carácter era extrovertido y no le costaba relacionarse con la gente, desde que los CFB habían alcanzado la fama y hordas de fans los perseguían por todas partes, se había vuelto bastante esquivo y no solía ser tan agradable con nadie, mucho menos con alguien a quien acababa de conocer. Sin embargo, el reservado y tímido comportamiento de Simón le hacía querer prolongar aquel encuentro. Era curioso, pero a su lado se sentía calmado. Casi no podía creerse que solo unos minutos antes hubiese sufrido un ataque de ansiedad.

Simón le tendió el móvil y puso cara de circunstancias mientras contemplaba cómo Mike se bajaba la capucha de la sudadera. Su rubia melena quedó al descubierto. Se la ahuecó con los dedos al tiempo que se lanzaba una breve ojeada al espejo.

Inesperadamente, se acercó a él y le pasó un brazo por encima de los hombros mientras que alargaba el otro con el teléfono. Simón se puso rígido

al sentir el delgado cuerpo pegado al suyo. No era un gran amante del contacto físico y tanta proximidad con otro hombre le aturdió.

—¡Qué serio sales! —se rio Mike contemplando la pantalla después de hacer la foto. Volvió a subirse la capucha ocultando su cabello.

—Es mi naturaleza —murmuró Simón, cogiendo el móvil y guardándoselo en el bolsillo.

—¿Te pongo nervioso?

La pregunta le sobresaltó. Ancló los ojos en los de Mike que le contemplaba con interés. Parecía encantado consigo mismo.

—Sí —respondió con franqueza tras un instante de vacilación. No iba a negarlo. Era obvio.

—¿Por qué? ¿Porque soy famoso? —inquirió Mike ladeando la cabeza.

«Porque brillas y eso me tiene descolocado».

Aquel pensamiento se materializó en su mente a toda velocidad. Era ridículo, por supuesto, y no iba a confesar en voz alta algo semejante. Se limitó a asentir.

Mike se acercó a él hasta que solo dos pasos los separaron, y Simón tuvo que alzar la barbilla para poder seguir mirándole de frente. ¡Joder! Era muy alto. Reprimió el deseo de echarse hacia atrás y huir de su apabullante presencia.

«Aguanta el tipo», se dijo. «A fin de cuentas y por mucho brillo que despida, es un crío a tu lado».

—No muerdo —dijo Mike provocador, con una sonrisa deslumbrante.

Quería que Simón volviera a sonrojarse. Le había visto hacerlo antes y quería volver a recrearse en ello.

En ese momento, la puerta del baño se abrió con brusquedad, rompiendo la insólita e íntima escena en la que ambos estaban inmersos. Dos hombres entraron en los aseos. Apenas les echaron una ojeada y siguieron hablando entre ellos mientras se dirigían hacia el fondo.

Mike se había dado la vuelta y se había alejado hacia la pared. Simón permaneció quieto donde estaba, tratando de controlar los latidos de su corazón que la cercanía de Mike había acelerado.

—No entiendo que tengan tanta fama. Tampoco es para tanto. —Se escuchó la voz del primero de los tipos desde un cubículo.

—Son imitadores de The Smiths. Y la primera canción que han tocado es un plagio de otra del grupo este..., ay, joder, ahora no sé cómo se

llama... —repuso el otro.

Los ojos de Simón volaron hacia Mike. Su figura, enfundada en la sudadera negra y los vaqueros azules parecía relajada, pero tenía los puños cerrados a la altura de los muslos. Debía de ser una mierda escuchar algo semejante y no poder reaccionar.

Los dos tíos no tardaron en aparecer de nuevo y se acercaron a los lavabos a lavarse las manos. Mientras lo hacían, les lanzaron unas cuantas ojeadas furtivas.

Simón hubo de reconocer que la situación parecía sospechosa. Se sentía como si le hubieran pillado haciendo algo indebido. Carraspeó con incomodidad y se metió las manos en los bolsillos, evitando que su mirada se cruzara con la de ninguno de ellos.

Finalmente se marcharon.

Mike había tenido que morderse la lengua para no replicar algo cuando escuchó la mierda esa del plagio. Al principio de su carrera, cuando apenas comenzaba y todavía no sabía desenvolverse en ese mundillo, lo hubiese hecho. Se habría enfrentado a ellos y habría rebatido su afirmación. Ahora, cinco años después, había aprendido a controlar su temperamento y a salir airoso de situaciones como esa con un encogimiento de hombros. A fin de cuentas, qué cojones le importaba lo que pensarán de su grupo unos imbéciles.

Se dio la vuelta por fin y se encaró con Simón, que le miraba consternado y con un brillo de inquietud en sus ojos oscuros.

«¿Cree que estoy dolido o algo y le afecta? ¡Qué tío más encantador!», pensó con incredulidad y cierta satisfacción.

—¿Con quién has venido? —le preguntó.

—Con mi hermana y unos amigos.

—¿Dónde estáis?

—En una de las salas VIP.

Mike asintió con lentitud.

—Si quieres te dedico una canción —le ofreció.

Sabía que a la mayoría de sus seguidores aquello les habría complacido mucho, de ahí que la curiosa reacción de Simón le sorprendiese. No dijo que no, pero una mueca indecisa se mostró en su boca.

—Como tú veas... —Se encogió de hombros.

Hubo un silencio.

Simón le contempló a hurtadillas. Tenía en la punta de la lengua confesarle que no era un verdadero fan, que la camiseta era solo un regalo y que, hasta el día anterior, ni siquiera había oído hablar de los CFB, pero se echó atrás. A pesar de que Mike se mostraba muy seguro de sí mismo y parecía algo arrogante —cosa comprensible si se tenía en cuenta su fama—, también era agradable y simpático. Además, había apreciado cierta vulnerabilidad en su mirada, aunque trató de disimularla con su tono despreocupado.

Tampoco le costaba tanto seguir fingiendo ser su seguidor.

—Tu español es perfecto. Pensé que eras británico —le dijo algo que llevaba rondándole un rato por la cabeza.

Mike le miró con ambas cejas arqueadas. ¿Acaso no sabía que su madre era española y que había pasado su infancia en España? Cualquiera lo sabría. Su biografía estaba por todas partes. Era raro.

—Mi madre es de Madrid —repuso—. Y yo he vivido unos años aquí también.

En ese instante, la alarma de su móvil comenzó a sonar con estridencia. Se lo sacó del bolsillo y lo silenció. El descanso había acabado; tenía que volver al escenario.

—Tengo que irme —dijo con desgana.

Simón asintió. Un pequeño pellizco de decepción se le alojó en el estómago al ser consciente de que esa era la última vez que iba a volver a hablar o ver a Mike Allen en persona en su vida.

—Claro. Ha sido un placer —dijo con educación.

—Mi asistente te hará llegar la cazadora en unos días. —Mike introdujo las manos en los bolsillos de la sudadera y vaciló—. Bueno, te deseo lo mejor.

—Igualmente. Eh..., mucha suerte en el escenario... —balbuceó Simón. Se aclaró la garganta al darse cuenta de que la voz le había salido demasiado entrecortada.

¿Por qué la despedida estaba resultando tan extraña?

—Gracias. Ha sido genial conocerte, de veras, Simón. Estaba un poco agitado antes de hablar contigo, pero este rato me ha venido bien —confesó Mike.

Nada más decir aquello lo lamentó. ¿No había sonado estúpido? Además, ¿desde cuándo él era tan franco con alguien a quien acababa de

conocer?

Sin decir nada más, echó a andar con grandes zancadas hacia la puerta, la abrió y abandonó los aseos.

Simón le vio partir con sentimientos encontrados. Estaba desconcertado. Se acarició la nuca con suavidad mientras trataba de asimilar la situación. Todo había sido demasiado rápido y surrealista. Si Mike Allen resultaba llamativo sobre el escenario, en las distancias cortas era imponente.

¿En serio le iba a dedicar una canción?

Era algo tan infantil... Sin embargo, se sentía extrañamente halagado.

Con cierta expectación expandiéndose por su cuerpo, abandonó los aseos y se dirigió hacia la sala VIP.

Mientras tanto, Mike bajaba las escaleras metálicas con rapidez, seguido por los dos guardaespaldas. Iba sumido en sus pensamientos y una sonrisa perezosa curvaba sus labios. Si bien el encuentro con Simón había sido breve y casual, le había dejado un buen sabor de boca, haciéndole olvidarse de todas sus preocupaciones por unos minutos.

«Simón, qué tipo más interesante».

Exudaba serenidad y era un verdadero regalo para los ojos. Y sus sonrojos...

Se rio, recordándolo.

¿Qué canción podía dedicarle?

¡La jodida canción!

The fucking song!

Su hermana le recibió con un mohín enfadado.

—¿Dónde estabas? Íbamos a ir a buscarte. ¿Quién te ha llamado? —Se acercó a él y le dio un puñetazo en el brazo.

—Era el padre de uno de mis alumnos —mintió mientras se despojaba de la cazadora y la dejaba sobre un sofá. Gracias a Dios la luz era muy tenue y no se veían las manchas de sangre.

—¿Un sábado a estas horas? Joder, no tienen consideración. ¿Qué quería?

—Saber qué tal iba su hijo.

—¡Qué fuerte me parece! Anda, toma tu cerveza. Se está calentando. — Le alcanzó la botella que llevaba en la mano—. Has llegado justo a tiempo porque la segunda parte está a punto de empezar.

Mario se acercó a él y le ofreció un sándwich.

—Están de muerte —le dijo con la boca llena.

Simón lo rechazó. No tenía apetito.

De pronto, las luces de la sala se apagaron y las tres pantallas gigantes se encendieron mostrando imágenes de calles vacías de Londres. El público comenzó a gritar.

—Es *The City*. ¡Te va a encantar esta canción! —exclamó Paola. Y se alejó para ir junto a Rocío.

Simón se apresuró a ir hacia delante y asomarse, recorriendo el escenario con la vista de un extremo a otro con avidez. No quería indagar en su interior el porqué de su ansiedad, al menos no en ese momento.

Los integrantes del grupo fueron entrando uno a uno. Primero el batería, que tomó asiento y comenzó a tocar los primeros acordes de la canción. Luego llegaron el guitarrista y el bajista que cogieron sus instrumentos y le acompañaron.

Solo dos segundos más tarde, Mike Allen hizo su aparición.

Y Simón expulsó el aire que había contenido en los pulmones.

Al igual que en la primera parte del concierto llevaba el pecho al descubierto, pero en lugar de la chaqueta gris, lucía una camisa blanca y se había recogido el pelo en una coleta baja.

Estaba muy guapo.

Y eso mismo parecían pensar las mujeres que albergaba la sala, porque sus chillidos adquirieron el volumen de una explosión nuclear. Era evidente que la mayoría de las seguidoras de los CFB, y en especial de Mike, eran féminas. Y muy jóvenes.

Simón se llevó una mano a la frente y se la frotó con resignación, pasando revista al momento en el que Mike había descubierto su camiseta. Estaba claro por qué se había mostrado tan sorprendido. Probablemente, era la primera vez que veía a un tío de más de quince años vestido así. Le lanzó una mirada asesina a su hermana que, ajena a todo lo demás, canturreaba y daba saltos de la mano de Rocío.

Abajo, en el escenario, Mike les hizo un gesto tranquilizador a sus compañeros que le habían estado esperando ansiosos. Apenas había tenido tiempo de quitarse la sudadera, ponerse la camisa y recogerse el pelo con una goma que Greta tenía preparada para él, antes de entrar en escena. No hubo tiempo para nada más. Por los pelos había conseguido llegar puntual y no hubo necesidad de cambiar el repertorio.

Comenzó a cantar la primera estrofa de la canción mientras sus ojos recorrían las salas VIP de la primera planta. Solo había cuatro, pero le resultó difícil distinguir algo. La iluminación no jugaba a su favor. Se desplazó a la derecha, huyendo del cañón de luz que le daba en la cara, cegándole, y volvió a intentarlo.

¡Sí, ahí estaba!

Simón.

Esbozó una sonrisa mientras apartaba la vista y seguía cantando, pendiente del público de la sala.

Simón agarró la botella con fuerza antes de llevársela a la boca. No podía estar seguro al cien por cien debido a la distancia, pero creía haber visto cómo Mike recorría la planta superior con la mirada. Y, durante una milésima de segundo, los ojos de ambos se habían cruzado. Aunque quizá fuera casualidad. ¿Qué probabilidades reales había de que un tipo como

aquel cumpliera lo que le había dicho en el baño? Más bien escasas o inexistentes.

Y tampoco le importaba gran cosa.

Claro que no.

Volvió a darle otro trago a su cerveza mientras seguía los movimientos de Mike con la vista. Este animaba al público a cantar el estribillo. Era una persona muy diferente a la que Simón había visto en los aseos. El cantante de los CFB irradiaba una vitalidad y seguridad en sí mismo apabullantes, pero también parecía lejano e intocable como si no fuera humano. Sin embargo, el Mike con el que Simón había hablado, si bien seguía poseyendo esa aura radiante y poderosa, se había mostrado cercano y terrenal.

No sabía decir cuál de los dos le resultaba más fascinante. Quizá la mezcla de ambos.

¿Cómo era posible que alguien de su edad tuviera tanto carisma?

Siguió mirándole como hipnotizado, fijándose en detalles que en la primera parte del concierto le habían pasado desapercibidos, como que cada vez que iba a empezar a cantar una nueva canción se tocaba el largo collar que llevaba al cuello, o que siempre se pasaba el micrófono de una mano a otra elevando el dedo meñique ligeramente. Pequeñas manías, suponía.

Aturdido, meneó la cabeza al darse cuenta de que había pasado varios minutos contemplándole embobado y que el grupo había interpretado por lo menos cuatro temas más. Apartó la vista y la fijó en su hermana que se había abrazado a su marido y le cantaba al oído. Rocío y Mario seguían el espectáculo con atención, disfrutando de la música.

Mike no había vuelto a mirar hacia arriba, por lo que Simón estaba más que seguro que se había olvidado de él. Si bien lo había esperado, se sintió desilusionado.

Volvió a darle otro trago a su cerveza, tratando de enfocarse en los otros miembros del grupo o en las pantallas que mostraban interesantes caleidoscopios de colores, pero sus ojos se iban una y otra vez en pos de la alta figura de Mike, como si esta fuera un imán para ellos.

Imposible dejar de observarle.

Mike era muy consciente de Simón, allá arriba en su sala. No le había mirado directamente, pero sí que le había lanzado alguna que otra rápida ojeada de soslayo. Estaba perplejo porque nunca, durante un concierto, su

atención se había visto atraída hacia ningún fan en particular. Para él solo eran un mar de personas sin rostro que gritaban o aplaudían. Nadie era especial. De ahí su estupefacción.

En verdad, pese a que parecía muy centrado en su actuación, se devanaba los sesos pensando cuál sería la mejor canción para Simón.

Tuvo que reprimir la sonrisa burlona que acudió a su boca en una breve pausa en medio de un tema cuando una idea algo descabellada se materializó en su mente. ¡Ya sabía qué canción podía dedicarle! Aunque era probable que se muriera de vergüenza. El Mike juguetón que vivía dentro de él aplaudió su decisión. El otro, un poco más serio, se mantuvo en silencio, así que la decisión estaba clara. Habían decidido que aquella fuera la última canción con la que iban a cerrar el *show*, por lo que todavía quedaban tres hasta llegar a ella.

Se acercó a Joe que estaba haciendo un solo de guitarra y, mientras le ponía el micrófono cerca de la boca para que continuara con esa estrofa, estuvo a punto de soltar una risa pícara al imaginarse a Simón cuando escuchase su dedicatoria, pero se contuvo. Lástima que desde el escenario la distancia fuese tan grande. Le habría gustado ver su expresión.

Simón seguía el espectáculo con una mueca impávida en el rostro, ajeno a las maquinaciones de Mike.

—¿Estás aburrido?

Paola se había acercado a él sin que se diera cuenta. La miró de reojo.

—Bueno... —Se encogió de hombros fingiendo desinterés.

—No creo que dure mucho más. Son ya más de las once. Esta debe de ser la última canción. Aguanta un poco, aguafiestas —le regañó.

La sensación de decepción se hizo más grande dentro de él al escuchar las palabras de su hermana. Hasta ese momento todavía le había quedado un diminuto resquicio de esperanza.

«¿En serio, Simón? ¿En serio?», se reprendió. ¿Por qué le daba tanta importancia a una nimiedad semejante? ¿Cuántos años tenía? ¿Doce? Resopló, enfadado consigo mismo.

Los últimos acordes de la canción resonaron como un eco en el recinto mezclados con los aplausos de todos los asistentes. Rocío se llevó dos dedos a la boca y emitió un potente y atronador silbido.

—¡Gracias, Madrid! Muchas gracias a todos por estar aquí esta noche acompañándonos. —Se escuchó la voz de Mike algo jadeante a través de

los altavoces.

El público rompió a gritar al escucharle hablar en español.

—Sois todos maravillosos... —continuó con la boca pegada al micrófono—. Esta va a ser nuestra última canción y se la quiero dedicar a alguien muy especial para darle las gracias.

A Simón le dio un vuelco el estómago. ¿*A alguien muy especial?* Se agarró a la barandilla con incredulidad. No...

—Esta canción es para... —se detuvo e hizo una pausa de lo más efectiva—. Es para mi amigo Simón. *You wanna love me or fuck me?*⁶ —pronunció con voz ronca y aterciopelada al tiempo que elevaba la barbilla y le miraba directamente a él. Incluso se atrevió a señalarle con el micro mientras sus ojos chispeaban divertidos y sus labios esbozaban una enorme y deslumbrante sonrisa.

El color inundó las mejillas de Simón. De repente, miles de ojos se desviaron hacia él. Se quedó petrificado sin saber cómo reaccionar. Aquello no podía ser verdad, no podía estar pasándole a él. ¡Qué diablos! ¿Por qué le hacía eso?

Entonces Mike comenzó a cantar y, a pesar de que la conmoción había paralizado su cuerpo, su mente pudo seguir sin dificultad alguna la sensual letra de la canción. Y por primera vez en su vida deseó no tener ni puta idea de inglés.

—Tú y yo tenemos que hablar —siseó su hermana a su lado.

La ignoró.

Estaba demasiado ocupado tratando de controlar la expresión de su cara mientras seguía sin moverse. Retirarse no era una opción cuando todo el mundo parecía estar pendiente de él y tenía un jodido foco de luz apuntando en su dirección. Tendría que aguantar el tipo como fuera.

El capullo de Mike seguía cantando con esa sonrisa en la boca que él hubiera deseado borrarle de un puñetazo. ¡Y se permitía el lujo de lanzarle miradas de tanto en tanto, e incluso un guiño cómplice! La ira creció en su interior. Si bien había deseado que le dedicara un tema, ¿por qué ese? ¿Por qué?!

*I'll take you from behind. Please, don't move and stay quiet. I know this is what you like*⁷.

¡La madre que...!

El calor de la vergüenza más profunda se esparció por todo su cuerpo según iba escuchando la letra. Todos los pensamientos positivos que Mike había inspirado en él durante su breve encontronazo en los aseos desaparecieron como por encanto.

¡Menudo niñato gilipollas!

Mike se acercó a Vince mientras Joe cantaba el estribillo.

—No sé quién es ese tipo al que le has dedicado la canción, pero creo que vuestra amistad se ha terminado —le dijo este pegando la oreja a su oído. En su tono vibraba la ironía.

Un breve conato de culpabilidad se instaló dentro de él mientras le echaba una ojeada a Simón a hurtadillas. Uno de los técnicos de iluminación había decidido girar uno de los cañones de luz hacia la sala del primer piso y su figura estática era claramente visible desde el escenario. Como había esperado, parecía abochornado, aunque su expresión era pétrea.

Quizá se había pasado eligiendo esa canción.

«En fin, ya no hay vuelta atrás», se dijo con resignación. A veces era muy impulsivo y no pensaba demasiado en las consecuencias.

Se encogió de hombros casi imperceptiblemente y volvió al centro a terminar la última estrofa. Segundos después acompañaba el ritmo del solo de batería de Rob con la oscilación de sus caderas, arrancando nuevos gritos y aplausos del público.

Era la última parte de su actuación

Y se acabó.

—*Thank you! Thank you! You are fantastic! See you soon*⁸ —exclamó al micro, inclinándose ante los cientos de caras desfiguradas por la emoción.

Cuando se incorporó, dirigió una breve mirada hacia la sala del primer piso.

Simón ya no estaba allí.

¡Mierda!

Simón se había alejado de los ventanales en cuanto el batería comenzó con su solo. Había aguantado todo lo que pudo, pero ya no tenía ganas de más. Sentía la cara acartonada por el esfuerzo y solo quería largarse de allí cuanto antes. Notó la mirada suspicaz de su hermana mientras se retiraba hacia el fondo.

Pronto, el ruido de los aplausos y los silbidos resonó atronador. La profunda voz de Mike despidiéndose llegó también hasta él.

El concierto había finalizado.

Por fin.

—¡A ver, cuéntanoslo todo! —exigió Paola.

Le cogió del brazo antes de que pudiera dar ni un solo paso en dirección a la puerta. No era la única que le miraba con asombro. Todos lo hacían.

—No hay mucho que contar —trató de zafarse.

—¡Ja!

—Nos hemos encontrado en los aseos y le he echado una mano. Estaba sangrando por la nariz —replicó escueto.

Abajo, los asistentes habían comenzado a corear: *Otra, otra*.

—¿Nada más? —resopló Paola—. Pues joder... Si no estuviera segura al cien por cien de que eres hetero habría jurado que entre vosotros había algo.

—Bah..., es un crío imbécil —repuso con un encogimiento de hombros—. Seguro que se ha apostado algo con sus amigos o yo qué sé.

—Pero es que ha sido muy fuerte —intervino Rocío—. ¿Habéis visto su cara? Y cómo te miraba, como si quisiera acostarse contigo. Pero creo que Mike no es gay. ¿No está saliendo con la actriz británica de la serie esa de ciencia ficción? Ay, qué mala soy para los nombres...

—Con Shirley Thomas —intervino Paola—. Pero ya no. Cortaron hace meses. Yo creo que es bisexual.

—O es simplemente gilipollas —replicó Simón con indiferencia.

—Tiene que serlo —se inmiscuyó Mario en la conversación—. Para gastarle una broma semejante a alguien a quien solo ha visto unos minutos y que encima le ha echado un cable... No sé, corregidme si me equivoco, pero parece una trastada de crío de diez años.

—Es bastante gamberro y siempre está metido en algún lío, no es la primera vez que hace algo raro —dijo Paola.

—La verdad es que me importa poco —dijo Simón. Cogió la cazadora, pero no se la puso. No quería que su hermana viera las manchas de la manga—. ¿Nos vamos ya?

—Espera a ver si vuelven a salir —exclamó Rocío con voz suplicante.

—No. Nunca hacen un bis —dijo Paola con suficiencia como si fuera una experta en el tema—. Podemos irnos.

—¿Nos tomamos la última en otro sitio? —propuso Pedro mientras salían a la sala principal.

Había varias personas allí hablando cerca de la barra. Algunas se quedaron mirando a Simón que irguió la espalda y siguió andando como si nada de aquello fuera con él.

—Yo tengo que volver a casa —se disculpó Rocío—. No puedo dejar a mis dos niños abandonados tanto tiempo.

—Yo tengo guardia mañana —dijo Mario.

—Y yo estoy cansado —repuso Simón.

Más que cansado, estaba de mal humor.

—Pues lo dejamos para otra vez, entonces —capituló Pedro—. Vete llamando a un taxi antes de que salga todo el mundo —le dijo a Paola.

—No hace falta. Hay una parada al otro lado de la calle. Las noches de concierto siempre hay muchos taxis allí —repuso esta.

Descendieron las escaleras metálicas hablando entre ellos mientras Simón se quedaba más rezagado, ensimismado en sus pensamientos. Tenía una sensación extraña en la boca del estómago. Era una mezcla entre disgusto y enojo.

De pronto recordó algo. Se sacó el móvil del bolsillo y fue a la galería de imágenes. La última foto era la que había sacado Mike de ambos.

Incluso en una miserable foto tomada en un aseo con una mierda de iluminación, Mike brillaba con luz propia. Él, por el contrario, tenía un gesto serio y adusto. Amplió la imagen para poder contemplar más de cerca la cara de Mike. Sus ojos eran espectaculares. Y su sonrisa también.

¡Joder!

Rechinó los dientes y pulsó el icono de la papelera. El mensaje *¿Quieres mover 1 imagen a la papelera?* apareció en pantalla. Su pulgar osciló en el aire vacilando entre una respuesta y la otra.

—¿Qué haces ahí parado, Simón? —le llamó su hermana obligándole a alzar la cabeza.

—Voy —respondió echando a andar.

Posó el dedo sobre la palabra *Cancelar* y se guardó el móvil en el bolsillo.

Simón era fotogénico

Simón was photogenic

—¡No me jodas, Andrew! —exclamó Mike muy enfadado.

Se levantó del sofá y comenzó a dar paseos por la enorme suite del hotel lanzándole miradas iracundas a su mánager, que le contemplaba con expresión conciliadora y paternalista, como hacía siempre.

—Mike, tú sabes que es necesario. Esto es serio.

—Lo sé. Pero me estás pidiendo que vaya a todas partes con esos dos tipos. —Señaló a los dos guardaespaldas que se hallaban al otro lado de la estancia.

—¿Tienes una idea mejor?

Mike resopló. No, no la tenía.

—No puedo dejarte solo en España, ¿no lo ves? Tienes a un pirado que te ha seguido hasta aquí. No sabemos si es peligroso. Es mejor que vuelvas a Londres con nosotros.

—Yo tengo... planes —masculló.

—Tu viaje particular a la nostalgia de tu infancia puede esperar.

La ira constriñó el pecho de Mike, pero no dijo nada. Se dejó caer sobre uno de los sillones que había junto a la ventana y se cruzó de piernas. Su respiración comenzaba a acelerarse y notaba el sudor frío cubriendo su piel.

«¡Joder, otro ataque de ansiedad, no!».

Se echó hacia delante y enterró la cabeza entre las rodillas, tratando de controlar sus inhalaciones y exhalaciones mientras contaba del uno al diez.

—Mira el estado en el que te encuentras, no puedo consentir que prescindas de ellos.

La voz de Andrew se escuchó de fondo como en un murmullo.

Su mánager no andaba del todo errado. No estaba en condiciones de quedarse solo. Y no era por el maldito acosador, era por las jodidas crisis. Intentó concentrarse en las series de números y en atraer recuerdos positivos y relajantes a su mente como le había enseñado el terapeuta y, sin

pretenderlo, la voz sosegada y tranquila de Simón acudió a él. Era curioso, pero la noche anterior cuando habló con él en los aseos había sentido una gran calma. No sabía qué tenía su tono de voz, pero exudaba paz.

Se irguió con brusquedad y clavó los ojos en los de Andrew.

—Cincuenta segundos —masculló con un jadeo.

—Vas mejorando.

—Puedo apanármelas solo.

El otro soltó un suspiro exasperado.

—No me lo pongas difícil.

—Mira, entiendo que estés preocupado, pero llevo mucho tiempo queriendo hacer esto. Han sido años sin tener ni un día para mí. Quedamos en que, en cuanto acabase la gira, podría tomarme unas semanas libres. Todavía falta más de un mes para que comencemos a trabajar en el nuevo disco.

—Pero la situación ha cambiado —protestó Andrew meneando la cabeza.

Mike se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el respaldo del sillón. Todavía notaba los efectos del breve ataque de ansiedad. Se sentía algo mareado.

Era casi mediodía y Vince, su compañero de habitación, había bajado al gimnasio del hotel. Era un obseso del deporte. Incluso sin haber pegado ojo porque estuvieron de celebración hasta altas horas de la madrugada, había puesto el despertador para ir a hacer pesas o algo similar. Por el contrario, Joe y Rob, que compartían la otra suite, dormían a pierna suelta. Él mismo hubiera deseado seguir durmiendo, pero se había levantado para encontrarse a solas con Andrew y dejarle las cosas claras. No iba a volver con el resto del grupo a Londres como el mánager había insinuado después del concierto. Hacía mucho tiempo que Mike había planeado ese viaje y no iba a ceder por mucho que las cosas hubieran cambiado desde el día anterior.

—Tengo los ansiolíticos. Volveré a tomarlos de nuevo —dijo ansioso.

Hacía nueve años que no volvía a España, desde que su madre le abandonó y su padre tuvo que volver a buscarle desde Reino Unido. A pesar de que las cosas habían acabado mal con su progenitora, Mike se sentía muy conectado al país y a la ciudad de Madrid en especial, donde había vivido desde los seis años a los quince. Quería quedarse unos días y, como había dicho Andrew, hacer un viaje particular a la nostalgia de su

infancia. Además, tenía necesidad de libertad, de poder andar por las calles sin ser acosado o agobiado cada dos metros por los fans o los periodistas. En Londres, aquello era imposible.

—Mike, sé que te hacía ilusión lo de estas vacaciones...

—Llevo mucho tiempo queriendo hacer algo así. Estoy agotado —habló con tono persuasivo—. Me lo merezco.

—Lo sé.

Desde que los CFB habían saltado a la fama, hacía cinco años, no habían parado. Tras el éxito de su primer álbum, las vidas de los cuatro integrantes del grupo habían cambiado muchísimo. Los conciertos, las ruedas de prensa, las entrevistas, los ensayos, las grabaciones en el estudio, el rodaje de los vídeos musicales, las colaboraciones en programas de televisión y de radio, las giras... Y en el caso particular de Mike, a todo eso se sumaba tener que lidiar con el acosador, con la ansiedad, y con la neumonía que le había llevado a estar semanas en un hospital.

—¿No puedes aplazar esto un poco y disfrutar de unas vacaciones en Londres? —Andrew lo intentó de nuevo, aunque ya no sonaba tan enérgico como antes.

—No —rechazó de pleno Mike—. Mira, tanto tú como yo sabemos que no puedes obligarme a hacer nada que yo no quiera y que, si me apetece quedarme en Madrid, me quedaré. No quiero discutir. Ya he tomado una decisión. Solo quería hablarlo contigo. No te estoy pidiendo permiso, te estoy informando de lo que voy a hacer.

—Tienes que entender que estamos preocupados, Mike. El tipo ese está por aquí y la policía no tiene ni una pista. ¿Quién nos garantiza que ese loco no te va a hacer nada?

—Pues vamos a dar una rueda de prensa informando de que nos vamos todos en el vuelo de esta noche. Si me ha seguido hasta aquí es seguro que volverá a seguirme hasta Londres otra vez, ¿no? —propuso.

Andrew arrugó la frente y se acarició el mentón, pensativo. Mike le contempló con fijeza. Le conocía muy bien y sabía que aquel gesto indicaba que estaba a punto de ceder. Recién pasados los cincuenta, era alto y tenía el pelo frondoso y rubio. Sus ojos pequeños y oscuros derrochaban inteligencia. Llevaban muchos años trabajando juntos, desde el principio. Era él quien había impulsado su carrera musical. Hacía seis años, Vince y Mike solo eran unos desconocidos que se entretenían tocando en el garaje

de los abuelos de Vince y luego subían sus vídeos de pésima calidad a YouTube. La casualidad quiso que Andrew —representante musical con un olfato increíble para descubrir talentos— los viese y apostara por ellos. Les consiguió un contrato con una discográfica y buscó a Rob y a Joe para que formaran un grupo.

El resto era historia.

—Admito que puedes tener razón —concedió al cabo de un breve lapso de tiempo—. Pero sigo sin estar tranquilo sabiendo que te vas a quedar en España tú solo. Tienes que permitir que ellos se queden contigo. —Hizo una señal con el dedo hacia los guardaespaldas.

Mike tensó la mandíbula. No era eso lo que quería. Cruzó la mirada con la del otro y durante unos segundos hubo un pequeño duelo silencioso entre ambos.

Mike decidió dar marcha atrás. Por el momento.

—Está bien. Que se queden. —Se encogió de hombros con resignación.

Andrew le miró con suspicacia, pero terminó por apartar la vista.

—Voy a organizar la rueda de prensa —dijo, irguiéndose—. Y a ver cómo hacemos para que parezca que viajas con nosotros.

—Que alguno de los *roadies* de confianza se ponga mi ropa y vuele con vosotros. Seguro que cualquiera estará encantado de ir en primera.

—Algo así habrá que hacer... —dijo, dirigiéndose a la sala.

—¡Dile a Greta que necesito hablar con ella! —exclamó Mike.

Todavía no había acabado la frase cuando sonaron unos golpes en la puerta. Uno de los guardaespaldas se acercó y la abrió.

Greta.

—Joder, ¿estabas al otro lado espionando y has oído tu nombre? —se rio Mike.

—No tengo nada mejor que hacer que estar disponible para ti en cada momento del día —refunfuñó ella elevando la mirada al techo.

—Te lo dejo a ti —le dijo Andrew.

Y sin más, se marchó de la habitación.

Mike se puso de pie y se acercó a la nevera. Sacó una botella de agua, la desprecintó y bebió un buen trago.

—¿Resaca? —preguntó Greta, tomando asiento en el sillón que él acababa de desocupar.

—No bebí tanto anoche —repuso.

La miró de soslayo. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta ajustada de color blanco. Su pelo verde estaba algo alborotado.

—Tengo que enseñarte una cosa. Mira —dijo ella mientras le tendía su *tablet*.

—¿Qué es?

—Unas entradas en unos cuantos blogs, un artículo en la revista digital *Music Monster*, y otro en *The Sun*. Todos hablan de lo mismo: del concierto de anoche y de tu... salida del armario.

Mike soltó una risa. No hizo amago de coger la *tablet* y ni siquiera miró la pantalla.

—Imbéciles —murmuró, meneando la cabeza. Una sonrisa burlona curvaba sus labios.

—Deberían estar acostumbrados a tus travesuras y tus excentricidades y no dar crédito a estas gilipolleces, pero ya sabemos cómo son... Por cierto, anoche no tuve tiempo de preguntarte, pero ¿quién es el tal Simón?

—Un tío que conocí en los aseos en el descanso.

—¿Ahora te los buscas en los aseos como los perversos? —Una carcajada socarrona acompañó a la pregunta—. Pobre hombre. Anoche debió de pasarlo mal. Miles de ojos centrados en él. Susan dice que le vio a la salida y que estaba pálido. Eres un capullo. ¿Qué te hizo para dedicarle esa canción?

Mike volvió a beber un trago de agua y luego dejó la botella en la mesa.

—En realidad, me echó un cable. Me sangraba la nariz y él me dio unas toallitas de papel. A cambio, le manché la cazadora.

—¿Cómo? —Greta arqueó una ceja.

Mike suspiró. Se acercó a la ventana y contempló el exterior. A través de las copas de los árboles se podía vislumbrar la carretera y un pequeño tramo de acera. La suite estaba insonorizada por lo que solo se apreciaba el movimiento de los coches abajo en la calzada, pero no su sonido. El tráfico era fluido.

—Fue una broma, aunque creo que se me fue de las manos —dijo meditabundo.

Se sentía algo culpable por lo sucedido. Debería disculparse con el pobre tipo.

—Eres demasiado impulsivo. —Ella chasqueó la lengua.

—Luego en la rueda de prensa, si algún periodista lo menciona, aclararé que fue por una apuesta o algo.

—¿Una rueda de prensa?

—Sí, acabo de hablarlo con Andrew.

En breves palabras le explicó lo que habían decidido.

—Al final te has salido con la tuya.

—Más o menos —resopló, lanzándoles una mirada a los guardaespaldas.

—Ten mucho cuidado, Mike. Hasta que no cojan al tipo ese... —se interrumpió. Sus ojos azules irradiaban preocupación.

—Lo sé, lo sé. Seré cuidadoso. Lo prometo —le dijo con voz persuasiva—. Voy a necesitar ansiolíticos. Y también quiero que me hagas otro favor —añadió.

Se sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y accedió a la galería de imágenes. Las últimas fotos eran las que había tomado de Simón. Se las mandó. Luego buscó la nota con su dirección y se la envió también.

—Quiero que consigas una cazadora igual que esa y la envíes a esa dirección.

—¿Este es el tal Simón? ¡Joder, no está nada mal!

Mike contempló la foto taxativamente. Greta tenía razón. Simón era un hombre muy atractivo.

—No. No lo está —admitió.

—A ver dónde puedo conseguirla. Creo que es de la colección de este mismo año —dijo ella hablando consigo misma.

—Tiene que ser igual. Es un regalo de su hermana.

—Joder, pues sí que os contasteis cosas en los aseos —dijo con malicia.

Él la ignoró mientras se dirigía al escritorio que había frente a la cama. Abrió el cajón superior y sacó unas cuartillas con el nombre del hotel en la parte superior. También había un par de bolígrafos.

No tardó mucho en redactar una breve disculpa.

—Cuando le mandes la cazadora, mete esto en el paquete y también algún CD de los que tenemos firmados. Y algunos productos promocionales. Es fan.

—Vale —repuso ella tendiendo la mano y cogiendo la nota—. Te dejo, entonces. ¿Nos vemos en un rato en el restaurante?

Mike asintió. Le hizo un gesto de despedida y volvió a dirigirse a la ventana. Esa vez la abrió y se asomó. El ruido de los coches que circulaban por la carretera se introdujo en la habitación y una suave brisa lo acompañó. Hacía bastante calor para ser septiembre.

Volvió a desbloquear el móvil y le echó un nuevo vistazo a la foto.

Simón era fotogénico.

OceanofPDF.com

El paquete

The package

—Simón.

Estaba a punto de introducir la llave en la puerta de su piso cuando la voz de Paz, su vecina de enfrente, le sobresaltó. Se dio la vuelta.

—Un mensajero ha traído algo para ti esta tarde. Como no estabas lo he cogido yo y he firmado —dijo, saliendo al descansillo de la escalera.

—Oh, muchas gracias, Paz.

—Nada, hijo, nada. Para qué estamos los vecinos —sonrió y le dio un paquete de generosas dimensiones.

Simón le devolvió la sonrisa. Tenía suerte de poder contar con ella. Era un verdadero encanto. Había enviudado hacía unos años y vivía sola. Siempre se hacían pequeños favores.

—¿Cómo van las cosas?

—Muy bien, gracias. ¿Y tu hija, qué tal le va en el nuevo trabajo?

—Muy bien. Está muy contenta y tiene más tiempo libre ahora. Que pases buena noche.

—Buenas noches, Paz.

Ella volvió a su casa, cerrando la puerta con suavidad.

Quizá era por su carácter introvertido, tan semejante al de él, que se llevaba bien con ella. Era mujer de pocas palabras.

Accedió al interior de su piso y encendió la luz. Rico salió a recibirle y se frotó contra sus piernas mientras elevaba la esponjosa cola en el aire. Se agachó y le acarició entre las orejas. El gato le miró con sus enormes ojos azules.

—Hola —le saludó con afecto—. ¿Me has echado de menos?

Un ronroneo perfectamente audible llegó hasta sus oídos.

Se incorporó y dejó las llaves sobre la mesita que había junto a la puerta. También iba a dejar allí el paquete, pero el remitente le llamó la atención. No aparecía el nombre de ninguna persona que él conociera; provenía de un

famoso hotel de lujo situado en el Paseo de la Castellana. Frunció el ceño, confuso. ¿Sería algo para la academia? ¿Algún cliente? No solía recibir paquetes en casa; todas las empresas con las que trabajaban tenían la dirección de la escuela.

Dejó la mochila en el suelo y se dirigió a la cocina a coger unas tijeras para cortar el precinto de la caja. Se sentó en el sofá y lo hizo con movimientos rápidos. Cuando la abrió y vio el envoltorio blanco sobre el que destacaban unas gruesas letras negras, rápidamente supo quién lo había enviado.

Mike Allen.

Extrajo la bolsa que llevaba estampada la marca de su cazadora y la dejó a un lado. No se molestó en abrirla; estaba seguro de cuál era el contenido. Debajo, envueltos en papel de burbujas, encontró unos CD, camisetas, pegatinas, chapas, llaveros, dos gorras y hasta una caja con vasos de chupito. Todo ello con el logotipo de los CFB.

Con la frente arrugada, fue dejando todo en la mesita baja que tenía delante.

Al fondo de la caja apareció un sobre blanco que llevaba su nombre escrito con rotulador negro. Simon. Sin tilde. Lo abrió y sacó un folio que había dentro con el membrete del hotel.

Lamento mucho haberte hecho sentir incómodo en el concierto. Muchas gracias por apoyar a los CFB. Saludos. Mike

Una disculpa escueta y totalmente impersonal. En español.

Estaba claro que la caja con todas aquellas chorradas no la había preparado él, pero la misiva sí parecía provenir de su puño y letra. Aunque, qué sabía él cómo era la caligrafía de Mike Allen. Quizá también había encargado que su asistente escribiera aquello.

Se quedó mirando el folio con sentimientos encontrados. Había tratado de borrar de su memoria el incidente de hacía dos noches, restándole importancia. Sí, fueron unos cuantos minutos de incomodidad, pero ya habían quedado atrás y no quería volver a recordarlos. No obstante, el que hubiera llegado una disculpa, ya fuese personal o escrita por algún empleado, le hacía sentir un pellizquito de satisfacción.

Desvió la vista hacia los objetos promocionales y torció la boca. ¿Qué iba a hacer él con todas esas cosas inútiles? Dárselas a su hermana no era

una opción. No si no deseaba que ella descubriera lo del percance de la cazadora.

Por el momento las conservaría y ya vería más adelante, decidió.

Guardó el folio en el sobre y metió este y todo lo demás en la caja. Se acercó con ella al dormitorio y la empujó debajo de la cama. Luego cogió la bolsa que contenía la cazadora nueva y la abrió. Era una prenda igual a la que ya poseía, solo que esa todavía llevaba las etiquetas. La colgó en el armario, junto a la otra.

Se quedó parado en medio de la habitación acariciándose la nuca. Se sentía extraño, aunque no sabía muy bien a qué se debía. En un impulso, se sacó el móvil del bolsillo y accedió a la galería de imágenes. Abrió la última y la amplió centrándose en el rostro de Mike. No había vuelto a hacerlo desde la noche del concierto.

Estaba ensimismado contemplando la foto cuando el aparato comenzó a sonar en su mano, alarmándole.

Era Paola.

—Hola —respondió.

—¿Acabas de llegar a casa?

—¿Tienes cámaras puestas en mi piso o algo?

—Es simple deducción. He pasado hace diez minutos por tu calle y las luces de tu piso estaban apagadas y ahora he vuelto a pasar y están encendidas.

—¿Estás por aquí? ¿Vas a subir?

—No. He quedado con una amiga a cenar en un restaurante que hay aquí al lado.

—¿Para qué me llamas? —le preguntó. Se dirigió al sofá y se sentó en él.

—He llegado demasiado pronto y estoy sola. Y me aburría. Además, no hemos hablado desde el sábado por la noche. Ayer tuve un lío con la puerta del garaje que ya te contaré. Y hoy, como me tocaba ir al hotel Cienvillas...

El Cienvillas era uno de los hoteles de Laureano Reyes, donde Paola impartía clases a sus empleados una vez a la semana.

—¿Has visto a Reyes?

—Sí, y le he dado las gracias por lo del pase VIP. Gracias a Dios estaba con un socio suyo y no ha tenido tiempo de quedarse a hablar conmigo. Es tan pegajoso...

Rico se subió al sofá y se tumbó encima de su pecho. Simón le acarició la barbilla.

—Por cierto, como no te he visto no te he podido contar que ayer saliste en la tele —dijo y expelió una pequeña carcajada—. Bueno, tu nombre, al menos.

—¿Y eso? —preguntó con un tono distraído.

Solo la escuchaba a medias, tenía la mente puesta en otro sitio, más concretamente en qué iba a hacerse de cena.

—Mike Allen te mencionó en la rueda de prensa que dieron ayer por la tarde.

Se incorporó con brusquedad, apartando a Rico, que le lanzó una mirada cargada de reproche.

—Eh... ¿cómo has dicho?

—Como vives en tu mundo particular, no te enteras de nada... —murmuró ella al otro lado de la línea—. Es que después del concierto y de la canción que te dedicó, unas cuantas revistas digitales empezaron a comentar que si tenía un lío con un tío de Madrid, que si había salido del armario...

Se llevó una mano al pelo, alborotándose.

—En la rueda de prensa le preguntaron sobre eso —se rio ella con fuerza—. Te juro que casi me muero cuando lo vi. ¡Mi hermano en boca de los periodistas! Bueno, no tú, sino un desconocido llamado Simón. —Soltó otra risa todavía más potente que la anterior—. Vamos que Mike lo negó todo y dijo que solo fue una broma. Que había hecho una apuesta con los otros miembros del grupo. Y poco más.

Simón bajó los párpados.

A pesar de que ya lo había sospechado, en el fondo le jodía un poco haber sido el objeto de la burla de ese niño. Sus ojos se dirigieron hacia la caja de cartón que asomaba por debajo de su cama.

Dentro estaba la disculpa.

—Supongo que piensan que por ser famosos pueden hacer cualquier cosa, que están por encima del bien y del mal.

—Son gamberros, pero de buen rollo —continuó ella—. Mike es un poco estafalario y siempre hay gente inventando rumores sobre él, pero no es de esos grupos que van por ahí destrozando habitaciones de hotel y montándola. Son majos.

—Sí. Majísimos —resopló él con sarcasmo.

—Solo fue una broma y no fue para tanto.

—Paso de seguir hablando de ellos.

—¿Estás de mal humor?

—Estoy cansado. Mira la hora que es y acabo de llegar a casa.

—Es que no sé por qué has abierto tantos grupos nuevos este mes —le regañó ella.

«Porque estamos arruinados y necesitamos el dinero».

—Porque se ha presentado mucha gente.

—Seguro que luego se rajan como pasa siempre. Mientras tanto, delega. Pásale algún grupo a Marie o a John.

«Entonces tendría que pagarles las horas y los que necesitamos el dinero desesperadamente somos nosotros».

Marie y John eran profesores *freelancer*² que acudían a la escuela a trabajar por horas cuando se les necesitaba. Marie, además de francés, también hablaba alemán. Y John se ocupaba de los grupos de inglés.

—Me lo voy a pensar —dijo, tratando de zanjar el tema.

—Si quieres... Oh, veo a mi amiga que está aparcando. Te dejo, ¿vale? Mañana nos vemos en la academia.

Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse porque ella ya había colgado. Dejó el móvil sobre la mesita y se puso de pie, meneando la cabeza.

Rico se restregó contra su pierna derecha mientras emitía un maullido.

—Deja que me cambie de ropa y haga la cena y nos sentamos a ver una película —le dijo. Se había acostumbrado a hablar con él en voz alta—. ¿Has escuchado a tu tía defendiendo al impresentable ese? —preguntó al aire mientras se dirigía al dormitorio—. Pues se ha quedado sin camisetas, sin gorras, sin pegatinas y sin vasos de chupito —añadió, lanzándole un guiño al gato que le seguía con su elegante cola levantada.

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta. Luego fue a la cocina y, en solo unos minutos, logró montar una ensalada con los ingredientes que encontró en el frigorífico.

Tomó asiento en el sofá, dejó que Rico se subiera a su regazo y empezó a comer, al tiempo que encendía su portátil. Navegó un poco por internet leyendo noticias hasta que la curiosidad pudo con él. Había intentado reprimirse, pero sucumbió.

Tecleó las tres letras.

CFB.

La primera noticia de todas era de un tabloide inglés, y más que reveladora.

*Mike Allen's Outing!*¹⁰

Abrió el enlace y leyó la sarta de estupideces que aparecían en el artículo. Se mencionaba el concierto en Madrid y a un tal Simon —sin tilde—que, aparentemente, era el novio secreto de Mike Allen.

—Por favor, qué gilipollez.

También había un vídeo de YouTube con la rueda de prensa del día anterior. Lo puso. Mike estaba sentado en el centro de la alargada mesa. A su derecha tenía a dos de sus compañeros, a su izquierda al otro y al que debía de ser su mánager. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y vestía de blanco.

«Como un puñetero ángel», pensó Simón, fascinado por su apariencia, muy a su pesar.

Fue pasando el vídeo hasta que llegó al trozo en el que le preguntaban por lo sucedido en la Sala Avenida. Con un aire despreocupado y una sonrisa capaz de deslumbrar al sol contestó al periodista que todo se trataba de una apuesta que había hecho con sus compañeros. Las risas fueron generalizadas.

Simón le dio a la pausa y se terminó la ensalada mientras contemplaba la imagen estática, pensativo. No sabía qué tenía aquel tipo, pero su físico le atraía como un imán.

No tardó en dejar el plato a un lado y abrir otra pestaña. Puso su nombre en el buscador y accedió a su biografía. Mike Allen había nacido en Manchester hacía veinticuatro años.

«Veinticuatro años. Ocho años menos que yo».

No era de extrañar que todavía siguiera haciendo travesuras.

Fue su gato el que le sacó de su ensimismamiento cuando se bajó de su regazo y comenzó a maullar.

Agitó la cabeza y cerró el portátil de golpe.

—Tienes razón —dijo en voz alta—. Se acabó seguir pensando en tonterías.

Se levantó y se llevó el plato a la cocina. Lo enjuagó y lo metió al lavaplatos. Regresó con una copa de vino tinto y se acercó a la estantería. Repasó con el dedo las fundas de los DVD, leyendo los títulos en voz baja.

—Eh, ¿quieres que veamos *La fiera de mi niña*? —Se dio media vuelta y miró a Rico, que se había hecho un ovillo en un extremo del sofá—. Sé que te encanta el leopardo y a mí me gusta la pareja que hacen Cary Grant y Katherine Hepburn, así que vamos sobre seguro con esa película. ¿Te parece?

Segundos después tomaba asiento y le daba al *play* mientras sorbía su vino con parsimonia, dispuesto a pasar una noche tranquila en casa.

Huida

Escape

No había podido soportarlo más. Treinta y seis horas. Ese había sido su límite.

Treinta y seis horas encerrado en una habitación de hotel con George y Paul jugando a la Play y viendo la vida pasar. Eso no era lo que había planeado para su viaje a España.

Una situación asfixiante y deprimente.

A pesar de que hacía calor, se subió el cuello de la cazadora vaquera y hundió la cabeza en los hombros para que la parte inferior de su cara quedara oculta. Llevaba también una gorra negra y gafas de sol, por lo que era casi imposible distinguir sus facciones.

Echó a andar mirando por encima del hombro. Tenía que alejarse de allí con rapidez, antes de que descubrieran que se había marchado. Paul había ido al Burger King a comprar unos *Whopper* y George estaba en el baño, así que la oportunidad de huir se le presentó de un modo totalmente inesperado y no dudó en aprovecharla. La desventaja de largarse de aquel modo era que no se había podido llevar nada. Apenas tuvo tiempo de agarrar su móvil.

En fin, ya era tarde para lamentaciones. Ya pensaría en cómo recuperar su cartera al día siguiente.

Se metió la mano en el bolsillo y descubrió que llevaba un blíster de pastillas y un billete. Lo sacó. Era de cinco euros.

«Menos es nada», se dijo con optimismo mientras se internaba en el Paseo del Prado. Eran las siete de la tarde y hacía buen tiempo. A pesar de que era un día de diario, había bastante gente por la calle.

Solo había avanzado unos pasos cuando el móvil comenzó a vibrar en sus pantalones. Lo sacó y miró la pantalla.

Andrew.

¡Joder! Solo habían tardado diez minutos en descubrir su ausencia.

—No digas nada, Andrew —respondió.

—¡Que no diga nada! —gritó—. No me jodas, Mike. Vuelve al hotel ahora mismo.

—No —rechazó enérgico—. Escúchame bien. Necesito unos días para mí. Voy a casa de un amigo a desconectar.

—¿Amigo? ¿Qué amigo? No tienes ningún amigo en Madrid —exclamó con desesperación.

—Sí lo tengo.

—¿Y por qué yo no sé nada de ese amigo?

—Porque no lo sabes todo de mí, Andrew. También tengo vida privada, ¿sabes? —repuso enfadado elevando la voz.

Una señora que paseaba a un perrito se le quedó mirando.

—Mike, no puedes estar por ahí por tu cuenta. Recuerda lo que hablamos —dijo con un tono más moderado como si se hubiera dado cuenta de que gritando no iba a llegar a ningún sitio.

—Precisamente por eso me largo. Es más probable que el loco ese me encuentre si me alojo en un hotel de cinco estrellas acompañado por dos guardaespaldas que si estoy en un barrio perdido de Madrid, en casa de alguien que no tiene relación con los CFB. Además, ni siquiera sabes si todavía está en España. Es casi seguro que se tragara lo del numerito del domingo y haya vuelto a Inglaterra.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Quién es ese amigo del que hablas?

Mike guardó silencio. No quería que Andrew supiera nada de Fer. El mánager era capaz de buscar su información personal y mandar a los guardaespaldas a su casa. Fernando era un amigo de su infancia, la única persona con la que había mantenido un contacto esporádico en esos años. Siempre que hablaban por teléfono le decía que cuando regresara a España se pasaría a visitarle.

—No le conoces.

—¿No me vas a decir ni el nombre?

—No.

—Ni siquiera te has llevado dinero ni tu pasaporte ni nada.

—Ya me las apañaré.

Otro silencio. Esa vez más largo.

Mike esquivó a un grupo de turistas asiáticos que tenían copada la acera y siguió andando.

—Me lo pones muy difícil. —Un suspiro profundo acompañó a la frase —. ¿Has cogido tus ansiolíticos?

—Sí. Los llevo conmigo.

—Lláname todos los días.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Mike al escuchar el tono derrotado de la voz de Andrew.

Había ganado.

—Hecho.

—Voy a dejar que Paul y George se queden en el hotel. En caso de que los necesites, estarán ahí. Estoy seguro de que me voy a arrepentir de esto —murmuró—. Y tú, haz el favor de volver cuanto antes.

—Sí, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Joder, tenemos a Scotland Yard y a la policía española investigando lo de las cartas y a ti solo se te ocurre escaparte para revivir tu infancia.

—Me estoy quedando sin batería —dijo con aspereza.

—Qué oportuno.

Se detuvo en un semáforo junto a otros transeúntes y esperó a que se pusiera en verde. Recibió algunas miradas curiosas, aunque no creía que le hubieran reconocido; con toda seguridad se debía a su altura.

—Andrew, te voy a dejar. Mañana hablamos.

—Si tienes algún problema, vuelve al hotel, por favor. Y no llames mucho la atención.

—Que sí. Que sí. Hablamos.

Cortó la comunicación y una sensación liberadora se expandió por su cuerpo. Era la primera vez en mucho tiempo que estaba por su cuenta en la calle a plena luz del día sin ser perseguido y acosado por multitud de fans y reporteros.

Buscó el número de Fer en la agenda del móvil y le llamó mientras atravesaba la amplia calzada. Después de seis tonos saltó el buzón de voz. Volvió a intentarlo con el mismo resultado.

Era cierto que no había avisado a su amigo con antelación de que iba a estar en Madrid esos días, pero confiaba en que no fuera una de esas semanas en las que este se escapaba a Andalucía. Fer y su socio tenían un par de talleres mecánicos, uno en Madrid y otro en Jaén. El socio solía

encargarse de este último mientras que Fer se ocupaba del que tenían en Madrid, pero a veces bajaba a Jaén y pasaba allí unos días.

¿Y si no estaba en Madrid?

Si estaba fuera, tendría que recurrir a su plan B.

Un plan descabellado y lleno de insensatez.

Su plan B se llamaba Simón.

Tenía ganas de volver a verle, aunque hubiese preferido que su reencuentro fuera en otras circunstancias más favorables para él, desde luego.

Era mejor no adelantar acontecimientos. Volvería a llamar a Fer en unos minutos. Quizá no había oído el teléfono. No obstante, dado que conocía tanto la dirección de su taller como la de su piso, iría hacia allí.

Se cruzó con un grupo de escolares con uniforme que iban charlando entre ellos. Aquella imagen le trasladó a sus años de colegio. Por aquel entonces, él asistía a uno público y no usaba uniforme, pero justo frente al suyo había uno religioso cuyos alumnos sí lo llevaban. Recordaba vivamente los enfrentamientos que había entre ellos. Los niños pijos contra los niños pobres. Qué lejos quedaba todo eso...

Su móvil comenzó a vibrar.

Fer.

—Acabo de ver tus llamadas. —Escuchó la voz de su amigo.

—Eh, Fer, ¿cómo vas?

—De lujo. ¿Y tú?

—Voy camino de tu casa ahora mismo.

—¡No me jodas!

—Siempre me estás invitando, pues por fin voy a verte.

—¡Pues es una putada porque no estoy!

Mike se detuvo con brusquedad en medio de la acera.

—¿Estás en Jaén? ¡Joder!

—¡Qué va! Todavía mejor que eso. Estoy en la playita con mi chica. Resulta que mi suegro se ha comprado un apartamento en Torre vieja y hemos venido a verlo.

—Ah, pues genial...

«Joder, vaya puta casualidad».

En silencio maldijo al suegro de Fer. ¿No podía haber esperado un poco más para comprarse el apartamento?

—Volvemos el martes que viene.

¿El martes? Faltaban seis días para eso. La mente de Mike comenzó a trabajar a toda velocidad sopesando sus posibilidades.

—Qué mierda que nos hayamos cruzado así. Para una vez que vienes a España. Tenía ganas de verte en persona y no solo por la tele.

—Sí, yo también —dijo.

Vio un banco de piedra a unos metros de distancia y se dirigió a él. Tomó asiento.

—Llevábamos años sin vacaciones. La verdad es que nos ha venido bien este viaje, ¿sabes?

Al escuchar el genuino entusiasmo en la voz de Fer, Mike se sintió mal por ser tan egoísta. A veces, se le olvidaba que el mundo en el que vivía no era el mundo en el que habitaba la mayoría de las personas. Su percepción de la realidad estaba trastocada.

—Me alegro mucho de que lo estéis pasando bien —dijo con voz firme—. Y no te preocupes, que yo estaré por aquí más días. Me pasaré a verte la semana que viene.

—¡De puta madre! Qué ganas tengo de que conozcas a Marta. Siempre que le digo que Mike Allen es mi amigo, no me cree —se rio—. Va a flipar.

Mike le acompañó en su risa.

—Disfrutad de la playa.

—Gracias, tío.

Colgó el teléfono.

«¿Y ahora, ¿qué?».

Giró la cabeza y observó los alrededores. Estaba en Atocha, en pleno centro álgido de Madrid. Tenía cinco euros, un blíster de pastillas y ningún lugar adónde ir.

Al hotel no podía regresar. No después del numerito que había montado. Eso sería como admitir su derrota. Si volvía, tenía claro que no iba a tener la opción de poder dar ni un solo paso sin que George y Paul se pegasen a él como su sombra. Andrew se encargaría de eso.

El hotel, descartado.

«Plan B», le susurró una voz en su cabeza que trató de acallar.

Podía buscar una habitación en algún otro hotel, pero no tenía dinero encima. También podía contactar con Vince para que le mandara algo de pasta, ¿no? Pero ¿dónde y cómo? Esas cosas se le escapaban. Siempre tenía

a alguien que gestionaba esos asuntos por él. Normalmente, Greta o Claudia. Claro que, si contactaba con la primera, el primero en enterarse sería Andrew. Y la segunda estaba de vacaciones con su novio aprovechando que ellos estaban de gira.

Ambas, descartadas.

De pronto, una pequeña bombilla se encendió en su cerebro. ¿No tenía una aplicación en el móvil para poder efectuar pagos? Se la había instalado Claudia, aunque nunca la había usado.

Desbloqueó el teléfono y fue a las aplicaciones. Las ojeó todas, buscando la que necesitaba. De repente y sin previo aviso, la pantalla pasó a negro. Sorprendido, masculló una imprecación y pulsó el botón de encendido.

«Venga, hombre, ahora no...».

Nada.

Estaba muerto.

La mentira que le había contado hacía un rato a su mánager se acababa de convertir en realidad: se había quedado sin batería.

¡Mierda! ¿En serio?

Elevó la cara y miró al cielo. Se estaba nublando.

Aquello no podía estar pasando, no a él.

Que Mike Allen, cantante de uno de los grupos más famosos del momento, que había pagado más de cuatro millones de libras por su casa de Primrose Hill solo hacía seis meses, se encontrase en una situación semejante era algo absurdo y grotesco.

Volvió a bajar la vista al móvil y, mientras miraba la oscura pantalla como un imbécil, una risa incrédula emergió de su garganta.

Un niño en un monopatín se paró a unos metros y se quedó mirándole.

Mike alzó la mano y le saludó. Seguía riéndose tontamente.

Al cabo de unos segundos, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, meditabundo. Sabía que solo tenía que quitarse la gorra y las gafas de sol y mostrar quién era y, en unos minutos, habría encontrado suficientes personas dispuestas a pagarle una habitación de hotel. La suerte de la popularidad.

Pero no quería eso.

Solo quería pasar unos días siendo un donnadie, como cuando era un adolescente y vivía en un barrio de clase obrera de Madrid.

Suspiró.

Los cinco euros que tenía en el bolsillo no le alcanzaban ni para un bocadillo y una bebida, ¿o sí? Estaba tan desconectado del mundo real...

¡Joder!

¿Dónde cojones podía ir?

Había roto la relación con todo el mundo cuando se fue a vivir con su padre. Y la parte materna de su familia quedaba descartada. Tenía un par de tíos, hermanos de su madre, pero hacía años que no sabía nada de ellos ni cómo localizarlos, y aunque lo supiera jamás los contactaría.

Estaba claro que todos los planetas y constelaciones del universo se habían alineado para que no tuviera más opción que elegir el Plan B.

Se incorporó al tiempo que se pasaba las manos por el pelo. Una sonrisa algo canalla curvó sus labios.

Simón.

Tenía ganas de volver a verle, eso era cierto, pero acudir a él en esas circunstancias era una completa locura, una insensatez.

«¿Acaso no eres un insensato?».

No podía hacer algo así. Simón era un completo desconocido.

Por otro lado, estaba desesperado.

«Es un fan de los CFB», le dijo de nuevo esa machacona vocecita.

Se frotó el mentón, indeciso.

Había anotado sus datos en el móvil. Y se acordaba del nombre de la calle porque le resultó gracioso.

Calle Pradillo, 1.

El piso no lo recordaba, pero eso era lo de menos. ¿Dónde estaba la calle esa? ¿Cerca? ¿Lejos?

Su mirada se dirigió hacia la estación de Atocha. Allí dentro tenía que haber una oficina de información, ¿no? Echó a andar en dirección al icónico edificio con su estructura de hierro laminado y forma ovalada.

Todavía no estaba demasiado convencido de que aquella fuera la decisión correcta.

Pero no se le ocurría ninguna opción mejor si quería preservar su anonimato.

Sorpresa en casa

Surprise at home

Llovía a cántaros.

Simón había tenido que dejar la bicicleta —con la que solía ir a trabajar— en la academia y coger un taxi para volver a casa. Al menos, tenía paraguas, cosa que agradeció cuando se bajó del vehículo. El taxi no había podido acercarle hasta su casa porque había un camión obstaculizando la entrada de su calle. Echó a correr los cien metros que le separaban de su edificio, sorteando los charcos en los que se reflejaban las luces de las farolas. La lluvia le empapó los pantalones.

Había amanecido un día precioso. Era un fastidio que se hubiese estropeado así.

Estaba a punto de alcanzar su portal cuando vio una sombra oscura justo delante. Era un hombre que estaba sentado en el escalón de la entrada. La marquesina del balcón del primer piso a duras penas le resguardaba de la lluvia torrencial.

«Un mendigo. Pobrecillo, con el mal tiempo que hace», pensó.

Sacó la llave de su mochila y se dispuso a abrir la puerta.

—¿Simón?

La voz le resultó familiar. Giró la cabeza y le dirigió una ojeada confundida al tipo, que alzó la barbilla y le miró a los ojos.

Se le cayeron las llaves al suelo al reconocerle.

Aquello no podía ser cierto. Bajo ningún concepto eso podía estar sucediendo en realidad. Sin embargo, esa cara pálida con la estrella tatuada y esos ojos azules solo podían pertenecer a una persona.

—Eres... tú..., tú... eres... —tartamudeó anonadado—. ¿Mike Allen? Qué... qué... ¿Cómo? ¿Qué haces aquí?

Pestañeó varias veces antes de agacharse y palpar el suelo hasta dar con sus llaves, sin quitar la vista de Mike. Instintivamente, alargó el brazo y le cubrió con el paraguas sin pronunciar palabra.

Mike tenía la sensación de llevar horas allí sentado, esperando. Había llegado hacía bastante y, después de llamar a todos los timbres tratando de localizar el piso correcto, una mujer muy amable le informó de que Simón vivía en el quinto derecha. Pulsó aquel botón con insistencia, pero nadie contestó, así que esperó con paciencia.

Estaba calado hasta los huesos y aterido de frío. Se quedó mirando a Simón en silencio. Nunca se había alegrado tanto de ver a alguien. No podía hablar porque le castañeteaban los dientes, así que le sonrió.

Simón contuvo la respiración al ver esa sonrisa.

¡Dios santo!

Bum bum bum...

—Está..., está lloviendo —dijo con la voz entrecortada, constatando lo evidente—. Será mejor que entremos.

Mike intentó levantarse, pero tenía el cuerpo tan entumecido que le fallaron las piernas. Soltó un exabrupto. Notó que Simón le agarraba del brazo y le ayudaba a incorporarse. Le miró de reojo tratando de leer en su rostro lo que se le pudiera estar pasando por la cabeza, pero la oscuridad se lo impidió.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Sonaba preocupado.

—No sé qué hora es —respondió mientras se apoyaba contra la pared. Arrugó la nariz al sentir un desagradable hormigueo en el pie; se le había dormido.

—Son las diez de la noche —dijo Simón, abriendo la puerta.

Cerró el paraguas al tiempo que encendía la luz. Y fue directo al ascensor. Pulsó el botón y se giró.

—Entonces, una hora o así —repuso Mike, mirando a su alrededor.

El portal era cualquier cosa menos moderno. Las paredes y el suelo eran de mármol anaranjado y una lámpara con forma de farol pendía de una cadena de bronce del techo.

—¿Por qué no me has esperado en la cafetería que hay enfrente?

La voz de Simón, cargada de curiosidad, le hizo girarse.

—No tenía dinero —repuso, encogiéndose de hombros.

Se había gastado cuatro euros con cincuenta en un sándwich de jamón y una lata de Coca Cola que había comprado en una tiendecita que encontró por el camino. No tenía demasiada hambre, pero se vio obligado a buscar cobijo cuando comenzó a diluviar. Solo pudo quedarse un cuarto de hora

dentro porque la empleada, una mujer de edad avanzada que no tenía ni puñetera idea de quien era él, empezó a mirarle con mala cara. Finalmente, tuvo que largarse y enfrentarse a la lluvia.

Simón le estudió con estupefacción. Estaba tan confuso que todavía no sabía ni qué decir. Sus ojos le recorrieron de arriba abajo. Se cubría la cabeza con una gorra y llevaba unos vaqueros ajustados negros, unas zapatillas de cordones también negras y una cazadora vaquera azul. Todas y cada una de las prendas parecían empapadas. Estaba demasiado pálido y le temblaban los labios.

Cuando llegó el ascensor le sostuvo la puerta para que entrase y subió detrás de él. Pulsó el quinto piso. Sus brazos se rozaron, pero la cabina era tan estrecha que no había opción de poder alejarse ni un paso. Mantuvo la vista apartada.

Mike le observó a hurtadillas. La situación era peculiar y algo incómoda. Por el momento, Simón no le había pedido ningún tipo de explicación; se había limitado a acogerle e invitarle a su casa, como si algo semejante le sucediera todos los días. Le escrutó en silencio, de reojo. Llevaba unos pantalones oscuros de corte clásico y una camisa verde de manga larga. Tenía el cabello alborotado, sin duda debido al viento y a la lluvia. Parecía muy diferente al hombre que recordaba del concierto, el de los vaqueros, la camiseta ajustada y la chupa de cuero.

El ascensor se detuvo con una sacudida y ambos salieron a un descansillo con poca iluminación. Había solo dos viviendas en la planta.

Simón abrió la puerta de la derecha y le invitó a pasar con un ademán mientras accionaba un interruptor que había en la pared. La luz iluminó todo el piso. No tenía divisiones. Todos los espacios estaban conectados, a excepción del baño que debía de hallarse detrás de la puerta blanca que había al fondo. A la entrada estaba la zona del salón, seguida por la cocina y el comedor y, detrás de un tabique acristalado, estaba el dormitorio.

Y nada más.

Los ojos de Mike recorrieron la estancia de un lado a otro. El suelo era de mosaico hidráulico con un patrón geométrico en tonos grisáceos muy acorde al diseño de los muebles, que estaban a caballo entre lo moderno y lo clásico. La pared izquierda y la del fondo eran de cristal, y al otro lado se podían ver las siluetas de algunas plantas. Era una terraza que rodeaba casi todo el piso.

El apartamento entero habría cabido en la cocina de su casa.

Mientras aquella idea acudía a su cabeza, un escalofrío le recorrió la espalda y el temblor de sus manos se acentuó.

—Ven. Sígueme.

Simón dejó la mochila en el suelo y se dirigió al baño. Abrió la puerta, encendió la luz y sacó una toalla de una estantería. Se la tendió.

—Sécate.

—Gracias.

—¿Te traigo algo de ropa seca? —preguntó.

Mike le sonrió al tiempo que asentía.

Simón fue a su armario y rebuscó en los cajones. Tenía la mente hecha un lío y llena de interrogantes. ¿Qué hacía Mike allí? ¿Por qué había ido a buscarle? ¿Por qué no tenía dinero? Era todo bastante confuso. Encontró un pantalón de chándal y una camiseta. Luego se detuvo con la mano en el tirador del cajón de la ropa interior. Cerró los ojos al notar cómo el ardor acudía a sus mejillas. ¿Tan vergonzoso le resultaba prestarle unos calzoncillos a Mike Allen?

Sí. Era terriblemente embarazoso. Era muy celoso de su intimidad y ni siquiera recordaba haberle prestado jamás ropa interior a ninguno de sus amigos más cercanos.

Rechinando los dientes, metió la mano en el cajón y, sin mirar, agarró lo primero que encontró y regresó al baño.

Mike no se había molestado en cerrar la puerta. Se había quitado la gorra, la cazadora vaquera y la camiseta y lo había echado todo a la bañera, que era una de esas exentas con patas de hierro y grifería exterior a juego. Estaba desabrochándose los vaqueros cuando llegó Simón, que se detuvo en la entrada al ver que estaba medio desnudo.

—Puedes ponerte esto. —Le dio la ropa—. Y... dúchate si quieres. Tienes que estar congelado.

—Muchas gracias.

—Voy a preparar café para que entres en calor... —dijo, dándose la vuelta, pero se detuvo, indeciso—. ¿Bebes café o prefieres otra cosa?

—Lo que más te guste a ti —murmuró, abrumado por tanta amabilidad.

De repente, no se encontraba nada a gusto en su piel y se vio en la necesidad de explicar su situación.

—Estarás preguntándote que qué narices hago aquí y por qué me he presentado de esta manera... —comenzó con cierta timidez, poco habitual en él.

—Luego hablamos. Ahora quítate esa ropa mojada antes de que cojas un resfriado.

Y Simón se marchó, dejándole solo.

Mike se quedó inmóvil durante unos instantes antes de cerrar la puerta. Sabía que había puesto a Simón en un compromiso. No le había dejado otra opción más que acogerle en su casa. Un suave pinchazo de culpabilidad se deslizó dentro de él, pero lo ahuyentó agitando la cabeza.

Se miró al espejo que había sobre el lavabo. Estaba demasiado pálido. Necesitaba entrar en calor cuanto antes.

Se desnudó y accedió a la pequeña cabina de cristal. Mientras el agua caliente caía sobre él, pensó que nunca antes una ducha le había sentado tan bien. Poco a poco, el entumecimiento que se había instalado en cada centímetro de su cuerpo fue desapareciendo. Se quedó más tiempo del necesario debajo del chorro de agua. Le costó cerrar el grifo.

Se secó con rapidez y se envolvió el pelo con la toalla. Simón le había llevado un pantalón de chándal negro y una camiseta blanca. Se los llevó a la nariz y los olfateó. Olían a suavizante. Una sonrisa apareció en su cara al coger los calzoncillos que había debajo. Eran de cuadros, de tipo bóxer, amplios. No eran de su estilo, pero servirían. Él solía usar *trunks*. La sonrisa se hizo más amplia al recordar el azoramiento que había mostrado Simón al tenderle la ropa. Por enésima vez se preguntó cómo era posible que alguien de su edad fuese tan tímido.

Antes de abandonar el baño, cogió toda su ropa empapada y se la puso debajo del brazo.

Simón estaba frente a la encimera de la cocina. Se había cambiado de ropa y llevaba unos pantalones cortos y una camiseta azul. Iba descalzo, como él mismo. Estaba sirviendo café de una típica cafetera metálica italiana en dos tazas.

A Mike aquella imagen le recordó a su infancia, cuando vivía en esa sombría callejuela del sur de Madrid, en el diminuto piso de cuarenta metros cuadrados con su madre. Ella tenía una cafetera similar. Se acordaba del olor a café recién hecho que flotaba en el ambiente del pequeño apartamento todas las mañanas.

Uno de los pocos recuerdos felices que tenía de entonces.

Simón se detuvo brevemente y vaciló. No sabía cómo le gustaba el café a Mike. Quizá lo quisiera con leche. Dejó la cafetera y se frotó la frente. Seguía aturdido. Se había cambiado de ropa y había preparado el café como un autómata, sin detenerse a pensar demasiado en el hecho de que una estrella de fama mundial se estuviese duchando en su baño a escasos diez metros de distancia. Era surrealista.

—Lo tomo solo.

La voz de Mike, a su espalda, le sobresaltó. No lo había esperado y dio un respingo. Su mano chocó contra una de las tazas.

—Cuidado —exclamó Mike, frenando la taza con la mano antes de que esta pudiese deslizarse hasta el suelo.

Simón se dio la vuelta y se encaró con él. Estaba demasiado cerca. La diferencia de alturas le obligó a alzar la barbilla para poder mirarle de frente. Ya no estaba tan pálido como antes; tenía mejor aspecto. Y era tan jodidamente perfecto que resultaba difícil apartar la vista.

Dio un paso a un lado y rompió el contacto.

—¿Azúcar? —preguntó.

—Sí. Una cucharada. Eh... Mi ropa está mojada. —Levantó el bulto que llevaba en la mano—. No sé dónde...

—Dámela —le interrumpió, cogiéndola—. Ahí tienes el azúcar. Sírrete tú mismo.

Se llevó la ropa al cuartito de la lavadora, que estaba en un extremo de la terraza acristalada, y la metió dentro. Echó detergente y suavizante y la puso en un programa corto.

—*Holy cow!*¹¹ ¡Esto es como un invernadero!

Simón se dio la vuelta. Mike se hallaba junto a la puerta. Tenía la taza de café en la mano y una expresión asombrada en la cara mientras contemplaba todas sus plantas.

—Sí, eh..., me gustan las plantas... —repuso. Tuvo que alzar la voz para que el sonido de la lluvia contra el techo de cristal no la ahogara.

—Es una pasada. Y seguro que te lleva mucho tiempo cuidarlas. Yo no tengo plantas. Paso poco tiempo en casa. Hay un jardín en la parte trasera, pero tengo un jardinero que...

Un trueno resonó por encima de ellos, interrumpiéndole.

—Vaya tiempo de mierda —murmuró, dándose la vuelta y regresando al interior—. Oh, ¿tienes un animal?

Simón, que le había seguido, cerró la puerta de la terraza y volteó la cabeza. Miró en la dirección que señalaba, hacia el comedero de Rico.

—Sí, tengo un gato.

—¿Dónde está? —preguntó con mucha curiosidad.

—Escondido —dijo, encogiéndose de hombros.

Rico era muy suyo y no estaba acostumbrado a las visitas. Cuando venía alguien extraño, se escondía debajo de la cama. Solo admitía a Paola.

Cogió su taza de café de la encimera y se dirigió al sofá. Se sentó y le dio un sorbo. Estaba realmente bueno. Si bien no hacía frío, era agradable tomarse una taza de café caliente con un tiempo tan feo en el exterior.

Mike se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Tenía un aspecto exótico con esa piel tan blanca y delicada, la toalla enrollada en la cabeza a modo de turbante y la postura de la flor de loto.

Simón sabía que había llegado el momento de hacer preguntas. Dejó la taza sobre la mesa y carraspeó, pero antes de poder abrir la boca, fue interrumpido.

—¿Recibiste la cazadora?

—Sí, sí... Muchas gracias.

—¿Y mi disculpa?

—Eh..., también —respondió. Se mordió la lengua, aunque en realidad hubiera deseado preguntarle si la había escrito él en persona.

Como si le hubiese leído el pensamiento llegó la frase de Mike.

—La escribí yo personalmente.

—Oh, bien...

Simón volvió a darle un trago a su café y apartó la vista. No pudo contener el pequeño aguijonazo de satisfacción que se alojó en su estómago.

Mike le observó a hurtadillas. A pesar de que lo que más le atraía de Simón era su serenidad, era un poco desesperante que fuese tan callado y retraído, ya que era imposible saber qué pensaba.

—Me disculpo también en persona. Reconozco que me pasé, es solo que... —titubeó.

¿Cómo podía decirle que le había resultado fascinante y encantador su modo de sonrojarse en los aseos y que había querido sacarle los colores de

nuevo? En cierta medida, se sintió especial sabiendo que tenía el poder de afectar tanto a alguien. Era consciente de que su presencia apabullaba a muchas personas, no en vano era quién era. Lo tenía asumido como algo natural, pero lo de Simón fue diferente.

Por primera vez, algo así... le importó.

No. Eso no podía decírselo.

—Fue una broma —dijo al fin—. Una broma tonta. Y espero que me disculpes. También me disculpé en público, en una rueda de prensa —añadió.

—Lo vi.

—¿Te enfadaste mucho conmigo? —inquirió, jugueteando con su taza.

Simón bajó los párpados. No podía decirle que sí, que le había molestado bastante y que le había maldecido en silencio durante todo el tiempo que duró la jodida canción. Que, en cierto sentido, se sintió traicionado.

—No. Se me pasó pronto —respondió.

Después de eso hubo un largo silencio que Mike terminó interrumpiendo.

—Seguro que quieres saber qué hago aquí.

Simón asintió.

Mike valoró la idea de hablarle del acosador, pero finalmente decidió no hacerlo. No quería que Simón se sintiera alarmado.

—Quería pasar unos días en Madrid de incógnito, como si fueran unas vacaciones. Pero mi mánager es un tirano y me ha dejado dos guardaespaldas que me siguen hasta cuando voy al baño —suspiró—. Apenas puedo salir de la habitación del hotel y cuando lo hago, los llevo detrás como si fueran mi sombra. Así que hoy me he escapado cuando se han despistado. Tenía planeado ir a casa de un amigo, pero resulta que no está. La puta casualidad ha querido que mi móvil se muriese. No tenía dinero y no quería volver al hotel. No conozco a nadie más en Madrid y recordaba tu dirección. He venido y he probado suerte llamando a todos los timbres hasta que alguien me ha dicho cuál era tu piso. —Una mueca abochornada apareció en su rostro, pero desapareció con rapidez—. Como no estabas, te he esperado en la puerta... Y eso es todo. —Le dio un par de vueltas entre las manos a su taza de café—. Por cierto, ¿tienes un cargador de móvil?

—Sí, espera —respondió Simón.

Se levantó y fue a la estantería. Abrió un cajón y sacó un cargador. Había escuchado la escueta y algo descabellada explicación de Mike con la sensación de que este había callado cierta información importante. Tenía muchas preguntas, pero era muy prudente con ciertas cosas y prefería no entrometerse si no era necesario. Si Mike no quería contarle nada más, no iba a insistir.

—¿Te sirve este? —Se acercó y se lo dio.

—Creo que sí. Voy a buscar mi móvil. Lo he dejado en el baño.

Simón le vio ponerse de pie y admiró su forma de moverse como ya había hecho en el concierto. Ni siquiera la ropa que le había dejado y que le quedaba un tanto ancha podía ocultar la fluidez de sus movimientos.

—Uf, tengo un montón de llamadas perdidas y de mensajes, pero paso —resopló Mike cuando regresó a su lado—. Lo he puesto en silencio.

—Supongo que no es fácil para ti desaparecer.

—Es imposible —masculló mientras se desenroscaba la toalla de la cabeza. Su melena húmeda y desordenada le cayó sobre un hombro. Le llegaba hasta más abajo del pecho.

Simón se le quedó mirando con cierta vacilación. Se le acababa de ocurrir una idea algo insensata y descabellada.

—¿Quieres... quedarte a dormir?

La pregunta le salió de un modo espontáneo y nada más formularla se arrepintió de haberlo hecho, pero ya no había marcha atrás.

Mike se había acercado a la puerta de la terraza y había comenzado a secarse el pelo, pero al escucharle se giró. Como había podido percibir en el tono de su voz, Simón se mostraba nervioso y evitaba mirarle directamente.

—Si me dejas quedarme —musitó—. No depende de mí...

Hubo un largo silencio.

—Quédate —dijo Simón al fin. Seguía sin mirarle—. ¿Necesitas un secador? —Cambió de tema con rapidez.

—Sí, por favor.

—Hay uno en el mueble debajo del lavabo.

—Gracias. Ahora vuelvo.

—¿Quieres comer algo? Puedo pedir comida —ofreció—. No contaba con tener visita y no tengo mucho que ofrecer. Yo ya he comido algo antes de venir.

—No tengo hambre. Con el café es suficiente —rechazó con un gesto antes de desaparecer en el baño.

Poco después, el sonido del secador rompía la quietud del ambiente. Simón aprovechó que se encontraba solo para meditar sobre la situación. Cuando Mike estaba cerca le resultaba muy complicado.

«Bueno, entonces se va a quedar a dormir aquí esta noche. Es raro, pero tampoco pasa nada. Míralo desde el punto de vista de que estás ayudando a alguien necesitado. Aunque tú no hayas pasado por esto antes, sucede cientos de veces que un amigo se queda a dormir en casa de otro amigo».

Soltó un gemido ahogado y hundió la cabeza en los hombros. ¿A quién pretendía engañar? Mike y él no eran amigos y se sentía muy incómodo en su presencia.

No importaba cuantas veces pudiera coincidir con él, estaba claro que dos personas tan dispares no iban a encajar nunca. Alguien como Mike, que irradiaba carisma y cuya mera presencia eclipsaba al resto de los simples mortales, jamás perdería ni un solo segundo en estrechar vínculos con alguien tan anodino y tranquilo como Simón. Y él tampoco quería intimar con una persona como Mike. Destacaba demasiado y su personalidad le hacía sentirse apabullado.

Lanzó una mirada soslayada hacia el dormitorio y pudo vislumbrar la silueta de Rico bajo la cama.

A él también le habría gustado esconderse.

El sonido del secador cesó.

Mike no tardó en aparecer de nuevo en el salón. Su cabello rubio le envolvía. Era como una aparición.

Simón notó cómo todo su cuerpo se tensaba. Una maldición silenciosa acudió a su cerebro. Odiaba perder los papeles de aquel modo. A él le gustaban las mujeres, entonces, ¿por qué reaccionaba así con Mike?

Quizá porque era bello como una mujer...

Sin embargo, no se podía negar que también era muy masculino.

¡Joder, se sentía confuso!

—Tus calzoncillos son cómodos. No suelo llevarlos de este tipo, pero reconozco que son cómodos —dijo Mike, acercándose.

Simón carraspeó y apartó la vista.

—¿No te gusta hablar de estas cosas o soy yo el que te pone nervioso?

—Eres tú —admitió a regañadientes.

—¿Por qué? Soy una persona corriente —suspiró con resignación, tomando asiento en el suelo—. Al menos me gustaría que me trataras como a un tipo normal y no como a una estrella.

*Shining Star*¹².

Esas dos palabras acudieron veloces a la mente de Simón mientras le miraba por el rabillo del ojo. Eso era Mike. Una estrella brillante. Y era difícil pensar en él de otra manera.

—¿Quieres otro café? —preguntó para salir del paso.

—Sí, gracias.

Simón se levantó y cogió las dos tazas. Se acercó a la encimera y volvió a llenarlas. Le puso una cucharada de azúcar a la de Mike y regresó. Las dejó sobre la mesa.

—Me gusta tu piso —dijo este.

—Es pequeño, pero es suficiente para mí. No necesito más.

—¿A qué te dedicas?

—A nada glamuroso. Soy profesor de idiomas. Mi familia tiene una academia. Doy clases de alemán e inglés.

—Oh, genial... —musitó Mike y esbozó una breve sonrisa que ocultó detrás de su taza de café. No pudo evitar visualizarle con unas gafas de pasta delante de una pizarra.

Qué imagen más sugerente...

—Me sorprende que te estés tomando esta situación con tanta calma —continuó.

—Con sinceridad, todavía estoy tratando de asimilar que estás en mi casa, usando mi ropa, bebiéndote mi café y que, en breve, te vas a acostar en mi cama.

Mike entornó los ojos al escuchar aquello. Estaba seguro de que la intención de Simón había sido completamente inocente al decir lo de *te vas a acostar en mi cama*, pero había sonado de un modo que le había hecho imaginarse ciertas cosas poco apropiadas.

—Me conformo con el sofá —dijo.

—No, mejor la cama. Yo madrugo mucho y no quiero molestarte. Prefiero dormir en el sofá. Es muy cómodo, así que no te preocupes.

—Me siento fatal —repuso Mike. Lanzó una ojeada hacia el dormitorio—. ¿Y si compartimos la cama? Parece lo suficientemente grande para los

dos.

Su propuesta recibió una respuesta rápida y directa por parte de Simón.

—No.

El monosílabo llegó como un disparo potente, acompañado por una mirada disgustada.

Mike bajó la vista y arrugó el ceño. Sentía que había metido la pata.

Después de aquello el ambiente se cargó de tensión y un incómodo silencio sobrevoló la estancia. Los segundos se convirtieron en minutos y el tiempo se ralentizó. Solo se escuchaba el ruido de la lluvia golpeando contra los cristales. Cuando, poco después, Simón propuso que se fueran a la cama con voz monótona, Mike aceptó de buena gana. Llevó su taza a la cocina y la metió al lavaplatos. Luego se encerró en el baño. No tenía cepillo de dientes, pero se enjuagó la boca con algo de dentífrico. Eso serviría.

Se contempló largo rato en el espejo, recriminándose en silencio su torpeza anterior. No todo el mundo aceptaba su carácter desenfadado con facilidad. No sabía qué mosca le había picado para decir algo semejante. Eran dos desconocidos que apenas sabían nada el uno del otro. No había confianza entre ellos. ¿Qué había esperado? ¿Que se sintiera halagado por su proposición? Estaba acostumbrado a que sus seguidores fueran tras él como las polillas a la luz, pero Simón era del todo diferente.

Se tenía bien merecido que le hubiese parado los pies de ese modo.

¡Qué imbécil era!

Abandonó el baño para encontrarse con que Simón acababa de terminar de hacerle la cama. Su incomodidad se hizo mayor todavía.

—Eh... muchas gracias... —dijo en voz queda.

Simón murmuró algo similar a un *no es nada* antes de pasar por su lado y encerrarse en el baño.

Mike se quedó un buen rato con la vista clavada sobre la puerta cerrada, indeciso. ¿Debía disculparse? No. Era mejor no darle demasiada importancia. A fin de cuentas, era una tontería. Si a la mañana siguiente Simón seguía molesto, se disculparía, decidió.

Terminó por quitarse los pantalones y la camiseta y se acostó. La cama era muy cómoda y las sábanas olían al mismo suavizante que la ropa. Bostezó. Estaba agotado. No fue realmente consciente de lo cansado que estaba hasta que apoyó la cabeza en la almohada. Notaba los párpados muy

pesados. Cuando escuchó cómo la puerta del baño se abría, estaba a punto de quedarse dormido.

Simón anduvo de puntillas al darse cuenta de que Mike ya estaba en la cama. Apagó casi todas las luces, dejando encendida una pequeña lámpara que había sobre la mesita de la entrada. Lo hizo por deferencia hacia Mike, para que, en caso de levantarse por la noche, no tropezase con ningún objeto. Luego se tumbó en el sofá. Había puesto una sábana encima y cogido una colcha fina con la que arroparse. Ahuecó el cojín que le iba a servir de almohada y, una vez que se hubo acomodado, se permitió el lujo de dirigir la mirada hacia la zona del dormitorio.

Podía distinguir la silueta de la cama y de su ocupante a través del tabique de cristal. A pesar de que la iluminación era escasa, la cabellera rubia de Mike resaltaba en la oscuridad.

¿Y si compartimos la cama?

Apretó los puños al recordarlo, abochornado. Sorprendido por su propia reacción a esa pregunta, había ladrado un *no* más que agresivo por respuesta.

Se había arrepentido nada más hacerlo. Probablemente, aquella propuesta había sido hecha sin segundas intenciones. Mike era un tío sociable y abierto que no vería nada malo en compartir la cama con otro hombre. Con toda seguridad, lo habría hecho cientos de veces con sus compañeros de grupo en las giras. Era él, Simón, el que lo había malinterpretado y había reaccionado de un modo violento, como si le hubiese preguntado que si quería echar un polvo.

¡Qué imbécil era!

Si a la mañana siguiente Mike seguía molesto, se disculparía, decidió.

Se dio media vuelta y cerró los ojos, aunque sabía que le iba a costar conciliar el sueño. Todavía no terminaba de creerse lo que le estaba sucediendo.

Mike Allen durmiendo en su cama...

La primera mañana

First morning

La alarma de su móvil le despertó a las siete y cuarto, como todas las mañanas. Simón tenía el sueño ligero y, en cuanto la escuchó, alargó el brazo y la apagó con rapidez sin dejar que sonara más de dos segundos.

Todavía no había amanecido del todo y, aunque algunos vestigios de claridad comenzaban a mostrarse en el cielo, las sombras reinaban en el piso.

Se levantó, estirándose y desentumeciendo los músculos de la espalda. El sofá era cómodo, pero no tanto como su cama.

Su cama.

Sus ojos fueron hasta allí. Y sus pasos también. Se detuvo al otro lado del tabique de cristal y se quedó inmóvil contemplando a Mike, que dormía boca arriba con los brazos flexionados sobre la almohada. Había apartado la sábana y su cuerpo semidesnudo quedaba a la vista.

No había sido un sueño.

Mike Allen estaba en su cama.

Tenía las extremidades largas y estaba muy delgado. Su piel presentaba una tonalidad pálida y no tenía vello ni en el pecho ni en los brazos ni en las piernas. O si lo tenía, era tan claro que no se apreciaba.

Dormido, parecía más joven, casi un adolescente. Sus facciones, que de por sí eran delicadas, se suavizaban todavía más confiriéndole un aspecto inocente y virginal. Y con el pelo rubio arremolinado en torno a su cabeza parecía un ángel.

La mirada de Simón, inintencionadamente, se posó sobre el bulto que destacaba en los calzoncillos de cuadros que le había prestado.

De ángel nada. Era todo un hombre.

Se giró con brusquedad, azorado, y se fue a la cocina a preparar el café. Lo hizo tratando de no hacer ruido. Luego se fue al baño sin dirigir ni una

sola ojeada en dirección al dormitorio. Necesitaba una ducha para despejarse.

Fue el sonido del agua corriendo lo que despertó a Mike. Solía dormir profundamente, pero esa noche no fue así, quizá porque había olvidado tomar el Ativan. Pestañeó unas cuantas veces hasta que su visión se aclaró. Resopló al darse cuenta de que todavía no había terminado de salir el sol. Alargó el brazo y cogió su móvil. Eran las siete y media de la mañana. Demasiado pronto. Se dio media vuelta y enterró la cara en la almohada, dispuesto a dormirse de nuevo.

Solo un minuto después se dio cuenta de que era inútil.

Estaba más que despierto.

Sus pensamientos volaron hacia el dueño del piso. A las cuatro de la mañana, la última vez que se había desvelado, se levantó y deambuló por la casa, acercándose al sofá donde este dormía. Y le observó a la tenue luz de la lamparita.

Se había tapado con una fina colcha y solo su cabeza, sus brazos y la parte superior de su pecho, enfundado en una camiseta, eran visibles. Tenía las manos cruzadas sobre el torso y Mike se fijó en que eran morenas y fuertes, muy diferentes a las suyas, que eran mucho más pálidas, de dedos largos y delgados. Sus antebrazos nervudos estaban cubiertos por una moderada cantidad de vello negro. La sombra de una barba oscurecía su mentón y tenía las cejas gruesas y rectas. Finas líneas se marcaban en su frente y en su entrecejo, como si acostumbrara a llevar ambos fruncidos por las preocupaciones.

Tuvo que reprimir el impulso de acercar la mano y alisárselos.

Había vuelto a la cama con una extraña sensación en la punta de los dedos que persistió hasta que volvió a quedarse dormido.

La puerta del baño se abrió con lentitud y la silueta de Simón se recortó en el umbral. Mike cerró los ojos, fingiendo dormir, y le espió a través de las pestañas. Solo llevaba puestos los pantalones cortos de la noche anterior, y su ancha y musculosa espalda se mostraba en todo su esplendor. Algunos mechones de pelo húmedo se enroscaban en su nuca.

Ya se había dado cuenta de que Simón era un hombre muy varonil, de esos que en un primer momento solían pasar desapercibidos, pero que a la larga, uno no podía dejar de mirar. Precisamente eso le estaba sucediendo a

él en ese instante, que no podía apartar la mirada. Le siguió con los ojos con mucho interés mientras se movía por la estancia de puntillas.

Ajeno a que estaba siendo escrutado, Simón retiró la cafetera del fuego, sacó un paquete de pan de molde del armario y metió un par de rebanadas en la tostadora. Mientras esperaba a que el pan se tostara, cogió una taza y se sirvió el café.

La ducha le había sentado bien. Había alternado agua fría y caliente y eso le sirvió para aclarar sus confusas ideas. La llegada de Mike a su piso había supuesto una alteración con la que no había contado, pero eso era todo: una breve distracción en su monótona vida, una experiencia diferente que estaba a punto de acabar.

Aquel día, sin duda, Mike se iría y él volvería a su rutina.

No tenía que darle demasiada importancia a lo sucedido. Qué más daba si Mike se había sentido ofendido por su actitud de la noche anterior. A fin de cuentas, no iban a volver a verse jamás.

—Buenos días.

La voz ronca y adormilada a solo unos centímetros de distancia le sobresaltó, al igual que había sucedido la noche anterior. Al menos, en aquella ocasión, no tenía nada en las manos que pudiera tirar al suelo. Todavía no se había recuperado de la sorpresa, cuando sintió el cuerpo delgado de Mike pegado a su espalda y su cara apareció por encima de su hombro.

—¡Qué bien huele a café! —exclamó este con deleite olisqueando el aire.

Y se apartó.

Ni siquiera había sido un segundo, pero el vello de la nuca de Simón se erizó.

—Buenos días —dijo, girándose.

Sus traidores ojos se percataron al instante de que Mike todavía no se había deshecho de su erección matutina. Se puso nervioso y apartó la vista con rapidez, pero ya era tarde. Mike se había dado cuenta. Una sonrisa lenta y amplia se dibujó en su boca al tiempo que enarcaba ambas cejas.

—Voy al baño —dijo, y en su voz había un tono irónico.

Simón se dio la vuelta y, con expresión pétrea, sirvió café en otra taza y puso una cucharada de azúcar en ella. Mecánicamente, introdujo un par de

rebanadas más en la tostadora mientras se preguntaba cómo narices era posible que alguien que acababa de levantarse tuviera tan buen aspecto.

Los primeros rayos de sol comenzaban a bañar el piso en luz dorada y él aprovechó para salir a la terraza y abrir una de las ventanas. El olor a tierra mojada le penetró en las fosas nasales. Le dio un sorbo a su café y se pellizcó el puente de la nariz, meditabundo.

Tenía los nervios a flor de piel, pero se negaba a analizar el porqué.

—Muchas gracias por el café —dijo Mike, uniéndose a él.

Simón le miró de reojo. Se había puesto la camiseta que le prestó la noche anterior, aunque había prescindido de los pantalones. Una fina capa de vello rubio cubría sus piernas y tenía los pies largos y delgados.

—Sin problema —contestó con sequedad.

—¡Qué maravilla poder desayunar aquí! —exclamó Mike mientras echaba un vistazo a su alrededor—. Se respira paz.

Se acercó a una mesa de forja y cristal que había en un extremo y se sentó en uno de los butacones. Se cruzó de piernas y echó la cabeza hacia atrás.

Lo que acababa de decir era completamente cierto. No solo el dueño de la casa era capaz de proporcionarle serenidad, como ya comprobó en el concierto, el piso mismo era tan acogedor que invitaba a relajarse. Suspiró con deleite. Necesitaba algo así.

—Me encanta esto —musitó como hablando consigo mismo.

No recibió ningún tipo de respuesta o reacción.

Se giró y contempló a Simón, que estaba muy serio y agarraba la taza como si le fuera la vida en ello. Era muy patente que se sentía incómodo.

Bajó los párpados, bastante confundido. Simón era como un libro cerrado o, mejor dicho, como un libro que se abría con lentitud para volver a cerrarse de golpe. Era muy consciente de que a veces le miraba con verdadero interés y se mostraba muy amable. Pero otras veces, le hablaba con tanta frialdad y rudeza que era muy difícil saber cuál era la opinión que tenía de él. Y eso le hacía sentirse inseguro, algo poco habitual en él.

Había creído que, al ser un seguidor suyo, estaría encantado de recibirle en su casa.

Pero no.

—¿Cómo quieres tus tostadas? —preguntó Simón de pronto—. Tengo mantequilla y mermelada. También tengo aceite. No sé lo que acostumbras

a desayunar.

—Oh, cualquier cosa está bien. Lo que desayunes tú —dijo con sorpresa. No había esperado la pregunta.

—Si te gusta la terraza, podemos desayunar aquí —propuso en voz baja con suma seriedad.

—Sí. Eso sería genial. Te ayudo a...

—No. —Le detuvo con un gesto—. Quédate aquí. Yo lo hago.

Simón accedió al interior y se dirigió a la cocina. Tenía sentimientos encontrados. Había podido escuchar el anhelo que vibraba en la voz de Mike cuando dijo que le encantaba el ambiente. Tenía la sensación de que estaba siendo completamente sincero y eso, de algún modo, le llenó de satisfacción, pero la timidez le impidió mostrar sus verdaderos sentimientos y se refugió en el socorrido ofrecimiento de las tostadas.

No tenía muy claro por qué, pero quería que Mike se encontrase a gusto en su piso.

Era una completa locura.

Regresó a la terraza con una bandeja en la que puso unos platos con las tostadas, la mantequilla, la mermelada y unas servilletas, y tomó asiento en el butacón que había al lado del de Mike. No tuvo tiempo de decirle ni una palabra porque, en ese momento, Rico hizo finalmente su aparición. Llegó restregándose contra la puerta, atrayendo la atención de ambos.

Mike abrió la boca y se quedó mirando al gato, maravillado. Se agachó e intentó tocarlo, pero este refuló.

—¡Qué pasada! Parece de algodón.

—Le cuesta acostumbrarse a los extraños —murmuró Simón.

—Es precioso. ¿De qué raza es? —preguntó sin quitarle la vista de encima.

—Es un ragdoll.

Rico le lanzó una mirada desconfiada a Mike, que le contemplaba como si jamás hubiera visto algo tan precioso en su vida, y se acercó a Simón.

—Me encantaría tocarlo —dijo Mike con entusiasmo contenido.

Simón, al escuchar el deseo en su voz, se apiadó de él y cogió a Rico en brazos.

—Tócalo —le ofreció.

Mike alargó la mano y comenzó a acariciar al gato. Como ya había esperado, su tacto era sedoso como el algodón. Era blanco con las orejas

grisáceas y una uve invertida en la frente, como una máscara, también en una tonalidad gris perla, y tenía unos enormes ojos de color azul. A pesar de que le escrutaba con suspicacia parecía sentirse a salvo en los brazos de su amo y se dejó toquetear sin protestar.

—Te pega. Va contigo —susurró elevando la barbilla y mirando a Simón a los ojos.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó. Tenía la mirada puesta en el felino.

—Es como tú. Tímido y tranquilo. Irradia serenidad.

—¿Así es como me ves? —preguntó sorprendido.

Mike asintió mientras seguía acariciando a Rico con suavidad. Las palabras le habían salido solas, sin pensarlas. No se arrepentía de haberlas dicho, pero por la expresión de Simón, pensaba que a él no le había agradado escucharlas.

A veces era demasiado sincero. No tenía filtros.

Transcurrieron unos segundos silenciosos.

Simón simulaba estar muy concentrado en Rico, que ronroneaba en su regazo, mientras trataba de asimilar lo que Mike había dicho. No sabía cómo interpretarlo.

—Te hago sentir mal, ¿verdad? —dijo este repentinamente—. Me comporto con demasiada familiaridad. Sé que el presentarme así de repente, sin avisar y sin apenas conocernos, ha tenido que ser un *shock* para ti —suspiró y apartó la vista, dirigiéndola hacia el trozo de cielo que quedaba libre entre las altas plantas—. Estoy acostumbrado a ser bien recibido en todas partes, ¿sabes? Me lo tomo como algo natural y no me cuestiono que mi presencia pueda ser molesta. Soy una estrella consentida y malcriada. —Hizo una mueca y sus labios esbozaron una sonrisa avergonzada—. Lamento haberte puesto en un compromiso —volvió a suspirar y añadió con blandura—: Me largaré después de tomarme el café.

Simón alzó la cara con brusquedad y le miró de frente. Aunque Mike seguía acariciando al gato, el deleite se había borrado de su rostro y sus ojos se habían oscurecido.

—¿Dónde vas a ir? —le preguntó.

—Me buscaré algún sitio. Ya tengo acceso al móvil; puedo contactar con mi asistente y que me transfiera dinero o que me reserve una habitación en algún hotel.

Hizo un gesto despreocupado con la mano que tenía libre. En el fondo, y después de haber disfrutado unas horas de la calidez y el bienestar que se respiraban en casa de Simón, no le apetecía nada irse a un hotel, a una habitación fría y carente de personalidad, pero endureció la mandíbula y no dijo nada más.

Simón vació la taza de café de un trago y giró la cabeza hacia la ventana. No le gustaba la expresión desencantada que se mostraba en la cara de Mike. Cerró los ojos y se maldijo en silencio. Le estaba comenzando a dar demasiada importancia a los sentimientos del hombre que tenía al lado. Y aquello no tenía sentido. ¿Desde cuándo se preocupaba él por los sentimientos de alguien que no fuera su familia o sus amigos más íntimos? ¿Qué narices le importaba si Mike se sentía decepcionado? ¡Pero si era un perfecto desconocido para él!

Distraído, posó la mano sobre la cabeza de Rico y sus dedos encontraron otros más largos y delgados. El roce le provocó una sacudida en el abdomen. Apartó la mano a toda velocidad, como si le hubiese dado un calambre.

—Te has puesto rojo —dijo Mike.

Simón se incorporó con precipitación y dejó al gato en el suelo que, en cuanto se vio libre, huyó de la terraza.

—Voy a vestirme. Tengo que ir a trabajar —se excusó con voz seca.

—Pero no has comido nada...

—No tengo hambre —murmuró y se marchó.

Mike le vio partir con un brillo acerado en los ojos. Se echó el pelo hacia atrás. Comenzaba a sentir esa angustiosa opresión en el pecho, preludio de uno de sus estúpidos ataques de ansiedad. Se le aceleró la respiración y su corazón empezó a palpar con energía. Su cuerpo no tardó en bañarse en sudor.

«¡No, no, no! Ahora no».

No quería que Simón le viera así, en plena crisis y mostrando su faceta más débil.

Contuvo un gemido ahogado y se inclinó hacia delante, hundiendo la cabeza en las rodillas mientras comenzaba a contar, al tiempo que trataba de controlar las inhalaciones y exhalaciones de aire.

La desazón creció en su interior al ser consciente de que Simón podía llegar de un momento a otro.

Siguió contando, desesperado, mientras las náuseas le atenazaban la garganta y el pecho quería estallarle. Alzó brevemente la cabeza y se dio cuenta de que tenía la vista nublada. Los contornos de las plantas que se erguían frente a él se desdibujaron.

«Uno, dos, tres... Simón, no vengas, por favor... cuatro, cinco, seis... Por favor... siete, ocho...».

Simón se debatía consigo mismo dentro del baño. Con las manos apoyadas en el lavabo contemplaba su imagen en el espejo. Había elegido unos pantalones grises y una sencilla camisa azul de manga larga. Tenía un aspecto sobrio y aburrido, como siempre.

Por enésima vez se recriminó el reaccionar de un modo tan exagerado delante de Mike. Solo había sido un mero roce de dedos y él había actuado como si hubiera recibido una bofetada. Joder, tenía treinta y dos años y era un hombre hecho y derecho. No tenía ningún sentido que un crío de veinticuatro le provocara esa timidez. ¿Por qué le impresionaba tanto? No era alguien que se dejara deslumbrar por la fama o el éxito.

Y, sin embargo, la imagen de Mike, sentado en su terraza y vestido solo con la camiseta mientras los primeros rayos de luz entraban por la ventana no se le quería ir de la cabeza.

—Has hecho por él lo que has podido. Deja que te dé las gracias y dile adiós. Y se acabó —habló consigo mismo en voz persuasiva—. Vuelve a tu vida, con tus problemas y tus preocupaciones y olvídate de él. Dile que se vaya. Sal y despídete.

Eso haría, decidió.

Abandonó el baño y le puso agua y comida fresca a Rico. Fue al dormitorio e hizo la cama, sin molestarse en cambiar las sábanas, ya lo haría por la noche cuando regresase del trabajo. Luego se entretuvo en doblar la colcha que él mismo había usado para dormir y la guardó en un cajón. Cogió su móvil y lo metió en un compartimento de su mochila. Comprobó el contenido de su cartera. Y después, se detuvo en medio del salón y buscó con la mirada algo más que hacer.

«Estás retrasando lo inevitable, Simón. Lo mejor es ser directo».

Echó una ojeada al exterior. Mike estaba muy quieto, disfrutando de su café, en apariencia.

Salió a la terraza y carraspeó con suavidad para llamar su atención.

Mike le miró. Estaba muy pálido.

—¿Ya estás listo? —le preguntó. Su voz sonaba entrecortada como si le costara esfuerzo hablar—. ¿Te vas?

Simón asintió frunciendo el ceño. Le contempló con preocupación. No tenía buen aspecto. ¿Qué le sucedía?

Mike se levantó y le regaló una sonrisa trémula que no alcanzó sus ojos.

Algo se removió en el interior de Simón al ver su expresión desanimada. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y cogió aire dispuesto a despedirse.

—Eh... Espérame si quieres y comemos juntos. Esta tarde no tengo clase.

Fue una propuesta impulsiva que pareció sorprender a Mike, que se le quedó mirando con la boca entreabierta. Él mismo estaba asombrado de haber dicho algo semejante.

—Si no puedes, no pasa nada. Nos despedimos ahora y... —añadió con rapidez.

—Te espero —se apresuró a decir Mike. Y su sonrisa cambió drásticamente iluminando sus ojos y todo su semblante.

Bum bum bum...

El corazón de Simón, que desde la noche anterior no había vuelto a sufrir sobresaltos, despertó de nuevo.

—Eh... bien, me voy a marchar —farfulló—. Volveré sobre las tres.

—¿Quieres que cocine algo?

Había comenzado a andar hacia atrás y al escuchar a Mike preguntar aquello estuvo a punto de tropezar con sus propios pies. Le contempló estupefacto.

—Eh, no, no —reaccionó por fin—. Yo puedo traer algo ya preparado. No te molestes. Bueno, bien, pues... adiós.

Cogió la mochila y se la colgó a la espalda. Luego se encaminó hacia la puerta y la abrió. Era demasiado pronto y no tenía que estar en el trabajo hasta las diez. Aquello era una huida en toda regla y lo sabía, pero necesitaba estar solo para analizar tanto su descabellada propuesta como lo que había sentido cuando Mike la aceptó.

Se giró brevemente y le hizo un gesto de despedida con la mano.

Mike le contempló marcharse con los ojos muy abiertos. Tardó en reaccionar. Al final lo hizo, liberando un breve suspiro cargado de incredulidad. No había esperado que Simón le pidiera quedarse, aunque lo

había deseado fervientemente. No sabía que tenía aquel hombre que le hacía anhelar estar cerca de él. Había creído que estaba molesto y enfadado, al menos su actitud fría y desabrida así lo demostraba. Sin embargo, debía de haberse equivocado.

Simón era muy difícil de leer.

Comenzó a bailar con sensualidad por el piso, deslizando sus pies desnudos por el frío suelo de mosaico, mientras que la letra de la canción que le había dedicado en el concierto emergía de su boca.

—*I'll take you from behind. Please, don't move and stay quiet. I know this is what you like.*

Una carcajada brotó de su garganta.

—*Don't get too excited*¹³—se reprendió.

Otra carcajada se unió a la primera.

OceanofPDF.com

Impaciencia

Impatience

Había terminado la segunda clase del día y se dirigió a la salita de descanso para tomar un café antes de que llegara el siguiente grupo de alumnos. No había nadie. Paola aún no había acabado con su clase y Dolo, la profesora de ruso, todavía no había llegado, aunque no tardaría en aparecer por allí. Se sirvió una taza de café y tomó asiento en el sofá que había bajo la ventana.

Llevaba toda la mañana muy distraído; tanto era así, que en la hora de alemán había sacado el libro de inglés y había comenzado a impartir la clase como si nada. Sus alumnos se burlaron de él sin ningún tipo de conmiseración.

Qué desastre.

Cerró los ojos y por enésima vez se preguntó qué estaría haciendo Mike en su piso. Se había marchado tan aprisa que no le había dejado instrucciones de ningún tipo, ni le dijo dónde había una copia de las llaves ni cuál era la clave del WiFi ni nada. Y ni siquiera sabía cómo contactar con él.

No solía comportarse con tanta impulsividad. Jamás se le habría pasado por la cabeza invitar a su casa a un extraño a dormir y marcharse, dejándole allí solo. Eso no era propio de él. Era muy celoso de sus cosas y su vida privada. ¿Qué bicho le había picado para actuar así?

Contempló el negro contenido de su taza, pensativo.

—¿Ya has acabado?

Paola entró como un vendaval, como siempre, sorprendiéndole.

«Adiós, tranquilidad».

—Te juro que creo que me he equivocado de profesión. Debería dedicarme a otra cosa —exclamó, mientras cogía una barrita energética del armario—. Algo que me permitiera estar sola y sin relacionarme con gente. Me falla la paciencia.

Se tumbó en el sofá y apoyó la cabeza en el muslo de Simón.

—No me hagas reír —repuso este soltando una pequeña risa—. ¿Tú, la señorita más sociable de este lado del océano sin relacionarte con gente? Que lo diga yo, que soy medio ermitaño...

—Es que la clase de hoy ha sido horrible. Todos hablando sin parar y sin hacerme caso. Joder, menos mal que son adultos. Me tienen más respeto los niños.

A las clases de la mañana solían asistir adultos. Por el contrario, por las tardes, eran los niños los que ocupaban las aulas.

—Hoy me voy a las dos y media —dijo Simón—. No tengo nada esta tarde.

—*Yo fí... Qengo dog clageg pregencialeg y una ognline.*

—¿Por qué no tragas primero?

Ella le sacó la lengua llena de cereales y chocolate.

En ese momento un agudo pitido emergió de su pantalón.

—Te suena el pito —canturreó su hermana con una carcajada tonta.

Simón la ignoró y se sacó el móvil del bolsillo.

Era un mensaje de un número extranjero desconocido. Lo abrió.

Puedo coger unos calzoncillos de tu armario? Los míos todavía no están secos

El calor se concentró en sus mejillas al leerlo. Estaba claro quién era el remitente. ¡Mierda! Se había olvidado de poner la secadora esa mañana.

—¡Eh! —Su hermana se incorporó con brusquedad y le dio un golpe en el brazo—. ¿Con quién hablas? Te has puesto rojo. ¡No me digas que has conocido a alguien!

—¡No! —exclamó.

Y se levantó con precipitación. Conociendo a Paola, esta intentaría quitarle el móvil para ver qué tipo de mensaje había recibido.

—¡Mentiroso! —gritó ella, apuntándole con el dedo—. Tu reacción te delata. Dame el móvil.

—Tengo que ir al aseo —dijo, y escurrió el bulto a toda velocidad, pero aún escuchó la voz de su hermana a su espalda.

—¡Sabes que al final me lo vas a contar!

Se cruzó con Miriam, la recepcionista, en el pasillo. La saludó con un gesto, sin detenerse, ignorando la mirada curiosa que le lanzó. Se encerró en el baño y releyó el mensaje otra vez.

¿Cómo había conseguido Mike su número de teléfono?

Tuvo unos cuantos segundos de vacilación, pero finalmente decidió llamar. Respiró hondo y se aclaró la garganta antes de hacerlo. Solo tres tonos después, Mike contestó.

—¿Simón?

—Sí, hola. Eh, ¿cómo has conseguido mi teléfono?

—Tienes aquí encima de la estantería unas facturas y había una de teléfono. Espero que no te moleste que las haya mirado.

—No, no. No pasa nada. Eh, respecto a tu pregunta, claro... que puedes coger... eso... —Hizo una pausa—. He olvidado poner la secadora esta mañana con tu ropa.

—La he tendido —dijo—. Y he lavado las tazas.

Sonaba muy alegre, como si hacer las tareas del hogar fuese algo maravilloso.

Los labios de Simón se combaron al imaginarse a Mike fregando. ¡Qué imagen más absurda!

—Hay una copia de las llaves en el primer cajón de la estantería del salón. Son las del llavero de cuero. Te lo digo por si quieres salir. Eh... y... Y la clave del WiFi está apuntada en una libreta en el tercer cajón. En el frigorífico hay agua, zumo y cerveza. Y si tienes hambre...

—Está todo perfecto —le interrumpió—. No te preocupes. No necesito nada. Solo estar aquí, tranquilo. Gracias.

Su voz ronca y llena de matices llegó hasta Simón y reverberó en su interior. Sintió cómo se le ponía la carne de gallina.

—Eh... bien... —repuso al fin—. Yo llegaré sobre las tres... y llevaré algo de comer...

—Genial. Te espero.

—Adiós...

Colgó y se quedó mirando el móvil con fijeza.

Qué conversación tan trivial y qué poco significativa. Y cuánto le había afectado.

En algún momento iba a tener que ponerle nombre a esos ambiguos sentimientos que Mike provocaba en él. Tenía que admitir que lo que sentía se acercaba bastante a algo que no había experimentado antes con una persona de su mismo sexo.

Y no sabía cómo podía aceptar algo así sin cuestionarse muchas cosas.

* * *

A unos cuantos kilómetros de distancia, en el pequeño ático, la risa seguía brotando de la boca de Mike incluso un par de minutos después de haber colgado.

¿Cómo era posible que incluso por teléfono la timidez de Simón fuera tan evidente? ¿Sería siempre así con todo el mundo?

Le resultaba tierno.

Meneó la cabeza, risueño, dejó el móvil en la mesa del comedor y fue al dormitorio a buscar unos calzoncillos en el armario. Se había duchado y solo llevaba una toalla anudada en la cadera. Encontró unos similares a los que Simón le había prestado el día anterior, también de cuadros azules, y se los puso. Eran cómodos.

Había hablado ya con su mánager, que le insistió en que le dijera dónde estaba, pero él se negó. También habló con Claudia, que acababa de volver de sus vacaciones y le explicó cómo funcionaba la aplicación de pago que tenía en el móvil. Incluso se comunicó con Vince y contestó un mensaje que tenía de su padre.

No tenía más obligaciones.

Podía relajarse.

Se sirvió un café —había preparado otra cafetera— y se fue con él a la terraza. Buscó en el móvil, en sus listas de reproducción de Spotify, y seleccionó una que tenía el nombre de Punk *classic*. Bajó el volumen para que la música solo se escuchara de fondo. No sabía si al gato —que no se había dignado a aparecer— le molestaría el ruido. Tarareó la primera canción, *Cherry bomb* de The runaways, mientras respiraba hondo y disfrutaba del instante.

Un instante perfecto.

Había abierto las ventanas y el olor a tierra mojada del parque cercano mezclado con el del café recién hecho le provocó un suspiro de puro placer. Si pudiera pasar unos días así, tan relajado, seguro que no necesitaría el puñetero Ativan.

No sabía cuánto tiempo le dejaría quedarse Simón. Era probable que esa misma tarde tuviese que marcharse de allí. Estaba claro que tenía las horas contadas, así que iba a disfrutarlas al límite.

Inesperadamente, algo suave rozó su pierna. La apartó, sobresaltado, hasta que miró al suelo y se dio cuenta de que era el esponjoso gato. Se inclinó y trató de tocarlo, pero este se alejó con lentitud mirándole de reojo.

De pronto se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo se llamaba.

—*Cotton, come here!*¹⁴ Chh, chh, chh —le llamó.

Por supuesto, el gato no le hizo ni puñetero caso. Le contempló con una sonrisa perezosa en los labios mientras el animal recorría todos los rincones de la terraza, deteniéndose en sus zapatillas que había dejado cerca del tendedero. Sorprendentemente, después de haber inspeccionado la zona, volvió a acercarse a él. Se detuvo a solo un paso y le miró con fijeza.

—*What do you want, Cotton?*¹⁵ —le preguntó. Y volvió a inclinarse. Esa vez el gato no se alejó y se dejó acariciar—. *You are my friend? You like me, buddy?*¹⁶

Su sonrisa se hizo más amplia cuando el felino restregó la cara en su mano. Animado por ese gesto, se agachó y lo cogió en brazos, poniéndolo sobre su regazo. El gato se dejó hacer.

Una absurda sensación de triunfo se expandió por su cuerpo.

Cogió su taza y le dio un sorbo a su café mientras que con la otra mano acariciaba el pelaje del animal que se había hecho una bola y había cerrado los ojos.

Estaba en el puto paraíso.

* * *

La primera imagen que vieron los ojos de Simón cuando entró en el piso le hizo detenerse de golpe. La escena era tan hogareña que le dejó sin habla.

Mike estaba sentado en el sofá con la misma ropa que le había dejado el día anterior: el pantalón de chándal y la camiseta blanca. Estaba descalzo. Se había recogido el pelo en una especie de moño suelto del que se escapaban algunos mechones rebeldes. Tenía a Rico en el regazo y le acariciaba el lomo con suavidad.

—No puedo levantarme —bisbiseó—. Se ha dormido.

Simón le hizo un gesto con la barbilla y cerró la puerta. Dejó la mochila en el suelo y se dirigió a la cocina. Depositó la bolsa con la comida en la encimera. Como no tenía ni idea de qué le podría gustar a Mike, se había

detenido en una hamburguesería y había comprado lo típico: hamburguesas y patatas.

Se dio la vuelta y se acercó al sofá.

Rico le miró con los ojos entrecerrados.

—No está dormido. Se está aprovechando de ti para que le sigas tocando —le dijo.

Mike le lanzó una mirada llena de consternación.

—¿En serio? —seguía susurrando.

Simón, al ver la expresión algo ofendida de su rostro, sonrió mientras asentía.

Mike se quedó perplejo. Era la primera vez que veía sonreír a Simón. Las arruguitas que había en torno a sus ojos se multiplicaban.

Estaba guapo.

Se incorporó algo nervioso, obligando al gato a apartarse.

—Me ha tenido la última hora completamente quieto —protestó—. Creo que nos hemos hecho amigos.

—Cuando coge confianza es muy pesado.

—¿Cómo se llama?

—Rico.

—*Rich*¹⁷?

—No. Rico como delicioso.

—Yo llevo toda la mañana llamándole *Cotton*.

—Si le haces mimos le puedes llamar de cualquier manera —repuso—. Ah, y no dejes calzoncillos por ahí, le encanta meterse dentro.

—¿En serio? —se rio.

Simón tragó saliva, embobado. Era un esclavo de esa risa.

—Sí, en serio —dijo al tiempo que carraspeaba, y añadió—: He traído hamburguesas porque no sabía qué te gustaría.

—Como de todo. Hamburguesas suena bien.

—¿No has salido?

—No. Me ha dado pereza. Se está tan bien aquí. No sabes cómo te envidio.

Mientras decía aquello estiró los brazos hacia el techo, desperezándose. La camiseta se le subió y dejó al descubierto su estómago plano y su ombligo.

Simón se dio la vuelta con precipitación y regresó a la cocina.

—¿Me envidias? —preguntó cuando recuperó la voz—. Seguro que tienes una casa impresionante.

—Es muy bonita, pero es enorme y siempre está llena de gente. Mi secretaria vive a cinco minutos y viene todos los días. Es la que se encarga de mi correo y de todos mis temas personales. Greta, que es la asistente del grupo, lo mismo. Viene constantemente. Mi agente parece que está más casado conmigo que con su propia esposa y tengo también una señora que limpia y un jardinero —enumeró con fastidio—. Y no te cuento ya de Vince y Rob. Joe vive más lejos y esa es mi suerte, si no, también se tiraría las horas muertas en mi salón. Y el teléfono no para de sonar —suspiró—. Tenía ganas de escaparme unos días de todo ese caos.

Simón no podía imaginarse vivir así. Por lo que Mike decía, daba la sensación de que no tenía elección, y que era la gente de su alrededor la que decidía por él todos los aspectos de su vida. Qué agobiante.

—Me alegro de que hayas encontrado un poco de tranquilidad, entonces.

—¿Un poco? Esto es un edén. Te debo la vida.

—No exageres —le dijo, pero no pudo evitar sonreír con cierta tonta satisfacción.

Mientras comían en la terraza, Mike le habló de su infancia. Le contó que cuando sus padres se separaron, su madre se lo trajo a vivir con ella a Madrid. Él tenía seis años cuando llegó a España y apenas hablaba el idioma. Le costó muchísimo acostumbrarse a su nueva vida.

—Te puedes imaginar cómo fue crecer aquí, en un barrio obrero. Un niño inglés, rubio y blanquísimo, con aspecto de niña —resopló—. Siempre he tenido estos rasgos tan... finos. Me tuve que espabilar pronto para sobrevivir. Luego comencé a crecer y cuando cumplí los catorce ya medía casi un metro ochenta y nadie se atrevía a meterse conmigo. Al final resultó que era bastante gamberro y era yo el que iniciaba las peleas. Me vi envuelto en bastantes líos —se rio con los ojos llenos de jocosidad mientras se metía una patata en la boca.

Simón asintió mientras sonreía brevemente. No le costaba nada imaginarse a un Mike adolescente, buscabroncas y pendenciero. Todavía quedaba algo de esa chispa en él.

—Luego mi madre se largó —continuó—, y me fui a Manchester, a vivir con mi padre. Y allí me pasó justo lo mismo, pero al revés. Llevaba

tantos años en España que mi gramática y mi vocabulario eran una mierda y los otros chicos me hicieron la vida imposible en la secundaria. Me llamaban *fucking spic*¹⁸. Menos mal que conocí a Vince y encontré algo de apoyo. Y luego llegó la música y lo de YouTube y hasta aquí.

Simón le escuchaba con atención. A él y a Paola también los había criado su madre sola en un barrio obrero de Madrid. Era curioso que, habiendo tenido infancias tan similares, Mike y él fuesen tan diferentes. Sintió curiosidad por saber cómo había llegado a convertirse en el ídolo que era, pero no se atrevió a preguntarle y demostrar así que no era ningún seguidor de los CFB. Buscaría la información en Google, se dijo.

—Cuéntame algo sobre ti —le pidió Mike después de terminarse la hamburguesa.

—Bueno, mi vida no es tan interesante como la tuya. —Se encogió de hombros—. Mi madre se quedó viuda al poco tiempo de que mi hermana y yo naciéramos. Y decidió montar una escuela de idiomas. Ella es alemana y pensó que era un buen negocio. Nos animó mucho a Paola y a mí para que nos dedicáramos a esto también. Mi hermana se licenció en Filología Inglesa y yo en Filología Alemana. Los dos somos profesores. Como ves no hay mucho que contar.

—¿Te llevas bien con tu hermana? Ella fue la que te regaló la cazadora, ¿no?

—Sí. Somos mellizos, pero no nos parecemos en nada. Ella es como mi madre, alegre y siempre dispuesta a vivir aventuras. Es como un terremoto. Yo soy bastante más aburrido.

Mike se quedó mirando el gesto lleno de afecto que se mostró en la cara de Simón. Sin duda, quería a su hermana.

—Yo no creo que seas aburrido —dijo, escrutándole con fijeza—. Pienso que eres como un mar en calma.

—Oh... —Simón emitió un breve jadeo.

—Ya te lo dije ayer. Transmites paz. Apenas nos conocemos, pero me gusta estar cerca de ti porque haces que me olvide de mis problemas.

Nada más decir eso, Mike se frotó la nuca un tanto abochornado. Él no solía hablar de ese modo. Si Vince o Joe estuviesen allí se habrían burlado de él y le habrían llamado *sissy*¹⁹. Volteó la cabeza y buscó los ojos de Simón; se dio cuenta de que este estaba igual o incluso más avergonzado

que él y evitaba mirarle. Se le escapó una pequeña risa al darse cuenta de la situación.

—¿Ha sonado cursi? Se dice cursi, ¿no? —trató de distender el ambiente.

Simón asintió. Y terminó por unirse a su risa.

Después de aquello, ambos guardaron silencio. Una peculiar sensación de bienestar había quedado flotando en el aire.

—Voy a hacer café —propuso Simón—. ¿Tú también quieres?

—Sí. Te ayudo.

—No. Quédate. Ya me encargo yo —rechazó, poniéndose en pie y recogiendo los envoltorios de cartón de la comida—. Busca algo de música en tu móvil, si quieres. Eso que tenías puesto antes sonaba bien.

—¿Te gustan los Ramones?

—Sí, no están mal.

Mike cogió el móvil y miró la hora en la pantalla. Eran casi las seis de la tarde. Murmuró una imprecación y tensó la mandíbula. Sabía que tenía que ir pensando en marcharse.

Pero no quería despedirse de Simón todavía.

Entró a Spotify y buscó el álbum de los Ramones que había estado escuchando antes. Le dio al *play* y los primeros acordes de *I wanna be sedated* llenaron el apartamento.

La música llegó hasta los oídos de Simón con claridad. Había puesto la cafetera al fuego y la observaba ensimismado mientras se sonaba los nudillos. Era una fea costumbre a la que recurría instintivamente cuando estaba nervioso.

Pienso que eres como un mar en calma. Apenas nos conocemos, pero me gusta estar cerca de ti porque haces que me olvide de mis problemas.

¡Dios!

¿Cómo ignorar algo así si se le había encogido el pecho al escucharlo?

Las cosas se le iban de las manos y no sabía qué hacer. Él, Simón Muñoz Neumann, se sentía atraído por un cantante famoso ocho años más joven que él... ¡Un hombre! Ni en sueños se podía haber imaginado algo semejante. Tenía que parar esa situación como fuera. No iba a acabar bien. Eso estaba claro.

El borboteo del café emergiendo de la columna del compartimento de la cafetera le devolvió a la realidad. Se llevó las manos a la cabeza y se peinó

el cabello con los dedos. Luego sirvió el café en dos tazas y puso azúcar en una de ellas de manera mecánica, como si llevase años haciéndolo.

Respiró hondo antes de regresar a la terraza.

Dejó las tazas en la mesa y se sentó. Se fijó en que Mike parecía inquieto.

La música de Ramones a un volumen bastante moderado sonaba de fondo y una ligera brisa entraba por los ventanales. El piso estaba orientado hacia el este por lo que a esa hora de la tarde ya no daba el sol sobre la fachada. Se estaba muy bien allí.

Transcurrieron unos cuantos minutos.

—Eh, Mike —dijo Simón, de pronto, rompiendo el silencio con la vista fija en su taza de café—. Que... he pensado... —se interrumpió y se aclaró la garganta—. Quédate un par de días más, si quieres...

Mike contempló a Simón sin mover ni un solo músculo. Finalmente, miró al cielo, que presentaba un limpio color azul. Le dio un sorbo a su café. No lo había removido y el azúcar no se había disuelto, no obstante le pareció más dulce que nunca.

—Vale —respondió en tono neutral.

«¡Sí, sí sí!».

Le acababa de dar un vuelco el estómago.

Viviendo juntos

Living together

Mike no quería irse.

Y Simón no quería que se fuera.

Así que ninguno sacó el tema. Y el par de días se convirtieron en diez.

Diez días de compartir cenas, de ver películas, de desayunar en la terraza, de jugar con Rico, de hablar de nimiedades...

—Me encanta la tortilla de patata —confesó Mike una mañana—. Pero en casa no la como nunca. Es una cosa que echo de menos de España.

—Puedo hacer una cuando quieras.

Los ojos de Mike se mostraron entusiasmados.

—¿Ahora? ¡Por favor!

Simón sonrió.

—Son las ocho de la mañana.

—¿Cuándo vuelvas de trabajar esta tarde, entonces?

—Me parece bien. ¿Con cebolla o sin cebolla?

Mike fingió una mueca exagerada como si le hubiera ofendido la pregunta.

—Eso no se pregunta. Se sobreentiende.

Simón se quedó un rato mirándole con la nariz arrugada.

—Entonces con cebolla —dijo al fin.

La sonrisa algo canalla de Mike iluminó toda la puñetera casa.

Otras veces hablaban de lugares a los que habían ido y de lugares a los que querían ir. Mike había estado en todas partes, pero se quejaba de que solo conocía los interiores de las habitaciones de los hoteles. Simón había estado en pocos sitios, pero vivió durante tres años en Alemania, en Berlín, y le dijo a Mike que quería volver porque se había enamorado de esa ciudad.

También hablaron de fútbol, por supuesto. Hubiera sido extraño que dos hombres que compartían piso no hablaran de eso. Y aunque Simón no era

un gran entusiasta de ese deporte, se negó a aceptar lo que Mike pretendía hacer pasar como verdad absoluta: que el Manchester United era el mejor equipo del mundo, y le restregó por la cara que de todas las veces que se había enfrentado al Real Madrid en la historia solo hubiera ganado un par de ellas, habiendo perdido o empatado el resto.

Mike terminó por ceder, refunfuñando.

Y también llegó el momento de las revelaciones.

Por fin, Simón se atrevió a decirle que no era un seguidor de los CFB.

Estaban sentados en la terraza, bebiendo una copa de vino. Hacía ya rato que habían terminado de cenar y la oscuridad reinaba en el exterior.

—Entonces, ¿por qué estabas en el concierto? —le preguntó Mike después de haber escuchado su confesión con las cejas arqueadas.

—Me obligó mi hermana. Es una gran seguidora vuestra.

—¿Y la camiseta?

—Me obligó mi hermana.

—*Seriously? Don't fuck with me, man!*²⁰—exclamó Mike.

A Simón ya no le sorprendía que hablara en inglés de vez en cuando. Solía hacerlo cuando algo le asombraba o le incomodaba.

—Entonces, antes de eso, ¿no habías escuchado nunca ninguna canción nuestra?

—Ni siquiera había oído mencionar vuestro nombre —reconoció con cierta turbación.

Mike emitió una risa incrédula.

—Cuando vine aquí a tu piso pensé que, al ser un fan, te sentirías halagado por acogerme. —Soltó una carcajada y meneó la cabeza—. Qué patético... Y mi asistente mandó una caja llena de artículos del grupo. ¿Dónde los tienes, por cierto?

—Debajo de la cama. En su caja —admitió.

Mike expelió un bufido lleno de ironía.

—Es una lástima que estés desperdiciando los vasos de chupito —continuó con sorna—. Deberíamos estrenarlos, al menos.

Simón se rio con complacencia. Había vacilado antes de confesarle a Mike que no conocía su grupo, pero después de llevar varios días conviviendo con él, sabía que se lo tomaría a broma. Tenía un carácter afable y juguetón.

—Y ahora que nos conoces, ¿nos has escuchado?

—Bueno, mi hermana está loca por vosotros. A veces pone algún CD vuestro en la escuela. Desde que sé quiénes sois, algo he escuchado, sí.

—Me cae bien tu hermana, al menos está claro que tiene buen gusto —sonrió—. ¿Y qué canción te gusta más?

—No sé los títulos —repuso y le miró de reojo.

Recordaba uno de ellos a la perfección, el de la canción que le dedicó en el concierto. Se esforzó por mantener la sonrisa intacta en la boca mientras su mente repetía la sensual letra. ¡Dios! ¿Por qué se acordaba ahora de eso? Se removió intranquilo en el butacón.

Mike volteó la cabeza y le miró.

—Sé lo que estás pensando —dijo.

«No tienes la menor idea».

—Estás recordando la canción que te dediqué.

Simón, que se había llevado la copa de vino a la boca, estuvo a punto de atragantarse. Alzó la vista y la ancló en la de Mike.

—*I'll take you from behind. Please, don't move and stay quiet. I know this is what you like. You wanna love me or fuck me?* —comenzó este a tararearla en voz baja sin quitarle la vista de encima.

El calor invadió a Simón.

—Por una vez has sido muy transparente... —murmuró Mike con una amplia sonrisa, y no dijo nada más.

No hacía falta.

Al cabo de unos segundos, Simón, todavía azorado, se levantó. Dejó su copa encima de la mesa y se alejó.

—Voy al baño... y luego... me voy a acostar... Mañana madrugo.

Mike observó su huida con los ojos entornados. Episodios como ese se sucedían con frecuencia. Episodios en los que la tensión entre ellos era evidente.

Tensión sexual con todas las letras.

Hacía días que había aceptado que se sentía atraído físicamente por Simón. No iba a negarlo. Y estaba casi seguro de que a Simón le pasaba lo mismo, solo que parecía reacio a reconocerlo.

Mike había comenzado a lanzarle indirectas —algunas bastante claras y otras más sutiles—, y a provocar escenas de ese tipo entre ambos.

Sí, era un poco capullo. Lo reconocía.

Empezó la noche anterior, cuando decidieron ver una película.

—¿Te parece bien *Arsénico por compasión*? —propuso Simón.

—Bien. —Se encogió de hombros. Nunca había oído hablar de ella en su vida.

—¿No la conoces? —Simón se dio la vuelta y le contempló con asombro.

—¿Es muy antigua? Entonces creo que no.

—Quizá no sea una buena idea...

—Ponla —le interrumpió, poniéndose de pie y acercándose a él—. Siempre estoy dispuesto a probar cosas nuevas. ¿Cómo sé si algo me va a gustar o no, si no lo pruebo? —lo preguntó con una entonación más que provocadora.

Las aletas de la nariz de Simón se dilataron y tragó saliva, visiblemente nervioso.

Era la reacción que Mike había esperado.

No volvió a hacer ninguna insinuación más, y decidió armarse de paciencia hasta que Simón aceptase la realidad y desliara la madeja enredada que parecía tener en el interior de su cabeza.

A veces se sentía como una araña esperando a que la mosca quedara atrapada en su tela.

Arsénico por compasión resultó ser una comedia bastante ingeniosa y divertida. Mike disfrutó mucho con ella. Si algo estaba aprendiendo de la convivencia con Simón era a apreciar el cine clásico. Todas las noches, este sacaba algún DVD de su extensa colección de la estantería y lo ponía.

Vieron la película sentados en el sofá, uno al lado del otro, separados por solo unos centímetros. Centímetros que ninguno de los dos se esforzó por acortar. Simón parecía demasiado turbado y Mike no quería precipitarse.

Y esa noche había vuelto a suceder algo similar.

Había vuelto a lanzar la caña. Y Simón había vuelto a huir.

«Paciencia», se dijo.

Recogió las copas y las metió en el lavaplatos. Rellenó el cuenco de comida de Rico y se sentó en la cama con el móvil en la mano para revisar unos mensajes de Vince y de Joe que todavía no había leído. Le echó una última mirada a la puerta del baño con una mueca calculadora en el rostro.

Al otro lado de la puerta, el coleccionista de cine clásico se hallaba frente al lavado, con las manos apoyadas en el borde y la cabeza hundida en

los hombros.

Aturdido.

Lo que había sucedido con la letra de la canción le había estremecido por dentro. El escuchar la voz de Mike cantando de ese modo tan sensual le había provocado un ardor inesperado en el vientre y algo más: una reacción física con la que no había contado. Había creído morir de vergüenza.

Mike era capaz de convertir las conversaciones más simples en diálogos llenos de segundas intenciones. Siempre parecían estar impregnadas de insinuaciones veladas. ¿O era él el que las interpretaba así? Ya no lo sabía. Estaba confuso. No obstante, cada vez le resultaba más difícil ignorarlo.

¡Y esa noche, había tenido una erección!

¡Una puñetera erección!

Llevaba días dudando de su propia sexualidad. Aquello no tenía ningún sentido. ¿Qué demonios le estaba pasando? Había tenido dos relaciones serias en su vida. Una de tres años y la otra de dos. ¡Con mujeres! Jamás se había sentido atraído hacia un hombre.

Hasta conocer a Mike Allen.

Bueno..., aquello no era del todo cierto.

Recordaba un pequeño episodio de hacía mucho tiempo, cuando acababa de cumplir los quince años. Estaba en casa de su amigo Nico y se habían puesto a tontear con el ordenador. Habían estado bebiendo y viendo porno y llegaron a una página de porno gay. Sus amigos, cuatro en total, comenzaron a emitir exclamaciones y a gritar diciendo barbaridades.

Su propia reacción fue diferente. Él no se sintió asqueado; por el contrario, contempló a los dos hombres que estaban teniendo relaciones sexuales en la pantalla con cierta fascinación. Fingió que le desagradaba lo que veía para no quedar de imbécil delante de los demás, pero después, solo en casa, se masturbó pensando en aquella película. Se sintió avergonzado. Mucho. Y no volvió a hacerlo. Tampoco volvió a interesarse por el porno gay ni trató de ver algo semejante de nuevo.

El episodio se había diluido en su memoria y lo había olvidado por completo.

Hasta ese momento.

Una paja a los quince años pensando en dos tíos follando no le convertía en gay, ¿no? Pero ¿y la erección que tenía en los pantalones en ese instante? ¿Qué la había provocado?

No era solo el aspecto físico de Mike lo que le atraía. Era mucho más que eso. Era su comportamiento, su forma de ser, su carisma... ¡Y esa puñetera canción saliendo de sus labios!

—¡Joder!

Y no podía engañarse a sí mismo diciéndose que Mike parecía una mujer y por eso se excitaba. No. En los días que llevaba viviendo en su piso, había podido comprobar que no había nada de femenino en él, excepto sus rasgos. No era nada delicado o afeminado. Desprendía virilidad.

Mientras esperaba a que su excitación se aplacase, se lavó los dientes y se preparó para irse a la cama. Mejor dicho, al sofá. A pesar de que Mike había insistido unas cuantas veces en que intercambiaran sus lugares, se había negado.

Cuando abandonó el baño, Mike ya había recogido las copas y había puesto comida nueva para Rico en su comedero. Estaba sentado en el borde de la cama, ojeando su móvil.

Todavía demasiado alterado para encararse con él, le dio las buenas noches, se dirigió al sofá y se acostó. Mike le respondió con su característica voz ronca. Luego le escuchó andar hasta el baño y cerrar la puerta, y pudo oír cómo abría el grifo del lavabo.

Soltando un pequeño gruñido, se dio media vuelta y se tumbó boca arriba. Contempló el techo de escayola con un brazo flexionado sobre la frente. A pesar de que estaba terriblemente confundido, la parte positiva de tener a Mike en su casa era que conseguía hacerle olvidar el resto de sus preocupaciones. Al menos, no se pasaba todo el día agobiado por ellas.

Ni siquiera el hecho de que Luis le hubiera llamado esa mañana para decirle que todavía no había encontrado comprador para el piso le afectó demasiado.

Era curioso cómo Mike, que siempre decía que él era un oasis de paz, se había convertido a su vez en un refugio de serenidad para Simón. Su cercanía era perturbadora y reconfortante al mismo tiempo, si es que eso tenía algún sentido.

¿Le gustaba Mike?

¿O era solo que le resultaba una persona interesante?

«Y la erección, ¿qué?».

Su cuerpo alto y fibroso, sus manos con esos dedos largos y delgados, su cara perfecta y su sedoso cabello rubio... Y esa forma de mover las

puñeteras caderas cuando bailaba...

Mortificado, cambió de postura y se tumbó de lado. Cerró los ojos con fuerza al tiempo que expelía un gemido. Estaba cansado, pero tenía claro que no iba a poder conciliar el sueño.

No con esos pensamientos ridículos pululando por su mente.

Imposible.

Cuando Mike salió del baño, diez minutos más tarde, Simón estaba dormido. Su respiración profunda le delataba. Se acercó hasta el sofá y le contempló con una sonrisa condescendiente al tiempo que se cruzaba de brazos.

«Ay, Simón... Este sofá es demasiado pequeño. Si tú quisieras...».

Se quedó un rato allí, estudiando su varonil rostro, tan calmado en ese momento. Tenía las facciones algo ásperas, pero sus labios eran carnosos. Seguro que serían suaves al tacto de otros labios...

De los suyos, por ejemplo.

Meneando la cabeza con cierta resignación, apagó las luces del piso y se alejó camino de la cama.

Me gustas

I like you

La mañana siguiente llegó demasiado pronto. A Mike le costó desperezarse y tardó unos cuantos segundos en abrir los ojos ya que no había dormido muy bien. Se había despertado en medio de la noche con una de sus crisis, sudando, con el corazón a cien por hora y apenas pudo volver a conciliar el sueño.

Su malhumor empeoró al girar la cabeza y darse cuenta de que el piso se hallaba desierto.

Simón se había marchado sin esperarle.

Eso le molestó. Solían desayunar juntos antes de que se fuera a la academia. Era la primera vez que se iba tan temprano.

Solo Rico estaba ahí para hacerle compañía. Cuando se bajó de la cama, se acercó buscando mimos. Mike se agachó y le acarició el lomo algo distraído.

No tardó mucho en prepararse un café y una tostada y en buscar refugio en la soleada terraza. Desayunó con el ceño fruncido y la mirada extraviada en el exterior, rompiéndose la cabeza y tratando de encontrar una explicación al comportamiento de Simón. ¿Había sido demasiado audaz con sus insinuaciones?

Quizá. Simón era bastante tímido.

¿Debería aflojar y ser menos directo?

Se quedó pensativo, dando pequeños sorbos a su café. Había abandonado la tostada en el plato. No tenía hambre.

Un ronroneo a sus pies le llevó a inclinar la cabeza. Rico le miraba como si le reprochara que no estuviese pendiente de él. Sonriendo, se agachó y lo cogió en brazos. El gato se acomodó en su regazo y maulló bajito, exigiendo atención.

—*Should I slow down or be bolder?*²¹ —le preguntó mientras le rascaba la barbilla.

«Si Rico cierra los ojos, seré más atrevido», se dijo. «Si no lo hace, frenaré».

Sabía que era un engaño, porque Rico siempre cerraba los ojos cuando le rascaban la barbilla. Y así fue. En cuanto notó los dedos de Mike acariciándolo, los enormes ojos azules del gato se cerraron.

—*Yeah! I can always count on you, buddy!*²² —canturreó, riéndose de su propia tontería.

El día mejoró notablemente después de aquello.

Sobre las doce llegó el mensajero que estaba esperando. Le traía su ropa, su cargador de móvil, su pasaporte, su cartera y más Ativan. Había aguantado más de diez días viviendo de prestado, pero ya no podía aprovecharse más de la amabilidad de Simón. Habló con su secretaria el día anterior para que se encargara de que alguien recogiese sus cosas del hotel y las mandara a esa dirección. No temía que Claudia le dijera a Andrew donde estaba, porque trabajaba para él y no para su mánager, al contrario que Greta.

Se quedó mirando las cuatro maletas que había apilado en la terraza, con una mueca indecisa. El piso de Simón era pequeño y no había espacio para poner sus pertenencias en ningún sitio. Las dejaría allí e iría sacando solo lo imprescindible, decidió. Era curioso que él, que se había acostumbrado a vivir en una casa de tres mil pies cuadrados con cinco dormitorios, cuatro baños, un salón, un estudio, garaje para dos coches y un jardín enorme, se encontrara tan a gusto en ese apartamento.

Quedaba demostrado que seguía siendo un chico de barrio. Era como un retorno a su infancia.

Al ritmo de *Redondo Beach* de Patti Smith regó las plantas. Simón le había explicado cuáles necesitaban agua todos los días y cuáles no, así que solo tuvo que seguir sus instrucciones. Luego jugueteó con Rico, riéndose sin cesar al ver que este se empeñaba en meterse dentro de unos calzoncillos que había dejado sobre la cama.

Empezó a tener hambre a eso de las dos y media. No sabía a qué hora iba a volver Simón ni si iba a llegar a comer. Normalmente, antes de irse le informaba de cuándo iba a regresar, pero al haberse marchado tan temprano aquella mañana no le había dicho nada. Y tampoco le había enviado ningún mensaje.

Decidió tomar la iniciativa y contactar con él.

Cuándo vienes hoy a casa?

Nada más enviar el texto se sintió como un imbécil. Lo releyó y resopló. Parecía una mujercita histérica porque su marido no llegaba. No obstante, se quedó mirando la pantalla con atención. Simón había recibido el mensaje y lo había leído.

No me esperes a comer ni a cenar. Llegaré tarde.

¿En serio?

Soltó una imprecación en voz alta.

¿Y ese tono tan impersonal? ¿De verdad estaba tan ocupado o es que le evitaba?

Quizá era cierto que tenía mucho trabajo. No le había dicho nada, pero Mike sabía que la escuela de idiomas no iba muy bien y que tenía problemas económicos. Recordaba la conversación telefónica que escuchó en el aseo el día del concierto. Dado que era consciente de eso, le había ofrecido pagarle un alquiler, pero Simón se negó e incluso se mostró ofendido.

Volvió a mirar el mensaje y el desencanto torció sus labios.

Malhumorado, se preparó un sándwich rápido que se comió de pie, frente a la encimera de la cocina, acompañado por una lata de cerveza mientras tamborileaba con los dedos sobre la superficie de granito una y otra vez.

Estaba demasiado inquieto.

Quizá era hora de salir a la calle y dar una vuelta por los alrededores. Desde que llegó no había abandonado el piso ni una sola vez.

Sí, saldría y daría un paseo para despejarse, se dijo.

Se vistió con unos vaqueros, una camiseta negra y unas deportivas, y se recogió el pelo en una coleta. Luego se caló la gorra y se puso las gafas de sol. Hubiera preferido poder prescindir de ambas y que el sol le diera en la cara —el sol era algo que echaba de menos en Londres, el sol inglés no brillaba igual—, pero no quería ser reconocido.

Simón le había dicho que a unos doscientos metros de allí estaba el parque de Berlín, así que se puso en camino y no tardó mucho en alcanzarlo. Era bastante extenso y tenía coquetos caminos bordeados de árboles que proporcionaban sombra a la escena. No había mucha gente a

esas horas y se permitió el lujo de despojarse de las gafas y la gorra y disfrutar del solitario paseo.

Se detuvo a contemplar los trozos del muro de Berlín que había en medio de una fuente. Eran tres y estaban llenos de pintadas. También había una estatua de un oso, símbolo de la ciudad de Berlín, según rezaba una placa de bronce que había debajo. Y unos cuantos metros más adelante, había un busto de Beethoven. En el bloque de piedra sobre el que se asentaba se podía leer: *1981, las ciudades de Bonn y de Madrid a Beethoven.*

Con las manos en los bolsillos, se adentró en una de las sendas y anduvo unos minutos hasta que llegó a unas canchas de baloncesto que había al otro lado del parque. Se sentó en un banco con la vista fija sobre unos chavales que jugaban un partido sin prestarles mucha atención.

Tenía la mente ocupada con otras cosas.

Con Simón.

Le gustaba.

Era increíble cómo, en tan corto espacio de tiempo, alguien podía metérsele a uno bajo la piel de aquella manera.

En un primer momento, pensó que era un tipo agradable y tranquilo, al que se le daba bien escuchar y que perdonaba con facilidad. Estaba a gusto a su lado porque no sentía que pretendiera aprovecharse de su fama, al contrario que la mayor parte de la gente que solía acercarse por puro interés. En ese caso era más bien al revés, era él, Mike, el que se beneficiaba de la situación en la que se hallaban.

Pese a las enormes diferencias que había entre ambos, Mike sintió que había encontrado un espíritu afín, alguien a quien poder llamar amigo.

Eso era lo que había entre ellos: amistad.

Pero no tardó en darse cuenta de que la atracción que sentía iba más allá de la mera amistad. Fue cuando se vio a través de sus ojos y se percató de que Simón no le miraba como si fuera una estrella de *rock*. Toda esa timidez que le envolvía y que le llevaba a enrojecer y a tartamudear cuando estaban juntos no era porque él fuese Mike Allen, el cantante de los CFB, sino porque era simplemente Mike, un hombre.

Y eso le gustó. Le gustó tanto que empezó a fantasear.

Quería ir más allá con Simón.

No sabía si aquello sería posible. Simón era un tío heterosexual que nunca había estado con un hombre, pero a veces tenía la sensación de que ese obstáculo no era tal y de que Simón quería lo mismo que él.

Otras veces, lo dudaba y se llenaba de incertidumbre.

No sabía cómo proceder.

Suspiró y volvió a ponerse las gafas y la gorra. Eran ya las ocho de la tarde y comenzaba a oscurecer. Sería mejor regresar al piso. Se incorporó y echó a andar dando un rodeo. Apenas había avanzado unos doscientos metros cuando descubrió que, al otro lado del parque, había un pub irlandés decorado al más puro estilo gaélico. Parecía bastante animado y concurrido. En uno de los enormes carteles que había en un lateral de la puerta anunciaban que tenían Guinness. Unos clientes que fumaban en el exterior se le quedaron mirando. Temiendo ser reconocido, apresuró sus pasos y se alejó.

Un apartamento vacío y oscuro le recibió. Solo Rico salió a darle la bienvenida.

Era la primera vez que iba a cenar sin Simón. Desde que había llegado al piso, este siempre había vuelto del trabajo temprano. Mike no era un pusilánime que necesitase estar acompañado a todas horas, pero se había acostumbrado con mucha rapidez al ritual de la cena y la película y luego la copa de vino en la terraza.

Frustrado, se cambió de ropa y se puso unos pantalones cortos. Luego se hizo unos huevos revueltos y dio buena cuenta de ellos en la terraza antes de volver al interior y tumbarse en el sofá a ver la tele. Pasaban un estúpido programa de citas que no le pareció nada interesante, pero ni siquiera se molestó en cambiar de canal. Eran las nueve y media y ni rastro de Simón.

Reprimió el deseo de llamarle.

* * *

Simón se detuvo en el restaurante japonés que había cerca de la academia y compró sushi y maki para dos. Se sentía culpable por haber sido tan antipático con Mike cuando este no había hecho nada.

Era él el que tenía la cabeza hecha un lío porque sus sentimientos hacia su invitado eran demasiado confusos y extraños.

Sin embargo, no había pretendido evitarle, era verdad que tenía trabajo acumulado, exámenes que corregir y clases que preparar, y tuvo que quedarse en la escuela hasta esas horas.

Se miró el reloj y comprobó que eran casi las diez de la noche y no sabía nada de él desde el escueto mensaje que le envió por la mañana. Era la primera vez desde que Mike estaba en su piso que llegaba tan tarde.

«Quizá ya haya cenado. Sería lo más lógico. Le has dicho que no te esperara».

Montó en la bicicleta y comenzó a pedalear. Desde allí hasta su calle tardaba solo unos diez minutos. Tuvo suerte y todos los semáforos se iban poniendo en verde según se acercaba a ellos. Su hermana llamaba a eso *una ola verde* y decía que era una señal del destino, que aquello rara vez sucedía en Madrid. Que si uno tenía la suerte de encontrarse con algo así era porque iba camino de que le ocurriese algo bueno.

Paola y sus tonterías.

Dejó la bicicleta en el portal, en el cuarto de las bicis, y montó en el ascensor. Mientras este se ponía en movimiento, comenzó a meditar sobre su huida de aquella mañana. Se sentía como un tonto por haber reaccionado así. No sabía ni cómo ni cuándo, pero se disculparía con Mike por haber sido tan infantil.

Quizá el sushi sirviese para arreglarlo todo, se dijo con optimismo.

Se detuvo unos segundos frente a la puerta de su piso. Sentía la ansiedad recorriéndole de arriba abajo. Saber que alguien le estaba esperando en casa para darle la bienvenida cuando regresaba del trabajo era raro y desacostumbrado, pero tenía que reconocer que le gustaba.

Mucho.

Cogiendo aire, abrió la puerta y accedió al interior de la vivienda. La tele era la única fuente de iluminación que esparcía su luz tenue por todos los rincones; estaba encendida con el volumen muy bajo.

Rápidamente, recorrió cada rincón con la vista y sus ojos se posaron sobre la figura de Mike, que dormía en el sofá. Una de sus largas piernas arrastraba por el suelo y tenía los brazos cruzados sobre el pecho desnudo.

Dejó la mochila en el suelo y, caminando de puntillas para no despertarle, se dirigió a la cocina. Puso la bolsa con la comida en la encimera y se agachó para acariciar a Rico, que se había acercado buscando su ración de mimos.

—Hola, ya estoy en casa. ¿Todo bien por aquí? —cuchicheó en voz apenas audible.

Se incorporó y echó una mirada desilusionada al sofá. Le apenaba haber llegado tan tarde y haber encontrado a Mike durmiendo. Se había acostumbrado a las cenas en común, a las películas y a la copa de vino compartida en la terraza. Una cena de sushi en soledad no tenía encanto alguno.

La culpa era suya y de nadie más.

Suspirando, se acercó a la mesita que había frente al sofá para coger el mando y apagar la televisión. Sin embargo, antes de hacerlo no pudo evitar volver a mirarle. Se quedó inmóvil con la vista clavada en su silueta. Los destellos que emitía la pantalla del televisor coloreaban su cuerpo en tonalidades azules.

Se fijó en su boca amplia y carnosa más de la cuenta y bajó los párpados cuando un cosquilleo le recorrió las manos.

Ansiaba tocarle.

Había pasado la mayor parte del día pensando en él. Y ahora, ahora...

Mike dormía en su sofá.

Bum bum bum...

Su corazón se aceleraba una media de doce o trece veces al día y aquello no podía ser sano. Se estaba volviendo loco.

Apretó los labios y se inclinó ligeramente sobre el durmiente. Acercó la mano a su cara, pero en el último segundo se arrepintió y alejó el brazo.

Mike fue más rápido y le agarró por la muñeca con impaciencia.

Simón expelió un jadeo sobresaltado.

Mike se puso de pie y, sin soltarle, alargó el otro brazo y encendió la lámpara que había al pie del sofá. La estancia se llenó con una luz amelonotada.

Los ojos de Simón casi se salieron de sus órbitas, producto de la sorpresa.

—Sé que te gusto —murmuró Mike con voz ronca.

—¡No es cierto! —rechazó, negando con violencia al tiempo que apartaba la vista.

—Me ibas a tocar mientras dormía.

—No es verdad —volvió a rechazar. El sonrojo se apoderó de él con virulencia.

—Sí, lo es.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso fingías dormir?

Mike no vaciló. Las ganas de hacer algo impensable en cualquier otro momento le sobrepasaron. Tiró de él con brusquedad hasta que sus torsos se encontraron.

—Sí —respondió en un susurro justo antes de posar los labios sobre los suyos.

Tal y como había imaginado, eran mullidos y suaves. Reprimió el deseo de pasar la lengua sobre ellos; era demasiado pronto para eso, quizá, pero no pudo evitar que un diminuto gemido brotase de su boca. Simón no reaccionó al beso, pero tampoco se apartó. Permaneció extrañamente dócil e inmóvil.

Fue él el que puso punto y final a la breve caricia después de un instante. Le soltó y dio un paso atrás. No quería tentar a la suerte.

El sonido de las respiraciones trabajosas de ambos llenó el ambiente.

Mike terminó por suspirar.

—Me gustas —rompió el silencio al fin con cautela.

Simón no respondió. Seguía mirando en otra dirección.

—¿No vas a decir nada? —insistió.

—No sé qué decir —murmuró al fin, llevándose las manos a la cabeza y alborotándose el pelo.

—¿Te gusto?

—No lo sé —exclamó.

—¿Te ha resultado desagradable que te besara? —preguntó Mike dando un par de pasos en su dirección.

—No —admitió con reticencia al tiempo que se alejaba.

El corazón de Mike, que había estado agitado, se aligeró al escuchar ese monosílabo.

—Mira, Mike, yo... —comenzó Simón dubitativo—, no estoy seguro. No creo que esto que está pasando entre nosotros...

—¿Salimos a beber? —propuso de improviso.

Lo último que deseaba era que Simón le viniera con alguna excusa o razón absurda de por qué no podían estar juntos.

—¿Cómo?

—A veces, el alcohol es lo mejor para aclarar la mente.

—No acostumbro a beber alcohol.

—Pues deberías. Es fácil saber lo que uno quiere con un par de copas de más. Me visto y nos vamos —se apresuró a decir, encaminándose al dormitorio.

Simón le siguió con una mirada llena de escepticismo. Tenía el estómago encogido por los nervios.

Se habían besado.

Bajó los párpados y se llevó los dedos a los labios. Se los rozó. Todavía le parecía sentir la boca de Mike sobre la suya. El beso le pilló tan desprevenido que no pudo reaccionar.

Era la primera vez que un hombre le besaba.

Un hombre.

Mike Allen le había besado. Y luego le había confesado que le gustaba.

Aquello le dejó sin aliento.

¿Esa era *la ola verde* de la que hablaba su hermana?

No sabía si irse con él a beber era una buena idea. Mentira, sí lo sabía. ¡Era una pésima idea! No aguantaba el alcohol y era probable que, con una copa de más, dijera o hiciese algo de lo que se arrepentiría después.

«¿Y si te dejas llevar?», dijo una vocecita en su interior.

Él nunca se dejaba llevar. Siempre sabía cuál iba a ser su siguiente movimiento. En su complicada vida no había lugar para las improvisaciones.

Hasta que llegó Mike.

Echó un vistazo al sushi que había dejado antes sobre la encimera. Soltando un pequeño suspiro, se acercó para guardarlo en la nevera.

—¿Nos vamos?

Mike apareció ante él con unos vaqueros rotos, una camiseta negra y su gorra, pero Simón no se fijó demasiado en la ropa, solo tenía ojos para su sonrisa. Era enorme y deslumbrante.

«Estás perdido, Simón».

Bebiendo y besando

Drinking and kissing

Mientras atravesaban el parque, de camino al pub irlandés al que Mike propuso ir, Simón le observó a hurtadillas. Caminaba con zancadas amplias y una gran seguridad en sí mismo. A pesar de que se había bajado la gorra y su rostro no era muy visible, el ángulo de su mentón quedaba al descubierto.

Se sentía un poco tonto. Si solo fuera más divertido y simpático, si fuese más elocuente e interesante no habría necesidad de caminar en silencio, pero no se le ocurría ningún tema de conversación.

Solo podía pensar en el beso.

—Me estás mirando todo el rato. ¿Te resulto atractivo? —preguntó Mike de repente.

Simón dio un respingo. No había esperado la pregunta, pero se recuperó rápido.

—Lo eres, sin duda —admitió—. Y lo sabes.

—Mis rasgos son demasiado femeninos —continuó.

De pronto, se detuvo bajo una de las farolas que iluminaban la senda en la que se encontraban y se alzó la gorra.

—Mírame —le pidió—. ¿Qué te parezco? En muchas revistas dicen que mi aspecto es andrógino e infantil.

Le contempló detenidamente, aunque no lo necesitaba. Se sabía su cara de memoria. Desde la perfección de sus labios, la hendidura de su barbilla, sus pómulos y su frente hasta la imperfecta nariz.

—Tienes una belleza delicada.

—¿Y a ti te gusta la belleza delicada? —inquirió, provocador.

«Mucho. Al menos la tuya».

No respondió. Se metió las manos en los bolsillos y desvió la vista. Escuchó el suspiro que brotó de la boca de Mike con absoluta claridad.

—Tú tienes un rostro muy masculino, Simón. Me gusta eso —dijo en voz baja.

Se acercó a él y le rozó el mentón con los nudillos. Luego volvió a calarse la gorra y echó a andar.

Simón se quedó petrificado. La caricia fue ligera, apenas un leve roce, pero había provocado que se le contrajera el pecho. Y sus palabras estaban cargadas de anhelo y deseo.

Las cosas se complicaban cada vez más.

Gimió internamente. Necesitaba una copa.

El pub estaba lleno de gente, demasiada. Lo atravesaron abriéndose paso entre diversos grupos de personas. La música típica irlandesa que salía de los altavoces se mezclaba con las conversaciones y creaba una desagradable cacofonía de sonidos.

—Vamos arriba. Creo que allí estará más vacío —le dijo Mike al oído.

Sentir su aliento cálido sobre la piel de su mejilla fue electrizante. Alzó la mirada y se encontró con los desafiantes ojos azules que le observaban con fijeza. Una chispa canalla refulgía en ellos. Estaba seguro de que Mike sabía lo mucho que le afectaba su cercanía y lo hacía a propósito.

Arriba había menos gente y la música no era tan estridente. Se sentaron en una pequeña mesa cuadrada uno frente al otro. Un camarero no tardó en acercarse.

—Para mí una pinta de Guinness —pidió Mike.

—Otra para mí.

Hacía mucho tiempo que Simón no salía a tomar algo por ahí y mucho menos un día de diario. Al día siguiente tenía que madrugar. Ni siquiera sabía por qué había aceptado. Bueno, sí lo sabía. Quedarse en el piso habría significado tener que enfrentarse a sus sentimientos cada vez menos claros y más ambiguos. La huida que Mike le ofreció había resultado ser una idea fantástica.

—¿Es la primera vez que vienes? —le preguntó este.

Parecía encontrarse muy cómodo. De algún modo encajaba con el ambiente. Aunque siempre parecía encajar en cualquier sitio. Era Simón el que se sentía fuera de lugar en todas partes.

—Sí.

—Lo tienes al lado de casa.

—Ya... —Se encogió de hombros.

El camarero puso las dos pintas frente a ellos y se alejó.

Mike le dio un buen trago a la suya. Cuando apartó el vaso de su boca, la espuma de la cerveza se le había concentrado sobre el labio superior. Se la retiró con la lengua mirando con fijeza a Simón, que le contemplaba como hipnotizado.

—La próxima vez, si quieres, dejo que me la quites tú —dijo, acercándose para que nadie más pudiera oírle.

Simón sintió cómo la cara le ardía. Odiaba ser tan impresionable y susceptible al coqueteo. No solía reaccionar así, pero con Mike todo era diferente. Una simple frase y sucumbía. Tratando de ignorar el nudo que se había formado en su interior, en algún lugar entre la garganta y el abdomen, cogió su cerveza y bebió. Estaba amarga, pero le dio igual. Sabía que iba a necesitar mucho alcohol para llegar a un acuerdo con sus emociones, así que volvió a dar otro trago. Y otro. En unos minutos había vaciado el vaso.

Mike le observaba en silencio a través de las pestañas, calculando sus posibilidades. Después del breve roce de labios que tuvo lugar en el piso, había decidido tirar toda prudencia por la borda y ser más osado.

Él tenía muy claro lo que quería.

Esperaba que Simón no tardase mucho en decidirse.

Hizo un gesto al camarero para que les sirviera dos cervezas más. Este no tardó en traérselas.

Bebieron, enfrascados en sus propios pensamientos, rodeados por gente y por el sonido de la música celta. Y los minutos fueron transcurriendo mientras la tensión entre ellos aumentaba.

Mike miraba a Simón de frente, abiertamente, sin ocultar cuáles eran sus intenciones.

Simón le lanzaba miradas soslayadas, indecisas y llenas de dudas.

El camarero regresaba ya con la tercera ronda cuando Mike decidió atacar. A pesar de que dos Guinness no eran gran cosa, Simón parecía achispado. Sacaría ventaja de eso y no esperaría más.

Se inclinó sobre la mesa y se acercó a él.

—¿Eres activo o pasivo?

Simón se quedó mirándole con una expresión perpleja.

—No soy gay —repuso al cabo de unos instantes, después de haber echado un vistazo a su alrededor.

—¿No? Entonces, ¿por qué a veces me miras como si quisieras devorarme?

—No lo hago —protestó arrastrando las palabras—. Y no soy gay. Nunca he estado con un hombre.

—Que nunca hayas estado con un hombre no significa que no quieras estarlo en el futuro —aseveró con un ademán desdeñoso.

Simón se mordió el labio.

—¿Y tú? ¿Eres gay? —le preguntó.

—No exactamente.

—¿Bisexual?

—Aunque no me gustan las etiquetas, creo que el término más adecuado es pansexual. Me da igual el género. No le doy mucha importancia —repuso, encogiéndose de hombros—. Me gustan las personas. Y, ahora mismo, ya sabes quién me gusta.

—¿Alguna vez has estado con un hombre? —indagó haciendo caso omiso a la última frase.

—Sí. Varias —admitió—. A veces llego hasta el final, a veces solo tengo sexo oral..., depende de las ganas.

—Ah..., sexo oral... Eso es... —Simón hizo una pausa y le dio un largo trago a su cerveza—. Eso es...

—Eso es una mamada —completó con tono burlón—. Exacto. Si tienes curiosidad por saber quién se la hizo a quién...

—No. No... tengo curiosidad —negó con firmeza.

—¿Seguro que no?

—No.

Mike se percató de que Simón comenzaba a respirar más deprisa y de que sus ojos erráticos vagaban de un lado a otro. Sus dedos apretaban el vaso con fuerza. Estaba nervioso, era evidente. Quizá incluso excitado.

—¿Te gustaría que te hiciera una? ¿O preferirías hacérmela tú a mí? —ofreció, llevándose el vaso a la boca.

Las aletas de la nariz de Simón se dilataron y su nuez subió y bajó a toda velocidad, señal de que tragaba saliva compulsivamente. No pronunció ni una sola palabra.

Mike decidió ir más allá, arriesgándolo todo. Se acercó todavía más, de modo que sus rostros quedaron a solo unos centímetros de distancia.

—Contigo quiero llegar hasta el final —musitó, y posó la mirada sobre la cinturilla de sus pantalones para volver a mirarle a los ojos de nuevo con intensidad.

Los labios de Simón se abrieron y un suave jadeo se liberó de ellos. Mike Allen se había empeñado en seducirle. Y él iba directo a su trampa, de cabeza.

Sin apartar la vista, dejó su vaso sobre la mesa.

—Creo que... he bebido demasiado. Necesito ir al aseo —dijo mientras se incorporaba algo tambaleante.

Sintió los ojos ardientes de Mike siguiéndole mientras él se dirigía al fondo, hacia una puerta de madera sobre la que había un cartel blanco con una M mayúscula.

Mike sabía que se la había jugado al ser tan directo, pero no estaba en su naturaleza el dar rodeos. Ahora la pelota estaba en el campo de Simón.

Podía aceptarle o rechazarle.

Si se decantaba por lo primero, quizá esa noche no pasara nada entre ellos, pero más tarde o más temprano, sucedería. Y si se decantaba por lo segundo, era probable que al día siguiente tuviese que coger sus pertenencias y largarse de su piso.

Era un todo o nada. La mosca acababa de enredarse en la tela de la araña.

La mosca, alias Simón, cerró la puerta del pequeño habitáculo y apoyó la espalda contra la pared, tratando de tomar aliento. Estaba un poco mareado, pero todavía era muy capaz de pensar por sí mismo y era muy consciente de lo que estaba sucediendo.

Se llevó una mano a la boca para ahogar una imprecación mientras que con la otra se palpaba la entrepierna. No necesitaba tocarse para saber que tenía la polla dura como una roca.

¡Joder! ¿Cuánto tiempo hacía que no experimentaba una sensación semejante? La noche anterior, las insinuaciones de Mike ya le habían provocado una erección, pero lo que le estaba sucediendo en ese momento iba mucho más allá.

Una mamada... ¿Te gustaría que te hiciera una? ¿O preferirías hacérmela tú a mí?

Contigo quiero llegar hasta el final.

Aquellas frases resonaron en su cabeza haciendo que fuera imposible rebajar su excitación.

Una mamada.

A Mike Allen.

Se vio a sí mismo practicando sexo oral con él y la imagen no le resultó para nada desagradable. Por el contrario, era muy sugerente. Cerró los ojos y volvió a ahogar otro impropio en la palma de la mano. Luego se golpeó la frente contra la pared de azulejo.

Cuánta razón había tenido Mike al decir que con alcohol las cosas se veían mucho más claras. Llevaba más de una semana debatiéndose entre titubeos y vacilaciones y dudando de su identidad. Cuestionándose si era heterosexual o gay, si le gustaban las mujeres o los hombres. Y, finalmente, unas cervezas y un beso habían conseguido poner todo en perspectiva. Le habían hecho ver con total claridad lo que deseaba en realidad.

Le deseaba a él, a Mike.

Y había sido así desde el principio, solo que había tardado en reconocerlo.

¡Qué más daba que fuera hombre o mujer!

Hundió la cabeza en los hombros y apoyó las manos en las rodillas.

No tenía ni idea de en qué iba a desembocar aquello. Su experiencia era bastante limitada. Como bien había reconocido ante Mike hacía unos minutos, nunca antes había estado con un hombre.

—Dios, solo tiene veinticuatro años y tiene las cosas tan claras... Yo parezco un tonto ingenuo a su lado... —susurró.

Su hermana siempre le decía que tendía a tomarse todo demasiado en serio y que no disfrutaba de la vida, que tenía que relajarse y permitirse vivir alguna aventura de vez en cuando. Aunque dudaba mucho que Paola se hubiera imaginado jamás que esos buenos consejos bienintencionados que le daba significaran echar un polvo con el cantante de los CFB.

Gruñó. Tenía que librarse de su timidez y ser más atrevido, decidió con energía. Elevó la cara y miró al techo. La luz del potente fluorescente le cegó.

Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca varias veces hasta que consiguió calmarse lo suficiente como para abandonar los aseos y regresar a la mesa, sin que sus pantalones parecieran ir a estallar de un momento a otro.

Mike había decidido poner las cartas sobre la mesa. Él también pondría las suyas.

Abrió la puerta y la música que solo había escuchado amortiguada aumentó de volumen notoriamente. Su vista, como atraída por un imán, voló hasta la mesa que compartía con Mike. Este parecía haberle estado esperando. A pesar de que la visera de la gorra le sombreaba la cara, sus impresionantes ojos azules le traspasaron incluso desde la distancia.

Simón se acercó manteniendo una línea recta a fuerza de voluntad. El alcohol siempre se le subía con mucha rapidez a la cabeza.

—¿Pagamos y nos vamos? —dijo, sacando su cartera—. Hay demasiado ruido aquí.

Mike le detuvo con un gesto.

—Yo pago esta vez, Simón.

Se puso de pie y le hizo una señal al camarero, que no tardó en acercarse. Le dio dos billetes de veinte y le dejó quedarse con el cambio.

Simón ya iba camino de las escaleras y Mike echó a andar detrás de él. No tenía ni idea de qué habría sucedido en el baño, pero parecía mucho más decidido que antes. Una mueca de determinación se mostraba en su semblante.

Alcanzaron el piso inferior y atravesaron el concurrido pub abriéndose paso entre la gente, al igual que habían hecho hacía un par de horas. Salieron y fueron recibidos por la noche y la templada temperatura de finales de septiembre.

Sin pronunciar palabra se pusieron en camino, uno al lado del otro. Mike no podía evitar lanzarle miradas de reojo a Simón, esperando que dijera o hiciese algo, pero este se limitaba a mirar al frente muy concentrado. Sus andares eran algo oscilantes, prueba evidente de su ebriedad, mientras se internaban en la senda que cruzaba el parque que estaba oscuro y vacío.

—¿Estás mareado? —le preguntó.

—Un poco —dijo—, pero soy consciente de *todo* —añadió, recalcando la última palabra.

—Ah, *okay* —murmuró Mike.

Su mente iba tejiendo un sinfín de conclusiones. La peor de todas: que iba a tener que recoger sus cosas en cuanto llegaran al apartamento.

De pronto, Simón ralentizó sus pasos y se detuvo. Se quedó inmóvil, con la vista extraviada en algún punto lejano. Mike le miró sorprendido.

—Mike..., creo que yo también quiero lo mismo que tú.

A pesar de que había hablado en voz baja, sus palabras habían sido lo suficientemente claras para no dejar duda alguna de su significado.

—¿Lo mismo que yo?

—Llegar hasta el final.

El corazón de Mike detuvo un latido para luego seguir bombeando sangre a toda velocidad. Se había quedado mudo. Se mantuvo quieto, con los puños pegados a los muslos mientras sus ojos buscaban leer la expresión en el rostro de Simón, pero este había girado la cabeza a un lado y solo los mechones de cabello que se enredaban en su nuca eran visibles bajo la iluminación de una farola, casualmente la misma bajo la que se habían detenido a la ida.

Refrenó el deseo de estirar la mano y rozar uno de esos mechones que destacaban sobre el cuello de su camisa blanca, y esperó a que siguiera hablando.

Simón terminó por ladear la cara y enfrentarse a su mirada. Si bien se mostraba turbado, parecía reacio a dejarse vencer por la timidez.

—Esta noche no... Preferiría estar sobrio —continuó y un timbre de inseguridad se deslizó en la última sílaba—. Pero he tomado la decisión y sé lo que quiero.

—*It's fine*²³ —se apresuró a añadir Mike, acercándose a él—. Esperaremos. Yo no tengo prisa. Quiero acostarme contigo, pero me conformo con... ¿un beso?

—Antes, en el piso, ya me has besado —murmuró Simón.

—Eso no ha sido un beso —dijo Mike con una sonrisa desdeñosa—. Quiero un beso real.

Simón le miró con los labios entreabiertos. Los ojos de Mike se posaron sobre ellos y el deseo de besarle se hizo enorme.

—Voy a contar hasta tres —susurró, pegándose a él y obligándole a alzar la cara—, y te voy a besar de verdad. Si no deseas que lo haga, apártate.

Simón no reaccionó de ningún modo.

—Uno...

El sonido de una respiración acelerada llenó el silencio de la noche. ¿Era la de Simón o la de Mike?

—Dos...

Fue Simón el que dio un paso al frente y, antes de que Mike hubiera podido pronunciar el número tres, le había sujetado la cara con las manos y había posado sus labios sobre los suyos con delicadeza. Delicadeza que se convirtió en ferocidad en cuanto ambas bocas entraron en contacto.

Mike no tardó ni dos segundos en corresponder al beso con la misma avidez y ganas. Sin contener la pasión que se derramaba por todos sus poros, introdujo la lengua en el interior de la boca de Simón y jugueteó con sus labios, mordisqueándolos después.

Recorrió su ancha espalda con las manos con apresurado frenesí, enredando los dedos en su cabello. Hambriento, se echó hacia delante, obligándole a retroceder hasta que su cuerpo chocó con la farola. Le aplastó contra ella, sin apartar la boca ni un milímetro de la suya. La barba incipiente de Simón le raspó la barbilla y eso le excitó todavía más.

Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con un beso.

Era áspero y escabroso. No tenía nada de romántico y aun así...

Simón dejó escapar un gemido ahogado. La rudeza de Mike al besar estaba consiguiendo robarle el aliento. A pesar de que tenía los ojos cerrados, su rostro se dibujó en su mente, ese rostro que le tenía fascinado, y eso le provocó un fuerte estremecimiento. Se aferró a su delgado cuerpo con fuerza y sintió su erección clavándose en su vientre, justo por encima de la suya.

Era una sensación extraña. Desconocida. Agradable. Excitante.

Se le puso la carne de gallina.

El salvaje beso se alargó unos cuantos segundos más hasta que ambos, de común acuerdo, se apartaron con lentitud.

Simón se llevó las manos al pecho, pensando que su corazón iba a explotar.

—Cuando besas no eres tímido —jadeó Mike con los ojos llameantes.

—Hacía... tiempo que no besaba a nadie...

—Pues no se te ha olvidado.

Simón le regaló una amplia sonrisa, de esas que solía mostrar con poca frecuencia. Y a Mike le dio un vuelco el estómago.

¡Joder! ¿En algún momento había dudado del enorme atractivo de Simón?

—¿Nos vamos a casa? —preguntó este echando a andar sin apenas tambalearse.

Quizá el beso le había devuelto la sobriedad.

¿Nos vamos a casa?

¡Qué bien sonaba eso!

Mike le siguió con la vista, fascinado. Todavía notaba la aspereza de su barba sobre la barbilla y las mejillas, y se las rozó con la punta de los dedos.

Quería más.

Antes de que Simón se alejara, se puso en movimiento y fue tras él.

OceanofPDF.com

Ansiedad

Anxiety

Abrió los ojos y pestañeó para borrar los jirones de niebla que habían tomado posesión de su cerebro. Le dolía la cabeza. Volvió a cerrarlos. Se dio la vuelta y enterró la cara en la almohada.

El aroma a café llegó hasta él y olfateó el aire. Sí, no se equivocaba. Olía a café recién hecho.

Abrió un ojo.

De pronto, se dio cuenta de dónde estaba.

Estaba en la cama y no en el sofá.

Y los recuerdos de todo lo sucedido la noche anterior se agolparon en su mente.

¡El beso!

—Buenos días.

La voz de Mike le hizo girarse con precipitación.

—He preparado café y tostadas. Y también una pastilla para el dolor de cabeza de una caja que he encontrado en un cajón de la cocina —dijo.

Simón se incorporó.

Mike tenía un hombro apoyado en la jamba del tabique de cristal que separaba el dormitorio del resto del apartamento y le observaba. Llevaba unos pantalones de chándal de color blanco y el pelo suelto sobre los hombros. Se lo sujetaba con una fina diadema negra para que no le cayera ningún mechón sobre los ojos.

Y también lucía una sonrisa en la boca.

Simón se quedó quieto, mirándole con fijeza. Bajó la vista, avergonzado, y se dio cuenta de que tenía el torso desnudo. Al menos, llevaba los calzoncillos puestos.

—Eh... buenos días... —murmuró confundido—. Estoy... en la cama...

—Anoche estabas agotado. Y la cama es lo suficientemente grande para los dos. —Se encogió de hombros.

—¿Hemos dormido juntos? —Elevó la barbilla con una expresión estupefacta en el semblante.

—Tú lo has dicho: dormir. Eso hemos hecho.

Simón carraspeó.

—No he oído el despertador...

—Ha sonado hace diez minutos. Lo he apagado rápido para que no te molestara. Quería dejarte dormir hasta tener el desayuno listo.

—Pues..., gracias...

Mike se comportaba con naturalidad, como si nada extraño hubiera sucedido. Simón deseó poder hacer lo mismo, pero no estaba acostumbrado a amanecer medio desnudo delante de otro hombre, medio desnudo también. Saber que habían compartido la cama, aunque no hubiera pasado nada entre ellos, le ponía nervioso. Se sentía algo violento. Lo sucedido la noche anterior le parecía algo lejano, como si lo hubiera soñado.

Mike se dio media vuelta y se alejó, comportándose como un adulto, mientras que él parecía una inocente doncella virginal. ¡Maldita timidez!

Mientras escuchaba la puerta del baño cerrarse a su espalda, Mike tomó asiento en uno de los butacones y le dio un sorbo a su café. Amanecía en Madrid y la claridad iba esparciéndose con lentitud por todos los rincones de la terraza.

La expresión de Simón cuando le dijo que habían dormido juntos fue hilarante. Una sonrisa se proyectó en su boca.

La noche anterior, después de llegar al apartamento, Simón se sentó en el sofá y se quedó dormido. Debía de estar agotado y las pintas de Guinness consiguieron terminar con él del todo. Mike le ayudó a llegar a la cama y le quitó los pantalones y la camisa. Simón no protestó, limitándose a balbucear algo sin sentido.

Nada más.

Era cierto que cientos de pensamientos impúdicos habían cruzado por la cabeza de Mike cuando le desnudó y se recreó en la firmeza de su cuerpo, moreno y musculoso. No pudo evitar pasar la mano por sus pectorales, acariciando el corto vello que los cubría, y por sus abdominales bien trabajados. Al sentir cómo su excitación iba en aumento, le arrojó una sábana por encima y se fue al baño a darse una ducha.

De agua fría.

Cuando, poco después, regresó al dormitorio, ya más calmado, y se acostó a su lado, trató de no acercarse demasiado a él, pero cada vez que Simón se daba la vuelta o estiraba un brazo y le rozaba, todas las terminaciones nerviosas de su piel se ponían alerta.

Quizá había sido una mala idea compartir la cama.

Valoró la idea de irse al sofá.

La descartó.

A las cinco se levantó y se masturbó en el baño con la imagen de Simón en la cabeza.

Volvió a ducharse.

Y ya no se acostó.

Preparó café y se tomó un par de tazas, haciendo tiempo hasta que amaneciese.

Rico, que había seguido sus idas y venidas durante toda la noche, se acercó ahora a él, maullando con suavidad.

—Buenos días, *Cotton*.

Se agachó y le rascó debajo de la barbilla.

Unos pasos detrás de él le hicieron volver la cabeza.

Simón se acercaba. Se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas de color negro. Debía de haber tomado una ducha rápida porque tenía el pelo húmedo y más ondulado que cuando estaba seco. Le dirigió una mirada esquiva y una sonrisa que consiguió que el corazón de Mike latiera más rápido y que le entrasen ganas de levantarse, aprisionarle entre sus brazos y meterle la lengua hasta la garganta.

Simón estaba un poco nervioso y trató de disimularlo actuando con fingida normalidad. Se acercó a la mesa, cogió la taza de café y el analgésico y se dirigió hacia una de las ventanas. La abrió y el aire fresco le recibió. El sol comenzaba ya a despuntar en el cielo.

Notó la presencia de Mike detrás de él mucho antes incluso de sentir sus manos posándose sobre sus caderas. Se puso rígido cuando sintió su pecho pegado a su espalda y su aliento rozándole el lóbulo de la oreja.

—Hueles bien... —Su voz era una caricia en sí misma.

Se estremeció.

—Acabo... de ducharme —balbuceó.

Mike le dio un beso en el hombro. Simón giró la cara y se encontró con sus ojos relucientes a escasos centímetros de los suyos. Nunca había visto

tan de cerca el diminuto tatuaje con forma de estrella que destacaba sobre su blanca piel.

—¿Te molesta que te reciba así por las mañanas? —murmuró Mike.

—No —confesó con voz entrecortada.

Desvió la vista hacia el exterior, huyendo de su apabullante proximidad. Se metió la pastilla a la boca y se la tragó con un sorbo de café. Amargo y caliente como a él le gustaba.

—Me gusta amanecer contigo —dijo Mike en un susurro cargado de sensualidad.

Simón parpadeó. Frases como aquella hacían que le resultara difícil concentrarse en nada más. Mike le rodeó con los brazos, cruzando las manos sobre su estómago. Simón bajó la vista y contempló sus dedos, hipnotizado. Sintió que el delgado cuerpo se pegaba más a él y también notó la dureza de una erección clavándose en la parte baja de su espalda.

Cerró los ojos, enardecido, al notar que él mismo comenzaba a excitarse.

Se llevó la taza a la boca y volvió a beber, aturdido.

—Me gusta el sabor a café —dijo Mike.

Y nada más decir aquello, tiró de su brazo para que se girara. Cuando lo hizo y sus miradas se encontraron, alzó las manos y le acunó la cara con ellas, deslizando los pulgares por sus mejillas antes de inclinarse y besarle.

A pesar de que Simón había esperado el beso, no había contado con los sentimientos que se despertaron en él.

Fue un beso lánguido y perezoso, muy distinto al de la noche anterior. La lengua de Mike acarició sus labios con suavidad...

Fue un beso de buenos días, de amantes recién levantados...

—Y me gusta todavía más cuando está en tu boca —dijo Mike, apartándose y dándole la espalda.

Simón tuvo ganas de extender los brazos y aferrarse a él. El beso le había dejado temblando y anhelando más.

Mike se alejó porque notó cómo su excitación iba en aumento. La situación comenzaba a escapársele de las manos y dudaba mucho de que Simón estuviera dispuesto a echar un polvo a esas horas de la mañana.

Se retiró por cuestiones de salud mental.

Cogió a Rico del suelo y, con él en brazos, se dio la vuelta y le echó una ojeada a Simón, cuyo rostro mostraba signos evidentes de pasión contenida. Tenía la mandíbula rígida, las mejillas enrojecidas y sus ojos desprendían

chispas ardientes. También los impresionantes músculos de sus brazos parecían haber aumentado de tamaño debido a la tensión.

«Es tan jodidamente sexi y me pone tan cachondo...».

¡Joder! Era mejor no ir por ese camino, se dijo.

—¿Puedo publicar alguna foto de Rico en mi cuenta de Instagram?

Cambió de tema con rapidez tratando de mantener una conversación normal.

—Sí..., supongo...

—No sacaré nada de tu casa ni del entorno. No te preocupes.

—Está bien... —carraspeó Simón—. ¿Tienes planes hoy?

—He quedado con mi amigo Fer. Te conté que estaba fuera, pues volvió hace unos días y ayer me mandó un mensaje. Voy a acercarme a verle hoy.

—Ah, perfecto.

Mike arqueó una ceja. Simón sonaba desilusionado.

—¿A qué hora terminas hoy de trabajar? —inquirió.

—Bueno, tengo tres clases esta tarde, pero había pensado en pasarlas a mañana y volver sobre las cuatro. Pero da igual... —Hizo un gesto vago con la mano.

—Hazlo. Aplázalas —se apresuró a decir con rapidez.

Simón le miró por encima del borde de su taza de café.

—Bien —musitó.

Aunque su boca permanecía oculta, sus ojos parecían sonreír y Mike le devolvió la sonrisa.

—Voy a hacer fotos mientras tú acabas de desayunar —dijo y le lanzó un guiño.

Luego se fue al dormitorio y comenzó a hablar con el gato en inglés y a hacerse un selfi tras otro con Rico, que parecía encantado de recibir tantas atenciones.

Simón se acercó a la mesa y cogió una tostada tratando de contener la sonrisa que no se le quería ir de los labios.

Sonrisa que se mantuvo perenne mientras se acababa el café.

Mientras se lavaba los dientes.

Mientras se vestía.

Mientras recogía sus cosas y las metía en la mochila.

Mientras se despedía de Mike agitando la mano y abandonaba el piso.

Mientras montaba en bicicleta hasta la academia.

Mientras entraba y se topaba con su hermana.

—Tienes cara de imbécil —le dijo ella mirándole con petulancia.

La sonrisa se borró del rostro de Simón.

—Has cogido unos kilos, ¿no? —Se vengó, implacable.

—Capullo —masculló.

Le siguió por el pasillo hasta la sala de descanso.

—Ahora en serio, tienes buen aspecto. Pareces contento. ¿Ya te has acostado con tu novia?

La ignoró. Dejó la mochila en una silla y se acercó a la cafetera. Se sirvió un café y lo olisqueó. Olía bien, pero no tan bien como el que se había tomado en casa con Mike. Sus pensamientos volaron libres y tuvo que darse la vuelta para que su hermana no viera que volvía a sonreír, embobado.

—Jo, Simón, siempre me lo cuentas todo y esta vez no me dices nada.

—Hizo un puchero—. Sé que has conocido a alguien porque estás muy distraído. Y eso es raro en ti.

—No tengo nada que contar, de verdad —dijo, sentándose en la amplia mesa, y abriendo su agenda.

Él mismo se dio cuenta de que su voz había sonado poco sincera.

—Mientes fatal —refunfuñó ella.

Se dejó caer sobre el sofá y se sacó el móvil del bolsillo.

—¿Qué clase tienes ahora? —inquirió Simón, aliviado, al darse cuenta de que no iba a seguir insistiendo.

La miró de reojo. Llevaba una camisa verde muy larga de manga corta y unos *leggings* negros. Parecía una niña de quince años.

—La de C1. ¿Y tú?

—Un grupo de principiantes y luego una B1.

Paola murmuró algo ininteligible.

Simón se concentró en las tareas que tenía pendientes. Anotó el nombre de Luis en un lateral. Tenía que llamarle con urgencia, aunque era un poco temprano. Esperaría a que fueran las diez.

—Ostras, ¡qué fuerte! —exclamó Paola de pronto.

Simón alzó la vista y la miró con desinterés.

—¡Mike Allen acaba de postear una foto en su cuenta de Instagram con un gato igualito que el tuyo! ¡Qué casualidad! Es que es clavado a Rico. ¡Mira!

Se incorporó y le puso el móvil debajo de la nariz.

Simón notó que le subían los colores y se esforzó por mantener la cabeza baja. Cogió el teléfono.

La imagen mostraba a Mike, desnudo de cintura para arriba, tumbado en una cama de sábanas azules —en su cama— con Rico encima de su torso, que miraba a la cámara con sus enormes ojos muy abiertos, como si hubiera nacido para dedicarse a eso.

Mike estaba espectacular. Se le secó la boca al contemplarle.

—Se... parece mucho —admitió.

—¿Se parece mucho? —resopló ella—. Podrían ser gemelos.

—Todos los ragdoll son muy parecidos...

Paola le arrebató el móvil de las manos.

—Es la primera vez que postea en semanas. La última vez fue antes del concierto —dijo como hablando consigo misma—. La verdad es que todo el grupo está de vacaciones, al menos eso puso Joe en su cuenta. Hasta el mes que viene no van a grabar.

Simón la miró a hurtadillas. Parecía saber bastante de los CFB. Mucho más que él, desde luego. ¿No era eso irónico teniendo en cuenta que él compartía piso con el cantante? Una mueca divertida apareció en su cara.

—¡Buenos días!

La llegada de John, uno de los profesores, sacó a Simón de sus pensamientos. Le saludó con afabilidad.

Paola y él no tardaron en enfrascarse en una conversación sobre algunos de sus alumnos mientras tomaban café. Y Simón aprovechó que no le hacían mucho caso para sacarse el móvil del bolsillo y mandarle un mensaje a Mike.

Rico está guapo en la foto.

Hubiese querido ser más explícito, pero decidió dejarlo así.

El aparato vibró en su mano.

Y yo no?

Se mordió los labios conteniendo una sonrisa antes de enviarle un emoji divertido. Luego alzó la cabeza y se chocó con los ojos inquisitivos de su hermana.

Carraspeando, se puso serio y recogió sus libros. Se despidió de ella y de John y abandonó la sala.

* * *

Mike había pasado unas horas en el taller de Fer, recordando viejos tiempos. Este no había cambiado nada desde el instituto. Seguía teniendo el mismo aspecto de chico malo de entonces; todavía se rapaba el pelo de la misma manera. Le había insistido para que se quedara a comer con él y así pudiese conocer a su novia, Marta, que era una gran fan de los CFB y estaba deseando conseguir un autógrafo suyo.

A pesar de que tenía muchas ganas de volver al piso cuanto antes, Mike no tuvo más remedio que ceder. Marta resultó ser una chica bajita y delgada, con un tatuaje de un duende en el brazo que se quedó petrificada al verle en el taller de su novio. Este la llamó para que se pasara por allí cuando saliera del trabajo sin querer decirle que estaba con Mike.

Comieron los tres juntos en un bar, cerca del piso de ambos. Luego se hicieron unas cuantas fotos, y cuando se despidieron, Mike prometió volver a llamarlos para verse de nuevo.

Era realmente gratificante poder pasar unas horas con gente normal, ajena al mundo del espectáculo. Gente sencilla con vidas sencillas.

Como Simón.

Miró por la ventanilla del taxi. El vehículo enfilaba ya la calle donde estaba su piso. Se sacó el móvil del bolsillo y le echó un vistazo a la pantalla. Las cuatro menos diez. Con suerte, llegaría antes que él.

Según se acercaban, el estado de euforia que se había despertado dentro de él desde que se montó en el taxi se fue haciendo más y más grande. La excitación le corría por las venas, pensando en que iba a pasar la tarde junto a Simón.

Pagó la carrera y se bajó del vehículo.

La luminosa cruz verde de una farmacia a unos doscientos metros llamó su atención. La miró durante unos instantes, titubeante. Finalmente, tomó una decisión y echó a andar hacia allí. La empleada era una jovencita que parecía recién salida del colegio, y cuando le pidió condones y lubricante con base de silicona se puso nerviosa y estuvo a punto de tirar un expositor que había sobre el mostrador. Mike tuvo que contener una risa divertida. Pagó y salió del establecimiento muy satisfecho consigo mismo.

Era mejor estar preparado para cualquier contingencia, ¿no?

Justo cuando iba a alcanzar el portal, su móvil comenzó a sonar.

Andrew.

Arrugó la nariz. No le apetecía nada hablar con él, pero sabía que si no le cogía el teléfono, seguiría insistiendo.

—Dime —respondió con aspereza.

—Eh, Mike...

—Todavía no son las cinco aquí.

Todas las tardes, sobre la misma ahora, le enviaba un mensaje de texto o de audio a su mánager para que este no se preocupase y le mandara a los perros.

—Lo sé, lo sé. ¿Cómo va todo?

—Va.

Ignoró el ascensor y comenzó a subir las escaleras.

—¿Te están sentando bien las vacaciones?

—Me están sentando de puta madre.

—Bien...

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—Joder, dilo ya de una vez —exclamó exasperado.

No sabía por qué, pero tenía un pálpito de que esa llamada le iba a fastidiar la tarde. Y las siguientes palabras confirmaron su mal presentimiento.

—Hemos recibido otro anónimo. Esta vez ha llegado a la agencia.

¡Mierda!

Había tratado de no pensar en el puñetero demente desde hacía días. Se detuvo en el descansillo del tercer piso y esperó a que siguiera hablando.

—Viene sin foto, es solo una carta con el mismo texto de siempre —continuó su mánager—. Ha sido enviada desde una oficina de correos de Londres, por lo que damos por hecho que el cabronazo está aquí y no allí —vaciló—. No iba a contártelo, pero después de hablar con Greta hemos pensado que era lo mejor. Al menos, así puedes estar más tranquilo. El tipo no está en España. Ya le hemos llevado la carta a Scotland Yard.

—¿Hay alguna pista nueva? —preguntó entre dientes, volviendo a ponerse en movimiento.

—De momento, no. A ver si este nuevo mensaje les proporciona más información...

Mike pudo escuchar la duda en su voz. Él tampoco era muy optimista.

—Ya veremos.

Archivó la información de aquel pirado en un rincón de su cerebro, dispuesto a no volver a pensar en él. No deseaba amargarse.

—¿Y cómo va todo en casa de tu amigo? ¿Todo bien?

—No pienso decirte dónde estoy.

Un suspiro profundo llegó hasta él con claridad a través del altavoz.

—No te lo he preguntado —soltó—. Solo recuerda que en dos semanas nos vemos. Tenemos una reunión en la discográfica el día nueve.

—Lo sé —repuso Mike con sequedad. Acababa de alcanzar el quinto piso—. Te dejo ahora. Estoy llegando a un sitio.

—Si necesitas algo...

—Sí, lo tengo claro. Adiós.

Colgó.

Apreciaba mucho a Andrew, pero reconocía que no tenía la menor gana de que nadie le recordara cuáles eran sus obligaciones y deberes. ¡Joder, estaba de vacaciones! ¡Las primeras en años!

Se sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta del apartamento. Simón no había llegado todavía y Rico estaba dormido encima del sofá. Apenas elevó la cabeza un milímetro para ver quién era y siguió durmiendo.

Miró la hora. Las cuatro en punto. Tenía tiempo de darse una ducha rápida.

De camino al baño, se quitó la camiseta y la arrojó sobre la cama. Se despojó también de las deportivas, los vaqueros y la ropa interior. Se recogió el pelo en un moño alto con una goma para que no se le mojara y entró en la pequeña cabina. Abrió el grifo y reguló la temperatura del agua. Cuando estuvo a su gusto, dejó que el chorro le cayera sobre los hombros, soltando un gemido placentero.

Acababa de enjabonarse cuando empezó a notar cómo su frecuencia cardiaca se elevaba y la garganta se le estrechaba.

Conocía esos puñeteros síntomas muy bien.

«¡Otra vez no!».

No tardó en marearse y tuvo que apoyar las manos en la pared de cristal. Cerró el grifo de un manotazo y su respiración acelerada se escuchó estruendosa en el silencioso cuarto de baño.

La opresión en el pecho se hizo mayor y los temblores se adueñaron de su cuerpo, obligándole a deslizarse hasta el suelo, donde quedó arrodillado.

Gimió con frustración.

Enterró la cabeza en los hombros y comenzó a contar, cogiendo aire por la nariz y soltándolo por la boca.

* * *

Simón apretó el botón del ascensor con impaciencia.

Solo hacía siete horas y media que no veía a Mike, pero sentía como si llevara semanas sin verle. Saber que estaba en su piso, esperándole, le provocaba una peculiar sensación en la boca del estómago.

Cuando llegó el ascensor, tiró de la puerta con excesiva energía y entró en la cabina. Pulsó el número cinco y aguardó, ansioso. Jamás el aparato le había parecido tan lento.

Unos minutos después, cuando se halló frente a su casa e introdujo la llave en la cerradura, una sonrisa cargada de expectativas se manifestó en sus labios. Abrió la puerta y echó un vistazo al interior.

Ni rastro de Mike por ningún sitio. Solo Rico le lanzó una mirada desinteresada desde el sofá.

Paseó los ojos por la terraza, pero allí no estaba. La puerta del baño estaba abierta, por lo que dedujo que allí tampoco. Era raro. Si Mike hubiese salido, habría dado una doble vuelta a la llave. Dejó la mochila en el suelo y comenzó a desabotonarse la camisa cuando un ruido proveniente del baño llegó hasta él.

¡Sí estaba!

Las comisuras de sus labios se elevaron hacia arriba mientras se dirigía hacia allí.

La sonrisa desapareció de su cara al entrar y ver a Mike.

Estaba de rodillas dentro de la cabina de la ducha, completamente desnudo y empapado. Restos de espuma cubrían su espalda. Parecía tener problemas para respirar. Un sonido ahogado y sibilante, que era el que le había llamado la atención, brotaba de su pecho.

Simón reaccionó con rapidez. De dos zancadas, se aproximó, abrió la puerta de cristal y se agachó para quedar a su misma altura. Mike le miró de reojo y alzó la mano, como queriendo impedir que se acercara; sus ojos azules relampaguearon mortificados.

Simón no le tocó. Se limitó a permanecer a su lado. Sabía que estaba teniendo un ataque de ansiedad. Había visto a su madre padecer ese tipo de

crisis en unas cuantas ocasiones.

—Tranquilo —murmuró en voz muy queda—. Lo estás haciendo muy bien. En poco tiempo estarás mejor.

Siguió hablando, sin ser muy consciente de lo que decía. Eso solía ayudar a su madre a relajarse.

Poco a poco, la respiración de Mike fue normalizándose, y terminó por apoyar las manos mojadas sobre las rodillas de Simón e inclinar la cabeza hasta que también su frente se posó sobre su muslo derecho. Estaba temblando.

Simón se le quedó mirando con una mezcla de aturdimiento y empatía. Nunca le había visto tan frágil y vulnerable. Mike Allen era resistente e indestructible y una fortaleza enorme parecía envolverle siempre. Se sintió tentado de retirarle un mechón de pelo húmedo que se había soltado de su recogido y se pegaba a su hombro, pero se reprimió.

—Tócame... —le pidió Mike con voz ahogada.

Simón no vaciló y lo hizo. Apoyó la mano en su nuca con suavidad. Tenía la piel fría, pero muy tersa. Mucho. Le sintió estremecer bajo el roce de sus dedos y una emoción desconocida le embargó, provocándole un nudo en la garganta.

Se quedaron allí sin moverse, en silencio.

¿Qué era lo que había sucedido? ¿Sufría Mike de ataques de ansiedad o había sido algo puntual? Suspiró para sus adentros. Había tanto de él que no sabía...

Una experiencia ardiente en el sofá

A steamy experience on the couch

—A veces tengo ataques de ansiedad.

La voz de Mike, profunda y ronca, rompió el silencio del apartamento.

Simón alzó la vista, sorprendido. Estaba sentado frente a su escritorio y se entretenía en preparar las clases del día siguiente. Habían pasado un par de horas desde el incidente del baño y, hasta el momento, ninguno de los dos lo había mencionado.

Clavó la vista en la figura de Mike, que estaba tumbado en el sofá bocarriba con la mirada fija en el techo. Aunque parecía muy relajado, había podido apreciar algo de tensión en su tono.

No dijo nada y esperó a que siguiera hablando, pero no lo hizo.

—A mi madre también le pasa —dijo al cabo de un rato.

—Tomo ansiolíticos.

—Mi madre también. Es algo bastante normal, en situaciones de estrés sobre todo.

—Sí. El médico dice que es por el cansancio.

—No me extraña. Tu vida tiene que ser un caos.

Mike se giró, tumbándose bocabajo, y le miró.

—No voy a quejarme —dijo—. Me gusta lo que hago. Solo que... en los últimos meses he trabajado mucho y estaba cansado. Necesitaba unas vacaciones —zanjó.

No estaba siendo sincero del todo, pero no le apetecía seguir hablando del tema y mucho menos mencionar al puto acosador. No quería que Simón pensase que era un pusilánime que se derrumbaba ante la más mínima adversidad. Ya estaba lo suficientemente avergonzado por haberse presentado tan vulnerable y necesitado de ayuda. No acostumbraba a mostrar sus debilidades.

—Espero que estar aquí te ayude a relajarte —dijo Simón con una sonrisa.

Mike se puso de pie y se acercó hasta el escritorio. Estaba descalzo y sus pies no hicieron ruido alguno sobre el suelo. Recorrió a Simón de arriba abajo, deteniéndose en su cara. Las gafas de pasta negra que se apoyaban sobre su nariz le conferían un aspecto muy serio e interesante.

Atractivo y seductor.

—No es solo el lugar lo que me ayuda a relajarme. Eres tú —lo dijo en un susurro.

Simón cambió de posición en la silla, visiblemente incómodo.

—Te quedan bien las gafas —continuó—. Pareces un profesor sexi.

—Soy un profesor —repuso, ladeando la cabeza.

—Sexi.

Simón bajó los párpados y el sonrojo acudió a sus mejillas, tal y como había pretendido Mike, que sonrió triunfal.

—¿Has terminado ya? —preguntó, señalando el portátil.

Simón asintió. En realidad, solo había pretendido estar ocupado para darle la oportunidad de recuperarse.

—¿Por qué no cenamos y nos tiramos en el sofá a ver una película? —propuso Mike.

Aunque formuló la pregunta con tono inocente mientras hacía rodar sus hombros, las segundas intenciones eran más que evidentes en sus palabras.

—Ni siquiera son las siete —murmuró Simón.

—En Reino Unido se cena antes y tengo hambre.

—Bueno...

—Y he descubierto que hay sushi en la nevera. Ni siquiera hay que cocinar.

Simón se incorporó y cerró la tapa del portátil.

—Me has convencido.

—Sabes que no es solo cena y película, ¿verdad? —Le lanzó una mirada provocadora.

—No sé a qué te refieres. ¿No tenías hambre?

Fingió no entender. No quería volver a ponerse rojo. Detestaba no poder controlar esos arrebatos de calor que le coloreaban el rostro con tanta frecuencia. Era tan ridículo para un hombre adulto.

—Nada, nada —rechazó Mike con un gesto de la mano al tiempo que esbozaba una sonrisa maliciosa—. Ya lo verás después.

Simón se mordió el labio inferior al sentir cómo se le encogía el estómago debido a la ansiedad. Siguió a Mike con la vista mientras este se dirigía hacia la cocina. Solo llevaba unos holgados pantalones negros que se habían deslizado hasta sus estrechas caderas, y su larga melena rubia oscilaba sobre su espalda. Se movía con tanta naturalidad de un sitio a otro que, a pesar de que solo llevaba algo más de dos semanas en su piso, parecía como si siempre hubiera estado allí.

Regaba las plantas, preparaba el desayuno y la cena, fregaba los platos, tendía la ropa y hasta había limpiado el baño en una ocasión. Se sentaba en el sofá con los pies en alto, o en el suelo con las piernas cruzadas mientras se adueñaba del mando de la televisión. Y, a veces, le robaba los cascos y bailaba al ritmo de una música que nadie más que él podía escuchar.

A Simón le gustaba verle hacer cualquiera de esas cosas.

Le gustaba todo de él.

Mientras Mike ponía la mesa y se encargaba de la comida, él se acercó a la estantería y paseó el dedo por las fundas de los DVD, leyendo los títulos mentalmente. Se detuvo sobre *La cena de los acusados*. Sí, una comedia sería lo más adecuado, se dijo, extrayendo la caja.

—Hoy algo ligero que no necesite mucha concentración.

La voz de Mike, desde el sofá, llegó hasta él.

—Es una comedia —repuso.

Sacó el disco de la funda y lo metió en el reproductor de DVD antes de dirigirse hacia la mesita. Mike había sacado el sushi y el maki y un par de copas en las que había servido vino.

—¿Vino?

Le sorprendió. Solían beber una copa después de cenar, en la terraza. Nunca tan pronto.

—Solo una copa. Después de ver ayer cómo te afectó el alcohol, he pensado que sería buena idea que bebieras. Para mi propio beneficio, claro.

Simón no pudo evitar soltar una risa.

—Estás utilizando toda tu artillería.

Mike le lanzó una sonrisa astuta al tiempo que asentía con lentitud.

—¿Está funcionando? —inquirió.

Le encantaba descolocar a Simón, aunque este estaba resultando ser menos tímido que en otras ocasiones. Sus ojos marrones centelleaban divertidos.

—Está funcionando. Incluso te diría que ni siquiera voy a necesitar el vino —respondió con ironía.

Mike rompió a reír con ganas. Le gustaba ese Simón desenfadado.

—¿Cuánto dura la película?

—Hora y media, creo.

—Vale, es corta. Me aguantaré las ganas.

El tonto había conseguido calentarle y despertar cierta parte de su anatomía.

Simón se sentó a su lado, procurando dejar una distancia de unos centímetros entre ambos. Llevaba unos pantalones cortos de chándal y una camiseta blanca con el cuello de pico que se le ajustaba a los músculos del pecho. Mike le lanzó una mirada soslayada cargada de impaciencia, relamiéndose para sus adentros.

El sushi y el maki estaban deliciosos.

El vino tenía buen sabor.

La película era realmente divertida.

Simón tenía un aspecto atractivo y seductor.

Y, por añadidura, esa misma tarde había comprado condones y lubricante...

«Demasiado pronto», se dijo.

Era mejor empezar poco a poco.

Simón dio un trago a su vino y dejó la copa sobre la mesa. Era muy consciente de que Mike no estaba prestando atención a la película. Parecía ensimismado, con la mente en otra parte. Suspiró. Tenía que reconocer que a él le sucedía lo mismo.

Los comentarios descarados y llenos de dobles sentidos que habían intercambiado antes de la cena le habían afectado y tenía los nervios a flor de piel.

En ese preciso momento, notó que Mike se revolvía y que su pierna acortaba distancias con la suya. A pesar de que los pantalones que este llevaba eran largos y no hubo un contacto directo entre sus pieles, Simón pudo sentir el calor que se desprendía de su muslo, incluso a través del tejido de la prenda. Todavía no había tenido tiempo de reaccionar cuando la mano de Mike se posó sobre su rodilla desnuda.

¿Eran imaginaciones suyas o sus dedos estaban muy calientes?

Volteó la cabeza, buscando sus ojos, y se encontró con una mirada ardiente y unos labios húmedos y entreabiertos.

—¿Ya? —preguntó casi sin aliento.

—Ya —respondió Mike en un susurro.

—Pero la película no ha acabado.

—¿Y si la terminamos mañana?

Seguían mirándose con fijeza, ignorando la televisión.

La mano de Mike ascendió hasta situarse sobre su muslo, muy cerca de su cadera. No era la primera vez que un hombre le tocaba ahí. El fisioterapeuta, el médico, alguno de sus amigos durante sus rutas en bici cuando tenía algún calambre... Y, sin embargo, era la primera vez que una caricia semejante conseguía excitarle de aquel modo.

—¿Te resulta incómodo?

—No.

—*Okay*.

Mike no siguió avanzando. Dejó la mano quieta. A pesar de que Simón había dicho que no le molestaba, podía sentir cómo su cuerpo se había puesto rígido. Inclino la cabeza hacia él, acercando la boca a su cuello, y depositó un ligero beso justo bajo la línea de su mandíbula.

Una rápida y sonora inhalación fue la respuesta.

Sus ojos se posaron sobre los morenos brazos de Simón. Se le había puesto la carne de gallina. Sonrió imperceptiblemente y utilizó la mano que tenía libre para girarle la cara en su dirección. Las respiraciones de ambos se mezclaron durante un instante antes de que Mike apresara la trémula boca de Simón. Le perfiló los labios con la lengua con suavidad, arrancándole un gemido.

A pesar de que tenía ganas de tumbarse sobre él y aplastarle contra el sofá mientras exploraba cada centímetro de su musculoso cuerpo con sus manos, sabía que tenía que tener paciencia. El que Simón hubiera decidido llegar tan lejos con él no significaba que le estuviera resultando fácil. A fin de cuentas, era la primera vez que se enrollaba con un tío.

Por el momento, se limitó a besarle. Con ganas. Empleando la lengua y los dientes.

La reacción de Simón fue bastante más desinhibida de lo que había pensado. No solo correspondió al beso sino que tomó la iniciativa y le sujetó la cara con las manos fieramente al tiempo que gemía.

Mike no pudo evitarlo. Retiró la mano de su muslo y la posó sobre su erección, presionando con ligereza. Simón dejó de besarle y se apartó unos milímetros, mirándole con la respiración contenida. Estaban tan cerca que pudo distinguir con claridad cómo sus pupilas se dilataban.

Vaciló.

Quizá era demasiado pronto, demasiado rápido.

Esa vacilación debió de verse reflejada en su rostro porque Simón asintió levemente como dándole permiso antes de volver a besarle.

Los dedos de Mike se cerraron en torno a su miembro, completamente rígido, y le oyó gemir de nuevo. Él mismo estaba empalmado. Se giró de tal modo que su masculinidad se encontró con el muslo de Simón, y se frotó contra él, soltando un jadeo ahogado al sentir cómo el enardecimiento recorría su cuerpo.

Las emociones sobrepasaron a Simón. Mike no solo besaba bien sino que lo hacía con el toque justo de rudeza. Algo ruda era también su forma de rodearle la polla con esos dedos largos y fuertes, provocándole una sensación en el abdomen mucho más placentera de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Se echó hacia atrás en el sofá, tirando del cuerpo de Mike para que se tumbara sobre él. Sus manos recorrieron su espalda y se enredaron en su larga melena que cayó como una cascada sobre ambos, envolviéndolos. La suavidad de ese cabello sobre sus hombros, en contraste con la dureza de su cuerpo que le aplastaba contra el asiento, le hizo temblar.

Una de las manos de Mike se introdujo debajo de su camiseta y comenzó a acariciarle el pecho. Eso le llevó a arquearse.

—Te quiero sin ropa —le ordenó este, apartándose de su boca.

Simón no titubeó, se incorporó y tiró de la camiseta, sacándosela por la cabeza con brusquedad. Todavía no había tenido tiempo de arrojarla al suelo, cuando sintió la boca de Mike cerniéndose sobre uno de sus pezones y tironeando de él con los dientes ligeramente, justo antes de lamérselo.

Soltó un grito apagado.

La excitación le llevó a girar las caderas, presionado las de Mike, que había encontrado hueco entre sus piernas.

—Joder, Simón —masculló este—, mira cómo estoy... Creo que hoy voy a aguantar poco.

Y comenzó a embestirle, presionando su dureza contra la de él.

Simón abrió los ojos y los posó sobre su rostro.

Mike resplandecía.

Sus ojos azules lanzaban chispas de excitación y sus labios estaban húmedos y brillantes. Se imaginó esos labios engullendo su erección y esta palpitó como loca dentro de sus pantalones.

Protestó cuando Mike se puso de pie y le abandonó, pero sus ojos se abrieron enormemente cuando se dio cuenta de que solo lo había hecho para despojarse de los pantalones. No llevaba ropa interior. Su delgado y fibroso cuerpo se mostró ante él desnudo por completo. No le dio tiempo siquiera a repasarle con la vista porque Mike se acercó y, agarrando la cinturilla de sus pantalones y sus bóxers al mismo tiempo, tiró de ellos con energía y se los quitó.

Ahogó una exclamación turbada al quedar expuesto a la mirada de Mike, que no tuvo ningún reparo en estudiarle con intensidad y lascivia. No se avergonzaba de su cuerpo, pero ante su escrutinio ardiente sintió cómo el rubor tomaba posesión de él, coloreando cada centímetro de su piel.

—Eres increíble —dijo Mike con voz muy ronca—. Cómo me pones...

Simón bajó la vista y descubrió que así era. Su erguida y larga masculinidad parecía a punto de estallar. En ese instante, Mike se la rodeó con los dedos y comenzó a deslizar la mano arriba y abajo con languidez al tiempo que emitía un jadeo.

Quizá fueron esas palabras o quizá fue ver el efecto que su desnudez tenía sobre él, pero su timidez desapareció de pronto y solo deseó que Mike dejara de tocarse para acariciarle a él.

Y como si le hubiera leído los pensamientos, Mike se aproximó y se tumbó encima. Hundió la cara en su cuello y le dio unos cuantos besos húmedos mientras su mano se acercaba a su entrepierna.

Simón mantuvo el aire retenido en los pulmones, expectante.

Mike acarició la erección de Simón, recreándose en su solidez y su suavidad. Le escuchó exhalar entrecortadamente y abandonó su cuello para poder mirarle a los ojos. Sus iris color chocolate parecían arder de deseo y aquella sensual imagen se le incrustó en las retinas y le llegó hasta el estómago que le dio un vuelco feroz.

Estaba muy excitado y le hubiera encantado llegar hasta el final y hundirse dentro de Simón, pero se controló. No era el momento. Aun así, no

pudo reprimirse y acercó la boca a su oído y le susurró con la voz cargada de lujuria:

—He comprado condones y lubricante...

Antes de que Simón pudiera reaccionar, le agarró la polla con fuerza y tiró de ella sin piedad, muy satisfecho cuando sintió cómo pulsaba trepidante entre sus dedos y Simón corcoveaba y jadeaba sin control alguno. Disfrutó con su rigidez y su firmeza unos instantes antes de soltarle y colocarse entre sus piernas musculosas que se abrieron ligeramente, dándole la bienvenida.

Simón alzó la barbilla y contempló la unión de sus cuerpos. Ambas erecciones enfrentadas. Era una imagen extraña y desconocida, y un relámpago de incomodidad pasó volando por su cabeza, pero desapareció con rapidez cuando Mike comenzó a restregarse contra él. La sensación fue increíble. Un escalofrío de placer le recorrió la columna vertebral y el hormigueo que había comenzado en su vientre se propagó hasta la punta de los dedos de sus pies.

Mike hundió la cara en el hueco del cuello de Simón y bombeó a más velocidad, incrementando la fricción. Utilizaba todo su cuerpo para frotarse contra él y, a ratos, empuñaba su erección, acariciándole con ímpetu. Las manos de Simón le agarraron el trasero, hundiendo los dedos en su carne con ansia y eso le llevó a soltar un grito gutural que ahogó contra su garganta. Sintió su nuez subiendo y bajando a toda velocidad justo debajo de su boca.

No le faltaba mucho para correrse. A Simón tampoco. Solo unos segundos después, le sintió estremecerse debajo de él y ponerse rígido. El líquido caliente y viscoso de su liberación se derramó entre sus cuerpos. Mike empuñó su propia virilidad y se masturbó con rapidez. No tardó en seguirle y un potente orgasmo le tensó la espalda haciéndole cabalgar sobre el placer. Gruñó y se dejó caer sobre el cuerpo laxo de Simón.

La urgencia de besarle le llevó a erguirse y mirarle. Simón tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Sus mejillas estaban teñidas de rojo.

«Es tan jodidamente guapo».

Aproximó su boca a la de él y le besó al tiempo que su mano se posaba sobre su pecho, donde el corazón le latía a gran velocidad.

Simón alzó los párpados. Tenía la mirada empañada y la sorpresa era muy evidente en ella. Y las ganas de volver a besarle sobrepasaron a Mike,

pero no tuvo tiempo de hacerlo. Fue Simón el que le atrapó por la nuca, obligándole a bajar la cabeza hasta que sus bocas se encontraron.

Fue un beso tierno.

Intenso.

Pero apenas duró unos segundos porque Rico se lanzó sobre ellos, sobresaltándolos, y se empeñó en abrirse un hueco entre los dos. Se acomodó sobre el hombro de Simón, se enroscó sobre sí mismo y comenzó a ronronear.

Mike se lo quedó mirando con la boca abierta por el asombro.

Simón se echó a reír al observar su expresión.

—Te acaban de quitar el sitio —le dijo.

—Para nada. Yo me hago un hueco con rapidez —murmuró con una sonrisa.

Se miraron durante un buen rato, en silencio.

—No vuelvas a dormir en el sofá —musitó Mike al fin con calidez—. Duerme en la cama, conmigo.

Simón se puso serio y no respondió. No podía porque estaba abrumado por las circunstancias, pero cubrió la mano que Mike tenía apoyada sobre su pecho con la suya y entrelazó los dedos de ambos.

Era un sí, claro.

No había otra respuesta posible.

El Mike auténtico

The real Mike

Se quedó mirando a Mike sin moverse. Su piel era inmaculada, como la de un bebé. Solo la diminuta estrella negra de cinco puntas debajo de su ojo rompía su pureza, pero eso solo le embellecía aún más.

Cerró la mano en un puño, controlando las ganas de tocarle. No quería despertarle. Era demasiado pronto y habían dormido muy poco.

Después del electrizante episodio en el sofá, que dejó a Simón pasmado por su intensidad, se fueron a la cama. Ni siquiera se molestaron en recoger la mesa o la ropa que habían dejado desperdigada por el suelo, solo hicieron una parada breve en el baño para limpiarse los restos de su unión que se habían quedado adheridos a sus cuerpos. Mike puso música en su móvil y se metieron debajo de las sábanas.

La cercanía de sus cuerpos desnudos no tardó en excitarlos y los llevó a tocarse de nuevo. Al ritmo de *One way or another* de Blondie se masturbaron uno al otro mirándose a los ojos hasta que el orgasmo llegó para Simón y tuvo que cerrarlos. Se concentró en seguir acariciando a Mike para que este también alcanzara su clímax, a pesar de que los espasmos le sacudían y estuvo a punto de perder el ritmo. Mike llegó hasta el final poco después.

Se había quedado dormido algo más tarde. Aunque se había despertado varias veces durante la noche al sentir la mano de su compañero de cama sobre su estómago o una de sus piernas presionando contra su muslo. Era una sensación extraña y desacostumbrada, pero fantástica. Hacía años que no dormía con nadie.

Apartó los ojos del durmiente Mike y se tumbó bocarriba, mirando el techo a la turbia luz del amanecer que se iba colando por las ventanas. Se quedó un buen rato pensativo, sin moverse.

Se había acostado con un tío.

Y la experiencia había resultado mejor que buena. No se sentía mal, por el contrario, se sentía bien, muy bien. Esa sensación de vergüenza que había esperado sentir no estaba por ningún sitio. Era cierto que no habían llegado hasta el final, pero todo lo demás había estado ahí.

El ardor se expandió por su vientre al recordar algunas de las cosas que habían hecho. Había dejado que Mike tomara la iniciativa casi todo el tiempo, pero sabía que su timidez desaparecería poco a poco. Era fácil dejarse llevar con una persona como él, tan desinhibida y directa.

He comprado condones y lubricante...

Contuvo la respiración cuando recordó aquella frase.

Condomes y lubricante. No se atrevía a pensar en el día en que verdaderamente llegaran a necesitar las dos cosas. Sentía algo de aprensión y enardecimiento al mismo tiempo.

¿Eres activo o pasivo?

La pregunta que le formuló Mike la noche del pub irlandés resonó dentro de él con fuerza. No tenía ni idea de lo que era, pero tenía la sensación de que Mike querría ser el activo. Se giró y le miró de soslayo. Trató de imaginarse la situación y un murmullo de excitación se fugó de su boca entreabierta.

Quizá sí que era un pasivo...

Su móvil eligió ese momento para sonar. Se apresuró a alargar el brazo para cogerlo y apagar la molesta alarma antes de que esta despertase a Mike. Eran las siete y cuarto. Gimió con suavidad. No quería ir a trabajar.

Desbloqueó el aparato y entró a Instagram. El día anterior, en la academia, se había creado una cuenta a toda prisa. No tenía publicaciones, tampoco foto de perfil y solo seguía dos cuentas: la oficial de los CFB y la de Mike Allen. Entró en esa última. Mike tenía más de treinta millones de seguidores. Empezó a echar un vistazo a las fotos, la última era esa en la que estaba con Rico. Siete millones de *likes* y más de cuarenta mil comentarios. Resopló bajito. Las cifras daban vértigo.

Deslizó la pantalla con el dedo y fue pasando imágenes. En casi todas ellas aparecía un Mike que no tenía nada que ver con el que él conocía. En algunas iba maquillado o vestido de manera muy estrafalaria o haciendo poses de lo más provocadoras. También había vídeos de conciertos y fotos con los miembros de su grupo y con otros músicos y cantantes muy famosos.

Se mordió el labio inferior, impresionado.

El roce de unos dedos sobre su hombro le sobresaltó. Giró la cabeza y se encontró con una mirada somnolienta.

—¿Por qué estás mirando mis fotos si me tienes aquí? Mírame, soy el Mike auténtico, el de verdad, y estoy en tu cama.

Acto seguido, se pegó a él y le pasó una pierna por encima. La consistencia de su erección se le clavó en la cadera provocándole un respingo y que el móvil se le cayera de la mano. Rebotó sobre su pecho. Lo recuperó con rapidez.

—¿Te pongo nervioso? —El ronroneo en la voz de Mike le erizó el vello de la nuca.

—No —logró articular.

—Mentiroso —dijo.

Luego depositó un pequeño beso justo debajo de su oreja al tiempo que se frotaba contra su pierna.

Simón se estremeció.

Mike elevó la cara y recorrió el semblante de Simón con la mirada. Su incipiente barba. Su nariz recta. Sus cejas pobladas y sus largas pestañas. Y sus ojos marrones, que se clavaron en los de él con intensidad al tiempo que se humedecía los labios con la lengua.

Reprimió un gruñido al verle hacer eso. Las ganas de tumbarse encima de él y echarle el polvo de su vida amenazaron con desbordarle. Bajó los párpados con rapidez y se apartó. No obstante, dejó la mano sobre su fornido pecho, mientras le acariciaba con languidez.

—¿Te lo pasaste bien ayer? —preguntó con voz suave.

Sabía que era así, si no, no habrían repetido, pero quería oírsele decir. Su maldito ego...

—Sí. Estuvo bien.

—¿Solo bien?

—Muy bien —admitió.

—Genial —repuso sonriendo con satisfacción.

Sus dedos jugaron con el vello que cubría sus pectorales. Le encantaba su cuerpo. Tan duro y firme, y al mismo tiempo tan maleable entre sus manos.

—Hoy, quiero que seas tú el que se levante primero a hacer el desayuno.

—Sonó más como una orden que como una petición.

—No hay problema. Pensaba hacerlo.

—Es que quiero verte andar desnudo por la casa —dijo con tono provocador.

Simón tardó en responder.

—Soy tímido, pero no me avergüenza mi cuerpo —dijo.

—No me sorprende. Tienes un cuerpo espectacular.

—Intento ir al gimnasio a diario. Lo tengo al lado de la escuela y voy cuando tengo un rato. Hago algo de musculación y practico boxeo.

—Se nota —murmuró, bajando la sábana y descubriendo sus abdominales. Posó la palma de la mano sobre ellos y presionó. Estaban muy duros—. Me gusta.

Se quedó un buen rato sin decir nada, admirando sus oblicuos que desembocaban en esa sexi V.

—Tú también me gustas.

Aquellas palabras, si bien pronunciadas en voz apenas audible, llegaron con toda claridad hasta él. Era la primera vez que le escuchaba decir algo semejante y sintió una breve sacudida en la boca del estómago.

Elevó la barbilla con rapidez y trabó sus ojos en los de Simón, que le miraba con una mezcla de timidez y decisión.

No pudo evitarlo.

Tenía que besarle.

Acercó la cara dispuesto a apoderarse de su boca, pero Simón se retiró unos centímetros.

—No me he lavado los dientes...

—*So fucking what?*²⁴ —masculló.

Y posó los labios sobre los suyos con cierta brusquedad, arrancándole un suspiro. Fue un beso muy breve, pero dejó a ambos jadeantes.

—Voy a levantarme —murmuró Simón, apartándose.

Mike le dejó ir, a pesar de que hubiera deseado cogerle de la muñeca y tirar de él. Contempló cómo retiraba las sábanas y abandonaba la cama. Le dio la espalda mostrándose en todo su jodido y desnudo esplendor.

—Tienes un culo de diez —le dijo, taladrándole con la mirada—. En algún momento voy a querer probarlo.

Simón se detuvo en medio de la habitación. Se dio la vuelta lentamente hasta encararse con él. Su erección surgía gloriosa de su mata de vello

negro.

—En algún momento voy a querer que lo pruebes —repuso sin timidez alguna.

Y se giró, poniendo rumbo al baño.

Mike, que se había quedado sin palabras, esperó a que la puerta se cerrase tras él, para tirarse sobre el colchón y soltar una breve risa excitada.

Se hubiera pasado un buen rato más en la cama, recreándose en su propio entusiasmo, pero decidió levantarse y preparar el desayuno.

Fue hasta el sofá, cogió los pantalones que se había quitado la noche anterior y se vistió con ellos. Después puso música en el móvil. Al ritmo de *Don't want to know if you are lonely* de Hüsker Dü preparó el café y las tostadas.

No podía librarse de la estúpida sonrisa que había decidido alojarse en su boca y tenía ganas de bailar.

Simón abrió la puerta del baño y se detuvo. Sus ávidos ojos se bebieron la delgada figura de Mike, que estaba frente a la encimera de la cocina, haciendo el desayuno mientras movía las caderas y los hombros al compás de una canción.

¡Cómo le gustaba verle bailar!

Se había duchado con agua más fría que caliente para apagar el ardor que Mike provocaba en él, pero no sirvió de nada. De nuevo podía sentir el calor expandiéndose por cada centímetro cuadrado de su piel.

Las ganas de acercarse por detrás y abrazarle le acuciaron. ¿Por qué no lo hacía? A fin de cuentas, con la frasecita que le había soltado antes de meterse al baño ya había roto cualquier tipo de tabú mental, ¿no? A la mierda la timidez.

Lo hizo. Se aproximó caminando despacio y pegó su pecho a la espalda de Mike que, cuando sintió su presencia, dejó de bailar. Simón apartó la cascada de su melena a un lado y depositó un beso sobre su omóplato derecho antes de enroscar los brazos en torno a su talle. Mike se revolvió en su abrazo y se dio la vuelta con los ojos chispeantes. Tenía una taza en la mano, pero la dejó en la encimera y le acunó la cara con las manos.

Inclinó la cabeza y, justo cuando sus labios iban a encontrarse, susurró:

—Te follaría ahora mismo.

Simón inhaló con fuerza.

La boca de Mike sabía a café y, por un instante, pensó que no necesitaba más desayuno que aquel, pero su estómago pareció pensar lo contrario y gruñó como un salvaje, interrumpiendo el beso.

—¿Te estoy besando y re rugen las tripas? Qué poco romántico eres — protestó Mike con las cejas arqueadas.

—Sí, el *Te follaría ahora mismo* es mucho más romántico, sin duda.

Mike soltó una risa ronca y atractiva que consiguió penetrarle hasta el tuétano y hacerle cosquillas por todas partes.

Desayunaron en la terraza mientras amanecía a su alrededor. No hablaron mucho, a cambio, intercambiaron más miradas que de costumbre y más sonrisas.

Muchas más.

Mike estaba exultante.

El nuevo Simón que estaba descubriendo le gustaba mucho. Era algo más descarado, pero seguía teniendo esa aura de timidez que tanto le agradaba.

—¿A qué hora vas a volver hoy del trabajo? —le preguntó cuando ya se había vestido y estaba a punto de marcharse.

Simón se había puesto unos pantalones grises y una camisa blanca y se había echado el pelo hacia atrás, aunque era probable que el peinado no le durara demasiado. Tenía el cabello grueso y rebelde. Mike todavía podía sentir su tacto entre los dedos. Había enterrado las manos en él con deleite la noche anterior.

—Antes de las siete y media, no. Tengo una clase a las seis. ¿Mismo plan que anoche?

Mike arqueó ambas cejas con exageración al tiempo que lanzaba una ojeada lujuriosa al sofá.

—Por mí, perfecto —respondió, pasándose la lengua por el labio inferior con intención.

Simón se detuvo de repente con la mochila en la mano y los ojos muy abiertos, como si se acabara de dar cuenta de su metedura de pata. Terminó por reírse con suavidad entre dientes.

—Traigo sushi u otra cosa, ya veré... —dijo.

Y se despidió con un gesto de la mano.

Mike le observó partir, sin poder evitar que su mirada se posara sobre el culo tan impresionante que le hacían los pantalones.

Una vez que se quedó solo, subió el volumen de la música de su móvil. Sonaba *In the city* de The Jam. Bailoteó por el piso mientras se imaginaba lo que iba a pasar esa noche después de la cena...

OceanofPDF.com

Una experiencia ardiente en la ducha

A steamy experience in the shower

—Ayer por la noche me llamó mamá, dice que no sabe nada de ti —le dijo su hermana en cuanto entró por la puerta de la escuela.

Estaba sentada en el puesto de la recepcionista y Simón recordó que Miriam había pedido la mañana libre para ir al médico.

La miró compungido. Era verdad. Hacía mucho tiempo que no llamaba a su madre. Desde el día en que Mike había aparecido en su piso.

—Te llamó hace dos días y no le cogiste el teléfono —continuó Paola.

Se puso de pie y le siguió al cuartito donde dejaba la bici. Era una estancia pequeña donde almacenaban material de oficina, libros y algunas sillas de repuesto.

—Es verdad —reconoció—. Vi su llamada perdida y se me olvidó devolvérsela.

—¿Estás tan ocupado que te olvidas de esas cosas? —le regañó ella.

Se acercó mucho a él y le olisqueó el cuello con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? —le preguntó al tiempo que le tiraba de la coleta para apartarla del camino.

—Quiero saber cómo huele tu novia. Estoy segura de que te estás tirando a alguien.

Simón salió del cuarto con rapidez y la empujó hacia atrás. Luego cerró la puerta y sujetó el picaporte, dejándola encerrada. Ella golpeó la madera y gritó algo que sonó como *capullo*.

Simón meneó la cabeza. O Paola era demasiado intuitiva o él era demasiado transparente.

Le vibró el móvil en los pantalones. Se lo sacó y miró la pantalla. Era un mensaje de su hermana. Elevó los ojos al techo.

Me da igual que estés todo el día follando, pero llama a mamá y ábreme la puerta

La abrió y Paola salió con una expresión petulante en el rostro.

—Mamá nos ha invitado esta noche a cenar y he aceptado por ti —le dijo cuando pasaba por su lado.

Una mueca torció la boca de Simón al escucharla.

—¿Esta noche...? —murmuró vacilante.

—Nunca tienes nada que hacer los días de diario —repuso Paola encogiéndose de hombros—. Por eso he dicho que sí.

—Está bien, está bien. No tenía nada previsto —mintió.

Tendría que cancelar sus planes con Mike. No le apetecía nada, pero era cierto que tenía muy abandonada a su madre.

—Viene a la escuela a las ocho y luego nos vamos al restaurante ese italiano al que hemos ido otras veces con ella, el que hay en la placita esa que nunca me acuerdo del nombre.

—Sí, ya sé —dijo distraído mientras meditaba qué era mejor: llamar a Mike o mandarle un mensaje.

—Tenías planes y ahora vas a tener que cancelar —dijo Paola con mirada inquisitiva.

—Para nada —respondió con laconismo al tiempo que negaba rotundamente con la cabeza.

Ella no le creyó, por supuesto.

Se sentía culpable por no decirle la verdad a su hermana. Nunca habían tenido secretos entre ellos. Jamás. Ella fue la primera a la que le confesó que había besado a una chica cuando era un crío. Y él fue el primero en enterarse de que le había venido la regla a ella cuando cumplió los catorce. Se lo contaban todo.

Ahora ya había dos cosas que le ocultaba: sus dificultades económicas y lo de Mike. Tenía sus motivos. No quería que se preocupara por lo primero, y lo segundo..., todavía no sabía qué hacer con lo segundo...

La dejó refunfuñando en la recepción mientras él iba a una de las aulas y se encerraba en ella. Se sentó en el borde de la mesa y desbloqueó el móvil.

Cambio de planes. Esta noche viene mi madre para cenar conmigo. Llegaré tarde.

No tuvo que esperar mucho para recibir una respuesta.

Lástima. No te preocupes y pásalo bien con tu madre. Te esperaré despierto

Simón suspiró decepcionado. Iba a guardarse el móvil en el bolsillo cuando llegó otro mensaje.

Y desnudo

No pudo evitar esbozar una sonrisa. Tecleó algo rápidamente y le dio a enviar.

* * *

Mike emitió una risa satisfecha al leer el último mensaje. Era una única palabra.

*Please*²⁵

Dejó el móvil en la mesa y continuó con lo que estaba haciendo, estaba cambiando las sábanas. Y mientras las llevaba a la lavadora, no pudo evitar recordar lo sucedido en ellas la noche anterior.

Simón era bueno. No porque fuera experimentado o hábil, sino porque ponía toda su inocente pasión en cada gesto o movimiento. Si bien en otros ámbitos de su vida era difícil de interpretar, durante el sexo, llevaba escrito en la cara lo que estaba sintiendo en cada segundo. Era franco.

Y eso a Mike le gustaba mucho.

Estaba acostumbrado a acostarse con gente que solo pretendía sacar algo de él, ya fuera notoriedad, éxito, fama o dinero. Había visto tantos comportamientos calculadores y rastreros en su propia cama, que encontrar a alguien como Simón era como un soplo de aire fresco.

Eso, y que le ponía cachondo su cuerpo, claro.

Puso sábanas limpias, deseando estrenarlas esa noche también. Ojalá la cena de Simón con su madre no durase mucho.

Se preguntó qué tipo de mujer sería para haber criado a dos hijos ella sola. Y dos hijos que parecían ser buenas personas. A la hermana de Simón no la conocía, pero por la forma en que este se refería a ella, tenía que ser encantadora, al igual que el propio Simón.

Sonrió con amargura al pensar en su propia madre. Las comparaciones eran odiosas. Susana Valle nunca fue una verdadera madre. Al menos, una madre de verdad no abandonaba a su hijo de quince años y se largaba con un tío al que acababa de conocer hacía solo unos días.

Recordaba el día que llegó del instituto y encontró la nota en la mesa del comedor. Era breve. Solo tres frases. *Me largo con Richie. No lo soporto más. Llama a tu padre.* Era muy del estilo de su madre y no le sorprendió gran cosa. Llevaba esperando algo así desde hacía tiempo. Ella no se

ocupaba de él y dejaba que estuviera todo el día por ahí. Si no iba a dormir alguna noche ni siquiera le preguntaba dónde había estado. Le ignoraba.

Mike, a fuerza de experimentar año tras año la indiferencia de su madre, se había vuelto práctico. Así que hizo caso de la nota y llamó a su padre, del que apenas sabía nada desde el divorcio, hacía nueve años. A pesar de eso, este vino a España a buscarle y se lo llevó a vivir a Manchester con él y su nueva esposa.

No había vuelto a saber nada de su madre. Desapareció de la faz de la tierra. Mike, a veces se preguntaba si no habría muerto, porque si siguiera viva y se hubiese enterado de la fama de su hijo habría regresado a pedirle dinero, de eso estaba seguro.

Un roce tan suave como la seda en su tobillo desnudo le devolvió a la realidad. Bajó la vista y descubrió a Rico, que le miraba con mucho interés. Se agachó y lo cogió en brazos mientras se dirigía a la terraza, todavía ensimismado.

El sol brillaba sobre el techo de cristal convirtiendo la estancia en un horno, así que pulsó el interruptor que corría las cortinas romanas del techo y recibió la sombra agradecido.

Había algo que quería hacer y que le llevaba rondando la cabeza durante días. Sabía que Simón se enfadaría, pero lo había meditado y estaba decidido.

Fue a la estantería del salón donde Simón almacenaba facturas varias en una bandeja de mimbre y rebuscó entre ellas hasta hallar un extracto bancario. Luego cogió el móvil y llamó a Claudia.

—Hola, preciosa —la saludó.

—Hola, Mike. ¿Ya te has cansado de las aventuras?

—Para nada.

—Entonces, ¿sigo de vacaciones?

Mike se rio al escuchar su tono esperanzado.

—Sí, sigues de vacaciones, pero tengo que pedirte un favor.

—¿Es algo de tu casa? Porque estoy ahora mismo en tu estudio, organizando el correo.

—Necesito que le transfieras un dinero a alguien. Te paso el número de cuenta en un mensaje.

—Perfecto. ¿Cuánto?

Mike adoraba que Claudia nunca le hiciese preguntas.

—Tres mil libras —dijo.

—¿Concepto? ¿Me lo invento?

Se quedó pensativo.

—Pon: alquiler.

—Tomo nota. ¿Algo más?

—No.

—Espera —dijo ella—. Tengo tu billete de avión para el día ocho. Te lo mando a tu email. Paul y George ya tienen los suyos. Se están pegando las vacaciones de su vida en tu hotel —añadió con ironía.

—Lo imagino —dijo distraído.

En cuanto ella mencionó lo del billete de avión, su estado de ánimo se nubló. Ni siquiera el ronroneo de Rico que se había hecho una bola en su regazo le calmó.

—¿Estás bien? —preguntó Claudia. Había un ligero toque de preocupación en su voz.

—Estoy perfectamente. Ahora te paso la cuenta.

—Bien, si necesitas algo más, llámame.

Se despidió de ella. Luego hizo una foto al número de cuenta que aparecía en la parte inferior del extracto bancario y se lo envió a Claudia, añadiendo el nombre del titular: Simón Muñoz Neumann.

Simón se iba a molestar, pero le daba igual. Llevaba mucho tiempo viviendo a su costa y sabía que tenía problemas económicos. Era lo justo.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Volaba de regreso a Londres el día ocho del mes siguiente. Quedaban solo catorce días para eso. Era poco tiempo. Muy poco. Le hubiera gustado tener más días para hacer más cosas.

Chasqueó la lengua.

¿Cosas? ¿Qué cosas? ¿A quién pretendía engañar? Llevaba más de dos semanas encerrado en un piso y las únicas cosas que hacía eran: limpiar, cocinar, ver la tele, escuchar música, jugar con el gato y relajarse en la terraza.

En realidad, no quería hacer más cosas, se confesó a sí mismo con una mueca. Lo que quería era pasar más tiempo con Simón.

Y punto.

* * *

Eran las once de la noche pasadas cuando Simón consiguió librarse de su madre y de su hermana.

Las acompañó hasta la parada de taxis más cercana y las metió dentro de uno de los vehículos, a pesar de que ambas intentaron agarrarse a su cuello y besuquearle una y otra vez. Estaban achispadas.

Se quedó de pie en la acera hasta que el taxi desapareció en la distancia. Una sonrisa llena de condescendencia se mostraba en sus labios. Se había divertido mucho con ellas, pese a que se habían pasado la cena burlándose de él sin misericordia.

Después de ser regañado por su madre por ser un mal hijo, la conversación derivó hacia otros temas. Paola comenzó a hablar de la noche del concierto. Aparentemente, Regina Neumann no solo conocía a los CFB sino que los seguía en las redes sociales. Simón tragó saliva al escucharle decir que los cuatro integrantes del grupo eran muy monos, en especial el cantante.

Paola, entre risas histéricas, relató lo de la canción que Mike le había dedicado, describiendo con pelos y señales la cara que se le había quedado a Simón. Su madre reaccionó tal y como él había esperado: con un ataque de hilaridad.

Gracias a Dios, Regina tenía muchas ganas de hablarles de sus aventuras viajeras con Martín, su novio, y se lanzó a ello con rapidez. Aun así, Simón no se libró del todo de ser el objeto de sus burlas. Durante el resto de la velada, de vez en cuando, tanto Paola como su madre volvían al asunto de *su amorío secreto con Mike Allen* y le gastaron numerosas bromas.

Tuvo que emplear todos sus recursos de concentración mental para que su rostro no mostrara emoción alguna cada vez que lo mencionaban.

Él también había bebido más de la cuenta, aunque no tanto como ellas, así que decidió dejar la bicicleta en la escuela y tomar otro taxi. En solo diez minutos, estaba abriendo la puerta de su portal.

La anticipación de lo que pudiera pasar en cuanto entrase en su piso hacía que le picaran los dedos.

La decepción fue enorme cuando vio que Mike estaba dormido.

La televisión seguía puesta a un volumen muy bajo, pero las luces estaban apagadas. Mike estaba tumbado en la cama. No se había arropado con la sábana y solo llevaba unos *trunks*. Le contempló a través del tabique de cristal, sin poder apartar la vista de su cuerpo.

Había cambiado las sábanas y elegido unas de color azul marino por lo que su piel marmórea destacaba todavía más contra el fondo oscuro.

Simón apoyó la frente contra la pared transparente y se mordisqueó el labio inferior mientras se debatía consigo mismo. ¿Despertarle o dejarle dormir?

Su cuerpo, que se había pasado el día deseando que llegara el momento de volver a verle, le pedía que le despertase. Su mente, algo más racional a pesar de la copa de más que se había tomado, le llevó a decidir lo contrario.

Se dio media vuelta y se encerró en el baño.

Una ducha le vendría bien. Una ducha de agua no muy caliente para enfriarle las ideas.

Se despojó de la ropa y abrió el grifo. Esperó hasta que el agua salió templada y se metió en la cabina, situándose debajo del cabezal. Se enjabonó con rapidez y luego apoyó las manos en la pared de azulejos y echó la cabeza hacia delante, dejando que el chorro le cayera sobre la nuca y los hombros, llevándose con él no solo la espuma del gel sino también el cansancio.

El ruido del agua le impidió escuchar la puerta del baño, pero sí que notó la corriente de aire frío que se coló en la cabina cuando el panel de cristal se abrió.

Antes de poder darse la vuelta, sorprendido, sintió la presión del cuerpo de Mike contra su espalda. Y su lengua recorriéndole el lóbulo de la oreja.

Se estremeció y la parte baja de su cuerpo reaccionó en consecuencia.

Mike se echó hacia delante y le aprisionó contra la pared. Simón gimíó al sentir cómo su erección se acomodaba entre sus glúteos. La lengua de Mike siguió paseando por la línea de su mandíbula mientras que una de sus manos le rodeaba la garganta con suavidad y la otra se apoyaba sobre su cadera.

Su jadeo rebotó contra las paredes de cristal.

Mike mordisqueó la parte lateral del cuello de Simón y deslizó la mano que tenía sobre su cadera hacia delante, hasta que alcanzó su polla. No se sorprendió demasiado al encontrarla endurecida. La empuñó entre sus dedos y apretó. El sonido gutural que emergió de la boca de Simón le excitó enormemente.

Le había despertado el sonido del agua de la ducha. Ansioso por verle, había ido al baño a buscarle. En el escaso lapso de tiempo que estuvo de pie

frente a la cabina, estudiando cómo Simón se enjabonaba, su miembro adquirió la consistencia de una piedra.

Necesitaba sentir su cuerpo contra el suyo.

Sin pronunciar palabra, dio un paso atrás y obligó a Simón a girarse. La sensual expresión que transformaba su moreno rostro mientras las gotas de agua le resbalaban por las mejillas le provocó una potente sacudida en el abdomen.

Quería hacerle muchas cosas. Todas ellas obscenas, carnales y salvajes. Y quería que Simón también sintiese la necesidad de hacérselas a él.

Se puso de rodillas, sin apartar la vista de su cara, atento a todas y cada una de sus reacciones. Simón pegó la espalda contra la pared y entreabrió los labios mientras sus mejillas se teñían de rojo.

Mike no vaciló. Apoyando las manos sobre sus caderas, acercó la boca a su erección y se la introdujo entera hasta la garganta mientras el agua caía sobre sus hombros.

Una llama abrasadora se instaló en cada recoveco del cuerpo de Simón al sentir toda aquella humedad y ese calor en su polla, y jadeó, sobrepasado por las sensaciones.

Bajó la vista y, a través de la niebla de sus pupilas, se quedó mirando cautivado cómo la boca de Mike le engullía. Era la primera vez que alguien se la chupaba así, con esa fogosidad y esas ganas. Y esa pericia. Era como si supiera exactamente lo que le gustaba. La velocidad, la presión, la profundidad, el modo de mover la lengua...

Era pura perfección.

Tanta perfección que sabía que no iba a aguantar más allá de unos minutos.

Así fue. A punto de correrse, trató de apartarle, pero Mike no se movió ni un milímetro y se mantuvo pegado a él mientras hacía algo increíble con la punta de su lengua que le llevó a gritar cuando el orgasmo le sobrevino como un golpe furioso. Su cuerpo se tensó mientras Mike le succionaba una última vez hasta vaciarle por completo.

Las piernas le fallaron y la sensación de indefensión se acrecentó en su interior. Mike se incorporó y le sostuvo entre sus brazos. Simón apoyó la frente en la suya mientras respiraba entrecortadamente.

Había sido épico y maravilloso.

Alzó la cara, buscando la de Mike, y se encontró con su boca que le besó con codicia. Se dejó besar.

Cuando se apartó, jadeaba como si hubiera corrido una maratón. Se recreó en las facciones de Mike, mojadas, preciosas y perfectas.

¿Cómo podía alguien ser tan hermoso? Tenía que decírselo.

—Joder, qué guapo eres...

Como premio recibió una sonrisa de dientes blancos, fulgurante como la luna, y un guiño satisfecho de sus espectaculares ojos azules. Su mano encontró el camino hasta su rostro y le rozó la estrella de cinco puntas con el dedo índice.

—*My shining star* —murmuró.

Nada más decirlo, bajó los párpados, abochornado. ¿Qué bicho le había picado para soltar esa cursilada?

—*My shining star* —susurró Mike—. Me gusta...

Y así era. No solo le gustaba la frase sino cómo la había pronunciado Simón.

—Algún día te contaré la historia de este tatuaje —continuó con el mismo tono.

Luego se pegó a él, apretando su dolorosa erección contra su muslo. La tenía durísima, pero había ignorado sus propias ganas para concentrarse en las de Simón. Ahora ya no podía esperar más y necesitaba liberarse con urgencia.

—Cógela —le ordenó a Simón con la voz entrecortada, agarrándole la mano y llevándola hasta su entrepierna.

Este lo hizo y Mike gimió al sentir el tacto de sus dedos. Posó los suyos sobre los de él y le acompañó mientras los deslizaba arriba y abajo. Tras solo unas cuantas embestidas, se corrió. Fue un orgasmo breve y edulcorado, el típico clímax de la masturbación, menos potente y placentero que el de un polvo.

Se apartó y miró a Simón, que le observaba en silencio.

—Creo que esta es la ducha más larga del mundo —dijo con cierta ironía mientras el chorro de agua seguía cayendo sobre sus hombros.

—Te dejo para que te enjabones...

—No hace falta que te vayas —protestó con vehemencia, cogiendo el bote de gel de la repisa y echándose una moderada cantidad en la mano.

Le hubiera gustado decirle que le enjabonara él, pero estaba seguro de que si lo hacía, una cosa llevaría a la otra y nunca abandonarían esa cabina. Y la temperatura del agua cada vez se enfriaba más. Comenzaba a quedarse helado.

Mirando a Simón de reojo, que parecía haber sido poseído de nuevo por la timidez, terminó de aclararse y cerró el grifo. Salió de la ducha, cogió una toalla y le tendió otra a Simón. Se secaron en silencio.

Abrió uno de los cajones del mueble que había debajo del lavabo y sacó el secador de pelo. La desventaja de tener un cabello tan largo era que no podía acostarse con él mojado.

Simón le abrazó por detrás, enlazando los dedos sobre su estómago. Sus ojos se encontraron en el espejo.

—Déjame que te lo seque yo —dijo en voz baja con mucha calidez.

Mike le tendió el secador con una sonrisa perezosa tallada en los labios.

—¿Me lo secas en el salón delante de una copa de vino? —propuso.

—Acepto.

Era un lunar

It was a mole

El pelo de Mike era fino y sedoso. Se deslizaba entre los dedos de Simón como si fuera alguna sustancia líquida y, según se iba secando, adquiría tonalidades doradas y cobrizas que destacaban a la luz de la lámpara del salón.

Simón estaba sentado en el sofá y Mike en el suelo, en una de sus posturas favoritas, con las piernas cruzadas. Delante de ellos, en la mesita, había dos copas de vino tinto y un plato con queso. La televisión esparcía imágenes de un programa de vídeos musicales.

—Creo que ya está seco —murmuró Simón, apagando el secador. Lo dejó en el suelo, al lado del sofá.

—¡Qué pena! —repuso Mike, echando la cabeza hacia atrás y apoyándola entre sus muslos.

Sus ojos se encontraron y le hizo un guiño travieso. Había disfrutado mucho mientras sus manos se enredaban en sus mechones y las puntas de sus dedos le acariciaban el cuero cabelludo.

—Tu pelo es muy suave —dijo Simón y sonaba maravillado—. ¿Desde cuándo no te lo cortas?

—Desde hace nueve años. Desde que me fui a vivir con mi padre.

—¿No es incómodo?

—A veces, pero me queda bien, ¿no? —le preguntó provocador.

Simón se rio entre dientes. Sus ojos estaban fijos sobre el pequeño tatuaje de estrella y su expresión se había tornado pensativa.

—Antes me has dicho que me ibas a hablar del tatuaje.

Mike cogió su copa de vino de la mesa. Le dio un trago antes de volver a dejarla allí. Luego se incorporó y se sentó en el sofá.

—Es una historia bastante estúpida. En realidad, me hice el tatuaje para tapar un lunar. Ven, acércate y míralo —le instó mientras aproximaba la cara a la lámpara.

Simón se acercó hasta que solo unos centímetros separaron sus rostros. Estudió el tatuaje con curiosidad. Debajo de la tinta negra se podía apreciar una manchita algo protuberante, pero era difícil distinguir mucho más. Estaba a punto de retirarse, cuando la mano de Mike se hundió en su nuca, obligándole a bajar la cabeza, hasta que sus labios se encontraron y se fundieron en un beso que involucró lenguas y dientes, dejando a Simón hambriento de más. El calor de ambos cuerpos, desnudos de cintura para arriba, se mezcló.

—Has caído —se burló Mike después de retirarse—. Es el truco que utilizo siempre para robar besos.

Un aguijonazo de celos se instaló dentro de Simón. Sabía que no tenían una relación ni nada semejante, que lo suyo era algo pasajero y superficial, no obstante, escucharle decir eso le molestaba. Era como si él fuese uno más de cientos. Nadie especial.

—Es una broma —se rio Mike. Y añadió con tono de suficiencia—: No tengo necesidad de robar besos. Soy Mike Allen. Solo tengo que chasquear los dedos y me los regalan.

—Eres tonto... —masculló Simón, con una mezcla de enojo y diversión. Mike no le dejó escaparse y le empujó contra el respaldo del sofá.

—Y tú te has puesto celoso y eso me gusta —le susurró al oído. Luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Simón se estremeció visiblemente. No lo negó.

—Ahora en serio, ¿has visto el lunar? —le preguntó Mike al tiempo que se erguía.

—Sí.

—Pues era una puñetera marca en forma de corazón —resopló—. Te puedes imaginar el cachondeo durante mi adolescencia. Ya era un niño mono y fino y encima con ese puto lunar. En cuanto pude me libré de él.

No añadió que era una mancha que odiaba porque su madre tenía una similar en el mismo lugar.

—¿Por qué una estrella?

—No hay un motivo especial. La eligió el tipo que me la hizo.

—Es casi premonitorio. Una estrella tatuada en la cara, y vas y te conviertes en una...

—Sí... —admitió pensativo—. ¿Cómo me has llamado antes en la ducha? ¿*My shining star*? ¿Por qué lo de *shining*?

Sentía verdadera curiosidad por saberlo.

Simón se retorció nervioso. Antes de responder, alargó la mano y cogió un trozo de queso. Se lo comió. Luego tomó el vino y bebió con lentitud.

—¿Te da vergüenza decírmelo? —inquirió Mike—. Creí que ya habíamos superado eso.

Simón suspiró y le lanzó una mirada ceñuda.

—Desde el primer momento en que te vi me pareció que brillabas.

Mike enarcó una ceja, sorprendido.

—Es como un aura que emana de ti —continuó Simón con los ojos fijos en la pantalla del televisor—. No sé, quizá suene tonto, pero para mí siempre brillas. Y no solo cuando te subes al escenario. Creo que brillas más aquí, en mi casa.

Mike le escuchó en silencio, bastante impresionado por sus palabras. Llevaba cinco años recibiendo piropos de todo tipo de personas ricas, exitosas, famosas y muy atractivas, desde el día en que los CFB comenzaron a triunfar. Sin embargo, nunca un cumplido le había llegado tanto. Quizá porque Simón no parecía ser muy propenso a halagar a nadie. Y porque sonaba rabiosamente sincero.

«Así que brillo...».

Se llevó la copa a los labios para ocultar una sonrisa cargada de enorme complacencia.

Simón se mantenía pendiente de la televisión, como si el vídeo de unas mujeres bailando como locas casi sin ropa le tuviera muy interesado. En realidad, miraba a Mike de reojo, tratando de calibrar en su expresión si lo que había dicho le había parecido una gilipollez o no. Era la simple verdad. Suspiró.

—¿Has salido con muchas chicas?

La pregunta de Mike llegó con tono desenfadado, pero Simón no la esperaba y se quedó con la copa de vino suspendida en el aire, pero se repuso con rapidez.

—Con algunas. Pero en serio solo he estado con dos.

—¿Qué significa en serio? ¿Más de unos meses?

—Un par de años. En el instituto estuve con una chica dos años. Y cuando vivía en Alemania estuve con otra, otros tres.

—Y después de eso, ¿nada?

—He tenido algún rollo...

—¿Cuándo ha sido el último?

Simón le miró a la cara.

—Esto parece un interrogatorio —dijo sin demasiada acritud.

—Lo es. Tú también puedes preguntarme a mí, que conste.

—No me gusta mucho hablar de mí mismo —repuso, echándose otra vez hacia atrás.

Y mucho menos de su vida sexual, que era bastante aburrida y falta de emociones. Hacía más de dos años que se había acostado con alguien. Y fue una experiencia poco memorable. Incluso su última novia, Andrea, le dejó aduciendo que era un soso en la cama. Pero claro, eso no se lo podía decir a Mike que, como ya le había demostrado, era una especie de dios del sexo que tenía experiencia de sobra en todos los campos, tanto masculinos como femeninos.

—Venga, va, ¿cuándo fue la última vez? —le insistió, tumbándose y poniendo las piernas sobre su regazo.

A Simón aquello le gustó. Posó una de sus manos sobre la rodilla derecha de Mike y la dejó allí, como si el roce fuera inintencionado.

—Hace más de dos años —confesó al fin.

Nada más decirlo, se recriminó en silencio el haberlo hecho. Era probable que Mike se burlara.

—Mucho tiempo —murmuró este desviando la vista hacia la tele. Parecía asombrado. Ni una sola palabra de broma salió de sus labios.

—¿Y tú? —indagó en voz baja.

Quería saberlo y al mismo tiempo no quería. Con toda seguridad, en el haber de Mike habría hordas y hordas de hombres y mujeres.

—Nunca he tenido una relación seria, exceptuando hace años cuando era un crío y me ilusioné con una tía —respondió con indiferencia—, pero incluso esa relación solo duró cuatro meses. Y la última vez que me enrollé con alguien fue hace un par de meses o así. Estar de gira es agotador y casi siempre me apetece solo dormir cuando llego al hotel.

Simón se mordió el labio, indeciso. Finalmente, la curiosidad pudo con él.

—¿Has estado con muchos hombres?

—He estado con más mujeres que hombres. Tampoco llevo la cuenta, la verdad, pero no son tantos como imaginas —dijo al tiempo que sonreía burlón—. ¿Crees que porque soy famoso me acuesto con cualquiera?

Simón se sonrojó. Algo así había pensado.

Mike giró la cabeza y le miró de frente. Seguía perplejo por lo que le había dicho. ¿Ninguna relación sexual desde hacía dos años? Le parecía muchísimo tiempo. No lo entendía.

—No comprendo por qué hace tanto tiempo que no te acuestas con nadie —dijo con cierta incredulidad—. Eres muy receptivo. Creo que eres una persona muy pasional que disfruta con el sexo. Tu forma de moverte y cómo jadeas me pone un montón. Y tu mirada cuando vas a correrte es una pasada. Eres muy sexi.

Simón le miró lleno de estupefacción. ¿Muy sexi? ¿Le ponía un montón? ¿Seguro que Mike no hablaba de otra persona?

Desvió la vista y la clavó en la pantalla, otra vez. Si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que el sexo con Mike era espectacular, diferente a como había sido con sus ex. Incluso desde el principio, tanto con Mónica como con Andrea, las relaciones sexuales eran una especie de rutina, algo con lo que había que cumplir al menos una o dos veces al mes. En una ocasión echó la cuenta y se percató de que, durante todo el tiempo que estuvo con Andrea, se había masturbado más veces de las que había compartido la cama con ella.

Se tenía por un hombre frío, con bajos deseos sexuales.

Hasta que Mike apareció en su vida. Con él era todo lo contrario, el sexo era algo con lo que fantaseaba continuamente. Algo excitante que deseaba que sucediera una y otra vez. Quería probar cosas nuevas y diferentes. Solo tenía que imaginarse la escena de la ducha y se le entrecortaba la respiración deseando volver a experimentar algo semejante.

Solo que la próxima vez quería ser el que se arrodillase frente a él...

No lo mencionó en voz alta, por supuesto que no. Todavía había demasiada timidez dentro de él.

«Al final va a resultar que sí soy gay y no lo sabía», se dijo con mordacidad.

—La próxima vez que nos duchemos, intercambiamos los papeles, ¿te parece?

Simón dio un respingo. ¿Acaso Mike podía leer su mente? Le miró con las pupilas dilatadas y el corazón en un puño y se topó con una sonrisa canallesca y unos ojos resplandecientes.

Sí, al parecer Mike sí podía leer la mente.

Iba a replicar algo, pero una imagen en la televisión le hizo abrir la boca sorprendido.

Era Mike.

Alargó la mano, cogió el mando y subió el volumen.

La canción le resultó conocida. Era aquella con la que abrieron el concierto en la Sala Avenida. No recordaba el título.

Mike aparecía en primer plano, sujetando un micro cerca de su boca con la vista clavada sobre la cámara. Su mirada era tan sensual que Simón sintió que se le encogía el pecho. El plano cambió y unas escenas de una pareja en un coche a toda velocidad por el desierto lo sustituyeron. Luego volvió a aparecer Mike. Y luego más desierto y la misma pareja corriendo por la arena y disparando a unos tipos que los perseguían. Luego otras imágenes del guitarrista y, de nuevo, Mike. Y la pareja y el batería, y Mike, y la pareja huyendo en un helicóptero, y los otros componentes del grupo y Mike.

Y Mike. Y Mike... Y Mike...

Aturdido, meneó la cabeza y siguió con los ojos fijos sobre la pantalla. Tenía una sensación muy rara en la boca del estómago. No sabía qué era, pero no le resultaba agradable.

«Mentira, sí sabes lo que es».

Acababa de darse cuenta de que la mirada sensual y llena de calidez de Mike no era solo para él. Esa mirada de fuego azul que le cortaba el aliento era para mucha gente. Para millones de personas en realidad.

El desencanto se expandió por su cuerpo.

Se esforzó por disimular y bajó el volumen en cuanto el vídeo terminó.

—¿Y? —preguntó Mike que había permanecido silencioso.

—Y, ¿qué? —repuso sin mirarle.

—¿Qué te ha parecido? Es una canción de nuestro último álbum. *Cry, baby, cry* se llama. Es la banda sonora de una película que estrenaron hace unos meses.

—Suenan muy bien. Y el vídeo es muy bueno también.

—¡Cuánto entusiasmo por tu parte! —exclamó, pegándole un golpe en el hombro—. ¿No salgo espectacular en los primeros planos? —preguntó con tono provocador.

Simón se quedó pensativo. Durante un rato vaciló. ¿Franqueza o superficialidad? Era imbécil quizá, pero la franqueza ganó por goleada.

—Sales espectacular, pero me gustas más así, al natural. Sin artificio. Ya te lo he dicho antes.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Mike que se fue haciendo cada vez más grande.

¡Cómo disfrutaba de la sinceridad de Simón!

Se incorporó y se acercó más a él, apoyando la barbilla en su hombro y una mano sobre su firme y desnudo estómago. Le sintió estremecer bajo el tacto de sus dedos. Era tan sensible...

Una caricia y vibraba.

Contempló su perfil y se percató con deleite de que su cercanía le hacía endurecer la mandíbula y tragar nervioso.

—Joder, Simón —musitó—. Hoy no paras de decirme cosas bonitas que me excitan un montón. Al final voy a tener que llevarte a la cama.

Simón tardó en responder. Parecía estar buscando las palabras adecuadas y le miraba con esos ojos color chocolate que tanto le gustaban.

—Tendré que sacrificarme —dijo con una mueca a caballo entre la timidez y el sarcasmo.

Mike soltó una carcajada justo antes de aproximar su cara a la de él y besarle.

¿Y eso qué es? ¿Una gallina?
What's that then? A chicken?

Se habían quedado despiertos hasta las cinco de la mañana hablando un poco, besándose mucho y haciendo alguna que otra cosa más..., así que cuando sonó la alarma a las nueve, Simón la apagó deprisa y se dio media vuelta. Era sábado y no tenía que madrugar.

Pero ya no pudo volver a dormirse, y esa incapacidad le llevó a conjurar ciertas imágenes vergonzosas de lo que había sucedido cuando se acostaron. Hundió la cara en la almohada y profirió un gemido que se tragó el mullido material.

Había intentado devolverle a Mike el regalo que este le hizo en la ducha. En un principio no lo había planeado, pero el calor de su cuerpo al lado del suyo bajo las sábanas fue un poderoso estimulante del deseo. Y lo hizo.

Mentira, no lo hizo.

Trató de hacerlo.

Sin embargo, su falta de experiencia en ese campo era tan enorme que lo que empezó como algo erótico se convirtió en un desastre.

Todavía se mortificaba al recordar la risa de Mike mientras este le iba dando instrucciones sobre cómo debía poner los labios y los dientes, y sobre cómo debía controlar la respiración para no ahogarse. En dos ocasiones tuvo que apartarse porque comenzó a toser. Y por si eso fuera poco, hubo un momento en el que casi se atragantó.

Mike terminó por retirarse y terminar con la mano.

Pese a que no le hizo ni un solo comentario negativo y se limitó a acurrucarse contra su espalda y a besarle en un hombro, el malestar invadió a Simón, que se sintió como un inútil. Fue el agotamiento lo que le llevó a quedarse dormido y a dejar de cuestionarse si había sido tan terrible para Mike como parecía.

Seguía con la cara hundida en la almohada, autocompadeciéndose, cuando notó un movimiento a su lado y el roce de unos dedos sobre su

espalda. Fingió dormir.

—No me engañas —murmuró un somnoliento Mike—. Sé que estás despierto.

—No lo estoy.

Una risa ronca rompió el silencio del piso.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenza mirarme porque anoche me hiciste la peor mamada del mundo?

Simón gimió y se hundió todavía más en la almohada.

Mike le pegó un cachete en el culo, uno de esos sonoros y picantes, nada delicados.

Volteó la cabeza con brusquedad y se encontró con su mirada centelleante y su sonrisa de oreja a oreja. Y una raya incrustada en su mejilla producto de alguna arruga de la sábana. Sexi a rabiar, claro. Incluso habiendo dormido solo un par de horas.

Se sintió todavía peor.

Mike le estudió con calidez. Las largas pestañas de Simón sombreaban sus ojos y la tonalidad rojiza que tanto le gustaba comenzaba a manifestarse en sus mejillas. Tenía también los labios fruncidos en una especie de mohín disgustado. Esos labios que hacía unas horas se habían esforzado por proporcionarle placer con torpeza... ¡Joder! En cuanto pensó en ello, su erección matutina comenzó a endurecerse todavía más. Reprimió el deseo de abalanzarse sobre él y comérselo a besos.

—No te agobies. No estuvo nada mal para ser tu primera vez —mintió.

Simón resopló incrédulo.

Mike volvió a reírse. Era cierto que fue un desastre. Simón no tenía ni idea del ritmo o de la velocidad, o de cómo hacerlo sin ahogarse. Y, sin embargo, a Mike le resultó increíblemente tierno cómo se había esforzado por agraderle mientras le miraba con esos ojos suyos tan expresivos. Había disfrutado de la experiencia incluso a pesar de su falta de pericia.

Decidió darle una tregua a Simón, que parecía estar pasándolo mal.

—Bueno, vale. Fue horrible —reconoció—. Pero ya sabes lo que dicen. *Practice makes perfect* ²⁶ —dijo risueño—. Solo tienes que seguir practicando.

No pudo acabar la frase porque una almohada le dio de lleno en la cara. Eso provocó que su risa se tornara más profunda.

Entonces Simón hizo algo que los sorprendió a ambos. Apartó la sábana de un tirón dejando su cuerpo al descubierto y se echó sobre él, sentándose a horcajadas sobre su vientre y aprisionándole las muñecas por encima de la cabeza.

—¿Esto quiere decir que vas a practicar ahora? —inquirió Mike con un ronroneo.

—Esto quiere decir que a lo mejor me he cansado de dejarte ser el que manda y que voy a ser yo el que tome las riendas de la situación —dijo con fingido enojo.

Mike se lamió el labio inferior mientras notaba cómo su ardor iba en aumento. Cómo le excitaba cuando Simón tomaba la iniciativa.

—Sí..., por favor... —murmuró.

Un golpe seco contra el suelo a escasos metros de distancia los sobresaltó a ambos. En un primer momento, Simón pensó que Rico había tirado algo de la mesa del salón, pero cuando se giró y se encontró con los ojos desorbitados de su hermana el corazón estuvo a punto de salirse del pecho.

¡¿Paola?! ¡¿Qué cojones hacía allí su hermana?!

Soltó un gruñido ahogado y se incorporó, alargando el brazo y palpando el suelo hasta que encontró sus pantalones. Se los puso a toda velocidad.

La mirada de su hermana apenas se fijó en él y en su desnudez. Aterrizó presta sobre el cuerpo desnudo de Mike, que se cubrió las caderas con la sábana a toda velocidad.

Lo que había provocado el ruido anterior fue un paquete de comida para gatos golpeando el suelo. Ahora, fueron las llaves y el bolso lo que se desprendió de los dedos de Paola mientras esta se llevaba las manos a la boca.

—Pao... —comenzó Simón, avanzando hacia ella.

—¡Ni te me acerques! —ladró—. Espera un segundo a que me tranquilice. Mi mente todavía está tratando de procesar que mi hermano es gay y que está en la cama con Mike Allen.

—No soy gay —farfulló.

Ella le miró con una ceja arqueada.

—Y ese no es Mike Allen tampoco, ¿verdad? —lanzó con sarcasmo.

—Sí —respondió este desde la cama—. Soy Mike Allen.

Simón vio cómo Mike se daba la vuelta y se levantaba, dándoles la espalda.

—¡Por Dios, qué culo tiene! —Escuchó a su hermana.

La miró fulminándola con los ojos.

—Pao... —comenzó de nuevo.

—No me digas que esto no es lo que parece, porque es exactamente lo que parece —le interrumpió ella con un gesto nervioso.

Simón se llevó las manos a la cabeza. La situación le había desbordado. En algún momento se lo habría contado a su hermana. No era que no quisiese que se enterara, pero no así. Desde luego, no así.

Mike había conseguido encontrar sus pantalones y se había acercado a él, manteniéndose a su lado. Simón le contempló de reojo con cierta inseguridad y se preguntó qué se le estaría pasando por la cabeza. No tenía ni idea. Mike era una persona pública y, en apariencia, nadie sabía de su orientación sexual. Quizá no deseaba ser descubierto.

—¿Estáis teniendo una aventura? ¿Es un lío de una noche? ¿Hace mucho tiempo que estáis juntos? —Paola disparó pregunta tras pregunta como si fuera una metralleta.

Mike soltó una carcajada y Simón se puso rojo como un tomate.

—¿Quién es el activo y quién es el pasivo? —continuó ella.

—¡Paola! —gritó Simón.

Le lanzó una mirada soslayada a Mike. Su hermana tenía un carácter demasiado directo. Quienes no la conocían podían pensar que era una maleducada y sentirse ofendidos por su desenvoltura.

—Todavía no lo hemos decidido —respondió este con socarronería.

—¡Mike! —Se dirigió a él con los ojos muy abiertos.

—Ah, vale, todavía estáis con el *frot*²⁷ y eso... —dijo ella—. No sé, Simón, te veo más como el pasivo a ti.

Simón estuvo a punto de soltar un aullido. Flexionó las manos reprimiendo el deseo de acercarse a ella y estrangularla.

—Soy versátil —explicó Mike.

—Ahhh —exclamó Paola asintiendo con lentitud—. Mola.

Simón giró la cabeza con brusquedad y miró a Mike con sorpresa. ¿Versátil? ¿Eso significaba que le daba igual arriba o abajo? Nunca habían

hablado de ello. Mike le lanzó un guiño sexi y provocador que hizo que le temblaran las piernas.

¡Jodido Mike Allen con su eterno *sex appeal*!

Mike se esforzó por contener una risa mientras contemplaba a la hermana de Simón. Si no fuera por el increíble parecido físico jamás habría dicho que aquellos dos eran hermanos. Eran tan diferentes como el día y la noche. Todo lo que a Simón le sobraba de timidez lo tenía ella de desparpajo. Sus ojos castaños tan semejantes a los de Simón rezumaban picardía. Era una chica muy guapa, alta y delgada. Llevaba unos vaqueros azules y una blusa de manga larga roja con enormes flores blancas de estilo hippy. Su pelo, castaño muy oscuro, descansaba sobre sus hombros.

—No sabía que fueras gay... —dijo, mirando a su hermano.

—No lo soy —respondió este—. No me gustan los hombres.

Ella señaló a Mike con la mano con exageración, como si estuviera preguntando: *¿Y eso qué es? ¿Una gallina?*

Mike aguardó silencioso a que Simón explicara cuál era su papel en aquella escena que parecía salida de una comedia de televisión. Hasta el momento no se había planteado si Simón quería mantener esa relación que tenían en secreto ni si quería que su hermana lo supiera o no. Sabía que no le había resultado del todo fácil aceptar que se sentía atraído por un tío. Admitirlo, además, delante de otra persona era algo complicado y muy diferente.

—No me gustan los hombres en general —dijo Simón en voz baja—. Me gusta él, en particular.

Mike no pudo evitarlo. Una sonrisa satisfecha apareció en su boca al escucharle decir aquello y le pasó un brazo por encima de los hombros con un claro gesto de posesividad. Simón se puso tenso, pero no se apartó.

Paola miró a ambos alternativamente. Parecía estar digiriendo la situación poco a poco.

—Vale —dijo al fin con una inclinación de cabeza—. ¿Por qué no nos tomamos un café? —propuso. Luego se dirigió a Mike—. ¿Te puedo llamar cuñado?

—¿Puede? —le preguntó este a Simón con un tono burlón.

Simón no respondió. Se desasió de su brazo y echó a andar hacia la cocina. Cuando pasaba junto a su hermana, esta le agarró de la muñeca y le preguntó al oído a un volumen altísimo:

—No me ha dado tiempo a verlo, ¿cómo la tiene?

—¡Enorme! —exclamó con indignación, soltándose con violencia.

La risotada de Mike llenó el apartamento. Paola le miró con fascinación y él asintió con vehemencia.

—Es verdad —repuso sin modestia alguna.

Ella soltó una risita traviesa al tiempo que se agachaba y recogía todo lo que había tirado al suelo. Lo puso sobre la mesa del comedor.

—¿Qué haces aquí y por qué no has llamado antes de venir? —preguntó Simón desde la cocina.

—Te he llamado al móvil, pero no lo has cogido. Debes de tenerlo en silencio. Y también he llamado al timbre, pero no funciona. Por eso he usado mis llaves para entrar. La verdad, no pensaba encontrarte así... Siempre estás solo.

—¿Por qué has venido?

—Anoche te llevaste mi móvil en la mochila. He venido a recuperarlo.

Simón gruñó algo ininteligible.

—Y también he traído comida para Rico y las chuches que le gustan —añadió ella.

Mike aprovechó que los dos hermanos parecían distraídos para ponerse una camiseta. Estaba a punto de ir hacia la cocina cuando Rico salió de debajo de la cama y se enredó entre sus piernas. Se agachó para cogerlo en brazos y enterró la nariz en el pelaje de su cuello.

—¡Lo sabía! —exclamó Paola mirándole con los ojos chispeantes—. El de la foto era Rico. —Se giró hacia su hermano y dijo con voz aflautada—: *Todos los ragdoll se parecen mucho.* ¡Mentiroso!

Simón se dio la vuelta y la miró por espacio de unos segundos.

—Tienes razón. Te mentí —concedió.

—Te perdono —dijo ella, magnánima—. A cambio quiero más información.

Simón apretó los labios y Mike le lanzó una mirada llena de conmisericordia. Cuanto más tiempo pasaba con ellos, más dudaba de que Paola se tratase de un pariente consanguíneo de Simón.

—El café casi está. ¿Alguien quiere tostadas? —preguntó este con un suspiro.

—¿Por qué no os sentáis tú y tu hermana en la terraza y yo preparo las tostadas? —propuso Mike, dejando al gato en el suelo.

—¿Desde cuándo vives aquí? —Paola se dirigió a él con curiosidad.

—Llegué dos días después del concierto.

—¡Casi tres semanas! —gritó. Y miró a su hermano con enfado—. ¿Me lo has estado ocultando durante todo este tiempo?

Nada más decir aquello, se irguió muy digna y se encaminó a la terraza. Se sentó en uno de los butacones y se cruzó de piernas y de brazos con energía.

Simón dejó caer la cabeza con un gesto derrotado y Mike volvió a apiadarse de él. Se acercó y le rozó la mano que tenía apoyada en la encimera.

—Ve y habla con ella —le susurró—. Yo me encargo de preparar las tostadas y ahora salgo.

—No está enfadada —le dijo Simón—. Paola nunca se enfada. Y menos conmigo. Es solo un numerito para hacerme sentir culpable.

—¿Te sientes culpable?

—Solo de habérselo ocultado. De nada más —repuso con una entonación cargada de significado, clavando los ojos en los de Mike.

Este no pudo reprimirse y le besó con suavidad.

—Además, sé que su curiosidad por ti es enorme —continuó Simón cuando sus labios se separaron—. Está deseando hacerte preguntas y sonsacarte todo lo que pueda. No olvides que es una gran fan de los CFB. Es muy descarada. Puede que llegue a incomodarte.

—Para nada —negó él—. No te preocupes por... —se interrumpió de repente—. ¿Por qué no sacas la caja con todos los objetos de los CFB que te mandó mi asistente y se los das?

—Sí. Eso voy a hacer.

Mike le vio alejarse hacia el dormitorio y sacar la caja de debajo de la cama. Luego se dirigió con ella al exterior. Poco después, escuchó las exclamaciones emocionadas de Paola. Meneó la cabeza, divertido.

Metió unas rebanadas de pan en la tostadora y, mientras esperaba a que se tostaran, cogió su móvil y puso música para concederles algo de privacidad a los dos hermanos. *Personality crisis* de New York Dolls resonó potente, solapando los murmullos que llegaban desde la terraza.

Simón alzó la vista y contempló a Mike a través de los cristales. Este le daba la espalda y se estaba moviendo como hacía siempre que ponía alguna canción. Era como si su cuerpo no pudiera resistir el embrujo de la música.

Daba igual de qué tipo fuera. Una cálida sensación de bienestar se expandió por su interior. Ah... Mike...

—Simón —bisbiseó su hermana, acercándose mucho a él—. Ahora en serio, ¿cómo ha podido pasar esto?

—No tengo ni idea.

—Nunca antes te habías sentido atraído por un hombre, ¿verdad?

—No.

—A ver, que Mike es impresionante, pero me resulta raro.

—A mí también me resultó raro al principio —confesó.

—No entiendo qué hace aquí en tu casa.

Simón, a grandes rasgos, le contó cómo le había encontrado en su puerta y cómo se habían desarrollado las cosas. No profundizó demasiado.

Paola guardó silencio durante unos instantes.

—Estoy alucinando. Todavía no acabo de creerlo —musitó, tirándose del labio inferior con nerviosismo—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Todavía no me lo puedo creer ni yo. Ni siquiera sé lo que está pasando entre nosotros —repuso al tiempo que volvía a mirar a Mike, que seguía moviendo las caderas al compás de otra canción.

—Es evidente lo que está pasando entre vosotros —dijo ella—. Tu cara lo dice todo. Te gusta un montón. Y por lo que he visto antes, creo que a él le pasa lo mismo contigo. ¿Quién dio el primer paso?

—Él.

—¿Ves? Le gustas. Joder, Simón, esto es muy fuerte. Sabes quién es él, ¿verdad? Es una puta estrella internacional. Tiene millones de seguidores en todas partes del mundo... —se interrumpió y miró hacia la cocina—. No sé qué pensar de todo esto... ¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—No hemos hablado del tema —repuso Simón, evasivo, extraviando la mirada hacia el cielo azul.

No se había atrevido a preguntarle a Mike por miedo a que este le diese una respuesta que no le gustara nada.

—¿No lo sabes? —Su hermana parecía escandalizada.

—No.

—Pues yo quiero saberlo.

Antes de que pudiese detenerla, ella se puso de pie y llamó a Mike.

Este giró la cabeza y les dirigió una sonrisa. Parecía haber estado esperando a que le dieran permiso para acercarse. Lo hizo, cargando una

bandeja en las manos con tres tazas de café, las tostadas, la mantequilla y la mermelada.

—¿Cómo tomas el café? —le preguntó a Paola.

—Así, solo, está perfecto.

—La primera prueba de que sí sois hermanos —murmuró—. Os gusta el café igual.

Los tres disfrutaron de unos segundos de silencio mientras tomaban café. Mike dirigía miradas soslayadas a ambos. Simón parecía estar muy pensativo mientras agarraba su taza con fuerza. No había hecho amago de coger ni una sola tostada. Paola, por el contrario, iba ya por la segunda y masticaba con entusiasmo mientras le estudiaba con los ojos entornados. Estaba a punto de abrir la boca y lanzarle una ráfaga de preguntas. Se notaba a la legua.

—Y dime, Mike, ¿cuánto tiempo te vas a quedar aquí?

—Tengo un vuelo reservado para el día ocho —respondió—. Espero poder quedarme aquí hasta entonces.

Mientras decía eso miró a Simón con ambas cejas levantadas. Este no alzó la vista. Semejaba estar absorto en su café.

—Vaya. Eso no son ni dos semanas —dijo ella.

—Sí, tenemos un estudio reservado para comenzar a grabar el nuevo álbum.

Paola profirió una exclamación emocionada, pero carraspeó y miró a Simón de reojo antes de ponerse seria. Parecía dividida entre la preocupación que podía sentir por su hermano y su vena de fanática de los CFB.

—Un nuevo álbum... y ¿qué tipo de álbum?, ¿cuántas canciones?, ¿va a cantar Joe alguna?

La vena de fanática había ganado, al parecer.

Mike puso los ojos en blanco.

—Ahhh, que te gusta Joe... —dijo con retintín acariciándose la barbilla—. Sí, una la cantan Vince y él.

—¿Qué pasada ¿Y cuándo saldrá?

—Pues creo que en abril, pero ni idea. Esas son cosas de la discográfica.

—Por cierto, cómo me gustan las nuevas camisetas —dijo y cogió una de las que habían pasado días en la caja—. Creo que me quedará un poco grande, pero me da igual. Es fabulosa.

—A Simón no le gustan.

—Simón es raro. No se lo tengas en cuenta —repuso ella, haciendo un gesto despectivo con la mano.

Poco le había durado la lealtad como hermana. Mike se mordió una sonrisa.

—¿Me vas a dar un autógrafo? ¿Y te vas a hacer una foto conmigo? A fin de cuentas, somos medio cuñados...

Simón suspiró con fatiga.

—¡Qué pesada eres!

—A ver, Simón, yo te quiero mucho, pero es Mike Allen. ¡Mike Allen! Mírale, en carne y hueso, sentado en tu terraza, tomándose un café y ¡con una camiseta tuya puesta!

Mike bajó la vista. Era verdad. La camiseta era de Simón.

—De cerca y en persona eres mucho más guapo, pero mucho más —continuó ella mirándole con fijeza—. Tienes una piel espectacular y ese pelazo... ¡una pasada!

—Tu hermano dice que brillo —murmuró, llevándose la taza de café a los labios.

Simón le lanzó una mirada entre indignada y avergonzada. Mike le hizo un guiño.

Paola se había quedado callada. Los miró a ambos alternativamente como si se encontrara en un partido de tenis.

—Simón, ¿por qué no me traes mi móvil y un cargador? —sugirió de pronto.

Este se levantó y se alejó, presto a obedecerla.

—¿Te gusta mi hermano? —bisbiseó ella con rapidez una vez que se hubo marchado, acercándose a Mike.

—Sí —musitó él con una chispa divertida en los ojos.

—Pues pórtate bien con él. Si no lo haces, te arrancaré el corazón —dijo con voz dura—. Es un hombre maravilloso.

Mike se puso serio y sus ojos buscaron la figura de Simón dentro del piso. Estaba agachado cerca de la entrada sacando algo de su mochila. El juego de músculos de su desnuda espalda se presentaba en todo su esplendor. Tenía un físico impresionante. Pero no era solo su exterior lo que le gustaba a Mike. Su hermana tenía toda la razón del mundo. Era un hombre maravilloso.

—Lo sé —dijo en voz muy baja.

Simón apareció con el móvil y el cargador en la mano. Se los tendió a su hermana, que volvía a sonreír como si no acabara de hacerle una advertencia amenazadora a Mike.

Paola puso su móvil a cargar y lo encendió.

—Ven, Simón, vamos a hacernos una los tres juntos y luego nos haces una a Mike y a mí —dijo, dando un saltito como una niña pequeña—. Ponte una camiseta. O mejor no y así muestras ese cuerpazo de gimnasio.

Simón le lanzó una mirada de fingido enojo y se apresuró a ir al dormitorio y ponerse una camiseta.

Fue Mike el que hizo los selfis ya que tenía el brazo más largo. A Simón no le gustaba mucho posar y se sentía tenso y torpe, pero no quería decepcionar a su hermana que parecía muy entusiasmada, así que apretó los dientes y fingió una sonrisa. Se hicieron varias fotos.

—Espectacular —dijo Paola encantada cuando comprobó el resultado—. Toma, Simón, ahora haznos una a Mike y a mí.

Simón hizo unas cuantas. Mike tenía un aspecto increíble. Incluso con esa sencilla camiseta y sin haberse duchado, resultaba impresionante. Y encima sonreía de aquel modo tan fabuloso...

—¿Puedo subirla a mis redes? —le preguntó Paola a Mike, cogiéndole el móvil a Simón.

—Claro, pero no digas dónde estoy.

—Tampoco tengo muchos seguidores, pero me hace ilusión. La subo ahora mismo a Instagram y te etiqueto.

—Espera, dime quién eres y te sigo.

—¿Me vas a seguir en Instagram? —chilló.

Mike se rio mientras iba a buscar su móvil.

—No subas la foto en la que estoy yo —murmuró Simón.

—¿Por? —inquirió con extrañeza.

Simón apretó los labios. Estaba un poco inseguro con respecto a todo lo que pasaba entre Mike y él. Una cosa era lo que estaban viviendo juntos en la intimidad de su piso, a solas. Otra cosa era airear a los cuatro vientos que eran amigos o conocidos o lo que fuera.

—Sin por. No la subas y punto.

—Oye, Mike, mi hermano no quiere que suba la foto en la que está él —se chivó ella en cuanto Mike apareció de nuevo.

Este le dirigió una mirada interrogadora.

—No soy fotogénico —se excusó con tibieza.

—¡Qué gilipollez! —rechazó Mike—. Eres superfotogénico.

—Mira, no sé si te apetece que la gente sepa... —admitió Simón con un ademán nervioso.

Mike no le dejó continuar. Se acercó, le agarró por el cuello al tiempo que se pegaba a él, estiró el brazo y sacó un selfi de ambos. Luego trasteó con el móvil.

—Ya.

Fue Paola la que primero reaccionó.

—¡Oh, ha subido la foto a su cuenta! —dijo, mirando la pantalla de su propio móvil. Luego se carcajeó histérica—. ¡Qué fuerte, Mike!

Simón le arrancó el aparato de las manos.

En efecto. Mike había subido la foto a su Instagram. Objetivamente, habían salido bien los dos. Mike, porque no podía ser de otra manera. Y Simón, de casualidad.

Cuando leyó el texto, abrió mucho los ojos y su cara se tiñó de rojo.

*This is my boyfriend, even if he doesn't know it yet*²⁸ ;-P

—¿Y esto...? ¿Qué tontería es esta? —masculló.

Mike se encogió de hombros.

—Soy así. Siempre estoy de cachondeo...

Simón le devolvió el móvil a Paola y no hizo más comentarios. Se alejó de ambos y se dirigió hacia la mesa. Cogió una tostada que ya se había endurecido y mordió un trozo. No sabía ni qué decir ni qué hacer. Se le había quedado la mente en blanco.

—Mi cuenta de Instagram es PaolaMunozNeumann, para que me sigas. No se me ha olvidado, eh —le dijo Paola a Mike—. Me tengo que ir ahora, pero podemos quedar otra vez antes de que te vayas, ¿no?

—Claro —contestó este.

—Fírmame aquí —le dijo, tendiéndole uno de los CD que también había salido de la caja.

Mientras Mike lo hacía, le lanzó una mirada a Simón. No hacía falta ser un lince para leer en ella: *No seas gilipollas, no te pongas así y ven aquí*. Y si se esforzaba todavía un poco más podía seguir leyendo: *Mike es un tío genial, pásalo bien mientras dure y échale un polvo por mí*.

Simón, resignado, dejó la tostada a medio comer en el plato y se acercó a ella, que le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla antes de susurrarle al oído en voz muy bajita:

—Aprovéchate de que es versátil y haz con él lo que te apetezca. Eso sí, el lunes me lo tienes que contar todo con pelos y señales.

Después se apartó y le lanzó el guiño más exagerado del mundo.

Simón miró a Mike de reojo para ver si había oído algo, pero este seguía garabateando en la funda del CD.

—¿Por qué no te vas ya? Estás tardando —le dijo a ella en un cuchicheo.

—Ya me voy, imbécil —contestó, y luego cogió el CD que Mike le tendía—. Mil gracias, cuñado. Ah, y recuerda eso que te he dicho antes en la terraza.

Se dirigió a la puerta y se despidió de ambos con la mano.

Solo dos segundos después se hallaban solos de nuevo en el piso.

—Me gusta tu hermana —dijo Mike—. Aunque no os parecéis en nada. Es como un torbellino.

—Es igual que mi madre —murmuró—. Cuando se juntan las dos me hacen la vida imposible.

Mike soltó una risa.

Simón fue a la mesa de la terraza y comenzó a recoger las tazas.

—¿Te ha molestado lo de la foto?

Su voz llegó hasta él desde muy cerca. Volteó la cabeza y le vio justo a su espalda. Se encogió de hombros, pretendiendo indiferencia y volvió a mirar hacia delante.

—¿Quieres que la borre?

—Haz lo que quieras.

—Pues la dejo, entonces.

—¿No te importa lo que diga la gente? —le preguntó, dejando las tazas de nuevo sobre la mesa.

—No mucho, la verdad. Están acostumbrados a mis excentricidades.

Simón guardó silencio. Sentía curiosidad por saber a qué se había referido su hermana con lo que dijo antes de irse.

—¿Qué te ha dicho Paola antes en la terraza? —preguntó.

Mike se acercó y Simón pudo sentir el calor de su cuerpo pegándose a él. Notó las palmas de sus manos apoyándose en sus caderas.

—Me ha dicho que eres un hombre maravilloso —le dijo al oído.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Contuvo el pequeño gemido de sorpresa que estuvo a punto de brotar de su boca.

—¿Y sabes qué? —continuó Mike, respirando cerca de su cuello—. Que yo también lo pienso.

Y después de decir eso, depositó un reguero de besos superficiales desde su nuca hasta el lóbulo de su oreja, antes de girarle entre sus brazos y apoderarse de sus labios.

Mike sabía a café y Simón se dejó besar.

Tenía el pecho encogido.

OceanofPDF.com

Creo que me estoy enamorando de ti
I think I'm falling for you

Desde que Simón fue consciente de que Mike tenía un vuelo para el día ocho del mes siguiente, el tiempo comenzó a pasar más rápido. Mucho más. A pesar de que no hizo ningún comentario al respecto, contaba con ansiedad los días que quedaban para su partida.

Alzó los ojos de la pantalla del portátil y echó un vistazo a Mike, que estaba tirado en el sofá mientras anotaba algo en un cuaderno. Tenía los cascos puestos y movía uno de sus pies desnudos al ritmo de lo que fuera que estuviese escuchando. Llevaba un pantalón de chándal negro y una camiseta también negra sin mangas, y su pelo era un desastre de mechones enredados que se había sujetado con un lápiz en lo alto de la cabeza.

Estaba tan atractivo, que Simón no podía concentrarse en otra cosa que no fuera él.

Se quitó las gafas y se frotó los ojos antes de soltar un suspiro bajito y cerrar el documento en el que había estado escribiendo las preguntas para un test de sus alumnos de B2.

Por pura inercia accedió a internet y a su cuenta bancaria. Arrugó el ceño al ver el saldo que aparecía en pantalla. La cantidad no le cuadraba. El banco debía de haber cometido un error.

Llevaba tiempo evitando entrar ya que sabía que ver el estado en el que se hallaban sus finanzas solo le pondría de mal humor y no quería desperdiciar los pocos días que le quedaban con Mike inmerso en preocupaciones. Había decidido relegar sus problemas a un rinconcito oscuro de su cerebro por el momento. A fin de cuentas, tampoco podía hacer nada más que lo que ya había hecho. Ahora todo dependía de que su piso se vendiera cuanto antes.

Fue a los movimientos y comprobó los ingresos. Alguien le había transferido algo más de tres mil euros hacía unos días. Buscó el emisor y descubrió que era una empresa extranjera. En un primer momento pensó

que se trataba de algo relacionado con su negocio, pero eso no tenía sentido porque la academia tenía su propia cuenta bancaria. Cuando leyó dos veces el nombre de la compañía, *Allen Records Ltd.*, una bombilla se le encendió en el cerebro.

—Mike —le llamó.

Ni se inmutó.

—¡Mike! —exclamó con más potencia, poniéndose de pie.

Este se quitó un auricular de la oreja y le miró.

—¿Me llamas?

—Sí. Te llamo. —La voz le salió irritada.

—¿Qué pasa? —preguntó, dejando el cuaderno sobre la mesa y quitándose el otro auricular.

—¿Me has ingresado dinero? —inquirió mientras se acercaba a él.

La expresión de Mike cambió radicalmente. Le sonrió con algo de inseguridad.

—Sí, la semana pasada —admitió.

Simón meneó la cabeza y cerró los ojos.

—¿Por qué?

—Porque estoy viviendo en tu casa por la cara.

—Pero te dije que no quería dinero.

Mike plegó los labios, titubeante. Simón no parecía muy enfadado, solo molesto. En ningún momento había mencionado sus problemas financieros y quizá no le gustara demasiado que él lo supiese. No obstante, decidió arriesgarse.

—Ya lo sé, pero no me parece justo estar aquí y no poner ni un euro. Sé que estás escaso de pasta.

Simón le miró a los ojos. Una mueca disgustada deformó su boca.

—¿Cómo lo sabes?

—A lo mejor no te acuerdas, pero el día del concierto, cuando nos encontramos en el baño, estabas hablando con alguien por teléfono. Decías algo de vender tu piso porque necesitabas el dinero.

—Ah, lo escuchaste...

Mike asintió.

—Me parece triste que tengas que vender este piso. Es tan tío, y uno se siente tan a gusto aquí... —Su mirada se paseó por la estancia.

—Bueno, ni siquiera he podido encontrar un comprador todavía. La idea es venderlo, pero quedarme aquí viviendo de alquiler y reservarme el derecho de opción de compra durante cinco años. Así es difícil encontrar alguien que quiera comprarlo —explicó.

—¿Por qué necesitas el dinero?

Simón se dio la vuelta y salió a la terraza. Mientras miraba por la ventana hacia un cielo que ya había adquirido tonalidades oscuras, se abrazó a sí mismo.

—El local donde tenemos el negocio es un poco viejo y necesitaba una remodelación. Tuvimos que hipotecarlo para poder hacer la reforma y ahora le debemos bastante dinero al banco. Y últimamente tenemos menos alumnos, cada vez hay más escuelas de idiomas. La competencia es feroz y los ingresos han disminuido.

Mike le había seguido. Se situó a su espalda y posó las manos sobre sus hombros.

—De todos modos, no puedo aceptar tu dinero. No me gusta nada que hayas hecho eso —continuó Simón—. Estás en mi casa como un invitado. Yo te he invitado —afirmó categórico.

—Yo prefiero verlo como que estoy aquí de alquiler —le contrarió Mike—. Ese dinero es en concepto de pago de la renta y punto.

—¿Más de tres mil euros por estar aquí unas pocas semanas? Ni que esto fuera un ático en la Castellana.

—Para mí es mejor que cualquier ático en la Castellana, como tú dices —dijo Mike apoyando la barbilla sobre su hombro—. No todo el mundo habría hecho por mí lo que has hecho tú. Acogerme en su casa sin conocerme de nada y dejarme vivir aquí como si este fuera mi hogar.

—No me hagas reír. Eres Mike Allen. Es probable que todo el mundo te hubiese acogido en su casa y te hubiera dado hasta su sangre si se la hubieses pedido —replicó con sorna.

Mike le dio la razón para sus adentros. Esas eran las ventajas de ser quien era. Todo el mundo se sentía halagado en cuanto chasqueaba los dedos. No obstante, sabía que Simón no era como los demás y si le había dejado vivir en su piso era por un motivo diferente. Quería creer que era porque sentía algo genuino por él.

—Acepta mi dinero —dijo después de un silencio—, por favor.

—Me siento incómodo haciéndolo.

—Y yo me sentiría incómodo si me lo devolvieras. Sabes que tengo un montón de dinero. Me apetece gastármelo contigo.

Simón soltó una risa áspera.

—Cuando dices eso suena como si fuéramos amantes.

—Es que lo somos —murmuró contra su cuello.

Simón se estremeció y se pegó más a él. Su espalda se amoldó al pecho de Mike.

—No tienes ni idea de lo que siento cuando dices cosas así —confesó en un susurro dejando caer la cabeza hacia delante.

Mike se quedó callado e inmóvil, procesando las palabras que acababa de pronunciar Simón. Sus ojos se posaron sobre su nuca desnuda. Un rizo de pelo castaño se curvaba en uno de los laterales. Su corazón empezó a latir con vigor. Simón no era el único que se sentía abrumado por la situación. Le abrazó con firmeza, estrechándole contra su cuerpo y depositó un beso justo en el espacio que quedaba libre entre su cabello y el borde de la camiseta que llevaba.

Simón jadeó con suavidad.

Ese jadeo se le coló a Mike por la piel, los músculos y los huesos.

Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, se apartó. Todavía quería decirle algo serio y su cercanía resultaba demasiado peligrosa para poder hacerlo. Le nublaba los sentidos.

Simón se dio la vuelta. La decepción era evidente en su mirada.

—Me jode que tengas que vender tu piso, la verdad —comenzó Mike, dando unos pasos hacia atrás y huyendo del calor de sus ojos y de su cuerpo —. Yo podría echarle una mano...

—¡Ni se te ocurra mencionarlo si no quieres que tengamos una discusión! —exclamó Simón con sequedad. Su actitud cambió repentinamente.

—Pero yo...

—Pero tú nada, Mike. No digas nada. No soy una persona que suela enfadarse, pero ese tema me haría perder los papeles.

Mike apretó los labios en una fina línea y asintió con desgana.

—Sé que lo dices con toda tu buena intención, pero entiende cómo me siento yo con ese ofrecimiento. Trata de ponerte en mi lugar. Es un problema mío muy personal y nosotros apenas nos conocemos... —Simón se alejó y entró en el piso.

Mike quiso protestar, pero se mordió la lengua. No estaba de acuerdo en absoluto con lo que Simón decía. Para él, no era la cantidad de tiempo lo que más pesaba en las relaciones entre personas. Era la calidad. Y el poco tiempo que había pasado con él había sido un tiempo intenso y de calidad. Era curioso, pero tenía la sensación de que entendía a Simón mucho más que a otras personas a las que conocía desde hacía muchos años.

Quizá tenía que ver con la compatibilidad, con la afinidad, con la empatía...

O con que estaba loco por él.

Exacto. Era mejor dejarse de dar rodeos y admitir la pura realidad.

Después de aquello ninguno de los dos dijo nada y una cierta tensión se quedó sobrevolando el ambiente.

Mike se tiró en el sofá y se puso los cascos. *Radio, radio* de Elvis Costello & The Attractions le explotó en los oídos. Arrugó la nariz, molesto. No era el mejor momento para escuchar música, así que apagó el móvil, pero no se quitó los auriculares, pretendiendo estar ensimismado en alguna canción mientras lanzaba miradas furtivas a Simón.

Este se había vuelto a sentar frente a su portátil. Tenía los labios arrugados como si estuviera disgustado y evitaba mirarle.

Mike suspiró bajito. No quería que Simón estuviera abatido. Solo quería que estuviese de buen rollo y que sus ojos desprendieran entusiasmo. Desde el sábado anterior, cuando su hermana los pilló en la cama, hacía ya cuatro días, su humor había mejorado enormemente. Era como si hubiese cargado con un gran peso sobre la espalda, y el haberle dicho la verdad a Paola le hubiera liberado. Comenzó a reírse cada vez con más frecuencia y de un modo más abierto. Su timidez casi desapareció del todo.

Había estado con muchos tíos y tías en su vida, pero nunca había alcanzado tal grado de intimidad con nadie. Le miró a hurtadillas y se preguntó qué era lo que le gustaba tanto de Simón.

Le encantaba cuando estaba trabajando en casa con su ropa vieja y sus gafas, como en ese momento. Y también cuando se iba a trabajar con esos pantalones y esas camisas tan clásicas, tan de profesor...

Adoraba que se levantase temprano para hacer café y que a veces se le quemaran las tostadas porque estaba ensimismado o jugando con Rico...

Y eso no era todo.

Le gustaba cómo se sentaba y cruzaba las piernas. Y que cuando se sonrojaba se le pusieran las orejas rojas también. Y que tuviera un sueño ligero... Se despertaba en cuanto Mike se movía...

También le maravillaba que contestase el teléfono con tanta rapidez — apenas lo dejaba sonar dos tonos—, era muy considerado, como si no quisiera hacer esperar al que llamaba.

Y no sabía decir que no. Era tan complaciente y cedía con tanta facilidad...

Eso también le gustaba.

Mucho.

Se mordió el labio inferior y apretó los puños. ¿Cómo reaccionaría Simón si le confesase en voz alta lo que tenía dentro?

Solo les quedaban nueve días más para poder estar juntos. No quería pensar en la semana siguiente cuando tuviese que coger el maldito vuelo y se separasen. Cuando esa idea acudió a él, meneó la cabeza con violencia. Iba a vivir el presente. Y en su presente solo estaba Simón por todas partes.

La agitación de Mike no pasó desapercibida para Simón, pero pretendió no percatarse de ello y fingió estar muy concentrado en el folio en blanco que tenía abierto ante él. Todavía estaba algo molesto por lo de la transferencia, aunque lo entendía. En una situación semejante, él habría hecho lo mismo. Si una persona a la que quería estuviera en apuros y él tuviese dinero de sobra, también se lo ofrecería.

Tragó saliva al darse cuenta de lo que acababa de decirse a sí mismo. ¿Una persona a la que quería? ¿Quería? Bajó los párpados, reprochándose el uso de ese verbo. No se podía querer a alguien después de solo tres semanas. Era imposible. Además, una persona que se iba a marchar en unos pocos días.

No quería pensar en ello. Le entraban escalofríos cada vez que la fecha del ocho de octubre acudía a él. Le iba a echar de menos. Muchísimo. Era increíble cómo, en tan poco tiempo, había conseguido hacerse un hueco en su piso, en su vida y en su cama...

Desvió la mirada hacia esta con el ceño fruncido. Pese a que dormían juntos todas las noches, todavía no habían dado el paso definitivo y eso era algo que a Simón le llenaba de agitación. Creía que ya estaba preparado para darlo. Al menos, la ansiedad que sentía cada vez que tenía el cuerpo desnudo de Mike pegado al suyo bajo las sábanas le llevaba a pensar que sí.

Había habido muchos besos, muchos roces y caricias, y escenas de lo más erótico en las que se habían masturbado mutuamente, pero nada más.

Tenía la sensación de que Mike estaba esperando a que él tomara la iniciativa o dijese algo al respecto.

Quizá debía hacerlo...

—Simón, se me ha ocurrido algo.

Levantó la barbilla, sorprendido. Sus ojos encontraron los de Mike, que chispeaban llenos de entusiasmo.

—¿Algo?

—Para ayudarte.

Iba a protestar, pero Mike alzó ambas manos en el aire, deteniéndole.

—Espera hasta haber escuchado lo que tengo que decir.

Simón se echó para atrás en la silla, se quitó las gafas y se cruzó de brazos.

—Mira, yo soy muy popular. Tengo millones de seguidores en las redes. He pensado que, si subo un pequeño vídeo a mis *stories* de Instagram mencionando tu escuela, es probable que haya mucha gente que se apunte. También dais clases online, ¿no?

Simón asintió.

—¡Pues podría apuntarse gente de todo el mundo! —exclamó, poniéndose de pie—. Y a mí no me costaría nada hacerlo. Solo serían unos segundos y estoy seguro de que tendría éxito. Salgo yo diciendo que si la gente quiere aprender idiomas hay una academia estupenda con profesores geniales y ya.

Simón entornó los ojos.

—¿Cuánto cobras normalmente por hacer algún anuncio? Tus honorarios tienen que ser enormes.

—Joder, Simón, no seas así —protestó.

—Eres Mike Allen. No eres cualquiera...

—Olvida lo que soy o represento. Mírame como si fuera tu amigo y nada más —le pidió con ojos suplicantes.

Simón se echó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. La propuesta era muy tentadora. El que Mike los promocionara podía significar que mucha gente se matriculara en la escuela. Sería un empujón increíble para el negocio. Por otro lado, aprovecharse de la fama de Mike en beneficio propio no le gustaba ni un pelo.

—No puedes decir que no. Estoy seguro de que si se lo consulto a tu hermana, ella aceptaría sin dudarlo.

—Yo también estoy seguro de eso —rezongó Simón.

Paola le había acribillado a preguntas hacía dos días en el trabajo sobre su relación con Mike. Ya parecía considerarle como si fuera parte de la familia.

—Di que sí —insistió este.

Simón se frotó los ojos, indeciso.

—¿Dais clases de español para extranjeros también?

—Sí.

—¿Quién? ¿Tú?

—Y Paola. Y otro profesor más.

—¡Fantástico! Tengo una idea genial. Grabamos un vídeo en el que aparezco yo hablando en español con Paola que está online. Y digo algo así como que estoy practicando mi español con una profesora de lujo de... ¿cómo se llama la academia?

—Escuela de idiomas RN. Es por mi madre, Regina Neumann.

—Pues eso. Digo que estoy practicando mi español con una profesora de la escuela de idiomas RN. Y añado que dais clases de más idiomas en persona y online.

Sonaba tan entusiasmado que hasta el propio Simón que le escuchaba con escepticismo y desgana comenzó a contagiarse. Carraspeó un par de veces.

—No sé, Mike...

—Llama a tu hermana.

—Es un poco tarde.

—¿Tarde? ¡Son las ocho!

—Además, ella no sabe lo de nuestras dificultades económicas.

—¡No se lo diremos! Le diremos que se me ha ocurrido a mí porque me apetece haceros publicidad, no porque lo necesitéis.

A Simón seguía sin gustarle demasiado la idea. Se levantó de la silla con parsimonia y dio la vuelta al escritorio, acercándose a Mike. Este le agarró por los hombros y le sacudió ligeramente.

—Simón, Simón, déjame hacer algo por ti —le suplicó con un tono de voz grave y sensual al tiempo que le miraba con mucha intensidad—. Llama a Paola y pásamela.

Según decía eso, se pegó a él y le metió la mano en el bolsillo del pantalón, donde estaba su móvil, lo sacó y se lo tendió con un guiño.

Simón, incapaz de sostenerle la mirada, terminó por claudicar y llamó a su hermana.

—Mike quiere hablar contigo —dijo en cuanto escuchó su voz al otro lado de la línea.

Este le arrebató el aparato con una sonrisa de oreja a oreja y le expuso sus planes a Paola con mucho entusiasmo.

Ella emitió un grito emocionado que estuvo a punto de dejarle sordo. Su feliz arrebató era completamente opuesto a la tibieza que había expresado su hermano.

—En cuanto esté todo listo te llamamos para que te conectes online y lo hacemos.

—¡Me parece maravilloso! Voy a arreglarme para estar guapa. Lo que no entiendo es cómo has conseguido convencer a Simón para hacer algo semejante. Es un amargado.

Mike contempló a Simón de reojo. ¿Un amargado? Él no lo describiría así para nada. Solo que su carácter era más calmado y tranquilo.

—Ya sabes que soy irresistible —le respondió provocándole un resoplido.

—Mi pobre hermano —murmuró ella antes de colgar.

Mike soltó una risa.

—Sois tal para cual —masculló Simón.

—Puede, pero tú llegaste antes que ella y me gustas bastante más —le dijo, lanzándole un beso.

Mientras Simón se conectaba al programa que usaba para las clases online, él se quitó los pantalones de chándal y se puso unos vaqueros. La camiseta la conservó. Se miró en el espejo del baño y se soltó el pelo, cepillándoselo. Quería tener un aspecto natural, como si estuviera en su casa, relajado.

—Me voy a sentar aquí —le dijo a Simón, señalando el sofá—. Con el portátil encima de las rodillas. Tú me grabas desde detrás para que se vea la pantalla del ordenador y a Paola, y yo luego me giro para que se me vea a mí, y saludo a la cámara y digo lo que se me ocurra de la academia. Seguro que en unos minutos lo tenemos.

Al final, esos minutos se convirtieron en dos horas. Mike nunca estaba satisfecho con las tomas y tuvieron que repetir el vídeo un montón de veces. Paola se partía de risa al otro lado de la pantalla cada vez que Simón le mostraba a Mike lo que había grabado y este meneaba la cabeza y decía que se podía hacer mejor.

Simón estaba fascinado por esa nueva faceta de Mike. Era un terrible perfeccionista.

Eran las diez y media cuando Mike se mostró contento por fin. Ahora solo quedaba editar el breve vídeo y subirlo a Instagram. Paola se despidió de ellos, recordándole a Mike que le enviase el vídeo en cuanto estuviera editado para compartirlo en todas las redes sociales de la escuela.

Este solo tardó un cuarto de hora en editarlo y publicarlo. No solo lo subió a las *stories*, también lo subió a la sección de noticias con el texto: *Practising my spanish with Paola, best teacher ever!*²⁹ Y debajo añadió información sobre la academia. En solo unos segundos, las reacciones comenzaron a llegar.

Simón se mordió el labio al ver cómo iba subiendo el número de *likes* y de comentarios. Si uno pestañeaba, se perdía.

—Es increíble, Mike —dijo maravillado mientras se sentaba a su lado en el sofá.

—Ha quedado bien, ¿verdad? —murmuró con los ojos fijos en la pantalla de su móvil.

—Ha quedado genial.

—Solo espero que tenga repercusión.

—Seguro que algo sale. La verdad es que no sé cómo darte las gracias.

—No hace falta que me des las gracias —rechazó, clavando los ojos en los suyos—. Bueno, sí, haz tú la cena.

—Eso está hecho —exclamó Simón con una sonrisa pícar—. Hay sobras en la nevera de la lasaña de ayer. Yo me encargo de calentarlas.

—Serás capullo... —masculló tirando el móvil a un lado y echándose encima de él—. Pues entonces quiero un beso.

—¿Solo uno?

Mike se rio entre dientes justo cuando su boca iba a posarse sobre la de Simón.

—Uno para empezar.

Y se besaron durante un buen rato.

Como consecuencia de eso terminaron cenando a las doce de la noche cuando Simón ya apenas podía mantener los ojos abiertos. Estaba agotado. Eso sí, *el momento besos* no lo cambiaría por nada.

—Yo me encargo de recoger —dijo Mike, percatándose del cansancio de Simón—. ¿Por qué no te vas tú a la cama?

—¿No estás cansado?

—Yo soy joven —bromeó—. Tengo más aguante que tú.

Simón le golpeó en el brazo sin fuerzas y se fue camino del baño.

Mike se quedó recogiendo los platos y poniendo comida y agua limpia a Rico. Miró una última vez el móvil. El vídeo había alcanzado varios millones de visualizaciones y tenía miles de comentarios. Sonrió ampliamente, felicitándose en silencio con cierta vanidad. Apagó las luces del apartamento y fue al baño a lavarse los dientes. Simón ya se había acostado.

Cuando llegó junto a la cama, este estaba tirado sobre la sábana, bocabajo. No se había molestado en taparse. Solo llevaba unos bóxers. En la oscuridad, casi no se podía distinguir su silueta, pero a Mike no le hacía falta la luz para saber cómo era su cuerpo. Sus piernas firmes y fuertes. Su cintura estrecha que se iba ensanchando hasta acabar en su amplia espalda. Sus hombros redondeados y sus brazos morenos y nervudos.

Suspiró mientras le observaba encandilado. Luego se inclinó y le besó justo debajo de la oreja, allí donde su piel era más fina y todas las sensaciones se amplificaban.

—Creo que me estoy enamorando de ti —le susurró muy bajito al oído antes de apartarse y acostarse a su lado.

Simón no sabía si estaba preparado para escuchar una confesión semejante, así que apretó los párpados y pretendió dormir.

Bum bum bum...

Tenía el corazón desbocado.

Sexo, sexo, sexo...

Sex, sex, sex...

El vídeo fue un puñetero éxito. Desde que Mike lo subió a Instagram, el teléfono de la escuela no paró de sonar y el correo electrónico se saturó. Cuarenta y ocho horas después ya tenían abiertos seis nuevos grupos de clases presenciales y otros doce de clases online.

—Casi que me arrepiento de haber subido el vídeo —refunfuñó Mike—. Ahora sí que vas a estar todo el día fuera y no te voy a ver el pelo.

Estaba sentado en la terraza desayunando. Simón, frente a él, no paraba de hablar por teléfono con unos y con otros, tratando de organizar la agenda de todos sus profesores.

El móvil de Mike volvió a sonar con insistencia. Miró la pantalla.

Andrew.

Llevaba dos días esquivando esa conversación y sabía que no podía retrasarla más. Suspirando con desgana, se puso de pie y cogió el aparato. Le hizo un guiño a Simón y se marchó al baño. No quería que este le escuchase hablar con su mánager.

—Dime.

—¿Dime? —gritó su mánager—. ¿Eso es todo? ¿Dos días ignorando mis llamadas y ahora un simple *Dime*?

—Buenos días, Andrew —masculló con sarcasmo.

—No me jodas, Mike —resopló—. ¿Por qué no me has cogido el teléfono? Te he llamado mil veces.

—Precisamente para que no me diceses por el culo.

—¿Por qué cojones subiste el vídeo ese a tus redes? ¿Qué has firmado con ellos? ¿Dónde está el contrato? ¿Quién lo ha negociado por ti? No me has consultado.

Mike cerró los ojos un instante.

—No he firmado nada con nadie ni ha habido negociación alguna. Los dueños de la academia son mis amigos y solo he querido echarles un cable.

Ya está.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea. Mike casi podía ver el gesto maquinador de Andrew.

—No puedes hacer cosas así sin consultarme.

—Es mi vida privada. Puedo hacer cosas así constantemente —le cortó.

—Entonces, el amigo ese del que siempre hablas es el dueño de la academia. Y estás en su casa.

—No. Ese es otro amigo.

—Ya.

—¿Quieres algo más? —preguntó con impaciencia.

—Sí, que dejes de ser tan cabezota y vuelvas a casa cuanto antes.

—Vuelvo la semana que viene. Ya tengo el billete de avión. ¿Se sabe algo del chiflado? —Cambió de tema.

—Nada todavía. El inspector Myers llamó hace dos días para decirme que tenían una pista, pero ayer volvió a llamar y me dijo que solo era un callejón sin salida, que nos mantendrían informados.

—Pues qué bien —masculló Mike.

—Al menos, en el vídeo tienes buen aspecto —dijo Andrew al cabo de unos instantes—. ¿Te están sentando bien estos días?

—Me están sentando muy bien —murmuró, desviando la mirada hacia la rendija de la puerta. Por ella podía ver a Simón, que seguía con el móvil pegado a la oreja—. Ni te imaginas lo bien que me están sentando —añadió con voz soñadora.

Se mordió el labio al ver cómo Simón se estiraba y la camiseta se le subía, dejando al descubierto sus marcados abdominales, su ombligo perfecto, esos oblicuos tan puñeteramente sexis y la cinturilla de sus bóxers... Las ganas de pasar la lengua por todo su cuerpo le sobrevinieron como una ola furiosa. Apartó la vista con rapidez y se acercó al lavabo con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

—Me alegro. —La voz de Andrew llegó lejana hasta él.

—¿Puedo colgar ya? Tengo cosas que hacer.

—Lláname todos los días, Mike.

—Lo haré.

Cortó la llamada y se miró al espejo, tratando de ignorar la imagen que se le había grabado a fuego en el cerebro. Andrew tenía razón. Tenía buen

aspecto. El cansancio que llevaba arrastrando desde hacía meses había desaparecido de su expresión. Su piel y sus ojos resplandecían.

Y el artífice de aquello tenía un nombre: Simón.

Hizo rodar los hombros, desentumeciéndolos. Luego se acarició el cuello y su mano descendió hasta su pecho, su estómago, su abdomen y su entrepierna. Estaba empalmado. Maldijo por lo bajo. Era viernes y Simón no tardaría en marcharse al trabajo. Tenía dos opciones: quedarse un rato más en el baño y esperar hasta calmarse o masturbarse. Desde luego, masturbarse siempre era una mejor opción, pensó mientras se palpaba la erección por encima de los pantalones.

La decisión le fue arrebatada de manera repentina cuando el causante de su excitación asomó la cabeza por la puerta.

—Mike, tengo que... —Simón se interrumpió al darse cuenta del lugar en el que Mike tenía posada la mano.

Sus ojos se cruzaron en el espejo. Los de Mike desprendían fuego.

—Ignórame —le dijo, dejando de tocarse y apoyando ambas manos en el lavabo. Le sonrió con aire culpable—. ¿Necesitas el baño para ducharte?

Simón se había quedado muy quieto. El reflejo de Mike en el espejo, sin camiseta y acariciándose se le había incrustado en las retinas. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Solo quería decirte que he organizado mi agenda y que hoy no tengo que ir a trabajar, que podemos pasar el día juntos. —Lo dijo en un tono mucho más provocador de lo que había pretendido.

Apenas había terminado de hablar cuando Mike se giró y se acercó a él de dos zancadas. Le empujó del pecho y le empotró contra la pared. Su aliento ardiente con aroma a café le acarició la comisura de los labios.

—Joder, Simón, has llegado en el momento preciso.

—Ya lo veo —dijo mientras notaba cómo la erección de Mike se le clavaba en el vientre. Él mismo comenzó a notar que se excitaba.

Giró la cara y, tomando la iniciativa, se apoderó de los labios de Mike que estaban a solo unos milímetros de los suyos. Sus lenguas no tardaron en enredarse frenéticamente. A veces, los besos con Mike eran así, salvajes y furiosos. Otras veces, eran tiernos y dulces. Simón todavía no había logrado averiguar cuáles le gustaban más.

Se aferró a su cuello con ansia, enterrando las manos en su melena. Incluyó la cabeza a un lado para que el beso pudiera hacerse más profundo y

adelantó las caderas para que la fricción entre ambos fuese mayor.

Mike gimió en su boca.

—Creo que deberíamos continuar en la cama —susurró, alzando la cabeza.

—Espera... —jadeó Simón—. Creo que hoy... quiero llegar hasta el final.

Llevaba días dándole vueltas al asunto y esa noche se había desvelado incluso pensando en ello. Estaba preparado, al menos todo lo preparado que se podía estar en una situación semejante.

—¿De verdad? —Mike se había quedado inmóvil y le miraba con intensidad—. Sin presiones.

—No hay presiones. Es lo que quiero.

—*You wanna top me?*³⁰

Simón le miró durante un largo rato tratando de leer en sus ojos. Creyó descubrir en ellos un pequeño brillo de inseguridad. Quizá por eso había hablado en inglés. Solía hacerlo cuando estaba nervioso.

—¿Tú... qué quieres?

—Follarte como si no hubiera un mañana —dijo Mike con voz ronca—. Pero la decisión es tuya. Me adapto.

—Creo que prefiero que tú estés encima, esta vez —dijo con cierta vacilación.

Mike cerró los ojos y apoyó la frente contra la de él. La respiración salía entrecortada de su boca.

—Entonces, vamos a hacerlo bien...

Se apartó con brusquedad, dejándole tembloroso y vacío.

—Lo más importante es que no estés tenso —continuó, alejándose.

—No lo estoy —protestó.

—Para nada —repuso con una risa breve cargada de ironía—. Entonces lo de las manos apretadas, ¿a qué se debe?

Simón bajó la vista y se dio cuenta de que era verdad. Tenía los puños cerrados a la altura de los muslos. Quizá sí estaba más tenso de lo que creía.

—Vale, tienes razón. Voy a tratar de serenarme. Pero tampoco es fácil contigo así. —Le señaló con la mano.

—¿Así? ¿Cómo?

—Sin camiseta.

Mike volvió a reírse al tiempo que se pasaba una mano por el torso y le miraba con lascivia.

—¿Te pone mi cuerpo?

Simón tragó saliva mientras veía sus dedos largos descender desde su pezón derecho hasta su vientre.

—Sabes que sí —musitó.

Su erección vibró dentro de sus pantalones y tuvo que reprimirse para no agarrársela con fuerza.

—Pues no sabes cómo me pone a mí el tuyo... —gruñó Mike, sacando la lengua y lamiéndose el labio inferior—. *Fuck!* —masculló de pronto, dándose la vuelta—. No tengo autocontrol cuando se trata de ti. Llena la bañera mientras yo voy a tomarme otro café.

Nada más decir aquello se marchó.

Simón se quedó indeciso, contemplando la bañera con la mirada perdida. ¿Se iban a dar un baño? Se imaginó a los dos allí dentro, con sus cuerpos pegados y envueltos por agua caliente y jabonosa, y su excitación aumentó varios niveles.

Abrió el grifo y reguló la temperatura del agua. No solía tomar baños, prefería las duchas, pero de vez en cuando, algún domingo por la tarde, se permitía el lujo de relajarse dentro de la bañera. Su hermana le había regalado un bote de espuma de baño que solo había usado una vez. Lo abrió y lo olisqueó. Olía a coco. Vertió un poco en el agua y, pronto, las burbujas comenzaron a crecer.

Mike escuchó el borboteo rítmico del agua desde la cocina. Mientras le daba un sorbo a su café, buscó música en su móvil. Con las cejas arqueadas, se dio cuenta de que todo lo que tenía guardado era punk, *indie rock* y *heavy metal*. Nada era apropiado para destensar el ambiente. Terminó por meterse en Spotify y buscar una lista tras otra. Todo le sonaba cursi y en exceso ñoño. Suspiró con exasperación.

¿Desde cuándo le daba tanta importancia a la música ambiente a la hora de echar un puto polvo?

Porque no era un puto polvo. Era Simón con el que iba a acostarse.

Simón.

De pronto se dio cuenta de que le temblaba la mano con la que sostenía el aparato. ¿En serio? ¿Así de agitado estaba?

Sí. Lo estaba. Era importante para él que aquello saliera bien. Quería que Simón disfrutase del encuentro y que no se arrepintiera de la decisión que había tomado. Recordaba su primera vez haciendo de pasivo y no fue agradable, al menos al principio. Por lo menos él tenía experiencia y sabía lo que se hacía.

Terminó por seleccionar una lista de clásicos del *soul* y le dio al *play*. La melódica canción *Cry to me* de Solomon Burke llenó el apartamento. Sí, eso le gustaba. Dejó la taza en el fregadero, se metió el móvil en el bolsillo del pantalón y comenzó a mover las caderas al ritmo de la música.

—Siempre estás bailando.

La voz de Simón le hizo darse la vuelta.

—Adoro bailar —repuso, acercándose a él—. Baila conmigo.

—No tengo ritmo.

Simón trató de alejarse, pero no se lo permitió. Le agarró por las caderas y se pegó a él mientras se contoneaba con sinuosidad.

—Cierra los ojos y déjate llevar.

—Pero...

—Pero nada. Vamos, abrázame y cierra los ojos. Yo te guío.

Simón, aunque reticente, le obedeció. Le echó los brazos al cuello y bajó los párpados. Sus mejillas se habían oscurecido por la vergüenza.

Mike le contempló emocionado. La mezcla de la música sensual y el cuerpo de Simón tan cerca del suyo eran demasiado. Temió que la ternura le desbordara. Le abrazó por la cintura y enterró la cara en su cuello, dejando que ambos se balancearan con languidez sin moverse del sitio.

El corazón de Simón se había detenido un segundo para luego bombear sangre más deprisa. Todas las partes de su cuerpo que estaban en contacto con la piel de Mike hormigueaban. Sintió sus labios besándole bajo la oreja y se estremeció.

Nunca jamás en su vida se había sentido así. Nunca.

Creo que me estoy enamorando de ti.

La frase que Mike le había susurrado la noche anterior acudió a su memoria. Se le estrechó la garganta y se pegó todavía más a él enredando los dedos en su cabello. Las manos de Mike se colaron dentro de su camiseta y pasaron por su espalda hasta llegar a sus hombros.

En ningún momento dejaron de bailar mientras el sol entraba a raudales por las ventanas y los bañaba con su luz y su calor. Y seguían moviéndose y

sus cuerpos se acoplaban el uno al otro con inusitada perfección.

La canción se terminó, pero no tardó en ser reemplazada por *These arms of mine* de Otis Reading, y Simón sintió que se derretía al ritmo de la música y de las caderas de Mike.

—Dime que te gusto —murmuró este junto a su oído.

—Joder si me gustas —logró articular.

Una risa enronquecida le acarició el lóbulo de la oreja.

—Vámonos al baño.

Consiguieron llegar hasta allí a trompicones, entre besos lánguidos y caricias desordenadas. Se quitaron la ropa con rapidez y la dejaron caer al suelo. Ambos estaban muy excitados, pero ninguno hizo amago de tocar al otro. Mike fue el primero en entrar en la bañera. Se sentó, soltando un gemido de placer, y le tendió la mano.

Simón se sentó frente a él. Sus piernas se enredaron debajo del agua.

—Estás muy lejos —le dijo Mike—. Ven aquí.

Le miraba de un modo que hacía imposible decir que no. Aunque tampoco hacía falta que insistiese mucho, Simón estaba deseoso de sentirle más cerca. Dando gracias mentalmente a que la bañera era lo suficientemente grande, se dio la vuelta y se colocó entre los muslos de Mike, apoyándose contra su pecho. Pudo sentir cómo su miembro rígido se le clavaba en la parte baja de la espalda y cerró los ojos deleitándose en ello.

La música llegaba sofocada desde el móvil que seguía dentro de los pantalones de Mike, en el suelo. Ahora sonaba *When a man loves a woman* de Percy Sledge.

—Has elegido una música muy sensual...

—¿Te gusta? —preguntó Mike, pasándole los brazos por encima y acariciándole los pectorales.

—Sí. Lo que no sé es si me va a relajar o me va a excitar todavía más.

Entonces hizo algo con lo que ninguno de los dos había contado, ni siquiera él mismo. Fue una acción espontánea. Cogió una de las manos de Mike y la guio hasta su entrepierna. Jadeó cuando este la rodeó con sus dedos y presionó, deslizándolos arriba y abajo.

—No me parece nada mal que te excites —susurró Mike—, pero si sigues provocándome así es probable que el baño solo dure unos minutos y que acabemos en la cama en nada...

Simón giró la cabeza para poder besarle. Mike le agarró la cara y sus bocas se encontraron. Suspirando de placer, intercambiaron un beso húmedo. Y otro. Y otro más. Fueron tantos que Simón perdió la cuenta.

—Llevo días fantaseando con esto —farfulló Mike después de un rato—. Lo cierto es que ni todas las pajas ni todas las mamadas del mundo me resultan ya suficientes.

Mientras hablaba seguía acariciándole.

—No sigas tocándome así, Mike, porque es demasiado —jadeó—. Preferiría correrme contigo dentro de mí.

—Joder, Simón... ¡cómo me pones cuando hablas así!

A regañadientes, apartó la mano y la posó sobre su pecho. Y volvió a besarle, mordisqueándole el labio.

—Creo... que ya estoy relajado —dijo Simón con la voz entrecortada, trabando sus ojos en los de él.

—Yo no lo creo —masculló—, pero no soy de piedra y ya no aguanto más.

Le empujó hacia delante para poder incorporarse. Su cuerpo chorreando, lleno de agua y espuma, se irguió sobre Simón, que apenas tuvo tiempo de admirar la dureza de su erección porque Mike tiró de su mano y le obligó a levantarse también.

Se fundieron en un abrazo resbaladizo y volvieron a sellar sus bocas con un beso ardiente y mojado.

Mike fue el primero en apartarse y salir de la bañera. Se secó por encima y luego le tendió la toalla a Simón, antes de levantar del suelo su móvil, que seguía emitiendo acordes sensuales. Apenas esperó a que este se secara, le cogió de la mano y tiró de él, arrastrándole fuera del baño, camino del dormitorio. Dejó el teléfono en la mesilla y le empujó con cierta delicadeza para que cayera sobre el colchón.

La luz del sol iluminaba todos y cada uno de los rincones del piso y Simón se sintió cohibido. A pesar de que no se avergonzaba de su cuerpo, lo que estaba a punto de suceder le ponía nervioso y deseó que fuera de noche y que pudiesen apagar las luces, pero la mirada cargada de admiración y anhelo de Mike le quitó ese pensamiento de la cabeza.

Terminaron ambos tendidos sobre la cama, uno frente al otro.

Mike comenzó a recorrerle la piel con los dedos, casi con reverencia. Empezó en la parte inferior de su muslo justo sobre la rodilla y fue

subiendo hasta su cadera, su cintura, la parte externa de su torso y su pecho, delineando todos sus músculos y provocando que se le pusiera la carne de gallina. Continuó ascendiendo por su clavícula y su cuello y terminó posando la mano sobre su mejilla.

—Eres perfecto... —le dijo, como si supiera que eso era lo que necesitaba escuchar.

—*My shining star* —murmuró él, seducido por su voz, alzando la mano y pasando la punta de los dedos por su tatuaje.

La sonrisa que recibió como respuesta hizo que las mariposas que sentía en el estómago quisieran escaparse por su boca, pero solo un jadeo salió por ella.

—Eres muy sensitivo.

Simón se mordió el labio inferior. Jamás lo había sido con anterioridad, pero su forma de acariciarle le excitaba de una manera increíble.

Mike se tumbó encima de él, aplastándole con el peso de su cuerpo y robándole el aliento. Trazó un reguero de besos desde su boca hasta su pecho y una de sus manos se deslizó hasta su glúteo, apretándolo con energía.

Simón vibró y la ansiedad que sentía se hizo mayor.

Deseó que Mike fuera más allá.

Se retorció enardecido e, inexplicablemente, terminó bocabajo mientras Mike le besaba en cada hueco de piel que encontraba.

—No creas que no me tienta hacértelo así —gruñó, restregándose contra él—. Pero hoy no. Hoy prefiero mirarte a la cara.

Simón no respondió nada. Podía sentir la dureza de Mike presionando contra sus nalgas y eso le inflamaba por dentro. No obstante, se dejó girar con docilidad y se tumbó bocarriba.

Mike alzó la cabeza y le interrogó con un gesto como si quisiera asegurarse.

Simón asintió. Estaba más que preparado.

Mike estiró el brazo y abrió el cajón de la mesilla. Sacó algo de allí y lo dejó encima de la cama. Simón echó un vistazo y vio que era una caja de condones y un bote de lubricante. Sabía que estaban a punto de llegar a ese final que llevaba días imaginando en su cabeza y cogió aire, muy agitado, cerrando los ojos. Escuchó un sonido. Era la tapa del bote abriéndose.

Lo siguiente que sintió fue la viscosidad del lubricante y unos dedos calientes acariciándole entre las piernas y, poco después, abriéndose paso hacia su interior. No pudo evitarlo y se tensó, pero Mike le besó con extrema suavidad, perfilándole el contorno de los labios con la lengua.

—Me pones a cien, Simón. Me gusta ver cómo te retuerces de placer entre mis brazos y escuchar cómo jadeas cuando te toco.

Simón gimió arqueando la espalda. Sabía que Mike solo pretendía distraerle y lo estaba consiguiendo. Sentía todo su cuerpo en llamas mientras los dedos de Mike le preparaban entrando y saliendo de él, al tiempo que su boca bajaba por su barbilla, su cuello y se detenía sobre sus pezones, lamiéndolos con ansia.

Casi se había acostumbrado a la peculiar sensación cuando Mike se apartó y se irguió sobre él. Tenía los ojos empañados por el deseo y la boca entreabierta, la expresión de su rostro era de pura voluptuosidad. Simón no había visto nada tan hermoso y erótico en su vida y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo comenzaron a arder. Alargó los brazos y le acarició el pecho con frenesí. No pronunció ni una sola palabra, pero su mirada decía suficiente.

Fóllame.

Mike gruñó casi sin aliento. Veloz, abrió la caja de los condones, sacó uno y rasgó el envoltorio con los dientes. Se lo puso y se untó con abundante lubricante. Luego cogió una de las piernas de Simón y la levantó, colocándose justo delante de su entrada.

Simón contuvo la respiración.

Le dolió. No iba a negarlo. Mientras Mike se iba deslizándose dentro de él con cuidado y una expresión concentrada en el semblante, le miró con intensidad tratando de relajarse. Difícil. La quemazón era muy desagradable y cerró los ojos al tiempo que apretaba la mandíbula. Mike debió de darse cuenta de su incomodidad porque se detuvo.

—Puedo parar en cualquier momento —resopló, pero no parecía demasiado convencido.

Simón ya había llegado hasta allí. No había marcha atrás.

—¿Te he... dicho que pares? —balbuceó.

Mike continuó adentrándose en él hasta llenarle del todo. Simón no pudo evitarlo y gimió al tiempo que aferraba las sábanas con los dedos crispados. La sensación era extraña. Mucho. Sentía como si fuese a estallar.

Comenzó a respirar superficialmente y elevó los párpados con lentitud. Los ojos de Mike se incrustaron en los suyos con ansiedad. Todo su rostro mostraba una expresión mezcla de excitación y preocupación. Tenía las pupilas muy dilatadas y la frente empapada en sudor.

—¿Estás bien?

Se limitó a asentir. No creía que le saliera la voz.

Mike se inclinó y le besó con voracidad una y otra vez, de nuevo distrayéndole de todo lo que no fuera su lengua rozando la suya mientras comenzaba a moverse despacio, forzándole a acostumbrarse a su fricción, hasta que logró relajarse un poco y soltó la sábana.

Mike se quedó mirándole con embeleso. Simón tenía los párpados entrecerrados y sus larguísimas pestañas proyectaban sombras debajo de sus ojos. Sus mejillas sonrosadas y sus labios húmedos pedían ser besados mientras breves gemidos brotaban de ellos.

—Eres increíble —murmuró, acercándose y besándole con infinita parsimonia.

Simón desprendía un ardor tal que amenazaba con sofocarle. Tenía que contenerse para no empujar más rápido y con más potencia, y eso le estaba costando la vida, pero no quería precipitarse y que aquella experiencia no fuera tan buena para Simón como estaba resultando para él.

Muy poco a poco comenzó a dejarse llevar por toda aquella pasión contenida y aceleró sus movimientos, pendiente de sus reacciones. Simón no protestó. Por el contrario, sus rápidos jadeos parecieron alentarle a que siguiera haciéndolo. Era evidente que estaba muy excitado.

Mike le rodeó la polla con la mano, admirando su increíble dureza y tamaño, y empezó a acariciársela al ritmo de sus embestidas, provocando que Simón terminase bajando los párpados y gritando de placer.

Ese sonido reverberó dentro de él haciéndole vibrar.

—Quiero... que te corras mirándome a los ojos —le ordenó con fiereza al sentir cómo se ponía rígido debajo de él.

Simón farfulló algo ininteligible y abrió los ojos bruscamente mientras el clímax le golpeaba. Terminó por derramarse en su mano con fuerza, soltando un estertor ahogado.

Al borde de su propio abismo de placer, Mike bombeó unas cuantas veces más con sus caderas, hundiéndose hasta la raíz en su pulsante interior

antes de convulsionar y alcanzar también un orgasmo intenso y arrebatador. La sensación de plenitud que se expandía por todo su cuerpo era grandiosa.

Se desplomó, jadeante, y aspiró el aroma del cuello de Simón con deleite. Olía a coco y a sudor limpio. Frotó la nariz contra su piel antes de retirarse y salir de dentro de él. Luego le miró.

—¿Cómo estás? —le preguntó ansioso apartándole un mechón de pelo que se adhería a su frente.

—Ha dolido y... no ha sido para nada cómo esperaba... —confesó, clavando su mirada color chocolate en la de él—, pero no me importaría repetir más adelante —añadió con una sonrisa cansada—. Ha sido... increíble.

Mike notó cómo el corazón se le expandía en el pecho y una sensación extraña le atenazó la garganta. Estaba conmovido. Carraspeó. Era la primera vez en su vida que sentía algo similar después del sexo. Era raro y desconocido, pero muy satisfactorio.

—Ahora mismo vuelvo.

Ignorando el pequeño gemido de protesta de Simón, se bajó de la cama y fue al baño. Se deshizo del condón y humedeció una toalla. Luego regresó, limpió a Simón con cuidado, que se dejó hacer sin emitir ni un solo sonido, y se tiró sobre la cama.

—¿Te puedes creer que me siento como si me hubieran pegado una paliza? —resopló Simón rodando hacia un lado—. Estoy destrozado.

—Ese es el mejor cumplido que me ha hecho nadie en mucho tiempo —dijo con arrogancia.

Simón se rio bajito y extendió una mano para acariciarle la cara con una expresión de absoluta satisfacción en el semblante.

Mike se acercó hasta que solo unos milímetros separaron sus bocas.

—Despiertas todos mis sentidos y haces que me hablen, ¿sabes, Simón? —murmuró con emoción contenida.

Era la pura realidad.

—Eso es porque soy especial —repuso sonriendo.

—No te imaginas lo especial que eres...

Se miraron durante unos segundos hasta que Simón rompió el silencio al fin.

—¿Qué música es esa?

Mike cogió el móvil y miró la pantalla.

—Es Aretha Franklin, *I never loved a man the way I love you*³¹.

Simón hundió la cara en la almohada y gimió.

—Joder qué canción más oportuna... —dijo con la voz ahogada.

Ahora fue el turno de Mike de reírse.

—Anda, ven aquí y déjame abrazarte. Duérmete un rato si estás cansado.

—Pero si ni siquiera es mediodía —protestó con tibieza, pero mientras lo hacía ya se acurrucaba en sus brazos y apoyaba la cabeza en su hombro al tiempo que dejaba escapar un suspiro contra su cuello.

—Y qué más da... —murmuró, dándole un beso en la frente.

Cerró los ojos y dejó que el calor del cuerpo de Simón le envolviera mientras el corazón le latía potente en el pecho.

¿Cómo era posible sentirse tan jodidamente bien?

Cena para siete

Dinner for seven

¿Y si ponía una canción sexi en el móvil? Quizá Joe Cocker y su *You can leave your hat on*. No. Eso era muy evidente. Tenía que ser más sutil, más elegante.

Se mordió el labio inferior mientras pensaba.

—Estás pensando algo indecente. Se te nota en la cara —le dijo Mike en ese instante desde la cocina.

Simón arrugó la frente. Le había pillado.

—¿Te miento o te digo la verdad?

—Siempre sinceridad ante todo —repuso Mike.

—Pues estaba pensando en poner algo de música sensual para ponernos a tono y llevarte a la cama, la verdad.

Mike soltó una risa y se acercó a él, que estaba sentado en el sofá con las piernas cruzadas.

—Pero si ni siquiera son las siete de la tarde... —le dijo agachando la cabeza y acariciándole con su pelo.

—Para echar un polvo no hay horario —masculló Simón apresándole por el cuello y obligándole a bajar la cara hasta que sus labios se unieron.

Se besaron.

Era quizá el beso número seiscientos noventa y cuatro en las últimas cuarenta y ocho horas, desde que despertaron juntos el viernes por la tarde.

Simón se apartó de él y le miró con fuego en los ojos. Quería volver a acostarse con Mike. Volver a sentir lo mismo que había sentido el viernes. No habían vuelto a llegar hasta el final porque Mike consideró que era mejor esperar hasta que estuviera recuperado. Quizá tenía razón, todavía estaba algo dolorido, pero el ardor que se expandía por su vientre cada vez que miraba a Mike le decía que ya no podía aguardar más.

—Eh, Mike —susurró—. Y si esta vez soy yo el activo...

Mike arqueó una ceja y apoyó una rodilla en el sofá. Luego la otra, hasta que terminó sentado a horcajadas sobre él.

—¿Quieres follarme? —le preguntó con voz ronca mirándole con fijeza.

Simón apoyó las manos en sus caderas. Comenzaba a notar cómo su masculinidad se erguía.

—Sí.

—Dilo.

—Sí. Quiero follarte.

Los ojos de Mike se oscurecieron. Gimió.

—Mira cómo me pones.

Le cogió una mano y se la acercó a su entrepierna. Estaba completamente empalmado.

—¿Esto es un sí? —jadeó Simón.

—Joder que si es un sí... Ya me estoy imaginando lo increíble que tiene que ser tenerte dentro... —dijo mientras comenzaba a oscilar las caderas de manera provocativa.

Simón le observaba fascinado. La sangre había comenzado a hervirle en las venas. Su ya frágil autocontrol saltó por los aires y le empujó con violencia para apartarle, luego se puso de pie y le agarró por la muñeca, tirando de él hasta el dormitorio.

Por el camino, iba quitándose la camiseta y bajándose los pantalones con una sola mano.

La risa de Mike le siguió.

—Eres insaciable.

—Pero solo contigo —masculló, empujándole para que cayera sobre el colchón.

—Mi suerte —farfulló Mike contorsionándose sobre la cama para quitarse también la ropa.

Simón consiguió deshacerse de los pantalones y, solo con los bóxers, se quedó de pie contemplando el pálido cuerpo desnudo de Mike sobre las sábanas. Era una imagen que le nublaba los sentidos. Comenzó a respirar más rápido y se lamió el labio inferior, impaciente.

En ese momento, unos fuertes golpes en la puerta del piso le hicieron dar un respingo. Unas voces que reconoció perfectamente llamaron su nombre.

¡Mierda!

A toda velocidad, recogió del suelo la ropa que se acababa de quitar y comenzó a vestirse. Mike le imitó. Tenía la sorpresa esculpida en la cara.

—Son mis amigos —susurró.

Aquello no podía estar pasando. ¡Joder! Aunque tenía que haberlo sabido. Qué iluso por su parte pensar que se iban a conformar con el escueto mensaje que les había enviado esa mañana en el que les decía que no se encontraba bien y que no podía acompañarlos.

Un domingo al mes, quedaban para hacer una ruta en bicicleta. Solían pasar todo el día fuera y comían por ahí. Hasta ese domingo, Simón nunca había faltado a una cita.

Con ojos frenéticos recorrió todo el piso, buscando alguna señal que delatara que Mike y él eran más que amigos. ¡El lubricante! Ahí estaba el bote sobre la mesilla. Se tiró a por él y lo guardó en el cajón.

Mike le contemplaba con los brazos cruzados en un mutismo absoluto. Se había vuelto a vestir con su pantalón de deporte y su camiseta blancos de cuello de pico. Parecía un jodido dios hermoso y brillante. Demasiado llamativo. Simón gimió en voz baja.

—Es lo que hay —murmuró hablando consigo mismo.

—¡Simón, ábrenos! ¡Podemos oírte! —Era la inconfundible voz de Mario.

Soltó un taco antes de encaminarse a la puerta, pero Mike le detuvo cogiéndole por la muñeca.

—¿Qué es lo que quieres ocultar, que estás liado con alguien o que estás liado con un tío? —le preguntó en voz muy baja.

Simón giró la cara y se encontró con una mirada llena de curiosidad y algo más que no supo identificar.

No respondió, pero la misma pregunta comenzó a resonar dentro de él. ¿Qué trataba de ocultar? No lo tenía muy claro. Se mordió el labio, confundido, antes de soltarse. De pronto, se sentía avergonzado.

Mike abandonó el salón y salió a la terraza. Tenía sentimientos encontrados. Su parte más visceral se había sentido molesta e irritada al ver cómo Simón pretendía esconder que estaban juntos, como si se avergonzara de lo sucedido. Por otro lado, su parte más racional entendía por qué lo hacía. Todo lo que había sucedido entre ellos era muy nuevo y reciente para Simón. Tampoco sabía muy bien qué tipo de personas serían sus amigos.

Quizá eran unos gilipollas homófobos. Aunque, conociendo a Simón y a su hermana, no lo creía.

Además, ¿qué derecho tenía él, que acababa de llegar a su vida, a decirle cómo debía actuar?

—Sabíamos que estabas mintiendo. Así que suéltalo todo y dinos por qué has cancelado. —Una voz masculina muy demandante llegó hasta él.

—Tengo un invitado en casa —repuso Simón.

—¡Pues haberlo dicho!

—Es complicado...

—Complicado, mis cojones. —Se escuchó otra voz algo más suave.

Mike se dio la vuelta justo en el momento en que Simón y los tres recién llegados aparecían en su campo de visión.

Las reacciones fueron diversas si bien hubo un denominador común: todos se quedaron parados y boquiabiertos al verle.

—Hola —los saludó. Se pintó una sonrisa enorme en la boca que acompañó con un gesto de la mano—. ¿Qué tal?

Los tres tipos iban vestidos con la típica ropa de ciclista, mallas negras cortas y camisetas ajustadas de diferentes colores. Por lo demás, eran muy distintos entre sí. Uno era rubio y rellenito, otro tenía muy poco pelo y los ojos claros y el tercero era pelirrojo y llevaba una coleta.

—Tú eres el del concierto —dijo el del pelo escaso, cabeceando.

—Mike Allen —repuso el gordito.

—El cantante de los CFB —añadió el pelirrojo.

—Joder, Simón, parece que todos tus amigos me conocen mejor que tú —exclamó Mike.

Simón se adelantó y, carraspeando, se situó a su lado.

—Estos son Mario, Pedro y Luis —los presentó—. Pedro es el marido de Paola.

—¿Mi mujer sabe que está aquí? —preguntó el tal Pedro con una mueca llena de asombro—. ¡Será capulla! No me ha dicho nada.

—¿Qué hace aquí? —inquirió el otro, el pelirrojo, que se llamaba Luis, al parecer.

Simón alzó las manos deteniéndolos.

—Mike... está de incógnito. Nadie sabe que está aquí. Así que no comentéis nada.

—Pero ¿por qué está en tu casa? —preguntó el gordito.

El tal Mario, el del cabello escaso, debió de darse cuenta de repente de que se comportaban como unos imbéciles y le lanzó una sonrisa de disculpa.

—Perdónanos, es el *shock*. No esperábamos encontrar a un cantante de fama mundial en casa de Simón. Tampoco sabíamos que fueseis amigos.

Mike agitó el brazo restándole importancia.

—Es natural.

—Es una larga historia —dijo Simón. Parecía nervioso.

—No te preocupes que tenemos tiempo, ¿verdad?

Mario se dirigió al sofá y se sentó cómodamente, cruzándose de piernas.

—Pues sí —corroboró el tal Luis, sentándose a su lado.

El marido de Paola se había apartado hacia la zona de la cocina.

—Paola, cabrona. Mike Allen está en el piso de tu hermano y tú lo sabías —dijo con tono de reproche hablándole a su móvil. Al cabo de un rato, asintió—. Vale, aquí estamos. Os esperamos.

Simón gimió y se giró hacia Mike, por fin. Era la primera vez que le miraba desde que sus amigos habían llegado.

—Parece que esto va para largo, Mike —susurró—. Lo siento. Ellos son así.

Ambos se hallaban todavía en la terraza y tenían cierta privacidad, aunque Mike era muy consciente de que tres pares de ojos los observaban con mal disimulado interés desde el interior del piso.

—No te preocupes. Parecen unos tíos majos. —Se encogió de hombros.

—Son muy majos, pero muy curiosos. Y se van a quedar a cenar, me temo.

—Si te sientes mal, me largo a dar una vuelta.

—¡Para nada! —protestó Simón con la mirada encendida.

No le gustó su tono. Lo último que quería era que se sintiera incómodo y se marchase. Se le nubló la vista. De pronto, sintió la necesidad de que sus amigos le aceptaran. No por ser Mike Allen sino por ser el otro Mike, el tipo que llevaba casi un mes en su piso y que él había aprendido a apreciar tanto. Al mismo tiempo, anheló que a Mike le cayesen bien ellos tres.

—Paola viene para acá con Rocío. Estaban en su tarde de chicas —dijo Pedro acercándose a ellos—. Eh... ¿Te... os parece bien?

—Cuanto más, mejor —dijo Mike. Y parecía sonar sincero.

Simón le lanzó una rápida sonrisa.

—¿Cuál de los dos nos va a contar la historia tan larga esa de por qué una estrella del *rock* está en tu piso? —exclamó Luis.

—Yo...

Todavía no había acabado de decirlo, cuando Mike se adelantó unos pasos y le robó la palabra.

—Déjame a mí —dijo.

Solo diez minutos después, Mike había hecho su magia y tenía a tres tíos heterosexuales en la treintena mirándole con absoluta devoción, como si fuera la cosa más excepcional del mundo, pendientes de todas y cada una de sus palabras, mientras relataba con ese casi imperceptible acento británico suyo cómo había llegado a instalarse en el piso.

Simón, mudo espectador de la escena, se contentó con admirar una vez más su impresionante carisma. ¿Cómo había podido dudar ni un solo instante de que no fuera a caerles bien? Era el jodido Mike Allen, a fin de cuentas.

Las ganas de gritar que se lo estaba tirando le inundaron.

No pensaba que sus amigos fueran a juzgarle ni a mirarle de otro modo si se enteraban de que se estaba acostando con Mike. Y este ya había dado a entender que no le importaba demasiado lo que la gente pensara de él. Lo demostró con Paola y cuando subió aquella foto a Instagram...

No obstante, cierto pudor le hizo mantener la boca cerrada.

—Simón, trae bebida o algo —gritó Mario sin siquiera mirarle.

Poniendo los ojos en blanco, fue al frigorífico y sacó unas cuantas latas de cerveza. Se acercó con ellas en la mano y las puso sobre la mesa. Sus tres amigos se habían sentado en el sofá, mientras que Mike lo había hecho en el sillón independiente por lo que la mesita quedaba fuera de su alcance, así que le tendió una lata. Sus dedos se rozaron en el proceso y sus miradas también.

Simón tuvo que reprimir un breve suspiro recordando lo que habían estado haciendo justo antes de que los otros llegaran.

—Entonces, ¿conoces a Elton John? —preguntó Pedro con avidez.

Mike asintió.

—¿Qué tal es?

—Pues tiene mucho temperamento, pero es bastante majo.

—¿Y a Mick Jagger?

—Es superagradable. Siempre se para a hablar con nosotros, aunque apenas nos conocemos.

—¿Y Adele? Me encanta esa mujer —murmuró Mario.

—Coincidimos en los Grammy este año. Es muy simpática. Se lleva muy bien con mi compañero Vince.

—Y a Paul Mc...

Simón alzó las manos solicitando tiempo muerto.

—Le estáis agobiando.

Recibió varias miradas envenenadas y una risa de Mike.

—Cuando te vea mi mujer se va a desmayar —dijo Luis—. Es muy fan de tu grupo.

—También estuvo en el concierto —comentó Simón.

—Ah, entonces tú eres el de la inmobiliaria —dijo Mike.

—Sí. Tengo una agencia —dijo Luis con evidente orgullo—. Si alguna vez quieres invertir en algún inmueble en España, puedes contactarme. Ahora no llevo ninguna tarjeta mía encima...

—¡Joder, Luis! —protestó Pedro resoplando—. ¿Ya estás promocionando el negocio? Ni caso, Mike. Eso sí, si alguna vez necesitas un auditor, puedes contactarme a mí.

—Yo no creo que pueda ofrecerte mis servicios —murmuró Mario.

—Es ginecólogo —dijo Simón al ver que Mike le miraba sorprendido.

La risa fue generalizada.

En ese momento, unos golpes en la puerta interrumpieron la reunión.

—¿Ya están aquí estas? —dijo Pedro con incredulidad—. Pues sí que se han dado prisa.

Simón fue a abrir. Lo primero que vio fue la cara de su hermana. Sonreía de oreja a oreja. Detrás de ella estaba Rocío que ni siquiera le miraba. Estaba estirando el cuello para ver si veía el interior del piso.

—Te han pillado —cuchicheó Paola cuando pasó por su lado—. Y a ver si arreglas el timbre.

El grito de Rocío casi le perforó un tímpano. Su mirada se posó sobre la puerta de enfrente, la de su vecina Paz. Menos mal que los domingos por la tarde nunca estaba en casa. Era el día en que iba a visitar a su hija y no regresaba hasta después de cenar.

Volvió con los demás y tuvo que morderse el labio para no soltar una risa al ver a Rocío que, ignorando a su marido, se había situado al lado de

Mike y le miraba embobada. Este, con una paciencia increíble, sonrió con afabilidad y se inclinó para darle dos besos.

Pedro estaba regañando a Paola por no haberle contado nada. Ella le miraba con hastío. Cuando se cansó de escuchar su reprimenda, le dio un golpecito en el estómago.

—No has adelgazado nada. Creo que te estás saltando la dieta.

—Es que soy de huesos grandes —repuso muy digno.

—¿Pedimos unas pizzas? —propuso Mario de pronto.

Pedro le lanzó una mirada llena de odio.

—Pizza suena fabuloso —dijo Luis—. ¿Tú qué opinas, Mike?

—Por mí, perfecto.

—Tú sí que eres perfecto —murmuró Rocío en un tono que todos pudieron oír mientras fingía abanicarse con las manos.

—Joder, Rocío, que estoy aquí —refunfuñó su marido.

—No te preocupes, cari, si en realidad a mí el que me gusta es Vince.

Mike soltó una carcajada. Su mirada se cruzó con la de Simón.

—Son así —dijo este en voz baja, lanzándole una sonrisa de disculpa.

Mike le hizo un rápido guiño que pasó desapercibido para todos, antes de volver a mirar a Rocío, que había comenzado con una batería de preguntas sobre los CFB.

Pedro sacó su móvil y encargó unas pizzas mientras todos los demás hablaban al mismo tiempo. Solo eran siete en el apartamento, pero la algarabía parecía pertenecer a un grupo de veinte personas.

«Ahora recuerdo por qué nunca los invito a casa», se dijo Simón con sarcasmo.

No obstante y, a pesar de que prefería la calma, adoraba a sus ruidosos amigos. Se entretuvo en contemplarlos mientras hablaban unos con otros. Sus ojos, de vez en cuando, volaban hacia Mike, que había vuelto a sentarse en el sillón y bebía su cerveza con tranquilidad mientras escuchaba algo que le estaba contando Paola. Parecía encontrarse a gusto. No había duda de que se llevaba bien con su hermana.

Solo veinte minutos después llegaron las pizzas. Simón las pagó y las llevó a la terraza; luego fue a la nevera a buscar más cerveza. Mike se unió a él mientras los demás preparaban las cajas de cartón.

—Me gustan tus amigos —le dijo al oído, deteniéndose a su lado frente a la encimera.

—Son gente maja —asintió Simón—. Y han caído rendidos a tus pies. Creo que, al menos dos de ellos, se acaban de dar cuenta de las ventajas que tiene ser gay o bisexual.

Mike se rio antes de alejarse con un pack de seis cervezas en la mano.

—¡Simón! —gritó su hermana—. Trae servilletas.

Cogió un paquete y más cervezas y se fue hacia la terraza. Se sentó entre Mike y Luis y agarró un trozo de pizza de jamón. Apenas se la había llevado a la boca cuando notó la rodilla de Mike presionando la suya. Se sonrojó, pero no se apartó y siguió masticando su pizza. Su mirada se cruzó con la de Paola, que estaba justo enfrente. Esta le lanzó una sonrisa cómplice.

—Joder, y yo sin enterarme de nada —dijo Rocío con un mohín mientras miraba su móvil—. No me he metido en Instagram en unos días y por eso no había visto las fotos. ¡Qué fuerte! Ay, qué mono Rico, con Mike. ¡Y aquí dice que eres su novio! —exclamó alzando la cara con brusquedad.

—Mike es un gamberro —murmuró Simón, encogiéndose de hombros como si aquello no fuera gran cosa.

—¿No os habéis enterado de lo del vídeo promocionando nuestra academia? —Paola cambió de tema con rapidez.

—¿Qué vídeo? —preguntó Luis después de darle un trago a su cerveza.

Paola procedió a contarles lo que habían hecho. Y luego vieron el vídeo en Instagram.

—¿Por qué me has ocultado todo esto? —refunfuñó Pedro. Semejaba estar dolido.

—Porque Mike está de incógnito y no quería divulgarlo.

—¿De incógnito? ¡Pero si has publicado fotos con él en las redes! Además, ¡soy tu marido!

—Es mi culpa —intervino Mike, dejando su trozo de pizza sobre el cartón que tenía frente a él—. Yo le dije que fuera discreta.

—Tú no tienes la culpa de nada —rechazó Pedro—. Es ella que lleva una doble vida y seguro que mientras está conmigo sueña con el tipo ese de tu grupo, el del piercing en la ceja.

—Pues es verdad —reconoció Paola sin pudor alguno lanzándole un beso a su marido—. Es que Joe es mucho Joe.

—Esta noche te voy a dar Joe a ti —masculló Pedro mirándola con falsa inquina.

—Son una pareja peculiar —le explicó Simón a Mike en voz baja.

Este tenía una expresión divertida en el semblante. Asintió mientras su rodilla se apretaba todavía más contra la de él.

—Es genial lo que has hecho por la academia —intervino Luis dirigiéndose a Mike.

—Tampoco es para tanto —dijo, restándole importancia al asunto con un ademán.

—Vamos a hacernos fotos juntos, ¿no?

Rocío elevó el móvil en el aire y empezó a sacar selfis grupales, uno tras otro.

Uno de los teléfonos que estaban encima de la mesa entre las cajas de pizza comenzó a vibrar. Era el de Mario, que alargó el brazo y lo cogió.

—Es Rebeca —dijo mirando a Simón con picardía.

Luego se levantó y se alejó para contestar la llamada.

Simón suspiró internamente. Rebeca era enfermera en el hospital donde trabajaba Mario y llevaba un par de meses insistiendo en que este le consiguiera una cita con él. Hacía unas semanas, debido a la insistencia de su amigo, Simón había aceptado. Miró a Mike de reojo, repentinamente incómodo.

—¿Quién es Rebeca? —preguntó este.

—La chica con la que queremos liar a Simón —respondió Pedro con la boca llena—. Ya está bien de celibato.

—Ah... —murmuró.

A pesar de que la sonrisa no abandonó su cara, Simón notó que se retiraba y que su rodilla dejaba de rozarle.

Paola le miró con simpatía desde el otro lado de la mesa mientras arrugaba la nariz.

—Rebeca es una preciosidad y está colada por ti —intervino Luis—. Llevas demasiado tiempo soltero.

—La tienes a punto de caramelo —añadió Pedro echando más leña al fuego sin ser consciente de ello—. Solo hay que ver las miraditas que te echa cada vez que coincidís. En cuanto chasquee los dedos es suya —continuó, dirigiéndose a Mike.

—Ya veo —dijo este.

Simón todavía no había podido asimilar la situación cuando apareció Mario tapando el micrófono del móvil con una mano.

—Libra el miércoles. ¿Qué le digo? ¿Que la llamas o que os veis a las nueve en el restaurante que te comenté? —le preguntó.

Simón vaciló. La tensión que emanaba del cuerpo de Mike a su lado era más que evidente. Él mismo comenzaba a tensarse.

—Dile que yo la llamo —repuso con rapidez.

Mario le lanzó una mirada inquisitiva antes de alejarse de nuevo.

Paola trató de cambiar de tema preguntándole a Rocío por su niño. Esta empezó a hablar de él con entusiasmo, como solo una madre puede hablar de un hijo.

Mike mostraba la misma expresión alegre y desenfadada de antes mientras se llevaba la lata de cerveza a los labios, pero sus ojos habían perdido el brillo. Simón le estudió por el rabillo del ojo, tratando de encontrar una respuesta a su cambio de actitud. ¿Sería posible que Mike estuviese celoso? Aunque sabía que era una tontería sentirse así, aquel pensamiento provocó que su corazón se acelerara tontamente.

Mike Allen celoso... de él...

Aquello no tenía ni pies ni cabeza y, sin embargo, le produjo satisfacción.

—¿Por qué no has aceptado? —le dijo Mario cuando regresó, al tiempo que se sentaba en la silla que había dejado vacante solo hacía unos minutos —. Rebeca está muy ilusionada con esa cita.

—¿Te ha llamado solo para hablar de eso? —se entrometió Paola.

—No, ha sido por un tema del hospital. Pero cuando le he dicho con quién estaba...

—La verdad es que no creo que quede con ella —le interrumpió Simón.

—¿Y eso? —inquirió Mario sorprendido.

—Bueno, pues...

—No me jodas, Simón. Llevas más de dos años sin salir con nadie y esta chica es genial, de verdad.

—Es una tía superguapa y es simpatiquísima —añadió Pedro mirándole con estupor.

—Hasta a mí me gusta —dijo Rocío—. Si yo fuera un tío me liaría con ella.

—Es que me gusta otra persona —reconoció con un suspiro, zanjando el tema.

Mike bajó los párpados y contempló el borde de una de las cajas de pizza con muchísimo interés, tratando de ocultar la sonrisa llena de complacencia que aquella confesión había causado en él. Y acto seguido sintió la mano de Simón posándose sobre la suya, por debajo de la mesa. Se mantuvo impertérrito, pero el estómago le dio un vuelco.

—¿Cómo? —exclamó Mario echándose hacia atrás y abriendo los ojos como platos.

—¿Quién es? —chilló Rocío.

—¿Desde cuándo? —preguntó Pedro.

—¿Y eso? —dijo Luis con algo más de moderación.

Solo Paola permaneció en silencio.

Mike, ignorando todos aquellos exabruptos, giró la mano de modo que sus palmas se enfrentaron y enlazó sus dedos con los de Simón. Una agradable sensación de bienestar le recorrió de arriba abajo y el tonto e infantil ataque de celos se diluyó a toda velocidad hasta desaparecer del todo.

—Bueno —comenzó Simón—, es alguien que... —se detuvo.

Mike, notando su nerviosismo, le apretó la mano. Si Simón quería contárselo a sus amigos, no tenía ningún problema con ello. Hacía tiempo que él tenía las cosas bastante claras.

—¿Quién es? —volvió a preguntar Rocío. Se giró hacia Paola y le dio un codazo—. ¡Tú lo sabes!

Esta miró hacia otro lado. Por un instante su mirada se cruzó con la de Mike y este pudo ver que sus ojos refulgían traviesos.

—Dilo ya, hombre —insistió Mario—. ¿Es alguien a quién nosotros conozcamos?

Simón carraspeó, al tiempo que le aferraba los dedos con vigor. De pronto, parecía bastante inseguro.

—¿Puedo hablar? —le preguntó Mike en voz baja.

Todas las cabezas se giraron en su dirección y le miraron con curiosidad. Simón clavó los ojos en los de él y asintió.

—Soy yo —dijo con una sonrisa deslumbrante.

—¿Tú, qué? —preguntó Pedro con una expresión de completa ignorancia.

—La persona con la que está Simón.

Y mientras pronunciaba aquella sencilla frase, por si acaso no quedaba claro, levantó las manos que mantenían unidas debajo de la mesa y las apoyó sobre la superficie.

Paola soltó una risita histérica.

Los demás se quedaron en silencio, paralizados.

Mike paseó la mirada por todos ellos. No encontró rechazo en ninguno, solo desconcierto.

—Es mutuo —añadió—. Yo le gusto y él me gusta. Y me atrevo a decir que él me gusta mucho más de lo que le gusto yo a él.

Contempló a Simón que, a pesar de mostrarse azorado, había comenzado a reírse bajito.

—¡Qué teatral eres! —le dijo.

—Sí —reconoció. Y le guiñó un ojo.

—Pues muy bien —dijo Mario una vez recuperado del impacto—. Anulo lo de Rebeca, entonces.

—Pues genial —dijo Pedro asintiendo varias veces.

—¿Vince es gay? —preguntó Rocío.

A Mike le entró la risa. Negó con energía.

—¿Alguien quiere otra cerveza? —preguntó Paola incorporándose. Tenía una sonrisa tonta en la cara.

Todos levantaron la mano.

—Voy al baño —dijo Mike—. Simón, ven conmigo para que puedan hablar entre ellos del tema a nuestras espaldas.

Simón, emitiendo una carcajada, se puso de pie.

Todavía no habían alcanzado el baño cuando los murmullos comenzaron.

—Creo que están en *shock* —dijo Simón cerrando la puerta. Sus ojos sonreían.

—¿Me he precipitado? —le preguntó Mike posando las manos sobre sus hombros y mirándole con ansiedad.

—No. Yo quería que lo supieran. No me siento incómodo, si es que eso te preocupa. Están sorprendidos, claro, pero sé cómo son.

—Tus amigos son fantásticos.

—Sí, lo son.

—Te parecerá infantil, pero he sentido celos cuando han hablado de la tal Rebeca —confesó, agitando la cabeza.

—Lo he notado.

—¿Tan evidente ha sido?

—Para mí sí.

Mike hizo una mueca y luego se rio.

—No me apetecía una mierda que quedaras con una tía, la verdad. Bueno, ni con un tío. No me apetece que quedes con nadie que no sea yo.

—Bueno, a mí tampoco me apetece quedar con nadie que no seas tú —dijo Simón con un tono de lo más provocador.

—Genial —masculló Mike— No sabes cómo me alegra oírte decir eso.

Dio un paso al frente y le empotró contra la puerta, pegándose a él y apoderándose de su boca.

Se besaron con ganas durante siglos.

Mike gimió restregándose contra el duro cuerpo de Simón mientras sus lenguas jugueteaban la una con la otra. No sabía por qué, pero la confesión hecha en público le había excitado. Notaba una sensación efervescente en el pecho. Sensación que se iba deslizando por su abdomen y algo más abajo también.

Cuando se separaron, jadeantes, evitó mirarle de frente y se alejó hacia el lavabo.

—No puedo salir así. —Se señaló la entrepierna que presentaba un aumento de tamaño importante.

—Vale, creo que yo tampoco —repuso Simón.

Mike le lanzó una rápida mirada por encima del hombro. Se estaba ahuecando el pantalón mientras le sonreía de medio lado con aire travieso.

¡Joder, qué guapo estaba!

Cerró los ojos y trató de pensar en algo desagradable. Como los guisantes, por ejemplo. No soportaba los guisantes. O los dátiles. Tampoco le gustaban.

—Cuando estés presentable, salimos. —Escuchó la voz de Simón a su espalda.

—Estoy —resopló al cabo de unos segundos.

Se dio la vuelta.

—¿Crees que sabrán lo que estábamos haciendo? —preguntó Simón frotándose la frente avergonzado.

—Si te hubieras afeitado hoy, no, pero dado que te ha crecido algo la barba y que mi piel es muy sensible, sí. Mira —replicó, alzando la barbilla.

—Está un poco roja —admitió Simón.

—¿Lo ves?

Se miraron una vez antes de abrir la puerta y abandonar el baño.

Y se encontraron con los cinco esperando de pie en medio del salón.

—Que hemos pensado que mejor nos vamos y ya nos vemos en otra ocasión —dijo Pedro.

—Sí, además tenemos que recoger a Aarón de casa de mis padres —añadió Luis, pasándole un brazo por encima a Rocío.

—Y yo mañana tengo guardia y tengo que madrugar un montón —intervino Mario.

Mike miró a Simón sorprendido. Este le devolvió la mirada junto a un encogimiento de hombros.

—Yo traduzco —se ofreció Paola—. Que os dejamos solos porque sabemos que os hemos jodido la tarde del domingo que habíais pensado pasar a solas.

—Pero... —comenzó Simón.

—Sin peros —le cortó Paola. Luego se acercó y le dio un beso a su hermano al tiempo que le dirigía una sonrisa a Mike—. Hemos recogido la mesa mientras os morreabais ahí dentro. Tengo una crema fabulosa para esas rojeces, Mike.

Este sonrió burlonamente y le dio un afectuoso beso en la mejilla.

—Bye!

—Hasta pronto.

—Hablamos.

—Espero volver a verte, Mike.

—Dile a Vince que me siga en Instagram.

—Mañana te llamo, Simón.

Las despedidas se sucedieron a toda velocidad y antes de un pestaño, se habían largado y los habían dejado solos.

—¡Qué rapidez!

—Lo bueno es que han limpiado antes de irse —murmuró Simón.

Aún no había acabado de decirlo, cuando se escuchó un maullido lastimero. Un enfadado Rico salió de debajo de la cama y se estiró delante de ellos. Luego los miró con reproche antes de ir camino de su comedero.

—Pobre, con lo poco que le gustan las multitudes.

—A mí tampoco me gustan demasiado, al menos no cuando estoy contigo —dijo Mike—. Parece que tus amigos se lo han tomado superbién.

—Mañana mi móvil va a echar humo, te lo aseguro —resopló Simón.

Luego se le quedó mirando un buen rato con los ojos chispeantes hasta que, finalmente, le agarró por la muñeca y tiró de él hacia la cama.

—¿Qué haces? —preguntó, dejándose llevar. Ni siquiera trató de resistirse. El lugar al que se dirigían le gustaba bastante.

—¿Dónde estábamos cuando han llegado?

Mike se rio. Luego se dejó caer sobre el colchón y le arrastró con él.

—Exactamente aquí.

¡Buenas noticias!

Good news!

Mike había tomado una decisión.

No le había resultado fácil porque sabía que iba a joder a sus compañeros, a su mánager, a su agencia y a muchas personas.

Se quedó mirando el móvil antes de coger aire y expulsarlo con lentitud. Una vez. Dos veces.

Llamó a Andrew.

—Hola Mike. Voy a entrar a una reunión ahora mismo. ¿Puedes llamarme en una hora?

—No. Esto es importante.

—Espera.

Se oyeron unos murmullos al otro lado de la línea mientras Mike aguardaba con paciencia. Estaba sentado en un banco del parque cercano a la vivienda de Simón. Eran las seis de la tarde y había muchos niños jugando por la zona, pero él había encontrado una diminuta placita en la que no había nadie más, solo algunas palomas que se acercaban a él de vez en cuando con curiosidad.

—Ya estoy disponible —dijo Andrew—. ¿Ha pasado algo?

—Nada grave. Es solo que he tomado una decisión y quería hablarte de ello.

—Dime.

—No voy a volver mañana.

Solo hubo silencio después de eso.

—¿Por qué no? —Aunque sonaba muy moderado, incluso a través del teléfono se podía palpar la tensión contenida en la pregunta.

—Necesito más tiempo para mí.

Había meditado mucho sobre ello antes de decidirse, pero tenía claro que no podía regresar todavía.

—¿Tiempo para ti? ¡¿Tiempo para ti?! Llevas un mes allí, desconectado del mundo. ¿Sabes la de problemas que nos traería que no volvieras a tiempo?

—Sí. Lo sé.

—Tenemos un estudio reservado. Las fechas con la discográfica están cerradas desde hace meses. Hay empresas y mucha gente con la que nos hemos comprometido. Tenemos obligaciones que cumplir, Mike. No es tan simple como decir: prolongo mis vacaciones unos días más y ya.

—Lo sé —repitió.

—Entonces, si lo sabes, ¿por qué narices me vienes con esas?

El enfado de Andrew iba adquiriendo proporciones gigantescas.

—Llevo cinco años sin hacer ni una pausa —comenzó—. Hace pocos meses me pasé unas semanas muy jodido en un hospital casi sin poder respirar, y aunque los médicos me recomendaron guardar reposo, me fui a hacer una gira por Europa para no joder a nadie ni perjudicar a la discográfica porque tú me lo pediste... Hay un tío que anda detrás de mí enviándome amenazas y que quiere que desaparezca de la faz de la tierra... Espera, que seguro que se me olvida algo... —continuó con sarcasmo—. Ah, sí, llevo semanas tomando ansiolíticos para poder mantener mis crisis de ansiedad bajo control...

—Vale, Mike. No sigas —le cortó. Y después guardó silencio.

Mike alzó la vista y la posó sobre un grupo de mujeres que hablaban entre ellas cerca de unos árboles. Parecían las típicas mamás que iban a buscar a sus niños al colegio. Se quedó mirándolas mientras trataba de relajarse. Aferraba el móvil con excesiva fuerza.

—Necesito más tiempo para mí —gruñó.

Todo lo que le había dicho a Andrew era verdad. La ansiedad, el cansancio, el estrés, la falta de sueño... Todo ello se le había ido acumulando en los últimos meses, dejándole exhausto.

Pero había otra razón, quizá la más importante de todas.

Simón.

Era la primera vez en su vida que Mike estaba viviendo un momento así. Un momento único y especial que quería expresar al máximo. Todavía no estaba preparado para despedirse. Era demasiado pronto. Apenas había comenzado a rozar la felicidad con la punta de los dedos.

Sabía que estaba siendo egoísta. Sabía que sus compañeros se iban a sentir traicionados, pero tampoco estaba pidiendo demasiado, ¿no? Solo unas cuantas semanas más.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —masculló Andrew al otro lado de la línea.

—Dos o tres semanas más.

—Dos.

Mike apretó los labios y un temblor recorrió sus extremidades. Dos semanas más para poder estar con Simón. Para poder afianzar esa relación que acababa de nacer. Dos semanas más para poder hablar con Simón de sus sentimientos y dejarle claro lo que quería. Había tantas cosas que quería hacer con él y que todavía no habían hecho. Ni siquiera habían podido dar un paseo, juntos.

Catorce días más para poder despertarse abrazado a Simón.

¿Iban a ser suficientes dos semanas?

—Sabes lo que nos jugamos aquí, Mike. —Andrew había bajado el tono y hablaba con él como si hablase con un niño pequeño—. Son muchas personas las que dependen de ti. Voy a aplazar todas las citas, pero más de dos semanas es imposible, Mike.

—Lo entiendo.

—Asegúrate de estar aquí antes del día veintidós. Ese es el plazo límite —suspiró con aparente resignación—. Mike, sé que estás agotado. El último año no ha sido fácil para ti. De veras que te entiendo.

Mike se mordió los labios. Escuchar a Andrew decir aquello le hacía sentirse culpable. Sí, el último año había sido jodido, pero si no hubiera conocido a Simón habría seguido adelante y habría continuado con su ajetreada vida sin pensar en el cansancio ni en sus otros problemas. No era un tío frágil.

—Voy a llamar a Vince, a Joe y a Rob ahora mismo y les voy a comunicar...

—Déjame que los llame yo —le pidió.

Era lo mínimo que podía hacer. Quería ser él el que hablara con sus compañeros. A Rob y a Joe les contaría lo mismo que a Andrew. A Vince le diría la verdad. Vince era lo más parecido a un hermano que podía tener. Llevaban casi diez años juntos, desde que él se fue a vivir con su padre a Manchester. Vince vivía en el piso de enfrente y se cayeron bien desde que

se vieron por primera vez. No tardaron mucho en convertirse en inseparables.

—Bien. Hazlo. —Hizo una pausa—. Y sigue llamándome todos los días. Necesito saber que estás bien. Y cualquier cosa que necesites me contactas a mí o a Greta.

—Eh... sí —consiguió decir.

La culpa le atenazaba la garganta.

Se despidieron.

Apoyó los codos en las rodillas dejando caer la cabeza hacia delante. Se sentía fatal por no haber sido del todo sincero con Andrew.

Una lucecita en la pantalla de su móvil le llevó a desbloquearlo. Había recibido un mensaje mientras hablaba con Andrew.

Simón.

Se quitó las gafas y lo leyó con avidez.

Tengo buenas noticias. Llegaré sobre las siete y media y lo celebramos.

Mike sonrió. Simón siempre conseguía ponerle de buen humor. Miró la hora. Eran las seis y media. Tiempo de sobra para llamar a sus compañeros y volver al apartamento. Echó un vistazo a su alrededor.

La sonrisa se le borró de la cara.

Un grupo de chicas de unos quince años se habían reunido a unos metros de él y hablaban entre ellas, cuchicheando excitadas al tiempo que le señalaban.

¡Mierda! Le habían reconocido.

Ni con esa ropa tan sencilla y la gorra calada había podido pasar desapercibido.

Se apresuró a ponerse las gafas de sol de nuevo. Se puso de pie a toda velocidad y se escabulló por una de las sendas del parque, esperando que no le siguieran.

Solo se detuvo unos segundos para teclear un rápido mensaje.

Te espero en casa

* * *

Simón leyó el mensaje con emociones encontradas.

Se sentía feliz porque había recibido buenas noticias y quería compartirlas con Mike. Y que este se refiriese a su piso como *su casa* le

provocaba vibraciones en el estómago. Y, al mismo tiempo, sentía una tristeza enorme al saber que solo quedaban dieciocho horas para que Mike se fuera y regresase a su vida.

Carraspeó y se guardó el móvil en el bolsillo.

Estaba en la sala de descanso de la escuela preparando un juego de preguntas y respuestas para una clase de principiantes del día siguiente cuando recibió la llamada de Luis.

En un primer momento, casi no pudo creer que hubiese aparecido un comprador para su piso y uno que, además, aceptase todas sus condiciones. Según le dijo Luis, era una empresa inversora que estaba adquiriendo inmuebles para luego revenderlos por un precio superior después de haberlos reformado. Su piso entraba dentro de sus parámetros. Incluso cuando les comentó lo del alquiler, habían aceptado.

Eran realmente buenas noticias y un motivo de celebración.

Había quedado en la agencia inmobiliaria al día siguiente para firmar el contrato de arras.

El día siguiente.

Ocho de octubre.

El día en que Mike se marchaba.

Hizo girar la silla hacia la ventana y contempló los árboles y la estructura de la plaza de toros al otro lado de la calle.

No quería que Mike se fuera.

En el fondo, siempre supo que se trataba de una relación con fecha de caducidad. No obstante, trató de vivir el presente y no preocuparse demasiado por el futuro. Ahora, ese futuro había llegado y no sabía muy bien cómo enfrentarse a él. Tenía suficiente experiencia en la vida a sus espaldas, sin embargo, nunca había tenido que lidiar con ese tipo de sentimientos que ahora le carcomían por dentro.

Había vivido rupturas sentimentales, pero no recordaba que le hubiesen afectado de esa manera. Ni con Mónica ni con Andrea se había sentido así.

Iba a echar mucho de menos a Mike.

Se había acostumbrado a tenerle en su vida.

En su piso.

En su cama.

Cerró los ojos cuando las imágenes de la noche anterior acudieron a él. Se estremecía cada vez que lo recordaba.

Los dos enredados en las sábanas con una sensual canción de fondo, haciendo el amor. Ya ni siquiera podía llamarlo echar un polvo porque había sido una experiencia lenta, lánguida y llena de caricias y besos pausados y largos.

Habían intercambiado sus papeles dos veces.

Simón había disfrutado siendo el dominante y se había sentido muy satisfecho al saber que podía llevar a Mike hasta el clímax arrancándole gemidos de placer.

Pero tenía que reconocer que prefería que Mike fuese el activo.

Jamás había experimentado nada semejante en el sexo. Hacerlo con Mike le había abierto una gran cantidad de puertas mentales que tenía cerradas y que ni siquiera se había planteado abrir porque no sabía ni que existían.

Todo con él era tan sencillo y natural.

—Mike...

Pronunció su nombre en voz alta, recreándose en él, aprovechando que estaba solo.

¡Cómo le había cambiado la vida en solo unas semanas! ¿Y ahora tenía que volver a su rutina de antes? ¿A su vida de color gris?

Se esforzó por recuperar algo de aplomo y respiró hondo. Ese mediodía había pasado una hora en el gimnasio descargando su desaliento en el saco de boxeo, pero no le había servido de mucho. Seguía igual de frustrado.

«Anímate. Has vendido el piso bajo tus condiciones. Se acabaron los problemas económicos».

Sí, eso era cierto.

Su móvil vibró.

Echó un vistazo y vio que tenía un mensaje de Pedro. Era una foto de dos tíos besándose y debajo ponía #loveislove. Elevó los ojos al techo. Desde el día en que había hecho su salida oficial del armario con ellos, sus amigos no paraban de mandarle cosas semejantes.

—Simón, tengo un hueco ahora, antes de mi próxima clase. ¿Cuadramos la agenda de la semana que viene?

Era Paola. Había entrado en la sala sin hacer ruido, así que cuando su voz resonó a solo unos centímetros de distancia, dio un respingo.

—Joder, qué susto me has dado —murmuró.

—Te he llamado dos veces, pero estabas como abducido.

Se plantó frente a él y acercó la cara a la suya. Tenía el ceño fruncido.

—¿Quieres darme un beso en la boca o algo? —le preguntó él con ironía.

Ella no respondió, se limitó a mirarle durante unos segundos.

—Anda, apártate —dijo él con incomodidad, girando la silla—. Y no hace falta que cuadremos la agenda, ya lo he hecho yo.

—Eres el *más* mejor —repuso ella, alborotándole el pelo.

Luego se sentó en una silla al lado de la suya, apoyó los codos en la mesa y la barbilla en sus manos cruzadas y le estudió en silencio. Él trató de centrarse en la pantalla de su ordenador, pero podía sentir sus ojos clavados sobre su perfil todo el tiempo.

—¿Qué quieres? —le preguntó con un suspiro.

—Dime qué te pasa.

—Nada.

—Mentiroso. Dímelo. —Hizo una pequeña pausa y continuó con voz suave—: ¿Es porque Mike se va mañana?

Simón cerró los ojos. Sabía que podía disimular su tristeza ante cualquier persona del mundo. Solo Paola sabía leer en él como si fuera un libro abierto.

Asintió.

—¿Él sabe cómo te sientes?

—No. No he hablado con él de esto, la verdad.

—¿Él tampoco ha dicho nada?

—No —dijo—. Creo que ambos hemos evitado mencionar el tema.

—Pues deberíais hablarlo. No sé. Guardar silencio no creo que sea lo mejor. Creo que ambos necesitáis saber dónde estáis. Es más que obvio que tú estás colado por él y que él está colado por ti.

Simón se puso de pie y se acercó a la ventana. Su hermana tenía razón. Por supuesto. Era solo que...

Era un puñetero cobarde.

¿Y si Mike no sentía lo mismo? Todo parecía indicar que sí, pero ¿en realidad él conocía a Mike? ¿Sabía cómo era? Quizá tuviese cientos de aventuras repartidas por todo el globo. Como los marineros, un amor en cada puerto...

Se sentía muy inseguro.

—¿Por qué no te vas a casa y sigo yo con eso que estás haciendo? —propuso ella, acercándose a él y abrazándole por la cintura—. Vete y prepara una cenita romántica con velas o algo y hablad de todo lo que tengáis dentro. No pierdas el tiempo aquí.

Se dio la vuelta y la abrazó.

—Eres mi mejor amiga —le dijo en voz baja y luego añadió en tono de broma—. Y tan lista ella, como si hubiera estudiado una carrera...

—Soy tu hermana mayor y te voy a dar unos azotes en el culo para que espabiles. Ah, no, en el culo mejor no... que ese es de Mike, ahora —canturreó con exageración.

—¡Eres una cabrona! —le dijo fulminándola con los ojos mientras le daba un capón.

—Vete a casa ya, hombre —le ordenó con voz de mando mientras tomaba asiento frente al portátil—. Y haced unos cuantos niños que quiero ser tía.

Simón no pudo reprimir una risita, pero no le llevó la contraria. Recogió sus cosas a toda velocidad y se despidió de ella con un gesto.

Las ganas por llegar a su piso cuanto antes pusieron alas a sus pies. Y cada vez que tenía que detenerse en algún semáforo en rojo con la bicicleta, tamborileaba con los dedos sobre el manillar, ansioso.

Todavía no tenía muy claro lo que le iba a decir a Mike ni cómo iba a comenzar la conversación, cuando su calle apareció ante él. Tomó la curva y accedió a ella. Alzó la vista y sus ojos se posaron sobre el último piso de su edificio, sobre los paneles de cristal de su terraza. Inhaló con fuerza al darse cuenta de que Mike estaba apoyado sobre la barandilla. Su cabello rubio ondeaba suavemente con la brisa.

Le había visto. Elevó el brazo en el aire y le saludó.

Incluso desde la distancia, su sonrisa enorme brillaba como un puñetero arcoíris.

El corazón de Simón hizo una cabriola.

Entró al portal y dejó la bicicleta en el cuartito. El ascensor tardaba demasiado en llegar, así que desistió y subió los cinco pisos por las escaleras a toda velocidad. Cuando llegó arriba, jadeaba.

Antes de que pudiera meter la llave en la cerradura, Mike le abrió la puerta. Sonreía.

Le devolvió la sonrisa mientras trataba de recuperar el aliento.

—Tengo noticias increíbles —exclamó, entrando en el piso y dejando la mochila en el suelo.

—Cuenta —repuso Mike, sentándose en uno de los brazos del sofá y mirándole con fijeza.

—¡He vendido el piso! Luis ha encontrado un comprador —se rio, feliz—. ¿No es fantástico?

—¡Es genial! ¡Cómo me alegro por ti! —repuso.

—Mañana firmo el contrato y en una semana podemos ir al notario. Estoy muy contento.

Rico se acercó a saludar y Simón se agachó y lo cogió en brazos.

—Además, han aceptado que pueda seguir viviendo aquí de alquiler. Y en cinco años puedo recomprarlo. Tengo un derecho de opción de compra preferente.

Mike le contempló un buen rato sin decir nada. Adoraba ver a Simón tan entusiasmado.

—Así que he pensado que podríamos celebrarlo. No sé, podemos salir por ahí o cenar algo especial en casa. Lo que más te apetezca. —De pronto, su alegría pareció verse enturbiada—. Como hoy es... la última noche...

—Yo también tengo noticias.

—¿Buenas?

—Para mí las mejores. Espero que para ti también.

—Seguro que sí.

—No me voy mañana.

Simón se quedó paralizado en medio del salón. Se agachó y dejó al gato en el suelo sin dejar de mirarle.

—Repite eso.

—Que no me voy mañana. Me quedo dos semanas más —dijo con seriedad, aunque apenas podía contener la euforia que se derramaba por todos los poros de su cuerpo.

Simón se cubrió las mejillas con las manos. Parecía no ser capaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Te... quedas —murmuró con la voz entrecortada.

—Me quedo.

Las ganas de acercarse a él y abrazarle le provocaron un cosquilleo en la punta de los dedos. Se incorporó y dio un paso en su dirección.

—Tus noticias superan las mías —dijo Simón con una sonrisa trémula. Había comenzado a respirar de modo superficial. Era evidente que estaba emocionado.

El pecho de Mike se constriñó, embargado también por los sentimientos.

—Entonces pago yo si salimos por ahí —se rio—. ¿No vas a reaccionar de otra manera? No sé, abrazándome, besándome, desnudándome... Yo doy ideas.

Simón avanzó hacia él hasta que sus cuerpos chocaron. Su mirada ardiente perforó la suya.

—Mike —le dijo con voz grave—, esta noche vamos a salir a celebrarlo y vamos a quemar la calle. —Le echó los brazos al cuello—. Y después vamos a volver a casa y te voy a abrazar, a besar y a desnudar... —Su cara se aproximó más, hasta que sus bocas casi se rozaron y sus alientos se mezclaron—. Y si te portas bien, voy a dejar que me folles hasta el amanecer...

—Joder, Simón...

No pudo seguir porque sus labios fueron tomados por asalto.

¡Jodidos maricones!

Fucking faggots!

—Creo que he bebido demasiado —dijo Mike. Y se rio.

—Habla en plural. Hemos —corroboró Simón acompañándole en su risa.

Estaban en la primera planta de un pub cercano a la casa de Simón. Habían cenado en un restaurante mexicano y después, antes de volver al apartamento, habían hecho parada en ese lugar. Había mucha gente dentro, pero la mayoría se agolpaba en la planta de abajo. Arriba había un billar, un fútbol y varias mesas.

Ellos estaban de pie junto a una de las mesas altas, en un rincón. La luz era más bien escasa y la música sonaba a todo volumen. Llevaban ya un par de horas allí. Ante ellos, sobre la mesa, reposaban dos cervezas. Era la quinta de Mike, la tercera de Simón.

—Propongo que estas sean las últimas y que luego nos vayamos a casa —dijo este, señalando las botellas.

Mike le miró con los ojos centelleantes antes de dar un paso hacia él y aplastarle contra la columna de madera que tenía a su espalda.

—Tu proposición va con segundas intenciones, ¿verdad?

—Me has pillado —se rio Simón.

Le empujó para apartarle y poder verle bien. Incluso en la semioscuridad, el rostro de Mike era impecable y perfecto. Acababa de darle un trago a su cerveza y sus labios se mostraban húmedos. Las ganas de agarrarle por la nuca y besárselos le sobrecogieron.

—Quiero besarte —jadeó.

El alcohol le volvía audaz. Ni siquiera se detuvo a pensar que estaban en un sitio público rodeado por otras personas.

—Joder, hazlo. ¿Quién te lo impide? —susurró Mike.

Se apretó contra él, pegando la cadera a la suya. Sus ojos, debajo de la visera de su gorra, despedían un brillo de lo más provocador.

Simón vaciló. Todavía le quedaba un último resquicio de pudor, en apariencia. Pudor que Mike no poseía ya que inclinó la cabeza y apresó su boca con violencia.

Ambos gimieron mientras sus lenguas se enredaban.

De fondo sonaba una antigua canción de los Dire Straits, *Sultans of Swing*, y a Simón, la situación le pareció terriblemente erótica. Nunca antes en su vida se había dejado llevar de aquel modo con nadie. Podía sentir el cuerpo de Mike pegado al suyo, oscilando y moviéndose. Y sus manos descendiendo por su espalda y bajando por sus caderas hasta llegar a su trasero. Cuando sus largos dedos se hundieron en sus glúteos cubiertos por la tela vaquera, echó la cabeza hacia atrás y gruñó muy excitado.

—En cuanto nos acabemos la cerveza, nos largamos de aquí —le dijo Mike apartándose.

Simón, respirando con dificultad y con los ojos nublados por la pasión, asintió. Alargó la mano y cogió su botella. Le dio un largo trago mientras su mirada paseaba por la estancia. Unos tipos jugaban al billar, otros bebían en grupo, y unas cuantas chicas bailaban cerca del futbolín. Nadie estaba pendiente de ellos.

Y si lo hubiesen estado, ¿qué?

No le importaba gran cosa. Estaba pletórico.

Mike no se iba.

Dos semanas más para poder estar con él...

—¡Es *Friday I'm in love* de The Cure! —gritó Mike sacándole de su ensimismamiento.

—Ya sé lo que es.

Había reconocido la canción de inmediato.

—¡Pues canta!

—No me sé la letra.

—Invéntatela. ¡Vamos!

Su entusiasmo era contagioso, pero Simón se limitó a admirarle a distancia mientras Mike bailaba y cantaba con los ojos cerrados utilizando la botella de cerveza como micrófono. Estaba espectacular con esos pantalones vaqueros negros rotos, la amplia camiseta negra con personajes de anime estampados sobre el pecho, las botas de militar y la gorra. Se había recogido el pelo en una trenza que golpeaba rítmicamente su espalda mientras cabeceaba siguiendo la canción.

Simón solo tenía que mirarle para que su cuerpo se cargara de electricidad.

Tratando de mantener la serenidad, desvió la vista y volvió a beber, pero solo unos segundos después se dio cuenta de que conservar la calma iba a ser algo del todo imposible. La canción de The Cure había acabado y los altavoces escupieron unos conocidos acordes.

Era *You wanna love me or fuck me?* de los CFB.

Volteó la cabeza con brusquedad y miró a Mike. Este alzó la cerveza en el aire y le hizo un guiño travieso al tiempo que le sonreía de manera burlona. Esa sonrisa y ese guiño fueron los causantes de que el corazón de Simón hiciera un triple salto mortal.

Había pasado algo más de un mes desde aquella noche del concierto, cuando Mike le dedicó esa canción, y recordaba muy bien cómo se había sentido entonces: avergonzado y humillado, pensando que ese tipo semejante a un dios se estaba mofando de él.

¿Quién podía haberse imaginado que las cosas entre ellos iban a resultar de ese modo?

Habían acabado tal y como decía la letra de la canción.

Teniendo sexo.

Mike se acercó a él y chocó la botella con la suya. Había notado el cambio en la expresión de Simón y sabía lo que se le estaba pasando por la cabeza. Lo mismo que a él. Estaba recordando la noche en la que se vieron por primera vez.

—¡Qué fuerte! Fue premonitorio, ¿no? Aunque si te soy sincero, no podría decidirme entre follarte o amarte —le dijo, refiriéndose al título de la canción—. Creo que me quedo con las dos cosas.

Nada más decir aquello, dejó la cerveza sobre la mesa y le apresó la cara con las manos. Le repasó el contorno del labio inferior con el pulgar al tiempo que le contemplaba con intensidad. La oscura mirada de Simón cargada de anhelo le provocó un pinchazo en el pecho. Sus ojos recorrieron su rostro con avidez y se detuvieron sobre su boca. Esa boca que tantas veces había besado, pero de la que seguía sin tener suficiente. Notó una ola de calor ascendiéndole desde el abdomen hasta la garganta.

Le besó.

Y se recreó en el beso.

Estaba exultante.

Emocionado.

Todo su ser trepidaba.

Ni bebiéndose todo el alcohol del mundo se hubiese sentido tan borracho.

Notó cómo Simón introducía los dedos en las trabillas de su pantalón y le atraía hacia él. Sus cuerpos se encontraron. La excitación de ambos era evidente.

—Vámonos ya —masculló contra su boca.

Simón le empujó y se liberó. Luego le lanzó una miradita de esas cargadas de fuego que tanto le gustaban y echó a andar. Mike soltó una risa y le siguió.

Dos minutos después, abandonaban el abarrotado local y salían a la calle. La temperatura en el exterior era fresca y ponía de manifiesto que el otoño había llegado ya para quedarse. Eran las dos de la mañana y no había nadie por la zona, ni peatones ni vehículos; la calle estaba desierta.

Comenzaron a andar, alejándose del pub. A pesar de que habían bebido bastante, ambos se mantenían erguidos y sus pisadas eran firmes.

—Podemos acortar por aquí —propuso Simón después de avanzar unos cien metros. Se dirigió hacia un callejón que había a la derecha.

—Me parece perfecto —murmuró Mike.

Era una calle estrecha de una sola dirección, en la que solo había un par de farolas que apenas iluminaban la acera. Parecía el ambiente ideal para perder un poco los papeles sin llamar demasiado la atención.

Simón se había adelantado, pero Mike le tiró de la camiseta, obligándole a detenerse. Se pegó a él por detrás y le abrazó por la cintura.

—Ah, Simón, Simón... —le susurró—. *I'm so fucking happy*³².

A veces le costaba hablar en español, sobre todo cuando quería expresar sentimientos profundos, como le sucedía en ese instante. Tenía el corazón a punto de estallarle en el pecho y la excitación le recorría todo el cuerpo.

—*Me too*³³ —respondió Simón.

Mike enterró la cara en su cuello y aspiró hondo, llenándose de su olor a champú, a cerveza, a su piel... Arrastró las manos y las pasó por sus abdominales y sus pectorales, delineando todos y cada uno de sus músculos con la punta de sus dedos.

Jadeó.

Tenía ganas de confesarle a Simón que se había enamorado de él.

Pero no lo hizo.

Se limitó a girarle entre sus brazos y a besarle.

Era como si no pudiera hacer otra cosa. Cada vez que le tenía cerca solo quería fundirse con él. Con fiereza y sin separar la boca de la suya, le empujó hasta que su espalda colisionó contra la pared.

—¿Qué cojones has hecho conmigo, Mike? —farfulló Simón elevando la barbilla para mirarle—. Estoy completamente loco por ti.

Y después de pronunciar aquella frase casi sin respiración, volvió a dejarse besar.

Mike estaba tan concentrado en el beso que, en un primer momento, no fue consciente de las voces que provenían de la entrada de la calle, pero cuando su entumecido cerebro se dio cuenta de lo que estaban gritando, apartó a Simón con rapidez y se giró, buscando a los causantes del alboroto.

Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se pusieron alerta.

—¡Jodidos maricones!

—¡Joder, qué puto asco!

Eran cuatro y, pese a que no parecían los típicos neonazis de cabeza rapada, desprendían agresividad. Además, se notaba que habían bebido. Se aproximaban a ellos lentamente desde el otro lado de la calle. El que iba primero vestía de negro, tenía el pelo oscuro peinado hacia atrás con gomina y semejaba estar colérico.

Mike apretó los puños mientras los veía acercarse. Tenía claro que no iban a poder librarse de pelear. Le echó una rápida ojeada a Simón que se mantenía rígido a su lado y se mordió el labio. Estaba preocupado. Aunque hacía tiempo que no se había visto en la necesidad de pegarse con nadie, se había criado en la calle y se había visto envuelto en multitud de broncas en su vida. Pero ¿y Simón?

—*Are you ready to fight?*³⁴ —le preguntó en inglés para que no pudieran entenderle.

—*Yeah, I'm ready*³⁵ —repuso este sin inmutarse.

—Encima son unos guiris de mierda —exclamó el más bajo y flaco de los cuatro.

—Joder y mira el alto, es como una muñequita. Parece una puta Barbie. Seguro que es el que pone el culo —dijo otro, uno rubio de flequillo largo,

soltando una risotada.

—¿Qué pasa, maricones de mierda? ¿Os hemos acojonado y ya no os coméis la boca? ¡Qué puto asco dais! —dijo el moreno, que parecía ser el líder del grupo.

—Os vamos a dar de hostias hasta que terminéis llorando, putos maricas —amenazó el delgaducho escupiendo al suelo.

Los cuatro se habían desplegado frente a ellos y Mike los calibró con la mirada. El bajito y el del flequillo no tenían ni media hostia, pero los otros dos, el moreno y otro que llevaba un polo blanco con el dibujo de un toro en la pechera, parecían bastante fornidos y agresivos.

El moreno se le acercó y le pegó un golpe en la gorra tirándosela al suelo.

—Joder, mira qué mono es —se rio con jocosidad—. ¡Si hasta a mí me entran ganas de follármelo!

No pudo seguir hablando porque Mike le estampó la cabeza contra la nariz con violencia. El crujido de un hueso rompiéndose llegó hasta sus oídos.

—¡Hijoputa! —bramó el tipo llevándose las manos a la cara con los ojos muy abiertos.

Entonces todo se precipitó.

El del polo blanco se lanzó contra Mike aullando como una bestia. Este se revolvió con rapidez para impedir que le agarrara del cuello. Por el rabillo del ojo, vio cómo el del flequillo se acercaba a Simón y trataba de cogerle del brazo. Iba a ir a auxiliarle, pero pronto se dio cuenta de que Simón no le necesitaba para nada. Acababa de elevar el puño y lo estrellaba contra la mandíbula del tipo, mandándole directamente al suelo.

Así, sin más.

¡Joder con Simón!

A pesar de que el capullo del polo consiguió aprisionarle contra la pared, Mike no pudo evitar que una sonrisa impresionada se mostrase en sus labios. Todavía con ella en la boca, se zafó del agarre del tipo clavándole la rodilla en la entrepierna. Este se echó hacia atrás boqueando y dándole un breve respiro que solo duró un instante. El flacucho ya estaba preparado para abalanzarse sobre él. No pudo esquivar su golpe del todo, pero no llevaba demasiada energía y apenas le rozó la mejilla. Aprovechó su impulso para empujarle y estamparle contra un coche.

—¡Te voy a partir la boca, maricón! —farfulló el del polo que se había recuperado lo suficiente para volver a por él.

Mike se dio la vuelta y se encaró con él. Era una bestia de tío, más bajo que él pero más fornido. Terminaron forcejeando y Mike encajó un par de puñetazos en el estómago. En otra ocasión quizá le hubiera dolido un ataque semejante, pero la adrenalina recorría sus venas y apenas lo sintió. Bajó la cara y le mordió en el hombro mientras le propinaba un pisotón brutal. Cuando el tipo se apartó aullando de dolor, levantó la pierna y le pegó una patada en los riñones.

Simón, por su parte, había conseguido dejar inconsciente al del flequillo y mantenía a raya al líder que, desde el cabezazo de Mike, estaba bastante perjudicado.

—¿Quién es un maricón? —le gritó furioso mientras le daba un certero puñetazo en el pómulo. El tercero.

El tipo cayó de rodillas frente a él. La sangre le goteaba de la nariz y teñía la acera. No parecía que fuera a poder incorporarse de nuevo.

Simón se giró, buscando a Mike. Le vio luchar como un salvaje y no pudo hacer otra cosa más que contemplarle fascinado. Tenía un aspecto tan delicado que resultaba impresionante ver con cuánta agresividad se comportaba. En ese preciso momento, mandaba a uno de los tipos al suelo de un rodillazo en el pecho. Después de hacerlo, se dirigió hacia el único que quedaba en pie de los cuatro, pero este salió corriendo y se escabulló entre los coches.

Mike soltó una carcajada profunda que se mezcló con los lamentos que provenían de los dos que estaban conscientes y que se retorcían en la acera.

—Maricones... de mierda, que os den por el culo... —gimoteó entre toses el único que todavía tenía fuerzas para maldecir.

Simón vio cómo Mike se daba la vuelta. Tenía un arañazo en la cara, cerca de su tatuaje, y unas cuantas gotas de sangre le bajaban hasta la barbilla. Le lanzó una sonrisa provocadora.

«Está disfrutando con esto. Es un puñetero macarra», pensó Simón incrédulo.

—Vamos a largarnos de aquí —le dijo Mike, acercándose a él y cogiéndole por la muñeca.

Echaron a correr, dejando atrás a los heridos. Unas cuantas luces comenzaban a encenderse en las ventanas. La pelea había terminado por

llamar la atención de algunos vecinos.

Sin soltarse las manos, llegaron hasta el final de la calle que desembocaba en una amplia avenida. Sin detenerse en el semáforo, la atravesaron a toda velocidad, aprovechando que no había tráfico.

Simón miró a Mike de reojo. Algunos mechones de cabello se le habían desprendido de la trenza y volaban al viento. Sonreía como si estuviese poseído. La situación tenía mucho de surrealista y Simón terminó por sonreír también.

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, unos doscientos metros más adelante, cuando doblaron la esquina y alcanzaron la calle donde estaba su piso, se detuvieron jadeantes.

—¿Quién cojones eres? ¿Muhammad Ali? —le preguntó Mike estampándole un ruidoso beso en la boca antes de echarse a reír. Era una risa ahogada, producto de la excitación y la euforia.

Simón también se rio entre dientes. No era lo mismo golpear con los guantes de boxeo que sin ellos, pero la fuerza de la pegada la tenía. Eso sí, le dolían los nudillos una barbaridad.

—¿Y tú? ¿Conor McGregor? Porque le has pegado un par de patadas impresionantes a uno de ellos. ¿Y le has mordido a otro? —inquirió maravillado.

—Nah, solo un poco. Ni ha sangrado ni nada.

—Peleas sucio...

Mike se encogió de hombros.

—Tus derechazos sí que son una pasada —le dijo mirándole con admiración—. Cuando lo he visto he flipado.

—De algo me tiene que servir ir al gimnasio, ¿no? Al menos nos han sido útiles para librarnos de ellos.

—Creo que no se lo esperaban —masculló Mike con tono burlón echando a andar.

—Se han quedado bastante tocados cuando el capullo ese te ha llamado muñequita y has reaccionado partiéndole la nariz. Eso sí que no se lo esperaban. Y yo tampoco —reconoció.

—¿Te parezco una muñequita? —preguntó con ironía.

—Más bien un superhéroe. Eres como Thor, pero sin el martillo. El pelazo lo tienes, desde luego —bromeó.

Habían alcanzado el portal. Cuando entraron y encendió la luz, pudo ver por fin los desperfectos en el rostro de Mike.

—Joder, estás sangrando... —le dijo mientras accedían a la cabina del ascensor y pulsaba el botón del quinto piso.

—Es solo un arañazo —comentó este palpándose el pómulos con cuidado —, creo que uno de ellos llevaba un reloj —dijo y le señaló las manos—. Tú también estás sangrando.

Simón bajó la vista y se percató de que se le habían despellejado los nudillos y comenzaban a hinchársele. Uno de ellos sangraba ligeramente.

—Necesito hielo y tú un antiséptico para esa herida. ¿Tienes alguna más?

—Heridas abiertas no, pero golpes, unos cuantos —repuso arrugando la nariz.

En cuanto entraron al apartamento, Simón se fue al baño mientras Mike se quitaba la camiseta y la tiraba sobre una de las sillas. Acto seguido se acercó a la cocina y sacó una cubitera del congelador. Volcó los hielos en un paño y los envolvió en él.

—Esto es amor —murmuró Simón al verlo—. Yo preocupado por tu herida y tú por mi hinchazón.

—No puedo guiñarte el ojo, pero piensa que lo estoy haciendo —farfulló mientras tomaba asiento en el sofá.

Ahora que la adrenalina había desaparecido, todo su cuerpo comenzaba a sentir los efectos de la pelea. Era probable que al día siguiente tuviera unos cuantos moratones. Le tendió el hielo a Simón, pero este hizo un gesto de rechazo.

—Primero tú.

Se sentó a su lado y comenzó a limpiarle la herida con un algodón que había mojado en un líquido transparente. A pesar de que trató de ser cuidadoso, Mike no pudo reprimir un breve quejido.

—Escuece —protestó.

—Aguanta como un hombre. Seguro que el cabezazo que le has metido al tipo te ha dolido más todavía.

—No te creas...

Se recreó en el rostro de Simón mientras este le curaba. Estaba muy serio y concentrado y sus facciones mostraban preocupación. La imagen del otro Simón, el que repartía puñetazos a diestro y siniestro acudió a su

cabeza de repente. Parecían dos personas completamente diferentes. Se rio sin poder evitarlo.

—¿Por qué te ríes?

—Porque creo que ha merecido la pena dejarme dar de hostias hoy.

—Estás fatal —dijo Simón alzando una ceja.

—En serio. He conocido a un Simón salvaje y violento. Muy sexi.

—No suelo comportarme así, pero esos tíos... —se interrumpió y su mirada se nubló—. No soporto a los homófobos.

—Se lo merecían. Hijos de puta... Seguro que no se esperaban que dos *maricones de mierda* respondieran así. —Hizo una pausa y con un tono menos belicoso, añadió—: Por cierto, recuérdame que cuando vaya a asaltar un banco te lleve conmigo. ¿Estás seguro de que no eres uno de los Ultras Sur?

Simón volvió a reírse mientras se curaba los nudillos.

Mike apoyó la nuca en el respaldo del sofá y suspiró. Estaba agotado. ¡Joder! Hacía más de cinco o seis años que no se pegaba con nadie.

—¿Recuerdas lo que me has dicho antes de salir de casa hoy?

—¿A qué te refieres? —inquirió Simón con el ceño arrugado.

—A eso que has dicho, de que si me portaba bien, cuando regresásemos me ibas a dejar que te follara...

—Ah, sí, lo recuerdo —repuso con una sonrisa.

—Pues hazme un vale para otra vez porque esta noche no voy a poder —dijo con pesar dejando escapar un gemido—. Me duele todo.

—Tienes suerte de que yo también esté destrozado. Te perdono —le dijo Simón y le besó con suavidad justo debajo de la herida que le acababa de curar.

—Ah, qué buenos son tus besos en un momento como este... Bésame aquí también —le pidió señalándose la boca.

—Ahí no tienes herida.

—Que sí, solo que no se ve.

Simón resopló con sorna antes de acercarse y depositar un beso sobre sus labios. Luego se irguió, cogió el paño con los hielos y se lo puso sobre la mano.

Mike le miró con intensidad a través de las pestañas.

Otra vez tenía ganas de decirle que estaba enamorado de él. Tenía la confesión en la punta de la lengua, pero se arrepintió en el último instante.

Quizá al día siguiente, con más tranquilidad.
Delante de una copa de vino.
O en la cama.

OceanofPDF.com

Bailar

To dance

Al día siguiente tampoco se lo dijo. Ni al otro. Ni al otro.

Siete días podían pasar en un suspiro. Que se lo preguntaran a Mike y a Simón. En siete días se podían hacer tantas cosas...

Cocinar juntos, por ejemplo.

Como aquella noche en que Mike decidió que era una buena idea hacer una tortilla de patata y no le pidió ayuda a Simón. Decidió sorprenderle cuando llegase de trabajar. En realidad, todo debería haber ido bien, al fin y al cabo, siguió todos los pasos que recomendaba un famoso cocinero español en su blog y no era nada complicado. Sin embargo, algo falló al darle la vuelta a la puñetera tortilla y esta terminó en el suelo. Tuvo el tiempo suficiente para recoger los restos antes de que Rico se abalanzara sobre ellos.

Cuando Simón llegó a casa y Mike le informó del desastre, este se burló de él sin misericordia. Terminaron preparando una tabla de quesos y una ensalada.

Entre risas.

Y entre beso y beso.

También disfrutaron de atardeceres maravillosos.

Una tarde, Simón salió temprano del trabajo y se llevó a Mike a la terraza del Círculo de Bellas Artes. Desde allí se podía contemplar Madrid de manera panorámica y las vistas eran impresionantes.

Sentados frente a dos cervezas bien frescas y, acariciados por la brisa, se hablaron poco y se miraron mucho, mientras el cielo se iba tiñendo de color naranja y violeta sobre los edificios, bañando la ciudad en el crepúsculo.

Después de aquel fabuloso atardecer compartido, cuando ya caía la noche, pasearon hasta el parque del Oeste y se quedaron a ver el Templo de Debod iluminado. Mike sacó su móvil e hizo mil novecientos sesenta selfis.

En mil novecientos cincuenta y ocho de ellos salía tratando de besar o de abrazar a Simón, que se resistía entre risas.

En los otros dos lo conseguía.

Una noche vieron *Casablanca*.

Para Simón, descubrir que era la primera vez que Mike la veía fue todo un *shock*. Preparó un arsenal de palomitas y dos copas de vino —sí, un maridaje excepcional— y le dio al *play*. Se pasó media película repitiendo mentalmente los diálogos, que se sabía de memoria, y la otra media, pendiente de las reacciones de Mike, que no quitaba el ojo de la pantalla.

Cuando aparecieron los títulos de crédito, giró la cabeza.

—¿Y? ¿Qué te ha parecido?

—Un clásico —repuso Mike circunspecto.

—¿Eso es positivo o negativo?

—No ha estado mal, pero Ilsa tenía que haberse quedado con Rick.

—Pero entonces sería una historia más y no una historia tan especial.

—Si yo fuera Ilsa me habría quedado con Rick. Su marido me cae mal.

—¡Pero si es un héroe de guerra!

—Me cae mal.

—¿Por qué?

—No sé, tenía una pinta rara. Bogart mola más.

—Un análisis muy concienzudo... Sí..., se nota que has profundizado en ello —comentó con ironía.

—Si yo fuera Ilsa y tú fueras Rick, me quedaría contigo —terminó Mike, zanjando el asunto.

A Simón le entró la risa.

Mike le besó.

Dos días después, cuando ya había oscurecido, bajaron al parque a tirar unas canastas. Simón tenía una pelota de baloncesto así que, provistos de ropa de deporte y zapatillas, se encaminaron hacia las canchas que a esa hora estaban vacías.

—El mejor de veinte tiros gana y puede decidir —propuso Mike con mirada risueña.

—¿Decidir el qué?

—Quién está arriba y quién abajo esta noche.

—Solo sabes pensar en el sexo —resopló Simón.

—Es lo único, ¿no? —se burló.

Unas cuantas canastas después, Simón le arrojó la pelota. Iba perdiendo. Mike la atrapó en el aire.

—Tienes mal perder —murmuró mientras elevaba los brazos en el aire y saltaba, efectuando un tiro desde la línea de tres puntos que entró limpiamente por el aro.

—Es que no sabía que eras Michael Jordan —masculló Simón.

Mike se rio y volvió a encestar.

Ganó. Por supuesto que ganó, pero dejó decidir a Simón.

Y esa noche, Mike estuvo arriba.

Una mañana, Simón pilló a Mike en la terraza, sentado delante de su portátil. Tenía los cascos puestos y el pelo recogido en un moño desordenado. Sostenía una taza de café en la mano. Un rayo de sol incidía sobre la mesa e iluminaba el vello rubio de sus brazos. Estaba tan ensimismado en la pantalla que no se percató de su presencia.

Simón le espió por encima del hombro y se dio cuenta de que estaba componiendo una nueva canción en ese programa extraño que se había descargado en el ordenador hacía semanas.

Y tarareaba.

No pudo resistir la tentación. Se acercó y le dio un beso en la nuca donde su piel era suave como la de un bebé.

—Estoy componiendo una canción para ti —le dijo Mike, dándose la vuelta.

No parecía sorprendido por su presencia. Se quitó los cascos al tiempo que le sonreía. Su sonrisa era somnolienta. Y preciosa.

De nuevo, Simón fue débil y sin poder contenerse, bajó la cara y le besó.

Después, una cosa llevó a la otra y la canción a medio componer quedó olvidada...

Esa noche, Simón estaba ocupado corrigiendo exámenes, y Mike se sentó en el sofá a hacer un crucigrama. No era su fuerte, precisamente, tenía dificultades con el idioma y se quedaba atascado en la mayoría de las palabras.

—La uno horizontal está mal. No es ESTELAR. Es CELESTE. ¿Lo ves? Si pones ESTELAR, no te coincide con la uno vertical que es COLINA.

Mike miró por encima del hombro y descubrió a Simón tras él. Se había acercado sin hacer ruido; llevaba sus gafas de intelectual y tenía el pelo

alborotado. Y estaba muy apetitoso.

¡Joder! Cómo le excitaba cuando se ponía pedante y le hablaba como si fuera uno de sus alumnos.

—Y esta de aquí...

No le dejó terminar. Alzó la mano y la posó sobre su mejilla, obligándole a girarse. Luego le dio un beso suave. Fue un simple roce de labios, pero llevaba implícita la promesa de algo más.

Simón abrió los ojos sorprendido.

—¿Y esto?

—Esto es porque eres sexi y quiero acostarme contigo, profe...

Simón enrojeció.

Mike gimió al verlo.

—¿Sigues sonrojándote? Así no se puede...

Se puso de pie y arrojó el crucigrama al suelo. Luego le agarró de la mano y le arrastró hasta el dormitorio.

—Tengo que trabajar —protestó Simón, pero lo hizo con tanta tibieza que no resultó creíble.

—Imagínate que soy una de esas redacciones que tienes que corregir —murmuró Mike empujándole y arrojándole sobre la cama.

Luego se arrancó la camiseta y se tumbó encima de él.

El tiempo que Simón pasaba admirando el rostro dormido de Mike crecía cada noche. Se regodeaba en él, aprovechando que sus rasgos estaban en calma, poseídos por el sueño. También disfrutaba cuando le veía comer o simplemente bebiendo una cerveza. Se quedaba absorto contemplando sus facciones cuando estaba molesto o preocupado, o cuando se mostraba vulnerable.

Todas aquellas facetas de Mike le gustaban. Todas.

En momentos como esos solo quería abrazarle y pensaba que sería maravilloso si pudiese construir un mundo para ellos dos solos.

Un mundo en el que Mike no tuviera que marcharse.

Sí, en siete días se podían hacer tantas cosas...

Pero quizá, la mejor de todas, la más especial e irrepetible, la única que solo se podía hacer con Mike... era bailar.

Sí, bailar. Porque bailar era el mundo de Mike y había llegado a ser el mundo de Simón, pese a que en un principio se mostró reticente.

Bailaban a la luz del día, cuando el sol brillaba alto en el cielo. Y bailaban por la noche, a la luz de la luna o de las estrellas. Siempre era una buena ocasión para hacerlo. Sus cuerpos se pegaban y se movían al compás de cualquier tipo de música. Oscilaban, se mecían, se dejaban llevar por los acordes... Y se besaban.

Con los pies en la tierra y la cabeza en las nubes.

Bailar se había convertido en una declaración de intenciones para ambos.

En algo tan importante como respirar porque, aunque no se decían nada con palabras, su forma de moverse, de acariciarse, de mirarse con intensidad mientras lo hacían lo decía todo.

«Soy yo, soy tuyo y me entrego a ti que eres mío».

Eso parecían decir los ojos de ambos.

Bailar: «Ejecutar movimientos acompañados con el cuerpo, brazos y pies».

Esa era la definición oficial del verbo en el diccionario, pero esa definición se quedaba tan corta para ellos... No se mencionaba que bailar era una puñetera declaración de amor.

—Te gustan las cosas bonitas, ¿verdad? —le preguntó Mike.

De fondo sonaba Michael Bublé y su *Feeling good*.

—Supongo que sí —repuso Simón—. ¿Por?

—Te gusto yo, por eso lo digo —dijo riéndose entre dientes mientras rotaba las caderas, tentador.

Una pequeña risa agitó el pecho de Simón al tiempo que se pegaba más a él.

—Qué pagado de ti mismo estás, pero lo peor es que tienes razón. Estás guapo incluso con ese arañazo en la cara.

—¿En serio? Pues tú estás más feo.

—¿Sí?

—Sí, anda, acércate más que te vea mejor y lo pueda comprobar...

—Más es imposible. Eso sería traspasarte. —Simón elevó las cejas con cierta sorna.

—Mmm..., qué bien suena eso de traspasarme —susurró, frotando la nariz contra la de Simón con ligereza.

—Me gusta esto...

Mike le tarareó una estrofa al oído con su voz ronca y sensual. Al mismo tiempo que lo hacía, sus dedos encontraron los botones de su camisa y comenzaron a desabrocharlos con suma delicadeza. Sus nudillos le rozaron el vientre fugazmente.

—*It's a new dawn, it's a new day, it's a new life for me, and I'm feeling good...*³⁶

La mezcla de aquella breve caricia sobre su abdomen, su aliento cálido bañando el lóbulo de su oreja y sus palabras que reverberaron por todo su cuerpo llevaron a Simón a estremecerse con violencia.

De pronto, Mike se separó unos milímetros y le miró con repentina seriedad.

—Eh, Simón, sabes que me he enamorado de ti, ¿no?

Bum bum bum...

Simón no respondió. ¿Para qué?

¿Desde cuándo eran necesarias las palabras habiendo besos?

Él es especial para mí

He is special to me

Mike abrió los ojos y se encontró con una naricita rosa y unos enormes ojazos azules a solo unos centímetros de su cara.

—Eh, Rico, buenos días...

El gato sacó su áspera lengua y le pegó un lametón en la frente. Luego se marchó de un salto, abandonando la cama.

Mike se incorporó y cogió su móvil. Eran las nueve de la mañana. Simón se había marchado sin despertarle. Era el día en el que tenía que acudir al notario a firmar la venta de su piso.

Se levantó y se dirigió a la cocina para hacerse un café, pero en cuanto llegó se dio cuenta de que Simón ya le había preparado el desayuno. Incluso le había dejado una nota pegada a la tostadora.

Gracias por lo de anoche.

¿A qué se refería? ¿A su confesión? ¿A lo que pasó después? Simón no había respondido a su declaración, pero había reaccionado dándole cientos de besos que los llevaron directos a la cama y a su paraíso particular.

Una respuesta muy válida.

Comenzó a canturrear la canción de Bublé mientras se servía café en una taza y le ponía azúcar. Ojalá todos los días de su vida fueran como ese.

Su móvil comenzó a sonar.

Seguro que era Simón.

Era Andrew.

Resopló, decepcionado, y cogió la llamada.

—Buenos días.

—Buenos días, Mike.

—¿Todo bien? No sueles llamarme.

—Estoy en Madrid.

Mike se detuvo en medio de la habitación con la frente arrugada.

—Estás en Madrid —repitió con la mandíbula apretada—. ¿Por?

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —Una sensación de disgusto comenzó a formarse dentro de él. No le gustaba el tono que estaba empleando Andrew.

—Estoy en la cafetería que hay frente al edificio donde estás viviendo. Baja y hablamos.

La sensación de disgusto aumentó.

—¿Cómo sabes dónde estoy?

—Baja y lo hablamos.

Colgó sin despedirse. El buen rollo que había sentido solo hacía cinco minutos se había esfumado.

Se duchó a una velocidad récord. Se enfundó unos vaqueros ajustados, unas deportivas, una sudadera gris con capucha y las gafas de sol, y cogió las llaves. Antes de salir del piso, su mirada se dirigió hacia la cocina. Sobre la encimera seguía su café y las tostadas que no se había comido.

En fin...

La cafetería era pequeña y estaba casi vacía. Solo había dos personas en la barra y Andrew, que le esperaba en una mesa del fondo. Tenía una taza frente a él y ojeaba un periódico inglés. Su traje gris y su corbata granate rezumaban elegancia. Alzó la vista cuando le vio entrar.

El camarero, un chico muy joven con barbita, le saludó con un movimiento de cabeza.

Pidió un café solo y tomó asiento frente a su mánager, sin quitarse ni la capucha ni las gafas.

—¿Cómo sabías dónde me alojaba?

Ni siquiera le saludó. Prefirió ir directo al grano.

Andrew se limitó a sonreír.

—Vamos, Mike, sabes que no dejo nunca nada al azar —repuso al cabo de un breve lapso de tiempo.

Lo sabía. No obstante, por un momento, había creído que Andrew sí que le había dejado vivir su vida en paz. Tenía que haberlo sabido. Suspiró y se llamó ingenuo.

—¿Y qué haces aquí?

El camarero llegó con su café y lo dejó sobre la mesa.

—Hablar contigo —dijo Andrew.

—Pues habla.

Abrió el sobrecito del azúcar y se la echó en el café. La removió con la cucharilla, aguardando tenso.

—Me he enterado de que has comprado un piso aquí en Madrid. —Su mánager pronunció aquellas palabras con mucha parsimonia.

Mike apretó los labios convirtiéndolos en una fina línea.

—Creo que Walsh tiene la lengua muy larga.

Malcolm Walsh era su abogado personal, no el de la agencia, y la persona a la que había encargado que comprara el piso de Simón con absoluta discreción.

—No le culpes. No ha sido él. Ha sido todo una casualidad. Mi secretaria es la mejor amiga de la secretaria de Timothy Evans.

Evans era el socio de Walsh.

—Pues voy a tener que cambiar de despacho de abogados —masculó, llevándose la taza de café a la boca—. No obstante, eso no explica qué haces aquí.

—Estoy aquí para salvaguardar tus intereses y los del grupo, que también son los míos. No fuiste sincero del todo conmigo cuando hablamos hace una semana, Mike. No te has quedado en España para relajarte. Te has quedado porque tienes algo con el tipo ese, el tal Simon.

Pronunció el nombre al estilo anglosajón, dejando caer la entonación sobre la primera sílaba. A Mike no le gustó nada. Era como si se estuviese refiriendo a otra persona, no a su Simón.

—Eso es asunto mío. Es mi vida privada —masculó. La furia comenzó a expandirse por su cuerpo.

—Si los intereses de Mike Allen son contrarios a los intereses de los CFB, se convierte en un asunto mío también. He tenido que mover cielo y tierra para coordinar las nuevas fechas, con la consiguiente pérdida de dinero. Y todo porque tú has decidido que necesitas vivir una historia de amor con un tío que... —Hizo una pausa antes de proseguir con voz helada—. Con un tío que se está aprovechando de ti.

—¡No te pases!

—Primero promocionas su negocio y luego compras su piso y le sacas de sus apuros económicos. Lo he investigado. Lo sé perfectamente. Está claro lo que quiere de ti.

—No tienes ni la menor idea, así que es mejor que te calles —gruñó—. Además, lo que haga con mi dinero es cosa mía.

—Perfecto, haz con tu dinero lo que quieras, pero si el grupo se ve perjudicado por tu culpa, tengo que intervenir.

Mike desvió la vista y la clavó sobre las lucecitas de la máquina tragaperras que había al fondo del local.

Andrew tenía su parte de razón. Sus decisiones personales habían terminado por afectar al grupo. Eso era cierto. Pero que dijera que Simón se estaba aprovechando de él era una gilipollez.

—¿Cuánto dinero te ha costado? Dímelo y yo asumiré las pérdidas —dijo al cabo de unos segundos.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿dónde quieres ir a parar?

Andrew se echó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. Su expresión había cambiado, transformándose en una más amigable, de pronto.

—Mira Mike, creo que estás pasando por un momento algo complicado. Las cosas no han sido fáciles y estás agotado. Eso lo sé. Y tengo la sensación... —suspiró—. Creo que te has aferrado al tipo ese por necesidad.

Mike soltó la taza con brusquedad. Esta tintineó sobre el plato produciendo un sonido desagradable y haciendo que tanto el camarero como los dos clientes de la barra giraran la cabeza en su dirección.

—¿Por necesidad? —exclamó muy cabreado.

—El psiquiatra dijo que tu estado mental era frágil, por eso tenías los ataques de ansiedad.

—¿Eso no es secreto?

—No olvides que yo fui contigo la primera vez que estuviste allí.

Mike resopló y cerró los ojos. Era una mierda que Andrew supiera tantas cosas de su vida. Por otro lado, nadie tenía la culpa más que él. Por pereza, había dejado que su mánager se ocupara de casi todos los asuntos de su vida personal.

—Lo de mi ansiedad está controlado del todo. No he vuelto a tener ni una puñetera crisis desde que estoy aquí —mintió—. Estoy lo suficientemente bien para saber cuáles son los motivos que me llevan a estar con Simón. Y créeme si te digo que no es por necesidad ni por dependencia emocional ni ninguna gilipollez de esas.

—¿Por qué es, entonces? ¿Por amor? —preguntó con tono despectivo—. No me hagas reír, Mike. Solo le conoces desde hace unas semanas. Lo que tienes es un calentón. Ya hemos pasado por esto antes.

Apretó los puños por debajo de la mesa y trató de respirar hondo mientras contemplaba a Andrew a través de sus pestañas y de los tintados cristales de sus gafas. Parecía tan convencido de lo que decía y su expresión era tan desdeñosa que las ganas de abofetearle le invadieron.

—Esto es diferente.

Andrew soltó una risilla muy fastidiosa.

—Diferente... —murmuró asintiendo—. ¿Qué me dices de Camille o de Gemma o de Jason? Ah, también recuerdo a Chris y a Sonja. Oh, y a ese Phil, el que tenía el bigotito absurdo, o a esa modelo islandesa... ¿Cómo se llamaba...? Ah, sí, Margrét.

Todos esos eran nombres de personas con las que Mike había tenido relaciones; algunas más serias, otras solo esporádicas. Ninguna de ellas tenía nada que ver con Simón.

—Esos son solo nombres sin ningún tipo de significado.

—Se te olvida que querías casarte con Gemma. Viniste a mí para contarme tus planes, eufórico, diciendo que habías encontrado a la mujer de tu vida.

Mike gruñó. Aquello era verdad, pero por aquel entonces solo tenía diecinueve años y acababa de sacar su primer álbum. El éxito repentino y unas cuantas juergas de alcohol y drogas se le habían subido a la cabeza y, cuando aquella *groupie*³⁷ que los seguía a todas partes le confesó su amor, la confusión le llevó a pensar que también estaba enamorado de ella. No tardó en darse cuenta de que estaba equivocado.

—¿Y Chris? —continuó Andrew—. ¿No lo recuerdas?

¿Cómo no iba a recordar a Chris? Fue el primer tío con el que se atrevió a tener relaciones sexuales. Hacía ya cuatro años de eso.

—También estabas muy enamorado de él.

—No era amor. Era un capricho —protestó.

—¿Y qué es Simon, entonces?

Volvía a pronunciar su nombre al estilo anglosajón. Era irritante.

—Simón es diferente. Él es muy especial para mí —confesó. Notaba los músculos de su espalda completamente rígidos.

Andrew resopló con incredulidad.

—Estás actuando igual que entonces, Mike. Dejas de pensar en el grupo para pensar en ti.

—¡Yo nunca he dejado de pensar en el grupo!

—Solo porque yo intervine —aseveró con gran seguridad—. Igual que estoy haciendo ahora. Creo que deberías pensarlo muy bien, Mike. En cuanto lo hagas te darás cuenta de que lo que tienes con ese hombre es algo pasajero.

Mike meneó la cabeza con exasperación. ¡Qué diablos sabía Andrew! Lo que sentía por Simón iba mucho más allá de ser algo superficial y sin significado.

—Una cosa es que estés preocupado por el grupo y hasta por mi estado de salud mental, vale, lo acepto —concedió con un ademán—. Otra cosa es que trates de meterte en mi cerebro e intentes convencerme de algo que no es cierto. No sabes cómo me siento. No sabes qué es lo que siento por Simón

—Pues perdona que no termine de creerme ese profundo amor que sientes por él, pero con tus antecedentes es difícil.

—Joder, hace como un siglo de todo eso que dices. Ahora soy de otra manera.

—Si tú lo dices... —repuso con escepticismo—. Cuando me he enterado de lo que estaba pasando he cogido un avión de inmediato para hablar contigo cara a cara e intentar que no la jodas.

—¡No voy a joder nada!

—Ya lo estás haciendo.

—¡Solo quería un poco más de tiempo para mí!

—Si solo es eso, me parece perfecto. —Se encogió de hombros—. Pero no puedes zafarte de tus obligaciones. Tenemos un contrato que hay que cumplir, no lo olvides. Esto es serio, Mike. No puedes estar jugando. La semana que viene tienes que volver a tu vida como estaba previsto. Todo tiene que seguir igual. Entonces yo me callaré y no diré ni una palabra más. ¿Entendido?

Mike bajó los párpados y se concentró en el borde de su taza. Cada vez que una nueva frase salía de la boca de Andrew, la culpabilidad que sentía aumentaba.

Se sentía culpable porque en el fondo sí había barajado esa opción, la opción de quedarse con Simón. Desde hacía unos días, la idea de dejarlo todo y comenzar de cero le rondaba por la cabeza.

Paseó la mirada por la superficie de la mesa y sus ojos se chocaron con el sobrecito de azúcar que había usado antes. En su cara visible se podía leer una frase impresa:

Para poder seguir a veces hay que empezar de nuevo.

Estuvo a punto de soltar una carcajada sarcástica. Puta psicología barata...

—Mike, tú y yo hemos pasado ya por muchas cosas juntos y nos conocemos. Sabes perfectamente que tengo motivos para estar preocupado. Además, no solo me importa el grupo, también me importas tú. —Se detuvo unos instantes antes de fruncir los labios con disgusto—. Ese tío...

—Ese tío es una persona estupenda —le interrumpió Mike, enfadado—, y no tiene ni puta idea de que he comprado su piso. Jamás me ha pedido nada, así que no vuelvas a hablar de él en ese tono.

Andrew alzó las manos en el aire.

—Perfecto. No voy a volver a mencionarlo.

Después de eso, el silencio se alargó entre ellos.

Mike se alisó las perneras del pantalón con cierto malestar. No quería seguir allí. Tenía ganas de levantarse y largarse. Necesitaba aire fresco. Necesitaba pensar.

—Ah, una última cosa... —dijo Andrew.

Se sacó el móvil del bolsillo y lo toqueteó, luego se lo tendió para que pudiese ver la pantalla.

Mike apenas le echó un vistazo. Sabía lo que iba a encontrarse allí. Una foto. Una foto de Simón y él. A pesar de que en la que Andrew le mostraba él llevaba la gorra y las gafas de sol, cualquier fan habría podido decir que se trataba de Mike Allen. Simón y él se estaban besando. Era de aquella tarde que fueron al parque del Oeste.

—¿Tienes a alguien siguiéndome? —le preguntó. Ni siquiera estaba enfadado. Su voz sonaba más resignada que otra cosa.

—Sí. Desde hace unos días —admitió y parecía realmente incómodo—. Sé que te importa bien poco que la gente sepa sobre tu orientación sexual, pero ya hablamos sobre eso en su momento y aceptaste ser discreto. Hasta ahora la prensa se ha limitado a especular sobre ello nada más, pero si

sigues así, es más que probable que en breve se publiquen fotos similares en algún tabloide de esos de mierda. Y, ahora, no nos conviene. No hasta que salga el nuevo álbum.

Mike se levantó y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Me voy.

Su mánager se le quedó mirando antes de asentir con lentitud. Sus ojos oscuros brillaban con suspicacia.

—Piensa bien en todo lo que te he dicho y no hagas ninguna tontería, Mike. El día veintidós te espero en la agencia. Tus compañeros también cuentan contigo —terminó con voz suave.

Mike no se quedó para seguir escuchándole. Se dio la vuelta y abandonó el local con rapidez. Salió a la calle y una bocanada de aire frío, que recibió agradecido, le acarició la cara. Echó a andar, sin saber muy bien qué dirección tomar ni adónde ir.

Su cabeza bullía.

A pesar de que sentía que estaba siendo malinterpretado y prejuizado, Andrew tenía razón en tantas cosas...

Era cierto eso de que la había cagado en el pasado con algunas relaciones. Había sido demasiado voluble y se había ilusionado con facilidad. Pero desde entonces hasta ese momento había llovido mucho y él no era la misma persona.

Y Simón también era diferente a todos los demás.

No obstante, era lógico que Andrew estuviese preocupado. Lo aceptaba.

Y, si bien no era tan frágil como pensaba su mánager, todavía no estaba recuperado y seguía tomando las puñeteras pastillas para la ansiedad, aunque desde aquella vez en la ducha no había vuelto a sufrir ningún episodio semejante. No sabía si era por la medicación o porque había logrado encontrar su equilibrio mental gracias a la serenidad que le proporcionaba Simón.

Casi sin darse cuenta había llegado al parque cercano. Era temprano y no había mucha gente. Solo se cruzó con un señor que paseaba a su perro y con dos mujeres de avanzada edad que hablaban entre ellas.

Tomó asiento en uno de los bancos y apoyó los codos en las rodillas.

La realidad había venido a buscarle y le había golpeado de lleno. Quizá ya era hora de bajarse de las nubes y aterrizar en el suelo.

Y de tomar decisiones.

Como bien había dicho Andrew, tenía obligaciones y deberes y no podía abandonarlo todo y perjudicar a tanta gente. No podía defraudar a sus compañeros. Y tampoco podía defraudar a su agencia, que había apostado todo por él cuando no era nadie.

Pero ¿renunciar a Simón? No. No podía hacerlo.

Sin embargo, solo imaginar que estaban obligados a vivir su historia de amor a escondidas, le revolvía las tripas. No soportaba pensar que tenían que mantener su relación dentro de un armario. Ni él ni Simón se merecían eso.

Joder, él quería gritar a los cuatro vientos que Simón era su pareja. Que estaban juntos. Que lo que tenían era algo especial. ¡No quería ocultarse!

Aunque también sabía lo que iba a suponer eso. Él no era un personaje anónimo. Era el puñetero Mike Allen, una estrella de fama mundial, ídolo de masas. La repercusión que una noticia semejante podía tener sobre su carrera y, sobre todo, sobre la pacífica vida de Simón, era inimaginable.

Un puto caos.

Se imaginó a los fotógrafos rodeando el portal de la casa de Simón y molestándole en su trabajo. ¡Mierda!

Cerró los ojos. El pecho había comenzado a dolerle y su garganta a estrecharse. Su respiración se aceleró.

¡No! No podía perder los nervios. Tenía que mantener la calma. Inspiró y espiró varias veces y trató de pensar en cosas bellas y agradables: los besos de Simón, su risa, su forma de bostezar, su manera de cruzar las piernas o cómo se concentraba frente al portátil...

Y consiguió controlar el ritmo de los latidos de su corazón en unos pocos segundos.

—Ah... Simón...

A pesar de que solo se conocían desde hacía cinco semanas, él sabía que lo que sentía era lo más real que había sentido en su vida. Simón se había convertido en su todo y había comenzado a pesar más que toda su carrera.

Era una locura.

¿Y si se veía en la obligación de tener que elegir?

Negó con la cabeza.

Él lo quería todo. No deseaba renunciar a nada.

Simón y él tenían que hablar.

OceanofPDF.com

Una visita desagradable

An unpleasant visit

Simón se despidió del último alumno y comenzó a recoger sus libros. Estaba distraído. Le había costado concentrarse en clase.

Algo pasaba con Mike. Desde el día anterior estaba muy extraño.

Cuando regresó a casa de la notaría, le encontró sentado en la terraza, en silencio y con la mirada perdida en el horizonte. No había puesto música y eso era realmente inaudito. Mike no funcionaba sin música.

Le preguntó que qué le pasaba, pero no recibió ninguna respuesta satisfactoria. Solo un vago gesto con la mano y una excusa de que estaba pensando en la letra de una nueva canción.

No le creyó.

El resto de la tarde fue igual. A pesar de que sonreía y hablaba con él, la sonrisa no alcanzaba sus ojos y parecía absorto. Incluso llegó a tener que repetirle alguna frase varias veces.

No quiso insistir en el tema, pero estaba preocupado.

Esa mañana, mientras desayunaban, había tenido la sensación de que Mike deseaba decirle algo, solo que pareció arrepentirse en el último segundo. Y terminó por irse a trabajar invadido por una sensación de malestar.

Se sacó el móvil del bolsillo y le echó una ojeada. Le había mandado un mensaje a Mike hacía una hora y todavía no lo había leído. Quizá estaba liado con el portátil y los cascos y no lo había oído. No sería la primera vez que sucedía algo así.

No tenía clase hasta dentro de dos horas, así que decidió acercarse al gimnasio. Le vendría bien descargar algo de su malhumor contra el saco de boxeo.

Iba camino de la sala de descanso cuando se cruzó con Miriam.

—Tienes una visita en la recepción, Simón —le dijo acercándose a él.

—¿Algún padre o algún alumno fuera de horas?

—No parece. Es un inglés con acento londinense, y ha preguntado por ti. Dice que se trata de un tema personal. Se llama Andrew Brown.

¿Andrew Brown? No le sonaba el nombre. ¿Un tema personal? Quizá fuera algún empresario buscando un profesor para dar clase a sus trabajadores. Tenían algunos clientes así.

—Pásale a la oficina. Ahora mismo voy.

Dejó sus cosas en la sala y se sirvió un café. Se lo tomó de un par de tragos y se fue hacia la oficina, lamentando en silencio no poder ir al gimnasio.

El inglés estaba sentado en la silla que había frente al escritorio. Y era muy inglés. Lo primero que pensó Simón nada más verle era que se parecía muchísimo al presentador del *Follow Me*, un antiguo programa de la televisión británica para aprender inglés que su madre tenía por casa en cintas de vídeo cuando él era pequeño.

—Buenos días —le saludó con su inconfundible acento londinense sin molestarse en ponerse de pie—. ¿Eres el propietario?

—Buenos días —respondió al tiempo que asentía y tomaba asiento al otro lado del escritorio.

Dos cosas no le gustaron de la actitud del visitante. La primera, su manera altiva de dirigirse a él. Y la segunda, que ni siquiera se había molestado en preguntarle si entendía inglés y se había lanzado a hablarle en su lengua a toda velocidad.

Lo dejaría pasar ya que sentía gran curiosidad por saber qué hacía allí y qué quería de él.

—¿En qué puedo ayudarte? ¿Dices que vienes por un asunto personal?

Lo bueno del inglés era su falta de formalismos. Ese maleducado no se merecía que le hablara de usted.

—No me conoces, pero yo a ti sí. Mi nombre es Andrew Brown y soy el mánager de los Crazy Fucking Bastards.

Simón guardó silencio, tratando de recuperarse de la sorpresa que esas palabras le habían causado.

—Sé que Mike está viviendo en tu casa —continuó el inglés con flema. Sus pequeños ojos oscuros desprendían frialdad.

—Sí. Así es —dijo Simón. No terminaba de entender qué hacía ese hombre allí.

—Ayer estuve hablando con él.

¿Por eso el extraño comportamiento de Mike? ¿Por algo que su mánager le había dicho? Se sintió dolido al darse cuenta de que Mike le había ocultado que se había encontrado con él. Aguardó a que el otro siguiese hablando y despejara sus dudas.

—Por tu expresión, veo que no te ha contado que nos vimos.

Simón suspiró. Lo de poner cara de póker no era lo suyo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó con un timbre exasperado.

Andrew Brown se echó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. Su rostro era una mezcla de arrogancia y determinación.

—Voy a ir directo al grano. Pareces una persona inteligente y capaz de entender lo que te voy a decir. No quiero andarme con rodeos.

Simón torció la boca. ¿Eso era un insulto velado?

—Sé cuál es el carácter de vuestra relación —dijo con desagradable lentitud—. Y he venido aquí para pedirte que pongas punto final a... esa pequeña aventura. Ahora mismo eres un problema para la carrera de Mike. Ayer lo hablamos y me dijo que prefiere abandonarlo todo antes que acabar contigo.

Esas palabras llegaron hasta Simón como un golpe brutal y le pillaron totalmente desprevenido. No había esperado algo semejante. Un jadeo huyó de su boca entreabierta. Ni siquiera había tenido tiempo de asimilarlo o de reaccionar, cuando el otro siguió hablando.

—Mike no puede tirar su carrera por la borda solo por un capricho. Hay mucha gente que depende de él y muchísimo dinero en juego. Tú eres el más maduro de los dos y tienes que saber que esa decisión no tiene sentido. Mike va a arruinar su vida.

—¿Mike quiere dejar su carrera por mí? —balbuceó—. ¿Dejar de cantar?

Comenzó a menear la cabeza, aturdido. No podía ser verdad. Mike jamás dejaría la música. Tenía que haber un error.

—El problema es que Mike cree que está enamorado de ti. Ahora mismo, su mundo eres tú. Todo gira a tu alrededor. No le importa nada más. Ni siquiera sus compañeros.

Simón siguió negando, incapaz de creerlo. Trató de buscar el engaño en la mirada del mánager, pero este parecía muy sincero. La preocupación había sustituido a la arrogancia en su semblante.

—Mira, no sé qué es lo tú sientes por Mike y no quiero desilusionarte, pero no eres el primero por el que pierde los papeles. Llevo años a su lado y ya he pasado por esta situación unas cuantas veces. Mike es una persona muy voluble que se entusiasma con facilidad —suspiró y luego hizo una pausa. Semejaba estar eligiendo las palabras más adecuadas para continuar—: No sé si conoces el trasfondo familiar de Mike, pero su madre le abandonó cuando era un adolescente y nunca ha tenido un vínculo muy fuerte con su padre. Este le acogió cuando se quedó solo, pero ya había formado una familia con otra mujer y eso a Mike le afectó bastante.

»Si te cuento todo esto es para que sepas por qué Mike busca afecto constantemente. En cuanto encuentra a alguien que se lo da, pierde la cabeza, cree que se enamora y piensa que por fin ha hallado esa familia que tanto anhela. Pero igual que se ilusiona con rapidez, también pierde el interés a toda velocidad. Ni eres el primero ni serás el último. Llevo cuidando de él desde que cumplió los diecinueve. Y ahora mismo se halla en una situación bastante complicada. ¿Te ha hablado de sus ataques de ansiedad?

Simón solo pudo asentir. La estupefacción le impedía pronunciar ni un solo sonido.

—Los padece desde hace bastante tiempo. Mike es una persona frágil a la que le afectan mucho las cosas. No sé si sabes que está recibiendo mensajes anónimos de un pirado que va tras él. Es un asunto que ya está en manos de la policía, pero que a él le ha provocado esas crisis de ansiedad. Mike es como una bomba de relojería. La mínima cosa puede desestabilizarle mentalmente —dijo, entrelazando los dedos—. No es la primera vez que tiene que medicarse y que no puede controlarse. No es ningún secreto que hace tres años tuvo que ingresar en una clínica de rehabilitación por su adicción a las pastillas.

Simón cogió aire con dificultad. Todo aquello no tenía ningún sentido. Ese tipo del que hablaba Andrew Brown no era el Mike Allen que él conocía. Esa figura vulnerable, insegura y hambrienta de afecto no era Mike. ¿Una clínica de rehabilitación? ¿Adicción a las pastillas? ¿Qué demonios...?

—No me estoy inventando nada —continuó—. La mayor parte de esto que te digo es del dominio público. Está en internet. Solo tienes que teclear su nombre. Lo de sus otras relaciones fallidas, lo de la clínica... Siempre

hemos intentado controlar a la prensa y que la información no trascendiera, pero los rumores están ahí. Y yo te estoy confirmando que no son solo rumores. Todo es verdad.

Simón no pudo soportarlo más y se puso de pie. Se acercó a la ventana que había en un lateral de la oficina y contempló la calle sin verla realmente. No quería seguir escuchando.

—¿Piensas que es normal que una persona a la que solo conoces desde hace unas pocas semanas quiera dejarlo todo por ti? ¿No te suena eso a encaprichamiento de alguien lábil e inmaduro?

El tono y la familiaridad que estaba empleando ese tipo para dirigirse a él no le gustaban nada. Aun así, no le mandó callar. Se sentía febril. Apoyó la frente sobre el frío cristal de la ventana y cerró los ojos.

—Ayer, cuando hablé con él, le mencioné que no era un buen momento para anunciar que tenía una relación de carácter homosexual. No me malinterpretes. Sé muy bien cuál es la condición sexual de Mike y no tengo ningún tipo de prejuicios, pero estamos a punto de grabar un nuevo disco y lanzarlo al mercado. Quizá el público objetivo de los CFB no sean las mujeres, pero Mike Allen atrae a muchas fans del sexo opuesto. Sería la ruina... y ya están comenzando los rumores. Mira esto.

Simón se dio la vuelta, pero no se acercó. Incluso desde la distancia pudo ver lo que el otro le mostraba. Había alzado el móvil en el aire; sobre la pantalla aparecía una foto de Mike y de él. Se estaban besando.

—He conseguido pararle los pies al tipo que tomó estas fotos, pero pronto habrá más por ahí, en circulación. Si seguís así, todo por lo que Mike ha luchado se desmoronará. —Chasqueó la lengua antes de continuar—. Ayer le enseñé estas fotos y me respondió que prefiere ver su carrera arruinada y la de todo el grupo antes que ocultar vuestra relación.

»Tienes unos cuantos años más que él y pareces un hombre serio y bastante sensato, por eso he venido a buscarte. Para pedirte que seas el más razonable y pongas punto final a algo que va a destruir a Mike, sin duda.

Después de eso guardó silencio y Simón lo agradeció. Estaba tratando de ordenar sus pensamientos. El ver aquella foto y el exceso de información que acababa de recibir los había enmarañado convirtiendo su mente en un caos. Unas cuantas palabras destacaban como si fueran carteles de brillante neón: *otras relaciones, no eres el primero, búsqueda de afecto, ansiedad,*

medicación, clínica, inmaduro, encaprichamiento, condición sexual, dejar su carrera, arruinarse la vida...

—Esa persona que describes no es el Mike que yo conozco —repuso.

—¿El Mike que tú conoces? ¿Crees que se puede conocer a alguien en cinco semanas?

Sí, él conocía a Mike. Sabía cómo era. Era sincero y derrochaba simpatía. Era generoso y optimista, valiente y decidido. Su creatividad no tenía límites. Era fuerte y perseverante, muy auténtico y poseía un gran carisma. Tenía sentido del humor y sabía querer. Ese era Mike, no esa persona inestable y rota por dentro de la que hablaba aquel tipo.

—Yo conozco a Mike —dijo con convicción.

—¿Y si tan bien le conoces, sabes que ha sido él el que ha comprado tu piso?

—¿Cómo? —La pregunta le salió entrecortada.

—Ha comprado tu piso —suspiró al tiempo que se ponía de pie—. Mike contactó con sus abogados para poder adquirirlo a tus espaldas.

—Eso... no es posible...

—No tengo por qué inventarme algo así. Y tampoco es tan difícil de comprobar.

Simón volvió a acercarse a su silla y tomó asiento pesadamente. Ignorando que el otro le miraba con suspicacia, apoyó los codos sobre la mesa y enterró la cara en las manos. Se sentía como un imbécil. Mike había comprado su piso y había fingido no saber nada de ese asunto, incluso lo habían celebrado y gastado bromas sobre quién podría ser el comprador.

—No te sientas mal. Cuando se ilusiona es muy generoso. A una de sus novias le compró un coche de lujo y a otra, le transfirió varios cientos de miles de libras.

Simón alzó la cara y se le quedó mirando.

—Lo que me quieres decir con eso es que no me sienta especial, que él suele hacer ese tipo de cosas —dijo en voz baja con gran moderación.

El otro le sostuvo la mirada. Parecía sorprendido de la calma que presentaba.

—Exacto. No eres especial —repuso finalmente.

Aquella frase le dolió. Se le clavó en el corazón como un cuchillo punzante.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —le preguntó. De pronto, solo tenía ganas de que se largara de allí y le dejase solo.

—Creo que es mejor que no le digas a Mike que he venido a hablar contigo. Ahora mismo, no soy su persona favorita y podría ser contraproducente que se enterase de que he venido a buscarte. Como ya me dijo ayer, no quiere que me inmiscuya en su vida... —Se pasó la mano por el pelo, despeinándose—. Pero, con sinceridad, no puedo quedarme quieto mientras él destruye su vida y la de sus compañeros.

—No le diré que has estado aquí —murmuró Simón con fatiga.

Andrew Brown le contempló con una expresión inescrutable.

—Pareces una buena persona —dijo—. Y lamento haberte puesto en una situación semejante; no obstante, apelo a tu sentido común. —Hizo una pausa y terminó por decir con cierta desesperación—: Tú eres el adulto. ¡Por Dios, él solo tiene veinticuatro años!

El tono con el que fue pronunciada aquella última frase le robó el aire de los pulmones a Simón. Tuvo la sensación de que se ahogaba. De repente, se sintió como si fuera un irresponsable aprovechado o como un vulgar asaltacunas, a pesar de que Mike ya no era menor de edad. Miró al mánager a los ojos, tratando de averiguar si lo había hecho a propósito para hacerle sentir miserable o si en verdad pensaba de ese modo, pero solo halló preocupación en ellos.

—No voy a despedirme diciendo que ha sido un placer porque no lo ha sido —dijo Simón, poniéndose de pie. Le hizo un gesto con la mano invitándole a irse—. Hablaré con Mike y dejaré las cosas claras. Yo soy el último que quiere que arruine su vida.

—Muchas gracias —dijo. Y se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta. Justo cuando iba a abrirla, le miró por encima del hombro algo indeciso—. Adiós —dijo finalmente.

Y se fue.

Simón se quedó solo con los ojos fijos en la puerta de vidrio mate. Durante al menos cinco minutos no se movió y apenas pestañeó. Solo los dedos de su mano derecha que se movían con nerviosismo en el aire parecían mostrar algo de vida. Tenía la mente entumecida.

Unos golpecitos en la puerta le llevaron a salir de su abstracción. La cabeza de Miriam asomó por ella.

—¿Qué quería? Es un poquito prepotente, ¿no?

—Es por un tema de su empresa —repuso con rapidez, aclarándose la garganta—. Quiere un profesor de español para sus empleados. Voy a preparar un presupuesto.

—Pásame los datos y lo hago.

—No, no, no te preocupes. Ya lo hago yo —rechazó con la mano—. Por cierto, necesito que me eches un cable con las clases de hoy. Me acaba de saltar una notificación en el móvil. Había olvidado que tengo que ir al dentista —mintió—. Voy a tener que marcharme. ¿Puedes reorganizar mi agenda y coordinar con otros profesores para que tomen mis clases?

—Sí, me pongo a ello ahora mismo.

Y desapareció, volviendo a dejarle solo.

En cuando se hubo marchado, Simón se pasó las manos por el pelo, aturdido.

A pesar de que lo que le había contado Andrew Brown parecía no tener ni pies ni cabeza, había conseguido sembrar la duda en él.

Giró la silla y se quedó mirando el ordenador. Quizá tenía que haberlo hecho antes, pero ni siquiera se lo había planteado. La única vez que buscó información online sobre Mike fue después del concierto y, tras leer su biografía por encima, no había investigado nada más.

Tecleó su nombre en Google.

Más de trescientos millones de resultados.

Era en ocasiones como aquella en las que se daba cuenta de quién era el verdadero Mike Allen.

Agitó la cabeza y se concentró en la pantalla. Había imágenes, vídeos, artículos de periódico de todos los países, entradas en blogs, menciones en redes sociales... Aquello era una completa locura.

Empezó a navegar, abriendo algunas páginas y descartando otras. Y comenzaron a aparecer rumores y escándalos por doquier. Incluso alguien le había interpuesto una demanda por paternidad. Y el titular de una de las noticias rezaba así: *El coche de lujo que Mike Allen le ha comprado a su nueva novia*. También se mencionaba su estancia en la clínica de rehabilitación donde había pasado dos meses, presuntamente. Y había multitud de fotos de Mike tanto con mujeres como con hombres. En algunas aparecía en actitud bastante cariñosa. Muy cariñosa.

Tragó saliva con fuerza.

Sabía que no se podía confiar en la prensa amarillista, no obstante, si solo el veinte por ciento de lo que contaban aquellos artículos era verdad, lo que había dicho su mánager cuadraba. En otro momento, no habría dado credibilidad a ese tipo de información, pero la visita de Andrew Brown lo cambiaba todo.

—Emplea la lógica, Simón —murmuró.

Tenía que pensar las cosas con frialdad y no dejarse llevar por un calentón momentáneo.

Lo que acababa de leer en internet y escuchar de su mánager no encajaba con lo que él creía saber de Mike.

Suponiendo que todo fuese real, sus escarceos y aventuras amorosas, su abuso de sustancias y su ingreso en la clínica, seguían siendo algo del pasado. La gente podía cambiar. Él tenía que confiar en el Mike que conocía y lo que había visto y vivido junto a él.

«¿Y los ataques de ansiedad?», le susurró una vocecita.

Eso podía tener una explicación sencilla. Como le había dicho Mike, estaba agotado por el trabajo. Y tener crisis de ese tipo no era gran cosa. Su madre las padecía.

«¿Y lo del piso?».

Se sacó el móvil del bolsillo con rapidez y buscó el número de Luis.

—Hola —saludó cuando este cogió el teléfono.

—Hola, ¿qué pasa?

—Luis, ¿puedes conseguir la información de la empresa que ha comprado mi piso? Necesito saber quiénes son los propietarios.

—Sí, claro. Voy a decirle a Marga que llame a la notaría. Normalmente, las empresas tienen que aportar la escritura de constitución de sociedad ante el notario. ¿Por? ¿Ha pasado algo?

—No. Es mera curiosidad.

—Pues te llamo en unos minutos y te lo digo.

—Gracias. Luego hablamos.

Colgó con una sensación de pesadez en el estómago. Si resultaba ser cierto que Mike había comprado su piso, no sabía cómo iba a reaccionar. ¿Se había quejado tanto de sus problemas económicos que Mike se había visto forzado a ayudarlo? ¿O ese era su *modus operandi* habitual?

El coche de lujo que Mike Allen le ha comprado a su nueva novia.

—¡Mierda! —exclamó.

Se levantó como impulsado por un resorte y la silla salió disparada hacia atrás, golpeando la pared. Volvió a dirigirse a la ventana y contempló la calle con las manos enterradas en los bolsillos.

Solo hacía dos días que Mike le había confesado que estaba enamorado de él. Simón había podido escuchar la franqueza en sus palabras y verla en sus ojos. Había sido sincero.

¿O no? ¿O era un mero encaprichamiento como decía Brown?

No podía ser.

¿Crees que se puede conocer a alguien en cinco semanas?

La pregunta le rondó por la cabeza y le llenó de desazón.

En realidad, cinco semanas no eran suficientes para conocer a una persona, pero el tiempo que habían pasado juntos fue tan intenso que Simón dejó de medirlo en días. Lo medía en sensaciones y en emociones. Y durante esas cinco semanas había experimentado muchas más de las que hubiera podido vivir con otra persona en años.

Todo aquello que habían vivido juntos no podía ser un espejismo. Tenía que ser real.

Él quería a Mike.

Sintió un pinchazo en el corazón.

En ese momento, el móvil vibró en su mano.

Era Luis.

—Hola.

—Agárrate bien fuerte o mejor, siéntate.

Simón cerró los ojos. Lo sabía.

—La empresa *AM Investment Ltd.* tiene como administrador único a Michael Allen y a dos apoderados, uno de ellos es el abogado del despacho de aquí de Madrid, el pijo que vino a la firma, el tal Mason Conde-Williams. —Hizo una pausa—. Vamos, que el que ha comprado tu piso es Mike.

Simón se dejó caer sobre la silla de la que se había levantado minutos antes. Hundió la cabeza en los hombros y cogió aire.

—¿Qué vas a hacer...? —preguntó Luis.

—No lo sé.

—A ver, ¿te doy mi opinión? —Luis sonaba práctico y carente de emociones.

—Dámela.

—Ha comprado tu piso y se ha comprometido a vendértelo en cinco años con una ganancia de un diez por ciento para él. No ha salido perdiendo. No te ha regalado nada, así que no te mortifiques ni nada por el estilo.

Eso era verdad. Lo que en realidad le molestaba a Simón era que lo hubiese hecho a sus espaldas.

—Ahora bien —continuó Luis y su voz se había tornado más cálida—, entiendo que te sientas incómodo si no lo sabías. ¿Cómo lo has averiguado?

Simón soltó un suspiro.

—Intuición —respondió.

—No seas muy duro con él. Parece que te aprecia de verdad y solo quería ayudarte.

—Sí, eso parece... —musitó.

—Si necesitas algo más, llámame.

—Bien. Y gracias.

Cortó la llamada y se quedó un rato mirando al vacío.

Brown tampoco le había mentado con lo del piso. Hasta el momento, no le había engañado en nada. Recordó su expresión cuando pronunció aquella última frase. *Tú eres el adulto. ¡Por Dios, él solo tiene veinticuatro años!*

Otras frases comenzaron también a danzar por su mente.

Prefiere abandonarlo todo antes que acabar contigo...

Prefiere ver su carrera arruinada y la de todo el grupo antes que ocultar vuestra relación...

Va a destruir su vida y la de sus compañeros...

Se llevó los dedos a las sienes y se las apretó con fuerza. Sentía como si una losa hubiera caído sobre sus hombros.

Tenía que hablar con Mike y tomar decisiones. Decisiones difíciles.

Le dolía el corazón.

Te elegiría a ti
I'd choose you

Tenía que darle una explicación a Simón. Sabía que se estaba comportando de forma extraña desde que se reunió con Andrew y que él lo había notado.

Había tardado algo de tiempo en aclarar sus ideas, pero ya sabía lo que quería y había llegado a un compromiso consigo mismo. Quería seguir adelante con su relación. No iba a renunciar a ella. Y estaba casi seguro al cien por cien, de que Simón quería lo mismo. No obstante, dado que no deseaba perjudicar a su grupo, estaba dispuesto a mantenerlo en secreto hasta que saliera el nuevo álbum. A fin de cuentas, estaba previsto que fuese para abril. Solo serían seis meses.

Esperaba que Simón lo entendiera y que estuviese dispuesto a aceptarlo.
Si no era así...

Si no era así no sabría qué hacer.

Soltó un gemido cargado de frustración y se sentó en el suelo junto a la cama para jugar con Rico, que llevaba unos segundos restregándose contra su tobillo. El gato se tumbó y le ofreció la tripa. Mike se la acarició con suavidad.

El sonido de la llave en la cerradura le hizo levantar la cabeza.

Solo una breve mirada al rostro de Simón le avisó de que algo no andaba bien. Se incorporó con rapidez y se acercó a él. Antes de que este se hubiera podido quitar la mochila de la espalda, se la cogió y la depositó en el suelo junto a la mesita de la entrada. Fue a darle un beso de bienvenida y se encontró con sus labios esquivos y distantes.

—¿Ha pasado algo? —inquirió con el ceño fruncido.

Simón tardó en responder. Se alejó hacia la zona de la cocina y evitó mirar a Mike que estaba tan atractivo como siempre, con sus pantalones negros y su camiseta blanca de manga larga. El pequeño rasguño de su mejilla casi estaba curado del todo.

Había pasado las últimas horas caminando por la ciudad, tratando de poner en orden sus ideas y buscando la mejor solución para ellos. Y había llegado a una dolorosa conclusión.

Tenía que ponerle punto final a esa relación por más que eso le resultase desagradable. No podía consentir que Mike pusiera su carrera en peligro o que renunciara a nada por él.

—Tenemos que hablar —dijo al tiempo que abría la nevera y sacaba dos cervezas—. ¿Quieres una?

Mike asintió con la confusión dibujada en la cara.

Simón se encaminó a la terraza y se sentó en uno de los butacones. Estaba ansioso y no sabía muy bien cómo comenzar esa conversación. Abrió una de las latas y le dio un largo trago a la cerveza. Estaba muy fría. Quizá hubiera sido mejor un café. Las horas que había pasado andando sin rumbo por las calles le habían dejado destemplado. Se había olvidado la chaqueta en trabajo.

Miró de reojo a Mike, que había tomado asiento frente a él. Ni siquiera había hecho amago de abrir su cerveza. Le contemplaba de frente con un brillo escrutador en sus ojos azules.

—Yo también quiero decirte algo —dijo de pronto.

A Simón se le encogió el estómago. ¿Qué quería decirle? ¿Que había tomado alguna decisión con respecto a su futuro o algo así? Se aclaró la garganta.

—Sé que has sido tú el que ha comprado este piso —dijo casi a bocajarro, adelantándose.

Mike se echó hacia atrás con brusquedad, sorprendido.

—Sí. Es verdad —admitió en voz baja tras una vacilación—. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Luis.

Después de eso ninguno habló. Tampoco se miraron. Caía la noche sobre los tejados de Madrid y, poco a poco, la terraza se iba sumiendo en sombras.

Mike se echó el pelo hacia atrás y se lo recogió en una coleta con la goma que llevaba en la muñeca. No soportaba ver esa expresión vacía en la cara de Simón. Le hacía sentirse inseguro y era algo que no le sucedía con frecuencia. Entendía que Simón pudiera cabrearse por haberle ocultado lo del piso. El problema era que no parecía enfadado, parecía triste.

—¿Estás enfadado? —le preguntó al fin.

—No —admitió con un suspiro—. Creo que si estuviese en tu lugar habría hecho lo mismo. Aunque cuando me he enterado no me ha gustado la idea, después de haber meditado sobre ello, pienso que no es tan importante.

—Me alegro de que lo tomes así —repuso con cautela—. No tenía ninguna mala intención.

—Supongo que no. Además, creo que es algo que haces con frecuencia, ¿no?

Mike arrugó el ceño. ¿Algo que hacía con frecuencia? ¿A qué se refería?

—No te entiendo.

—¿No le compraste un coche de lujo a una de tus novias? —le preguntó Simón con tono ácido sin mirarle. Tenía la vista fija sobre una de las ventanas.

Mike se tensó. Desvió la vista y la clavó sobre la lata de cerveza que todavía no se había molestado en abrir.

—Eso...

—Parece que hay muchas cosas de ti que no sé —le interrumpió.

—Lo del coche es una gilipollez —dijo Mike alzando las manos en el aire y quitándole importancia—. Fue hace años cuando estaba empezando en esto y era un crío... Tenía demasiado dinero y no sabía qué hacer con él.

Simón se rio con sarcasmo y se puso de pie.

—Me hace gracia eso que dices. Hace años, cuando eras un crío... —Meneó la cabeza como hablando consigo mismo—. Si solo tienes veinticuatro años...

Le había dado muchas vueltas a lo que le había dicho Brown sobre la diferencia de edad entre ambos y sobre que él era el adulto responsable y que Mike carecía de madurez. Algo que durante esas cinco semanas que pasaron juntos no había significado nada para él, en el momento en que el mánager lo mencionó, se había convertido en un obstáculo.

—Hasta ayer mismo te importaba una mierda mi edad —repuso Mike y parecía algo dolido—. ¿Qué ha cambiado? ¿Es por lo del piso? Acabas de decirme que no es para tanto.

Simón se alejó hacia los ventanales. Se detuvo frente a ellos y se cruzó de brazos.

—Hoy he hecho algo que tendría que haber hecho antes. He buscado tu nombre en Google y he leído algunas cosas.

Mike resopló con desdén.

—¿Y qué cojones has leído? Casi todo lo que aparece ahí son mentiras y rumores. ¿Te vas a fiar de eso? No pensaba que fueras ese tipo de persona.

—Has tenido muchas relaciones...

—¿Y qué? ¿Y qué si he tenido muchas relaciones? *Fucking hell!*³⁸ —La ira convirtió su voz en un gruñido áspero—. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—¿Soy alguien especial para ti o soy uno más?

Mike se levantó como impelido por un resorte. La cabeza había comenzado a darle vueltas. Todo eso que decía Simón se asemejaba demasiado a lo que le había dicho Andrew el día anterior. Se acercó a él de dos zancadas y se situó a su espalda, apoyando las manos en sus hombros. Simón se puso rígido como si no pudiese soportar que le tocara. Aquello le dolió.

—¿No significan nada para ti estas semanas que hemos pasado juntos? ¿No te has dado cuenta de que para mí eres alguien muy especial? ¿Cómo puedes creer otra cosa? —le dijo, enterrando la nariz en su pelo. Olía al champú que ambos usaban.

Le sintió estremecer. Él mismo notó que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—Creo que somos demasiado diferentes —susurró Simón—. Hay muchas cosas que desconocemos el uno del otro.

—¿Qué cosas? Yo no te guardo secretos.

—¿Es cierto que estuviste en una clínica para rehabilitarte?

Mike dejó escapar un improperio.

—Es verdad —reconoció al cabo de unos segundos—. Pasé un mes en una clínica. No podía dormir y terminé por engancharme a las pastillas. No te hablé de ello porque no es importante. Además, está por todas partes en internet, no es un secreto.

Simón sabía que no estaba siendo justo. Lo sabía. Estaba interrogándole de un modo feo y desagradable como si hubiera hecho algo terrible. Todo el mundo tenía derecho a tener secretos y vida privada. Y en el caso de Mike eso era algo casi imposible.

—Todo eso pertenece a mi pasado —continuó Mike—. Hace mucho tiempo de eso. No tiene nada que ver con el Mike que soy ahora. He cambiado.

Simón apretó los puños, mortificado y sintiéndose como un imbécil. Mike tenía razón, por supuesto que la tenía, no obstante, Andrew Brown había conseguido sembrar la semilla de la duda en él. Lo odiaba y se odiaba.

—Si tuvieras que elegir entre tu carrera y una relación, ¿qué elegirías? —inquirió.

—¿Es una pregunta trampa?

Los dedos de Mike se hundieron en la carne de sus hombros.

—No. Dime, ¿cuál sería tu elección?

—Depende de qué tipo de relación tuviera... —contestó entre dientes.

—Pongamos que es una relación como la nuestra. —Hizo una pausa y buscó las palabras adecuadas—. Alguien a quien solo conoces desde hace unas pocas semanas...

Mike entornó los ojos. No sabía adónde quería ir a parar Simón, pero comenzaba a sospechar que aquello no iba a terminar bien.

—Lo que tú y yo tenemos no es ese tipo de relación tan superficial.

—¿No?

—¡Por supuesto que no lo es! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —exclamó furioso, cogiéndole del brazo y obligándole a girarse.

Los ojos de Simón estaban apagados y su boca mostraba una sonrisa triste. Mike no pudo evitarlo y le abrazó con delicadeza, depositando un beso sobre su frente. No soportaba verle así, pero no tenía ni idea de qué podía hacer. Se sentía tan impotente... ¿Qué demonios estaba sucediendo? ¿Qué había cambiado para que Simón estuviese tan lleno de dudas? ¿De veras había creído todo lo que aparecía en internet sobre él y estaba inseguro sobre su relación? No podía ser cierto. Simón no era así.

—Por ti estaría dispuesto a dejar muchas cosas —repuso en un murmullo.

Simón guardó silencio y dejó caer la cabeza hacia delante.

—Ese es el problema, Mike... —suspiró con suavidad.

—¿Problema?

—¿Qué pasaría si saliese a la luz que tú y yo estamos juntos?

Mike apretó la mandíbula y no respondió.

—¿Qué harías si tuvieses que decidir entre tu carrera o nuestra relación?
—volvió a insistir en voz muy baja.

«Por favor, no me elijas a mí».

—Te elegiría a ti —respondió con absoluta firmeza como si la pregunta fuera una obviedad.

Lo que había dicho Brown era verdad.

¡Mike estaba decidido a sacrificarlo todo por él! Sin pretenderlo y de un modo completamente inocente, se había convertido en un lastre para el prometedor futuro de Mike Allen. Él iba a ser la causa de que arruinase su vida.

Simón cerró los ojos y trató de apartarse, pero los brazos de Mike eran fuertes y no pudo liberarse de ellos. En realidad, tampoco lo intentó con demasiado ahínco. El abrazo era demasiado bueno para dejarlo escapar. Sin embargo, sabía que había llegado el momento de dejar de dar vueltas y aceptar la realidad.

¿Podían seguir viviendo a escondidas encerrados en ese ático? ¿Sin pisar la calle por miedo a ser descubiertos? Él quería que Mike siguiese brillando. Y era muy egoísta por su parte pretender que solo lo hiciera para él.

Sentía el pecho a punto de estallar por la desolación, pero no tenía otra salida. Su tiempo se había acabado.

Mike le alzó la barbilla con los nudillos y trató de besarle, pero él se zafó en el último instante, girando la cara.

—¿A qué viene todo esto, Simón? —le preguntó con enfado—. Me estás asustando con esa actitud. Ve al grano de una puta vez.

Simón le miró sin pestañear mientras cogía aire por la boca y lo soltaba por la nariz. Estaba intentando controlar los latidos de su corazón que se habían disparado como siempre le sucedía cuando le tenía tan cerca.

«¡Dilo ya! No alargues más esta situación miserable».

Solo habían sido cinco semanas. Era poco tiempo. ¿Cuánto se tardaba en superar a alguien? En algún sitio había leído que se necesitaba el doble de tiempo del que se había pasado junto a la persona que uno quería olvidar. Eso significaba que en diez semanas habrían pasado página. Ambos lo lograrían.

Además, Mike había tenido innumerables relaciones. Seguro que no era difícil para él superar una ruptura. Estaría acostumbrado...

En cambio, para Simón las cosas no iban a ser tan fáciles. Lo sabía. Ya estaba sintiendo cómo se rompía por dentro.

—Creo que... esto no va a funcionar.

¡No! No era eso lo que Mike quería escuchar. Una chispa enojada se desprendió de sus ojos. Trató de buscar en las profundidades de la mirada de Simón algo que le confirmase que este estaba mintiendo o que no iba del todo en serio. Algo a lo que aferrarse...

No lo halló.

Solo vio pena y mucha determinación.

—Es mejor que nos separemos.

Esas palabras, aunque las estaba esperando, le partieron el corazón.

OceanofPDF.com

Por favor

Please

—¿Estás cortando conmigo? —La incredulidad se filtró en su tono.

¿Cómo había podido suceder eso? Hacía solo una hora estaba esperando a Simón para hablar con él de su futuro, para proponerle una vida en común, para pedirle que le esperara unos meses mientras él resolvía lo del nuevo álbum...

Y ahora, ¿estaba cortando con él?

—No lo entiendo —masculló.

—¿Qué no entiendes? —preguntó Simón soltándose y dando unos pasos hacia atrás.

—¡Esto! —exclamó, señalándolos a ambos alternativamente—. Que estés rompiendo conmigo... Eso es lo que no entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿He hecho algo mal?

Simón tardó en responder. Tenía la mirada clavada en el suelo y las manos dentro de los bolsillos de su pantalón gris. Parecía muy incómodo e, incluso desde la distancia que los separaba, se podía apreciar que estaba muy tenso.

Mike sintió una enorme pesadez en el pecho. La intuición le decía que Simón había tomado una decisión definitiva y que estaba más que resuelto a seguir adelante hasta el final. ¡Pero él no estaba preparado!

¿Cómo narices se preparaba uno para que le dejaran?

—Es solo que me he dado cuenta de que esta relación no nos lleva a ningún sitio —dijo Simón en voz baja.

—¡Qué gilipollez es esa! —gritó—. ¿Esto es por todo lo que has leído en internet? ¿Te has creído todo lo que pone ahí? No lo puedo creer —continuó. Estaba furioso. Más que furioso estaba perplejo—. Vamos, Simón, vamos a hablarlo...

—No hay nada de qué hablar. Tú tienes tu vida y yo tengo la mía.

Mike emitió una risa amarga.

—Parece una puta frase de esas películas tuyas.

Simón guardó silencio. Ni siquiera se atrevía a hablar por miedo a que la voz le saliera temblorosa de la garganta. Le estaba costando la misma vida no perder los papeles y abrazar a Mike. Se dio la vuelta y se alejó todavía más hacia el otro extremo de la terraza, buscando que las sombras de la noche ocultaran la expresión de su rostro. Tardó en recomponerse.

—Mike, creo que no hay mucho más que decir. Es mejor que terminemos con esto —logró pronunciar con cierta firmeza.

«Es lo mejor para ti, Mike, aunque ahora no lo veas», se repetía una y otra vez. «Solo estoy siendo más lógico y maduro. Solo quiero lo mejor para ti».

Mike se quedó mirando la silueta de Simón sumida en la penumbra. Estaba tan lejos en ese momento. A kilómetros de él...

—¿Acaso te avergüenzas de estar conmigo? ¿De estar con un hombre? ¿Es eso?

No recibió respuesta.

¿Era eso? ¿Le resultaba vergonzoso tener una relación homosexual?

No podía creerlo. Simón no era ese tipo de persona. Incluso se lo había contado a sus amigos...

¿Qué podía hacer para que no le dejase?

Quizá se estaba comportando como un idiota, pero no podía evitarlo.

Gimió aturdido y apretó los párpados, tratando de contener la angustia. En vano.

—No me dejes... —terminó por decir en un susurro.

Sabía que había sonado a súplica.

Porque lo era.

¡A la mierda su orgullo! ¡A la mierda todo! No podía perder a Simón.

—¿Cómo puedes hacerme esto? No quiero que esto se acabe —murmuró—. No me dejes, por favor —volvió a repetir.

Notaba que le ardían los ojos y que se le había contraído la garganta. Sentía como si alguien le hubiese clavado un puñal en el pecho y estuviera retorciéndolo con saña. ¡Joder, cómo dolía!

—No sé qué quieres de mí, pero sea lo que sea, dímelo. Estoy seguro de que puedo dártelo —dijo con convicción al tiempo que asentía con vigor—. Lo que sea. ¿Necesitas más tiempo? ¿Algo de distancia? ¿Quieres que me vaya de tu casa para que puedas pensar? Lo que sea. Tú solo dilo. —Hizo

una pausa mientras se llevaba las manos a la cara y se la cubría con ellas—. Pero... no cortes conmigo... No acabes con esta relación. Te lo pido por favor... Es muy importante para mí... —dijo.

Simón no reaccionó de ningún modo.

Mike no pudo soportarlo más. Con brusquedad, se dio media vuelta y abandonó la terraza. Se dirigió a la nevera y sacó otra cerveza. Necesitaba tener las manos ocupadas. La abrió y bebió convulsivamente.

Simón se giró y le miró. Los músculos de su espalda estaban tensos y mostraban a las claras cuál era el estado en el que se encontraba. Él también accedió al interior del piso, pero no se acercó a Mike. Se detuvo junto al sofá y trató de que el nudo de aflicción que se le había formado en el pecho se disolviera.

—Debería enfadarme contigo por no confiar en mí y creerte todos esos rumores de internet. —Escuchó decir a Mike que hablaba con suavidad y cierto tinte derrotista—. Debería estar cabreado contigo por prejuizgarme..., pero es que ni siquiera puedo enfadarme de verdad. Solo estoy jodidamente triste.

Simón cerró los ojos. No podía soportar que Mike reaccionase así. Todo sería mucho más fácil para ambos si empezase a gritar, a regañarle furioso, a insultarle.

—Vamos a olvidar que has dicho eso de que quieres acabar con lo nuestro —continuó al cabo de un breve lapso de tiempo—. Asumo que lo haces por mi bien o por lo que sea. No quiero que me des explicaciones, solo vamos a olvidarlo y a seguir como hasta ayer. ¿Acaso no éramos felices hasta ayer? —Se le rompió la voz.

Las manos de Simón comenzaron a temblar al escuchar todo ese dolor encerrado en las palabras de Mike, y volvió a metérselas en los bolsillos. Su resolución empezaba a flaquear. ¿Qué más podía decir para alejar a Mike sin delatar a su mánager? Le había prometido no contarle que habían hablado.

—Ni siquiera sé cuáles son tus razones verdaderas para romper conmigo.

«Miente, Simón. Miente».

—Mike, lo nuestro solo ha sido... una aventura —balbuceó sintiéndose como un verdadero miserable, al tiempo que se encaraba con él—. No te lo

tomes tan a pecho. Creo que los dos sabíamos que esta relación tenía fecha de caducidad.

Mike le miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que aquellas frases hubieran salido de su boca.

—¿Fecha de caducidad? —gruñó—. ¡Habla por ti! ¡Cuando yo empiezo algo lo hago con todas las consecuencias! —dijo con pasión golpeándose el pecho—. Creía que tú también. No... te tenía por ese tipo de persona.

—Ha sido solo... sexo... —Casi se atragantó al decirlo.

—¿Solo sexo? —gritó Mike con enojo, llevándose las manos a la cabeza, mas no tardó en calmarse y soltar una risa cargada de desdén—. Sí, tienes razón. Ha sido solo sexo y ni siquiera el mejor que he tenido, la verdad.

Simón se encogió por dentro. Aquello dolía mucho, pero se lo merecía.

De pronto, Mike dio unos pasos hacia él y le acorraló contra la pared al lado de la puerta de entrada. Se le quedó mirando con los ojos relampagueando furiosos, y terminó por alzar el puño y estrellarlo contra el tabique justo a unos quince centímetros de su cabeza.

Simón ni siquiera se inmutó. Lo había esperado.

Mike siguió contemplándole. Parecía completamente fuera de sí, pero poco a poco, la ira que se reflejaba en sus facciones fue cambiando y convirtiéndose en pesadumbre. Una fina capa de humedad le cubrió los ojos y un suave gemido brotó de su garganta.

Simón bajó la vista. No podía soportarlo. No podía verle así.

—Perdóname... No he querido decir eso —musitó—. Me haces llorar... Y yo no soy un tío que llore, Simón... Mírame. Mira en lo que me has convertido... —Se le quebró la voz.

Simón no quería mirarle, pero se obligó a hacerlo. Las lágrimas se concentraban en sus rubias pestañas. En el momento en que parpadease se derramarían.

Lo hizo. Parpadeó.

Dos gruesas gotas rodaron por sus mejillas. Simón tragó saliva. Incluso así, con toda esa tristeza envolviéndole, Mike Allen era un puñetero regalo para la vista. ¿Cómo podía alguien ser tan absurdamente hermoso? Reprimió el impulso de alzar la mano y enjugarle el llanto con los dedos.

—Si ibas a terminar conmigo de este modo, tenías que haberme rechazado. No deberías haber aceptado ni mis abrazos ni mis besos... Ni mi

puta confesión de amor. Me siento como si me hubieses arrancado el alma... ¿Te parezco débil y frágil? ¿Te parezco gilipollas?

Nada más decir aquello se apartó con brusquedad, mostrándole solo su perfil al tiempo que se limpiaba las mejillas con inusitada rudeza.

Simón rechinó los dientes y alzó el brazo. Estuvo a punto de tocarle, pero se dio cuenta a tiempo de lo que iba a hacer y se retiró en el último segundo. No podía flaquear.

—¿Por qué cojones me llamabas *my shining star*? ¡Dilo! Me hiciste creer que yo..., que yo...

Simón no pudo soportarlo más. Con el último ápice de entereza que todavía le quedaba se dirigió hacia el baño.

—Deberías recoger tus cosas... —murmuró justo antes de acceder a la pequeña estancia.

Nada más cerrar la puerta, se derrumbó.

Apoyó la espalda sobre la hoja de madera y se deslizó hasta que quedó sentado en el frío suelo. Enterró la cara en las rodillas y se mordió los labios para no soltar una maldición ahogada.

«Es por su bien. Es por su bien», se decía, pero ya no tenía ni idea de nada.

Unos golpecitos suaves le hicieron levantar la cabeza.

—Simón, por favor... —La voz de Mike sonaba frágil y sin fuerza—. Abre la puerta. Vamos a hablarlo...

Cerró los ojos y un desagradable zumbido se le instaló en los oídos. Se llevó las manos a las orejas y se las tapó cobardemente.

Mike golpeó la puerta de nuevo con los nudillos.

—Ábreme. —Llamó con desesperación.

No podía soportar esa situación. Simón a un lado de la puerta y él al otro. Era absurdo. Necesitaba verle cara a cara. ¡Ver la expresión de su rostro!

—Si he dicho algo que te haya ofendido, me disculpo. Te prometo que nunca voy a hacer nada que no quieras —dijo en un susurro.

Se sentía patético hablando de ese modo, pero no sabía de qué otra manera podía llegar hasta Simón. Era la primera vez que le sucedía algo semejante.

—Dame otra oportunidad —balbuceó.

No hubo reacción alguna.

Se golpeó los muslos con los puños al notar cómo nuevas lágrimas se desprendían de sus pestañas. *Fuck!* ¡Estaba llorando! No podía ser verdad, pero la tristeza que sentía en su interior era inmensa. Una tristeza que le estaba asfixiando.

¿De verdad se había acabado todo? No entendía nada.

¡No! Se negaba a aceptarlo.

Simón y él tenían algo especial...

Apoyó la frente sobre la superficie de madera y volvió a intentarlo.

—Simón, joder, no me hagas esto... Abre la puerta y vamos a hablarlo. Estoy enamorado de ti y, a pesar de que nunca me lo has dicho con palabras, estoy seguro de que... tú también sientes algo por mí, no lo niegues... Simón, por favor... Ábreme. Por favor, por favor...

Nada. Ni un solo sonido.

—¡Simón! —exclamó, invadido por la impaciencia y el desaliento—. ¡Abre la puñetera puerta! Tienes diez segundos. Si no la abres me marcharé y no volverás a verme... —amenazó.

Simón no sabía durante cuánto tiempo iba a poder soportarlo. Si seguía escuchando a Mike suplicándole de aquel modo, sucumbiría, sin lugar a dudas. Su voz sonaba tan diferente a lo usual... No vibraba cálida como siempre, sino apagada y triste.

Los diez segundos pasaron y diez minutos más y quizá una hora, y Mike seguía murmurando cosas ininteligibles desde el otro lado de la hoja de madera.

La preocupación comenzó a embargarle. ¿Y si Mike tenía otro ataque de ansiedad? ¿Y si perdía los nervios? Su mánager le había dicho que era una bomba de relojería, que podía saltar con la mínima chispa. ¿Y si lo que estaba sucediendo le provocaba una nueva crisis? Él sería el responsable de eso...

Un sollozo ahogado seguido por unos cuantos golpes llegó hasta él desde el salón.

—Te vas a arrepentir de esto, Simón... —Le oyó decir.

Mike se quedó mirando la puerta cerrada unos instantes antes de girarse con ímpetu y dirigirse al dormitorio, tambaleante. Tenía la cabeza enmarañada y era incapaz de pensar con coherencia. Un velo de lágrimas le nublabla la vista. Por instinto, cogió una cazadora, la gorra, las gafas de sol,

la cartera y el móvil. Y, con el corazón destrozado, se encaminó a la puerta de la calle.

Se detuvo antes de agarrar el picaporte. No se atrevió a mirar hacia atrás. No quería ver el piso en el que habían pasado tan buenos momentos en las últimas semanas.

Una vocecita le dijo que volviera a insistir, que llamara a Simón una y otra vez hasta que este no tuviese más remedio que abandonar el baño y encararse con él.

Otra vocecita, un poco más coherente, le dijo que se largase, que tuviera algo de orgullo y dignidad y que dejara de arrastrarse; que una persona que se comportaba como lo había hecho Simón no merecía la pena.

Se sentía roto por dentro.

Elevó la barbilla y cogió aire. Luego se limpió la cara con tanta furia que se hizo daño.

—*Fuck off!*³⁹

Se tragó las lágrimas y, respirando sonoramente, abrió la puerta y se fue.

El ruido del portazo hizo que Simón diera un respingo.

¿Se habría ido de verdad?

Aguardó y agudizó el oído.

Solo había silencio.

Sí, se había ido.

Sentía un enorme vacío en su interior y le hubiera gustado gritar. Al contrario que Mike, él no había derramado ni una sola lágrima. Sin embargo, tenía ganas de vomitar. La bilis le acudió a la garganta y terminó con la cabeza dentro del retrete y el cuerpo sacudido por las arcadas.

Tardó mucho tiempo en abandonar el baño.

Una eternidad.

Cuando lo hizo, ya de madrugada, le recibió un piso desierto. Ni siquiera Rico estaba a la vista. Debía de haberse escondido debajo de la cama, huyendo de la horrible escena que habían protagonizado.

—Mike... —susurró.

No obtuvo respuesta, por supuesto.

Enterró la cara en las manos y soltó un gemido.

Mantenlo en secreto

Keep it a secret

Era lunes y hacía tres días que Mike se había marchado. La única noticia que tuvo de él en ese tiempo fue un mensaje que recibió el domingo por la noche en el que le avisaba de que alguien pasaría a recoger sus pertenencias al día siguiente. Escueto, seco e impersonal.

Y así fue.

Esa mañana se habían presentado dos hombres en su casa. Habían llamado a la puerta a primera hora cuando él ni siquiera había terminado de desayunar y, en menos de un cuarto de hora, se lo habían llevado todo.

Todo.

Solo fueron necesarios quince minutos para borrar a Mike Allen de su piso.

Con la cabeza hundida en los hombros, terminó de tomarse el café de pie junto a la encimera de la cocina. Había sacado dos tazas del armario, de nuevo. Y el azúcar.

Era un imbécil.

Rico estaba tumbado encima de la cama y le dirigía miradas cargadas de reproche, como si supiese que él era el culpable de que Mike ya no estuviera allí. Le echaba de menos, era evidente. Todos los días se subía a la cama y olisqueaba la almohada. Simón todavía no había podido ni querido cambiar la funda que seguía oliendo a él.

Era curioso con qué facilidad Mike había conseguido ganarse el afecto del gato.

Y el de su dueño.

Suspiró y recorrió el apartamento con la vista. El apartamento que ahora era de Mike y en el que él vivía de alquiler.

Era tan extraño.

Todo estaba igual que antes de que él se fuera. No había papeles por ningún lado con canciones a medio escribir ni ropa colgada en los respaldos

de las sillas. La pulcritud reinaba por doquier. Mike se había marchado y se había llevado también el pequeño caos en el que convirtió el impecable piso el día que llegó.

¿De verdad habían respirado el mismo aire alguna vez? ¿De verdad habían compartido el mismo espacio y andado por el mismo suelo? ¿De verdad se habían sentado en ese sofá, juntos?

Todas aquellas cosas que Mike le dijo mientras él estaba encerrado en el baño seguían revoloteando por su cabeza, martirizándole. En especial sus últimas palabras: *Te vas a arrepentir de esto...*

Ya lo hacía.

Se frotó el esternón cuando notó una nueva oleada de angustia aprisionándole el pecho. El corazón le dolía tanto que a veces sentía como si se fuera a ahogar.

Trató de animarse a sí mismo como llevaba haciendo desde que aquel portazo puso fin a su historia. Se dijo que solo habían pasado tres días. En unas semanas estaría mejor, mucho mejor.

«¿De verdad lo crees?».

En ese instante, su móvil comenzó a vibrar. Se lo sacó del bolsillo. No pudo evitar sentirse desilusionado al ver el nombre de su hermana en la pantalla. ¿Qué había esperado?

—¿Por qué has aplazado todas tus clases?

Fue lo primero que le preguntó cuando aceptó la llamada.

—No me encuentro bien —murmuró, aclarándose la garganta.

—¿Ha pasado algo?

—No...

—Mentira —rechazó con vigor—. Dímelo.

¡Joder! Paola le conocía demasiado bien.

Se dirigió a la terraza y tomó asiento en uno de los butacones mientras dejaba que su vista se perdiera en el cielo grisáceo.

—Mike se ha ido.

Aunque trató de mostrar fortaleza, él mismo se dio cuenta de que la voz no le salió tan clara y potente como había pretendido.

—¿Necesitas que vaya ahora mismo o puedes esperar hasta que acaben mis dos últimas clases?

—No hace falta que vengas. De verdad...

—Vale. Voy para allá. Cuadro la agenda y en media hora estoy allí.

—Pero...

No tuvo tiempo de continuar porque Paola ya había colgado.

En realidad, sí deseaba que su hermana fuese a verle. No creía que fuera una buena idea estar solo. Había pasado todo el fin de semana sentado en el sofá, como petrificado, envuelto en tristeza y sin atreverse a cuestionarse si lo que había hecho era correcto o no.

Y echándole de menos.

Mucho.

Sintiéndose miserable.

Mike Allen se le había metido muy adentro.

No sabía cómo demonios iba a conseguir superar aquello.

* * *

Mike tenía el móvil agarrado como si le fuera la vida en ello. Miraba la pantalla con ansiedad. De pronto, la persona a la que le había enviado el mensaje privado a través de Instagram lo leyó y comenzó a escribir. Solo dos segundos después recibía la contestación a su pregunta.

Era un número de teléfono.

Lo marcó con prisas y se llevó el aparato a la oreja. No tuvo que esperar demasiado. Solo dos tonos después aceptaban la llamada.

—¿Mike? —Una voz conocida y llena de asombro pronunció su nombre.

—Sí, soy yo.

—Joder, me ha sorprendido un montón que me pidieras mi teléfono. ¿Qué ha pasado entre mi hermano y tú? Acabo de hablar con él ahora mismo y me ha dicho que te has ido. Creía que te ibas a quedar unos días más.

—¿Eso es todo lo que te ha dicho?

—Voy para su casa ahora. Le he notado bastante triste. ¿Ha pasado algo?

—Hemos acabado —dijo con tono ronco y áspero.

Admitirlo en voz alta era un verdadero tormento.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Por eso mi hermano está tan hecho polvo...

Mike se rio con cinismo. ¿Simón estaba hecho polvo?

—Ha sido él el que ha tomado la decisión.

—No puedo creerlo —dijo ella y la incredulidad resonaba en sus palabras—. Pero si mi hermano está loco por ti...

—Yo también pensaba eso —suspiró y se revolvió inquieto en el sillón.

—¿Y por qué? ¿Qué te dijo? ¿Lo habéis hablado?

Vaciló, preguntándose cuánto debía contarle a Paola.

—Me dio un montón de excusas absurdas y otras no tanto. Ya no sé ni qué pensar —dijo al fin con ambigüedad.

—¿Sigues en Madrid?

—No. Estoy en Londres. En mi casa.

—Ah...

Mike volvió a titubear, sin saber muy bien cómo decirle por qué la había llamado.

—Vas a pensar que soy gilipollas, pero te llamaba para preguntarte por Simón —reconoció con embarazo—. Para saber cómo está.

Cerró los ojos sintiéndose como un imbécil.

—Llevo tres días sin hablar con él, así que no puedo decirte mucho, pero si quieres, cuando me entere de qué ha pasado, te puedo volver a llamar.

El corazón le dio un vuelco en el pecho.

—Pero no le digas que has hablado conmigo —suplicó—. Mantenlo en secreto.

—Vale. No le digo nada... —se interrumpió brevemente—. ¿Tú estás bien?

—Paola, ¿puedo confiar en ti?

—¡Por Dios! Eres Mike Allen. Pídeme lo que quieras y será tuyo —exclamó con ansiedad.

Mike no pudo contener una ligera sonrisa.

—La verdad es que estoy jodido —admitió con un suspiro—. No tengo ni idea de por qué tu hermano ha tomado esa decisión, pero ha sido algo unilateral por su parte.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—No sé qué habrá pasado, pero conociendo a Simón, si ha tomado esa decisión, tiene que haber sido para no perjudicarte o algo parecido. Déjame a mí. Yo me encargo de averiguarlo y regañarle, cuñado.

Mike soltó una risa seca.

—Te llamo luego.

Se despidió de ella y colgó el teléfono. Luego se echó hacia atrás en el sillón y apoyó la cabeza en el respaldo. Centró la vista sobre la enorme lámpara de diseño que colgaba del techo.

Todavía tenía una extraña sensación de irrealidad dentro de él. Estaba en su casa, pero se sentía como si no perteneciera a ese lugar.

Cuando se largó del piso de Simón, se fue directo a un hotel a pasar la noche. Fue lo suficientemente sensato para llamar a Claudia y pedirle que reservara un vuelo para el día siguiente a Londres, antes de abalanzarse sobre el minibar que había en una esquina de la habitación y vaciar todas las botellas que había dentro, menos las no alcohólicas. Después se tendió en la cama y estuvo horas lamiéndose las heridas y autocondoléndose, hasta que la luz del amanecer entró por la ventana.

Había llegado a Londres el sábado a mediodía. Voló en primera y, aunque no se esforzó demasiado en ocultar quién era, quizá el destino decidió ser bueno con él y, exceptuando un par de chicas y una pareja que se acercaron para pedirle un autógrafo, nadie más pareció reconocerle. Consiguió llegar a su casa de Primrose Hill sin mayores complicaciones y se encerró en ella.

Casi cuarenta y ocho horas después seguía allí dentro, como entumecido, incapaz de aceptar o comprender por qué su relación se había ido a la mierda y por qué Simón se había comportado así.

Le echaba de menos.

El domingo por la noche, cuando tuvo que contactar con él para comunicarle que alguien iba a ir a buscar sus pertenencias, le temblaban las manos. Tardó media hora en redactar aquel estúpido y práctico mensaje.

El lunes a primera hora alguien irá a recoger mis cosas

Solo recibió un *Ok* por respuesta.

Estuvo a punto de estampar el móvil contra la pared, pero su sentido común le detuvo en el último instante.

Todavía no había hablado con nadie sobre su regreso, solo Claudia sabía que había vuelto. Claudia y, ahora, Paola.

Le había costado mucho tomar la decisión de hablar con su hermana. Sin embargo, estaba tan desesperado por conseguir información que no se le había ocurrido otra cosa. Necesitaba saber cómo estaba Simón y por qué había actuado así.

Dispuesto a esperar su llamada, se puso de pie y se encaminó hacia su estudio. Mientras recorría la casa y bajaba al piso inferior, le pareció enorme. Demasiado grande para una persona sola.

Y silenciosa. Y vacía. Y triste.

Abrió la puerta de su estudio y sus ojos lo recorrieron. Todo estaba tal cual lo había dejado, no había ni una sola mota de polvo a la vista. Su señora de la limpieza era más que eficiente. Se acercó a la mesa y echó un vistazo a todas las cartas que Claudia le había dejado. Las repasó con desinterés sin detenerse en ninguna de ellas; luego encendió el ordenador y se sentó frente a él. Accedió a la nube y comenzó a descargarse todos los archivos que había ido almacenando allí mientras estaba en Madrid. Había al menos un par de canciones que podían servir para algo.

Sus ojos iban una y otra vez hacia el móvil, esperando ansiosos la llamada de Paola.

Dos horas y media después, no recibió una llamada, sino un mensaje que decía *Escúchalo* junto con un archivo de audio.

¿Un audio?

¿Qué se iba a encontrar ahí?

Lo abrió. Duraba algo más de dieciocho minutos. Conectó los auriculares al teléfono, se los puso y le dio al *play*.

Lo primero que llegó a sus oídos fue la voz de Paola, algo distorsionada. Luego la de Simón, y eso le aceleró el corazón y provocó que se le secara la boca. Se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos. Al parecer, Paola había grabado la conversación que había tenido con su hermano.

—*Pero no entiendo nada. Estabais superbién.*

—*Es verdad.*

—*Cuéntame qué ha pasado.*

—*La verdad es que no sé ni por dónde empezar. Estoy bastante hecho polvo* —dijo y sonaba realmente desmoralizado.

—¿Por qué cojones estás sufriendo en secreto si eres tú el que me ha apartado de tu lado? —murmuró Mike, entrecerrando los ojos.

—*Joder, Simón, me da mucha rabia verte así* —dijo Paola—. *Haz el favor de decirme algo, desahógate.*

—*Hace unos días vino el mánager de los CFB a buscarme* —barbotó.

Mike se incorporó en la silla con violencia. ¿Cómo? ¿Andrew había ido a buscar a Simón?

—¿El tipo raro inglés ese del que hablaba Miriam?

—Sí. Ese.

—¿Y?

—Me contó algunas cosas de Mike que... no sé... Me hicieron replantearme todo.

—¿Qué te dijo?

—Me pidió que pusiera punto final a la relación porque Mike había hablado con él y le había dicho que iba a abandonarlo todo por mí.

Mike cerró los puños lleno de ira. ¡No podía creer que Andrew hubiese hecho algo semejante!

—Me estuvo hablando de sus relaciones anteriores y de que no es la primera vez que algo así le sucede a Mike. Vamos, me dijo que no me creyera que soy alguien especial, que no soy el primero por el que Mike pierde la cabeza y quiere dejarlo todo —se rio con sequedad—. Me dijo que es bastante inmaduro y que se entusiasma con facilidad. Y añadió algo de que Mike, debido a que su madre le abandonó, está necesitado de cariño y que es frágil...

Mike gruñó y se puso de pie, incapaz de creer todo aquello que estaba escuchando.

—No sé —dijo Paola—. Es que no me cuadra nada con el Mike que conocemos y, además, yo le sigo en redes desde hace años y no me encaja. Es verdad que ha tenido muchos líos y otras relaciones, pero de ahí a decir que es un tipo inmaduro y vulnerable... Joder, es que me parece surrealista. ¿Y tú te lo creíste?

—En un primer momento, no, la verdad, se lo rebatí, pero me dio tantos datos y había tanta preocupación en su voz... y me contó algo más...

—¿Qué?

—Me habló de que le afectan mucho las cosas y que necesita medicación. Ahora mismo está tomando ansiolíticos porque tiene ataques de ansiedad. Aunque eso yo ya lo sabía.

—Bueno, mamá también los toma.

—Sí, pero me habló de que hay un tío que está acosándole y que Mike lo está pasando mal. Insinuó más o menos que Mike es adicto a las pastillas y que ya estuvo ingresado en una clínica de rehabilitación.

—Eso fue hace años —murmuró Paola—. Creo que desde entonces no se ha vuelto a publicar nada de eso.

—Lo sé, lo sé. Lo vi en internet y él mismo me lo contó.

—No sé, Simón, pero me parece como si ese tipo hubiese exagerado cierta información para separaros. No lo entiendo. Y tampoco entiendo muy bien que tú le hayas seguido el juego.

Mike asintió con vehemencia. Exacto. Paola había dado en el clavo.

—Es que hay algo más... —Hizo una pausa—. En realidad, todo eso que me contó me da bastante igual, pero me enseñó una foto que tenía en el móvil. Aparecíamos Mike y yo besándonos... —se interrumpió y su voz se escuchó entrecortada—. Me dijo que estaba poniendo en peligro la carrera de Mike. Que no era el mejor momento para que nuestra relación se hiciera pública, que los CFB estaban a punto de sacar un disco y que lo que estaba pasando iba a resultar perjudicial para él y para todo el grupo. También me dijo que había confrontado a Mike con eso y que este le había dicho que prefería ver su carrera arruinada y la de todo el grupo antes que ocultar lo nuestro...

—Joder —masculló Paola.

Mike se dejó caer en la silla y enterró la cara en las manos. ¡Maldito Andrew!

—Paola, ¿cómo podía yo consentir que mandara su carrera a la mierda por mí? —exclamó con angustia—. Solo me conoce desde hace cinco semanas...

—¿Lo hablaste con él?

Silencio. Finalmente, se escuchó un gemido.

—La verdad es que, cuando llegué el viernes a casa después de haberme pasado todo el día dándole vueltas, apenas le dejé hablar. Su mánager me pidió que no le dijera que nos habíamos visto y no pude confrontarle con muchas de las cosas de las que me había enterado. Pero en un momento dado de nuestra discusión, Mike dijo algo así como que estaba dispuesto a dejarlo todo por mí —dijo y se rio con amargura—. ¡Por mí! Como si yo fuese más importante que su carrera... —concluyó con incredulidad.

—Estoy convencida de que eres superimportante para él. Por lo poco que yo he visto...

—Es probable, pero ¿qué podía hacer? ¡Dios! Tenías que haberle oído cuando le dije que era mejor dejarlo... Se me encoge el pecho cada vez que recuerdo todo lo que me dijo. Y yo, ahí, como un imbécil, rompiéndome por

dentro y fingiendo que no me importaba... Te prometo que fue uno de los peores momentos de mi vida.

Mike sintió cómo le daba un vuelco el corazón. ¡Ah, Simón, Simón!

—No quiero ser un lastre para él —continuó—. Quiero que siga cantando y brillando... —se le rompió la voz.

Mike no pudo evitarlo. Cuando le oyó mencionar eso, se le llenaron los ojos de lágrimas. Fuck!

—Jo, Simón, nunca te había visto así...

—Le echo muchísimo de menos, Pao... Le dije cosas muy feas, muy feas... Y cuánto más daño le hacía, más herido me sentía yo... —Un nuevo gemido ahogado le hizo detenerse—. Y lo peor de todo es saber que no nos vamos a volver a ver y que piensa que yo no siento nada por él, cuando lo cierto es...

Mike cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca, tratando de controlar sus emociones.

—Simón, me vas a hacer llorar... —susurró Paola—. Sabía que estabas colado por él, pero no tenía ni idea de que estuvieras tan...

—¿Tan qué? —la interrumpió—. ¿Enamorado? —se rio, y de nuevo su risa fue amarga—. ¿Sabes que me confesó que estaba enamorado de mí y yo no le dije nada? ¡Nada! Me limité a besarle. Me voy a arrepentir toda la vida de que esas palabras no salieran de mi boca... Soy un gilipollas...

—Dilas —le insistió ella, de pronto—. Dímelas a mí.

Mike contuvo el aliento y aguardó con el corazón en un puño y la mandíbula apretada.

—¿Que te las diga a ti? ¿De qué va a servir eso? ¿Quieres que te diga que estoy enamorado de Mike? ¡Claro que lo estoy! Estoy enamorado de Mike. Me da igual que solo hayan pasado cinco semanas. Es tiempo suficiente para mí, para saber que es la persona con la que quiero estar. ¡Joder, no sabes cuánto le echo de menos!

Mike soltó el aire que había retenido en los pulmones y pestañeó. Una lágrima se desprendió de sus pestañas y rodó por su mejilla hasta aterrizar sobre la comisura de sus labios. Se la secó con nerviosismo. ¡Ah, Simón! ¡Cómo había podido ser tan imbécil!

—Lo único que me consuela en todo esto es saber que va a estar mejor sin mí y que su carrera va a seguir adelante —murmuró Simón.

—¿No vas a contactar con él? —preguntó Paola al cabo de rato.

—¡No! No quiero arruinarle la vida, Pao... Él lo superará y yo también... Espero...

Después de eso se escuchó un sonido extraño como de un golpe y la grabación terminó.

Mike se quitó los auriculares y los arrojó sobre la mesa. Luego se levantó y comenzó a dar paseos erráticos por el estudio. Ahora todo tenía sentido. Ya tenía las piezas que le faltaban para encajar el rompecabezas. Andrew fue el causante de todo.

¡Hijo de puta!

Estuvo tentado de llamarle en ese mismo instante, pero recapacitó. Era mejor actuar con frialdad. ¿Cómo había podido Andrew traicionarle de aquel modo? Había exagerado algunas cosas y otras, se las había inventado directamente.

Y Simón se lo había tragado todo.

No debería haberse creído todas esas gilipolleces ni haberle seguido el juego a su mánager, si bien era cierto que Andrew era convincente y muy manipulador, y que tenía parte de razón al decir que la carrera de Mike podría haberse visto perjudicada si su relación salía a la luz en ese preciso momento.

Pero si Simón hubiese ido a buscarle y hubiera hablado con él, habrían podido idear un plan, alguna estrategia... Habrían podido solucionarlo todo y todavía seguirían juntos.

¡Estúpido Simón! Tenía que haber confiado en él.

Se detuvo en medio de la habitación y meneó la cabeza con cierta impotencia. ¿Qué narices iba a hacer ahora?

Tenía que hablar con Andrew y dejarle las cosas claras. Muy claras.

Y también tenía unas fechas que cumplir y obligaciones, por lo que no podía volver a España por lo menos en cuatro o cinco meses...

—¡Mierda!

Quería estar con Simón, pero tenía que ser él el que fuera a buscarle. Al menos le debía eso. No iba a dar el primer paso. Tenía su orgullo y lo había arrojado a un lado hacía tres noches, desnudando su alma delante de él. Ahora le tocaba a Simón hacer lo mismo. Si tanto le importaba, tenía que ser él el que tomara la iniciativa y le rogase.

Tenía paciencia. Él podía esperar.

Esperar hasta que Simón le echase tanto de menos que no pudiera soportarlo.

Se llevó la mano al pecho. La pesadez que llevaba sintiendo desde el viernes por la noche se había aligerado. No había desaparecido del todo, pero era mucho más soportable.

Se sacó el móvil del bolsillo con determinación. Tecleó con rapidez.

Lo he escuchado. En unos días te llamo.

Iba a necesitar la ayuda de Paola y sabía que podía contar con ella.

Simón no iba a poder vivir sin él.

«Estúpido Simón... No vas a poder olvidarme, porque voy a estar en todas partes, te lo aseguro».

OceanofPDF.com

Echar de menos a alguien...

To miss somebody...

Echar de menos a alguien era como no tener hogar. Como estar siempre desubicado, en un lugar en el que uno se sentía extraño y poco bienvenido.

Echar de menos a alguien era como no tener suelo en el que apoyar los pies ni cielo sobre la cabeza.

Echar de menos a alguien era despertarse por las mañanas y clavar la mirada en el techo sin ganas de levantarse, y acostarse por las noches sin ganas de cerrar los ojos para no quedarse dormido.

Así era como se sentía Simón.

Desde hacía seis meses y medio.

No lo había pretendido, pero su mente traidora contaba los días desde que Mike se marchó.

¿Qué se había dicho a sí mismo por aquel entonces? ¿Que para olvidar a una persona se necesitaba el doble de tiempo que uno había pasado con ella? ¡Qué imbécil fue! Hacía mucho tiempo que las diez semanas previstas habían transcurrido y el dolor de la pérdida seguía siendo enorme.

Y lo peor de todo era que no tenía opción de poder pasar página porque Mike estaba en todas partes. Si ponía la televisión, allí estaban los CFB, en algún vídeo musical o en alguna entrevista. Si encendía la radio, su música sonaba atronadora una y otra vez. La cara de Mike le sonreía desde las marquesinas de los autobuses y desde las portadas de las revistas en los kioscos. Y hasta en internet, cuando solo quería consultar noticias, anuncios del lanzamiento de su próximo álbum ocupaban los faldones de los periódicos online.

Incluso su hermana se pasaba el día reproduciendo sus canciones en la academia y tenía como fondo de pantalla en su ordenador una foto de los CFB.

Imposible ignorar todo aquello.

Después de la conversación que tuvo con Paola poco después de que Mike y él rompieran, Simón no había querido volver a hablar sobre el tema pues le resultaba muy doloroso, pero ella parecía insensible y lo mencionaba constantemente.

Era para volverse loco.

Mike no le había llamado en todos aquellos meses. Y tampoco él había intentado contactarle. Si bien no podía evitar espiar sus redes sociales para saber qué hacía y cómo estaba. Sus fotos le mostraban siempre rodeado de gente, sonriendo y bromeando, acudiendo a galas, a fiestas..., trabajando, paseando y descansando en su fabulosa casa de Londres. Y con mujeres...

Se rumoreaba que había empezado a salir con una decoradora que tenía un programa de televisión. Se le había visto con ella en varias ocasiones.

A pesar de que él era el responsable de que ya no estuvieran juntos, estaba celoso.

Mike parecía haber recuperado su vida. Y haberlo superado.

Simón no había sido capaz de hacerlo todavía.

Demasiados recuerdos.

Demasiados sentimientos.

Quizá en un futuro pudiesen ser amigos, se decía una y otra vez. Ser su amigo sería mucho mejor que no saber nada de él... Al menos, de ese modo se sentiría parte de su vida...

Pero todavía era pronto.

Había intentado vivir como vivía antes de conocerle. Se levantaba, iba a trabajar, preparaba sus clases, corregía exámenes, tenía reuniones con los otros profesores... Y los fines de semana, cuando no estaba en casa viendo películas o leyendo, quedaba de vez en cuando con sus amigos para hacer rutas en bici, o para comer o tomar algo... Mario había probado a ser un casamentero de nuevo y trató de emparejarle con otra chica diferente, también enfermera, pero él la rechazó. No quería salir con nadie. Todavía estaba lleno de Mike. No le interesaba nadie más.

En ocasiones, cuando más le echaba de menos, se cuestionaba si dejarle marchar fue lo mejor. Quizá fue demasiado tajante a la hora de tomar la decisión de separarse. Tenía que haberle dejado hablar, haberle escuchado, haber confiado en él... Sin embargo, esos momentos de debilidad desaparecían cuando su parte racional acudía a él y le decía que Mike iba a estar mejor sin un lastre como él entorpeciendo su carrera.

Al menos, ya no tenía problemas económicos. Esa espada de Damocles, que durante tanto tiempo sintió sobre su cuello, se había esfumado. Se había puesto al día con sus deudas y la escuela marchaba muy bien.

Por lo demás, su mundo había vuelto a ser anodino y gris.

Solo que ahora era mucho más gris que antes.

Un maullido le hizo girarse en la cama. Rico estaba sentado encima de la almohada, a su lado y le observaba con interés.

—Buenos días —le susurró, palmeándole la cabeza.

El gato le lamió la mano y se marchó después de conseguir lo que quería: que se espabilara.

Simón suspiró y se incorporó, desentumeciendo los músculos. De todas maneras, ¿para qué se iba a quedar más rato en la cama? Se le antojaba demasiado grande y vacía. Recordaba que las primeras semanas, después de que Mike se fuera, no cambió las sábanas y solía enterrar la cara en la almohada, aspirando con fuerza y deleitándose en los restos de su aroma que habían quedado allí, como un masoquista enfermo. Pero ya hacía mucho tiempo de eso y el olor de Mike hacía meses que se había desvanecido de todas partes.

Era un día festivo en Madrid, el dos de mayo, y no tenía que ir a trabajar ni tenía planes de ningún tipo hasta las nueve de la noche, hora en la que se iba a encontrar con Paola, Pedro y su madre en casa de esta última, donde habían quedado para cenar. Así que decidió pasar el día paseando por la ciudad o tomando algo en alguna terraza mientras leía un poco.

Huyendo de su piso que seguía lleno de recuerdos deshilvanados.

Desayunó, se duchó, se vistió con ropa ligera ya que hacía un día espléndido, y se fue al centro a pasear, a la zona de Malasaña, pero pronto se dio cuenta de que no era una buena idea. Las calles estaban llenas de gente y era difícil relajarse entre la muchedumbre. En cada placita había conciertos, estatuas vivientes, barras metálicas donde se servían bebidas y ni una sola mesa libre en ningún bar.

Terminó por vagabundear por Atocha. A las dos de la tarde, consiguió hacerse un hueco en la barra de un concurrido bar y se comió un bocadillo acompañado por una cerveza. Luego se encaminó hacia el paseo del Prado. Iba distraído, sin rumbo fijo, y antes de que pudiera darse cuenta, había llegado hasta la calle Alcalá, al Círculo de Bellas Artes.

La remembranza de aquel atardecer que vio con Mike desde la azotea del edificio le sacudió por dentro. Se maldijo en silencio por ser tan sensibilero. Sin pensarlo demasiado, para espantar aquella sensación de tristeza, compró una entrada para el próximo pase de una de las películas que se proyectaban. Una cualquiera.

Acabó sentado en una sala en penumbra con la única compañía de dos señoras ancianas unas filas por delante de la suya. La película resultó ser un documental polaco en versión original sobre prostitución y trata de blancas.

Abandonó el cine con mal sabor de boca. No había sido la mejor la elección, desde luego, pero al menos le hizo olvidarse de todo durante una hora y media.

Se miró el reloj. Eran las siete y media. Decidió ir andando hasta Callao y coger allí el metro para ir hasta la zona donde vivía su madre. La Gran Vía era un hervidero de gente, y el cuarto de hora que tardó en llegar hasta la plaza de Callao le pareció eterno, mientras esquivaba a grupos de adolescentes dispuestos a comerse la calle, a personas cargadas con bolsas y a paseantes ociosos.

Había elegido el peor día para pasear por la ciudad.

Iba camino de la boca de metro cuando la gigantesca pantalla digital que había sobre los cines Callao cambió su imagen y se volvió negra. Casi por inercia, alzó la vista y echó un vistazo.

De pronto, en primer plano, apareció la cara de Mike. Solo su cara, preciosa y perfecta.

Se detuvo en seco.

Era un vídeo musical. Un vídeo musical de los CFB. Aparentemente, uno nuevo.

En la parte izquierda de la pantalla, abajo del todo, se mostraba el nombre del grupo y el título de la canción.

Cuando Simón leyó el título se quedó paralizado. El aire se escapó de sus pulmones de manera tortuosa mientras trataba de controlar el temblor de sus manos.

¡Aquello no podía ser verdad!

My shining Star.

Ese era el título.

Cerró los ojos durante unos segundos tratando de sobreponerse a la miríada de emociones que recorrían su cuerpo. Comenzó a sudar.

Tenía que escuchar la letra de la canción.

Tenía que escucharla.

A solas.

Repentinamente, se dio la vuelta y, abriéndose paso entre la gente, se acercó a la calzada. Alzó la mano con energía y un taxi no tardó en detenerse frente a él. Le dio la dirección de su casa mientras se acomodaba en el asiento trasero. La ansiedad le recorría de arriba abajo y tuvo que contener su impaciencia cuando el taxista decidió frenar en lugar de acelerar frente a un semáforo que había cambiado a naranja.

El trayecto, a pesar de que solo tardaron doce minutos, se le hizo largo y pesado.

Pagó la carrera con la tarjeta de crédito y subió las escaleras corriendo hasta su piso, sin esperar al puñetero ascensor. Jadeaba cuando entró por la puerta.

Rico le miró con desinterés desde la mesa del comedor.

Se sentó en el sofá y, con las manos temblorosas, abrió el portátil que había dejado sobre la mesita y lo encendió. Temía que el corazón fuera a salirse por la boca, tal era el estado de nervios en el que se encontraba.

Buscó en internet y descubrió que esa canción era el primer *single* del nuevo álbum de los CFB que iba a ser lanzado en unas semanas. Respirando hondo, se puso los cascos y los conectó al ordenador.

Vaciló. No quería hacerse ilusiones ni tener demasiadas esperanzas, pero... ¿Y si aquello significaba que Mike no le había olvidado?

Le dio al *play*.

Era una balada, diferente al tipo de música que los CFB solían interpretar. Los ojos azules de Mike fijos sobre la pantalla parecían hablarle directamente a él. Las primeras palabras de la canción penetraron en sus oídos...

Y le desarmaron.

*We lived in our own paradise for five weeks. We kissed and everything tasted sweet, even the bitterest coffee. For five weeks we played the starring role in our own romantic movie. And everytime our eyes met, we fell in love again. And you called me my shining star*⁴⁰.

Simón se llevó la mano a la boca y se la cubrió, abrumado.

No había derramado ni una sola lágrima desde aquel viernes de octubre en que Mike se fue, pero en ese momento sintió cómo sus ojos se empañaban.

Esa canción era *suya*.

Era su canción, de Mike y de él.

Los latidos de su corazón se aceleraron.

Siguió escuchando mientras la ronca voz de Mike continuaba hablando de ellos.

Era su historia de amor.

¿Cómo podía caber todo lo que habían vivido juntos en cuatro estrofas y un estribillo?

Pero lo hacía. Cabía...

Y emocionaba.

Casi sin respirar y con el vello de la nuca erizado, escuchó la letra hasta el final, hasta que la cara de Mike se fundió con el fondo oscuro y los últimos acordes desaparecieron poco a poco. Una frase apareció en la pantalla en letras blancas. En español.

No consigo olvidarte.

Simón gimió. Se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Yo tampoco consigo olvidarte —murmuró y la voz le salió ahogada y sibilante, como si no le perteneciera.

Volvió a darle al *play*, pero pausó la imagen en cuanto Mike fue plenamente visible. Alargó la mano y mientras delineaba su contorno con la punta de su dedo índice, se recreó en todos y cada uno de sus rasgos. Llevaba el cabello de otro modo al habitual, más liso y con la raya en medio. Todo lo demás era igual: su mirada penetrante, sus pómulos marcados, con esa estrella negra diminuta destacando sobre el derecho, sus labios generosos, y su nariz ancha y algo aplastada, que le hacía más humano y menos etéreo...

Un suspiro emergió de su boca.

Mike...

Reanudó la reproducción y escuchó la letra de nuevo con los ojos cerrados, llenándose de cada frase, cada palabra...

Volvió a oírla tres veces más, hasta que, finalmente, se sacó el móvil del bolsillo y buscó su número de teléfono en la agenda. Seguía ahí. La última llamada era de octubre del año anterior.

Titubeó.

Apenas podía creer que, después de todo lo que le dijo y después de aquellas frases hirientes y de haberse comportado como un imbécil, Mike siguiera pensando en él. ¿De verdad le echaba de menos y no le guardaba ningún rencor?

«Hazlo, Simón. Llámale».

El problema era que no sabía qué podía decirle. Después de más de seis meses de silencio, ¿qué narices se le decía a alguien a quien uno había hecho mucho daño?

Dejó el móvil sobre la mesa y se puso de pie, pero volvió a sentarse.

«No seas cobarde».

Con determinación, cogió el aparato y llamó.

Tenía tantas ganas de escucharle... De oírle pronunciar su nombre con ese acento suyo casi imperceptible...

La respiración salía entrecortada de su boca mientras aguardaba a que se estableciera la llamada. Una locución automática fue la respuesta. El móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

—Joder...

Todavía seguía con el aparato en la mano cuando comenzó a vibrar. Estuvo a punto de escurrírsele de entre los dedos. Ansioso, miró la pantalla.

Paola.

—Hola —respondió.

—Eh, Simón, sé que no quieres hablar del tema, pero creo que deberías ver algo... —dijo ella con rapidez. Sonaba muy seria.

Simón frunció el ceño.

—¿Es algo referente a los CFB?

—Sí.

—¿Es su nuevo vídeo?

—¿Lo has visto ya? —Había sorpresa en su tono.

—Acabo de hacerlo —suspiró.

—¿Y le has llamado?

—Tiene el móvil apagado.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Larga.

—Pues sigue intentándolo. Está claro que no te ha olvidado. Joder, Simón, ese vídeo es una declaración en toda regla.

—Eso parece... —musitó, frotándose la nuca—. Es solo que... no sé qué decirle.

—Lo primero, es pedirle perdón. Veinte mil veces, si es necesario. Te comportaste como un verdadero gilipollas. Lo segundo, es decirle que estás loco por él y lo tercero, preguntarle que cuándo viene. Simple.

Simón dejó escapar una risa seca carente de humor.

—Si fuese tan fácil...

—Tú eres el que complica las cosas.

Guardó silencio al tiempo que asentía. Su hermana era bastante más inteligente que él. No le quedaba ninguna duda.

—Quizá tengas razón —capituló—. Voy a volver a intentarlo.

—Perfecto. ¿Vas a venir a casa de mamá o prefieres quedarte en tu casa hoy?

—Prefiero no ir.

—Vale. Pues se lo digo. En cuanto sepas algo, llámame y cuéntame —dijo y añadió con entusiasmo—: Jo, seguro que todo va bien, Simón. Mike y tú estáis hechos el uno para el otro. Qué fuerte. Estoy supercontenta por ti.

—Me gustaría tener la misma seguridad que tú tienes...

—Pero ¿no has visto la frasecita al final del vídeo? —exclamó—. Está tan claro que va dedicada a ti... Vamos, blanco y en botella.

—Sí, sí...

—Bueno, llámame en cuanto sepas algo. Un beso enorme, hermanísimo. Y dale un beso enorme también a mi cuñadísimo.

—Adiós, mema.

Colgó y se quedó pensativo.

Rico se había subido de un salto al sofá y se tendió a su lado como si supiera que necesitaba ánimos.

—Vamos a volver a llamar a Mike —le dijo.

El gato cerró los ojos y se acurrucó contra su muslo.

Simón sonrió levemente y pulsó el icono de llamada.

El mismo mensaje.

—Bueno, tengamos paciencia. Quizá esté ocupado, pero cuando vea las llamadas perdidas, me llamará... ¿no?

Una mezcla de inseguridad y ansiedad le embargó y se extendió por todo su cuerpo.

Mike le miraba desde la pantalla del portátil.

OceanofPDF.com

Voy a regresar
I am coming back

Cuatro llamadas perdidas de Simón.

Seis meses y medio después, Simón le había llamado.

Se dejó caer sobre el sillón sujetando el móvil con firmeza al tiempo que fijaba la mirada en el espejo que había frente a él. Sus ojos llameaban.

Desde el mismo instante en que había regresado al camerino y había visto los mensajes en el móvil, sus ojos habían comenzado a despedir chispas de emoción.

Una sonrisa curvó sus labios.

Las dos primeras llamadas eran de hacía un par de horas, las dos siguientes, de hacía solo unos minutos.

Aquellas llamadas no le habían pillado por sorpresa. Las había esperado. Sabía que llegarían en cuanto Simón viera el vídeo de *My shining Star*.

—¡Es una pasada! —exclamó Vince, que estaba sentado en el sofá que había al otro lado de la estancia—. ¡El vídeo está batiendo récords de visualizaciones en YouTube!

—Eres un capullo —le lanzó Rob.

Vince soltó una risa estentórea.

—Lo que te jode es haber perdido mil libras.

—Lo que me jode es que siempre tengas razón —rezongó, dándole un trago a su botella de agua.

Mike miró a uno y a otro alternativamente.

—En realidad, las mil libras debería cobrarlas yo —dijo.

—Tú no quisiste apostar —protestó Vince.

—Pero el que compuso la canción fui yo, y el que tuvo la idea de que fuera el primer *single* fui yo también.

—Insisto, listillo, tú no quisiste apostar —reiteró Vince con las cejas arqueadas.

Hacía casi dos meses, después de grabar todas las canciones del nuevo álbum, cuando tocó decidir cuál sería la más apropiada para ser lanzada en primer lugar, Mike insistió en que fuese *My shining Star*. No solo tenía motivos personales, además pensaba que era realmente buena y muy comercial, aunque se saliera de su estilo. La discográfica le dio la razón, a pesar de la oposición de Rob y Joe, que opinaban que había otros temas mejores.

Vince apostó con ellos a que la canción se convertía en un exitazo.

Mike había resultado tener razón.

La puerta del camerino se abrió y Andrew accedió al interior. Traía una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—La entrevista ha estado genial —anunció—. Y la canción está batiendo récords de escuchas en Spotify. Y el vídeo es el más visto hoy en YouTube.

Vince se levantó y agarró a Joe de la mano obligándole a ponerse de pie y a bailar con él. Este le siguió el juego. Rob se echó a reír.

Mike permaneció serio. Sus ojos se cruzaron con los de Andrew en el espejo. No le había perdonado lo que sucedió el año anterior. Tuvieron una discusión terrible en su despacho, en la que Mike terminó por arrojar un vaso contra la pared y decirle que no iba a volver a renovar el contrato con su agencia. Le dejó muy claro que iba a cumplir con sus obligaciones y que luego se largaría. A pesar de que el mánager no había cesado de pedirle perdón desde entonces y de tratar de arreglar las cosas cada vez que tenía ocasión, su relación era muy fría desde entonces. Exclusivamente profesional.

—¿Estáis listos? —preguntó el mánager.

Mike se levantó del sillón y, sin dirigirle ni una sola mirada, se fue hacia la salida.

—Voy al baño —dijo en voz alta.

—Date prisa —le gritó Vince—. Tengo unas ganas locas de celebrarlo.

Cerró la puerta a su espalda y se encaminó al aseo que estaba a solo unos metros del camerino que les habían asignado en los estudios de televisión. Era un área privada con fuertes medidas de seguridad y no se cruzó con nadie en el pasillo. Ni siquiera la chica que estaba encargada de ir con ellos y guiarlos y que los había seguido todo el tiempo como una rémora estaba a la vista. Mejor.

Se encerró en el baño y se sacó el móvil del bolsillo. Lo desbloqueó y lo contempló con satisfacción. Cuatro llamadas perdidas. Una risa efervescente abandonó su boca.

¡Seis meses y medio!

Seis meses y medio esperando aquello y al fin había llegado, cuando ya estaba a punto de perder la paciencia.

¿Cómo habría reaccionado Simón al ver el vídeo? ¿Cómo se habría sentido?

Quería saberlo. Tenía necesidad de escuchar que había sido todo un *shock* para él, que se había emocionado...

Hizo la llamada que sabía que le iba a proporcionar esa información.

—Lo primero, ¡enhorabuena! He visto el vídeo y he flipado. No me extraña que estéis arrasando. De verdad, qué pasada. Y lo segundo, casi lloro al escuchar la letra. Jo, Mike, es una preciosidad.

Paola y su entusiasmo.

—¿Y Simón? —preguntó ansioso.

—Te ha llamado, ¿verdad?

—Cuatro veces.

—El pobre está histérico porque no le coges el teléfono. A mí me llamó nada más ver el vídeo y ha vuelto a llamarme hace un rato. Está un poco desesperado.

—Pero ¿cómo ha reaccionado a la canción?

—¿Cómo crees? Estaba alucinando. Él pensaba que tú ni te acordabas de él y de pronto ha visto eso y se ha quedado... Está desbordado, Mike. Jamás he visto llorar a mi hermano, pero hoy su voz sonaba rara... —Hizo una pausa—. Me ha dado pena. ¿No le vas a devolver la llamada?

Mike jugueteó con un hilo que se había soltado de su chaqueta al tiempo que fruncía los labios. Escuchar que Simón estaba tan conmovido le llenaba de satisfacción.

—No.

—De verdad que ya ha sufrido bastante, te lo digo yo que lo estoy viviendo con él.

Mike suspiró.

—Sé que piensas que soy duro y puede que tengas razón, pero necesito que sea él el que dé el primer paso.

—Ya lo ha dado. Te ha llamado.

—El primer paso lo he dado yo con la canción. Si no la hubiese escuchado, seguiría siendo igual de cabezota y no se habría molestado siquiera en marcar mi número. Pensarás que soy infantil, pero tengo mi orgullo... Aquello que pasó entre nosotros me hizo mucho daño, Paola.

Casi prefería no hablar de ello. Lo pasó realmente mal, sobre todo el primer mes. Tener que enfrentarse a ese vacío enorme que la ausencia de Simón había dejado en él le costó muchísimo...

—Lo sé, Mike. Pero también sabes que él lo ha pasado muy mal. ¿Qué más quieres que haga? No quiero que le tortures, es mi hermano y no me gusta verle sufrir.

—A mí tampoco.

—¿Entonces?

Se dio la vuelta y se miró al espejo mientras ponía en orden sus pensamientos. La cara maquillada del reflejo le devolvió una mirada decidida.

—Voy a regresar a España. El día quince estaré allí. Tengo que rodar un anuncio para una marca de relojes en Sevilla. Cuando termine iré a Madrid.

—¡Faltan dos semanas! A mi hermano le va a dar algo...

—Si hemos aguantado todos estos meses, catorce días más no son nada.

—Habla por ti, Mike. Simón está fatal y ahora, después de que ha visto el vídeo y escuchado la canción... Joder, van a ser dos semanas horribles para él con toda esa incertidumbre... Quizá yo podría insinuarle algo...

—No. No le digas nada.

—Es que, además, es nuestro cumpleaños.

—Pues genial, ¿qué mejor regalo que yo? —bromeó, apartándose del espejo.

Ella resopló.

—Me siento superculpable por haberle ocultado todo este tiempo a Simón que estaba en contacto contigo. Tenías que ver su cara cada vez que pongo una canción vuestra o cada vez que os menciono. Tengo unas ganas de que os reconciliéis ya...

—Yo tengo que darte las gracias por tu ayuda. Si no hubiese sido por ti, no sé cómo habría podido seguir adelante todo este tiempo —musitó.

—Bueno, eres mi cuñado, ¿no?

Él soltó una risita. Ojalá todo se arreglara con Simón, y Paola y él pudieran ser cuñados, como ella decía. Había apostado mucho y muy fuerte

por esa relación y esperaba que todo saliese bien.

—No le digas nada, por favor. Son solo dos semanas más y te prometo que se acabó la espera. Cuando llegue lo aclararé todo con él.

—Vale —accedió ella a regañadientes.

—Volveré a llamarte para ver cómo hacemos el día quince.

—Perfecto. Y enhorabuena otra vez.

Colgó y se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Quizá se estaba comportando de un modo algo infantil, pero no quería ponerle las cosas tan fáciles a Simón. Todavía estaba algo resentido por lo que pasó. En esos meses le había dado muchas vueltas a lo sucedido y seguía sin comprender por qué Simón no confió en él y solo se dejó guiar por las palabras de su mánager. Tenía que haberle preguntado.

También sabía que no habían sido meses sencillos para Simón, como decía su hermana. Lo sabía porque ella le había mantenido informado de todas las idas y venidas de Simón y de su estado de ánimo. Habían hablado un par de veces a la semana y se había encargado, incluso, de enviarle fotos. Si no hubiera sido por ella...

¡Bendita Paola!

Volvió a sacarse el móvil del bolsillo y accedió a la galería de imágenes, a una carpeta llamada *Simón*. La última foto era de hacía solo unos días. En ella aparecía él, en la sala de descanso de su academia. Llevaba sus gafas de profesor sexi y tenía el pelo alborotado y más largo de lo habitual. Paola la había hecho sin que él se enterase y por eso estaba desencuadrada. Se estaba tomando un café en una taza con el logotipo de los CFB.

Mike volvió a sonreír como el día en que la recibió. Iba acompañada de un texto que rezaba: *El pobre te tiene hasta en el café*.

La amplió con los dedos y le contempló con avidez. ¡Qué guapo estaba! Y cómo le echaba de menos... Gracias a Dios, la espera se había acabado, solo unos días más...

Unos golpecitos en la puerta le llevaron a bloquear el móvil y a guardárselo. Luego se dirigió hacia ella y la abrió.

Andrew.

—¿Qué pasa? —inquirió con dureza.

El rostro de su mánager se ensombreció.

—Ya está la camioneta fuera esperando. Hay un grupo de fanáticos con pancartas en la salida así que vamos a bajar al parking para no cruzarnos

con ellos.

—Bien.

Echó a andar, sin preocuparse de si el otro le seguía o no.

—Mike —le llamó.

Se detuvo, pero no se giró.

—Esta situación entre tú y yo ya está durando...

Se dio la vuelta con la mandíbula apretada.

—Esta situación entre tú y yo es la que tú provocaste. Ni más ni menos —dijo con suma frialdad—. No hay marcha atrás para mí. Intentaste joderme la vida y este es el resultado.

—Deberíamos hablarlo, Mike. Me disculpé.

—Yo no tengo nada de qué hablar contigo. He cumplido con todas mis obligaciones como tú querías, pero te aviso que en dos semanas, cuando vaya a España a grabar el anuncio ese, voy a ver a Simón. Y me importa una mierda si algo de eso sale a la luz. Y en seis meses, cuando nuestro contrato acabe, buscaré otra agencia.

—¿Tus compañeros están de acuerdo? —Había un ligero tinte desesperado en la pregunta.

—Sí. Ya lo he hablado con ellos. Hay muchas agencias que quieren trabajar con nosotros, ¿sabes? —No pudo evitar que un breve atisbo de satisfacción asomara a sus palabras al ver la sombra en la mirada de Andrew.

—Mierda... —murmuró este.

Mike le ignoró. No sintió ningún tipo de conmiseración por él. Se merecía perder a los CFB por lo que le había hecho.

Vince era el único de sus compañeros que conocía toda la historia. Se había desahogado con él como hacía casi siempre que le ocurría algo. No en vano era su mejor amigo. Fue él el que sugirió que cambiaran de agencia en cuanto expirase su contrato. Joe y Rob tampoco pusieron muchas pegas. No se llevaban mal con Andrew, pero no le tenían un afecto especial. Cuando Mike los reunió en su casa y les contó a grandes rasgos lo que pretendía hacer, no le cuestionaron.

En cuanto entró en el camerino, Vince le lanzó una mirada interrogadora que él contestó con un breve guiño.

—¿Nos emborrachamos? Hemos estado tan ocupados que hace meses que no salimos —sugirió Rob acariciándose la barba. Se la estaba dejando

crecer y no paraba de toqueteársela.

—Contad conmigo. Soy una esponja —contestó Joe.

—Acepto —dijo Vince con una sonrisa enorme—. ¿Y tú, Mike? Ahora que George y Paul ya no están tan pegados a tu culo sí que vienes, ¿no?

Asintió. Las dos últimas veces que sus compañeros habían salido por ahí, él no los había acompañado debido al maldito acosador.

Pero ya no era necesario que tuviera tanto cuidado.

La policía por fin había detenido al responsable de los anónimos.

Resultó ser Howard Campbell, el novio de Roxie, su maquilladora. La pobre chica no tenía ni idea de que había estado saliendo con un fanático y de que le había estado proporcionando información sin saberlo. Por eso estaba siempre al tanto de las idas y venidas del grupo. La había acompañado a todas partes, incluso a varias ciudades de su gira europea del año anterior, una de ellas, Madrid.

Scotland Yard logró atraparlo debido a un estúpido error que cometió al enviar una de sus últimas cartas. Encontraron una huella parcial en el sobre y, dado que el tipo tenía antecedentes por conducir en estado de embriaguez, pudieron identificarle. Ahora se hallaba en la cárcel, en espera de juicio.

Aparentemente, era un músico frustrado que había enviado maquetas de sus temas a la discográfica a la cual pertenecían los CFB y que fue rechazado en múltiples ocasiones. Su inquina contra Mike, al que, de manera irracional, consideraba responsable de su fracaso se convirtió en obsesión y todo su afán se centró en que este abandonara el grupo para ocupar su puesto.

Mike recordaba haber hablado unas cuantas veces con él y siempre pensó que era un tipo tranquilo y agradable, un gran admirador del grupo. Jamás se percató de que tuviera algo en su contra o de que le odiase. Su sorpresa fue enorme cuando Andrew les informó de que Howard era el pirado de las cartas.

Era casi increíble y ridículo que un asunto que había preocupado tanto a todos, que había tenido a la policía en jaque durante tantos meses y que estuvo a punto de llevar a Mike hasta las puertas de una crisis mental, se hubiera resuelto con tanta facilidad.

Hacía un mes de aquello y, desde entonces, su vida había vuelto a la normalidad. A su caótica normalidad.

Andrew abrió la puerta del camerino y les hizo un gesto con la mano. Dos guardias de seguridad y algunas personas más de la cadena los esperaban en el pasillo.

Camino del ascensor que los conducía al parking subterráneo se detuvieron a firmar autógrafos y a hacerse selfis con los empleados de la emisora, pero no perdieron mucho tiempo.

La furgoneta estaba aparcada frente a la puerta. George y Paul los aguardaban junto a ella. Era un vehículo de lujo con capacidad para ocho personas más el conductor. Se acomodaron en el interior y no tardaron en ponerse en marcha, camino de una fiesta que había organizado la discográfica en una sala del centro de Londres.

Mike notó que el móvil le vibraba en el bolsillo y lo sacó.

Era un mensaje de Vince.

Cómo ha reaccionado S?

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada traviesa.

Su hermana dice que ha flipado.

Ha contactado contigo?

Tecléo la respuesta con rapidez, con una sonrisa enorme en la boca.

Cuatro llamadas perdidas.

Vince también sonrió.

Cuándo te vas?

En quince días cuando vaya a lo del anuncio. Y me quedaré una semana más.

—Eh, parece como si os estuvierais enviando mensajes el uno al otro —dijo Joe con tono de protesta.

—¡Qué envidioso eres! —murmuró Vince, guardándose el móvil.

Mike se rio a carcajadas al tiempo que se echaba hacia atrás en el cómodo asiento.

Su mirada se cruzó con la de Andrew en el espejo retrovisor. Le contempló con frialdad durante un instante antes de girarse hacia la ventanilla. Estaban cogiendo Wood Lane. Era de noche y llovía, pero ni toda la lluvia del mundo podía opacar su felicidad.

Estaba pletórico.

Recuerdos

Memories

Volvía a Madrid.

Siete meses después de haberse marchado, regresaba.

El mismo aeropuerto, pero diferentes sensaciones. Cuando se fue solo llevaba una enorme tristeza consigo. Ahora, su regreso estaba lleno de esperanza.

Como siempre, iba de incógnito. Llevaba gafas de sol, una gorra de los Chicago Bulls y el pelo recogido en una coleta. También su ropa era de lo más discreta: pantalones vaqueros y camiseta azul. Hasta el momento había tenido suerte y no había sido reconocido.

No esperaba que nadie fuera a recogerle, así que cuando vio a Paola saltando y agitando los brazos entre las personas que esperaban detrás de la línea de visitantes en la terminal de llegadas, se sorprendió gratamente.

Lucía una falda larga y vaporosa de color granate y una camiseta blanca. Y llevaba el pelo suelto sobre los hombros. Se lo había cortado, dejándose flequillo. Sus rasgos eran tan similares a los de Simón que se le expandió el pecho.

—¡Cuñado! —gritó ella sin medida. Y se arrojó a sus brazos.

La abrazó soltando una risa.

—¿Qué tal todo por Sevilla? ¿Y el anuncio? ¿Cuándo lo estrenan? ¿Te ha reconocido alguien? ¿Has comido algo? ¿Tienes hambre? —le preguntó cuchicheando.

—Bien. Bien también. No sé cuándo lo estrenan. No. Sí. Y no —repuso él—. Creo que esas son las respuestas correctas. ¿Y tú, qué tal estás?

—Fantástica y felicítame que es mi cumpleaños.

—¡Pero si no me has dejado hablar! —protestó.

—Es que estoy nerviosa.

Mike le cogió la mano y se alejó con ella hacia una zona más tranquila. Hurgó en la mochila que llevaba a la espalda y sacó un pequeño paquete. Se

lo tendió.

—Feliz cumpleaños, Paola.

Ella lo cogió con reverencia. Lo desenvolvió sin romper el papel de regalo y al ver lo que había dentro emitió un gritito de felicidad.

Era el nuevo CD de los CFB, que saldría al mercado en dos días.

—Oh... me siento privilegiada. Muchas gracias...

—Pero mira dentro —le dijo él.

Lo hizo. Abrió la funda.

—¡Ay, Dios mío! —chilló llevándose una mano a la boca—. Una dedicatoria especial para mí de Joe... ¡Me muero!

—¿Te gusta, entonces?

—¡Es flipante! Mejor que el fin de semana romántico que me ha regalado mi marido —dijo con arrebató.

Mike se echó a reír. Paola era tan refrescante...

—Y tengo entradas para ti para nuestro próximo concierto en Londres. Allí podrás conocerle en persona.

—Joder, qué suerte tengo —gritó—. Ay, por favor, solo espero que mi hermano y tú estéis juntos para siempre.

Mike suspiró. Él deseaba lo mismo.

—¿Cómo has venido? No te esperaba, la verdad.

—He venido en taxi. Ya sé que me dijiste que no hacía falta que viniera a recogerte, pero no podía dejarte solo. La familia es lo que tiene, ¿sabes?

—Le guiñó un ojo.

—¿Y Simón?

—Como te dije cuando hablamos por teléfono, vuelve esta noche. Está en el balneario todavía.

—¿Y qué tal está? —preguntó con cierta ansiedad.

—Mal. Lo sobrelleva como puede, pero está hecho polvo. Cuando vio tus fotos con la decoradora esa lo pasó fatal, aunque no dijo ni una palabra.

Mike la escuchó en silencio. Sunny Holmes era una decoradora de interiores que tenía un programa de mucho éxito en televisión. Era una amiga y nada más. Habían salido en un par de ocasiones, pero la prensa había convertido aquellas dos quedadas en una historia de amor secreta.

—Menos mal que hoy todo va a acabar y que os vais a sentar a hablar. Y a reconciliaros. Creo que se sabe la canción de memoria —prosiguió ella—.

La ha escuchado cientos de veces. Y como no le has devuelto las llamadas, no para de mortificarse. Piensa que ya es tarde y que no le vas a perdonar.

Mike tendría que haberse sentido culpable, pero no lo hacía. Simón estaba pasando por lo mismo por lo que había pasado él hacía meses cuando se sintió solo y traicionado. Apretó la mandíbula con fuerza. Aun a sabiendas de que se estaba comportando como un chiquillo, no podía evitarlo. Era así de mezquino.

En realidad, ya le había perdonado cientos de veces.

—Ven conmigo —le dijo, cambiando de tema—. Vamos a buscar el coche que he alquilado.

Solo tardaron unos minutos en conseguir el vehículo. Claudia ya lo había reservado con antelación. Mientras firmaba el contrato de alquiler, la chica que los atendió no paraba de lanzarle miradas soslayadas. Estaba claro que le había reconocido, pero no dijo ni una palabra.

—Eso no es un coche, es un monstruo —le dijo Paola al oído señalando el elegido, cuando el empleado los condujo hasta donde tenían su flota aparcada.

Era un BMW Serie 7 de color negro, automático.

—Es perfecto para mí —respondió él—. Mido casi uno noventa.

—Pero no es perfecto para aparcarlo por donde vive Simón.

—El destino me sonríe. Seguro que encuentro un hueco justo frente a su edificio —dijo, risueño.

Ella resopló.

Mike metió la dirección de Simón en el navegador y no tardaron en ponerse en marcha. Caía la tarde sobre Madrid y el cielo comenzaba a teñirse de violeta. Las carreteras no estaban demasiado concurridas a pesar de tratarse de un sábado.

—He quedado con Pedro en el portal de Simón a las nueve y media, así que vamos con tiempo —dijo Paola después de haber tecleado frenéticamente en su móvil.

—Podría haberte llevado a tu casa.

—No. Pedro y yo vamos a salir a cenar esta noche para celebrar mi cumple.

—¿Tu marido sabe que has venido a recogerme?

—Sí. Es otro cómplice —suspiró—. Cuando mi hermano se entere de todo lo que le hemos ocultado durante estos meses nos va a matar.

—No creo...

—Yo tampoco. Simón es un cielo. Sé bueno con él.

Mike la miró de reojo. Parecía preocupada.

—Sabes que lo seré —dijo.

Por supuesto que iba a ser bueno con Simón.

Siguió las indicaciones del navegador que le decía que accediera a la autovía. No estaba acostumbrado a conducir por la derecha y tenía que estar doblemente concentrado mientras manejaba el volante.

—Cuéntame qué tal el anuncio —le pidió ella al cabo de un rato.

Él no se hizo de rogar y le habló de los dos días que había pasado en Sevilla. Él y Sara Roldán, una modelo sevillana, habían sido los elegidos por la marca de relojes para representar a su compañía. Habían rodado el anuncio en la Plaza de España y fue una experiencia muy interesante, pero agotadora. Lo de modelar no era lo suyo.

Greta, un asistente llamado Roy y dos guardaespaldas habían viajado con él a Sevilla. Regresaron juntos hasta Madrid, pero se separaron en el aeropuerto. Él se había quedado y los demás iban a coger un vuelo a Londres. Dado que apenas se hablaba con Andrew, no había discutido con él sobre la necesidad de tener a alguien guardándole las espaldas en Madrid, se había limitado a comunicarle que no lo necesitaba. Tajantemente. Al mánager no le había quedado más opción que aceptar su decisión a regañadientes. Desde que había pasado todo, Andrew estaba muy suave. Todavía tenía esperanzas de que los CFB renovaran el contrato con su agencia si se portaba bien y no les llevaba la contraria, en especial a Mike.

—Me encanta Sara Roldán. Es guapísima —dijo Paola—. ¿No te has sentido atraído por ella ni un poquito?

Mike ladeó la cabeza y reflexionó sobre la pregunta. Reconocía que Sara era una mujer espectacular. Alta, delgada, morena, con curvas de infarto, pestañas larguísimas y ojos negros y profundos. Y con unos labios carnosos muy apetecibles... Pero no le atraía de un modo especial.

—Es muy guapa, pero no me gusta —repuso encogiéndose de hombros.

—¿No es tu tipo?

No se lo había planteado en serio. No creía que tuviera ningún tipo ideal. Pero desde que había conocido a Simón no tenía ojos para nadie más.

—Exacto.

—¿Cuál es tu tipo? ¿Con menos pecho y más vello en los pectorales?

Mike se rio.

—Eso es. Cuéntame más de Simón, anda...

—Pero si lo sabes todo —dijo ella.

—¿Le ha gustado el regalo que le habéis hecho?

Paola y su madre le habían regalado a Simón una estancia de tres días en un balneario del norte de España.

—¡Qué va! Nos ha costado convencerle para que fuera. No quería irse. Ya sabes lo responsable que es —refunfuñó.

—Pues yo venía con la idea de llevármelo por ahí durante una semana...

—Hazlo —le dijo categórica—. Aunque sea a rastras, llévatelo. Necesita vacaciones y las necesita contigo. Yo puedo encargarme de la escuela, y tenemos profesores de sobra. Tampoco pasa nada si hay que aplazar alguna clase o suspenderla. La academia funciona de maravilla gracias a ti y a tu vídeo promocional.

Mike le echó una mirada de reojo. Paola no sabía nada de las dificultades económicas por las que había pasado su negocio el año pasado.

La voz del navegador le informó que debía abandonar la carretera en la siguiente rotonda y tomar la primera salida a la derecha. Estaban a solo quinientos metros de su destino.

—Va a ser difícil que encuentres un hueco —murmuró Paola mientras oteaba la calle—. Y menos un sábado a estas... ¡Joder! ¡Qué cabrón! —exclamó.

Exactamente a solo cien metros del portal de Simón había un hueco enorme, más que adecuado para el BMW.

Mike puso el intermitente con una risilla cargada de suficiencia. Y aparcó.

—Sí que es verdad que el destino te sonríe —farfulló ella bajándose del coche—. No voy a subir contigo. Son casi las nueve y media así que voy a esperar a Pedro aquí. Quédate con mis llaves, no las necesito. Hay otras más en casa de mi madre.

—Me espero contigo, entonces —dijo él cerrando el coche.

—No hace falta.

Ella se acercó y le tendió el llavero. Luego se le quedó mirando con mucha seriedad. Mucha más de la que solía mostrar.

—Quiero que mi hermano sea feliz, Mike. Simón es mi mitad. Si él sufre, yo sufro. Si lo pasa mal, yo lo paso mal. Si he consentido que jugaras

con sus sentimientos durante estos meses... —Alzó la mano al ver que él iba a protestar—. Déjame terminar. Si lo he consentido, es porque sabía que tú también lo pasaste muy mal por su culpa. Y porque también sabía, después de haber hablado tantas veces contigo, que todo iba a llegar a un buen final. Sé que estás enamorado de mi hermano y él de ti. Solo espero que estéis bien y que seáis capaces de aguantar lo que se os viene encima. Sé que no lo vais a tener fácil. ¡Joder, eres Mike Allen!

Mike había puesto las manos sobre sus hombros y se los apretó ligeramente.

—Paola, voy a hacer todo lo posible para que lo mío con Simón funcione. Sabes que desde que le conocí no ha habido nadie más para mí. No va a ser fácil, como tú dices. Lo sé —suspiró al tiempo que meneaba la cabeza—, pero es lo que hay. No puedo ni quiero vivir sin él.

—Voy a llorar. Eres de un tierno... —Hizo un puchero.

—Mañana te llamo... No —se corrigió—, mañana te llamamos y te contamos.

—Sí, por favor...

Se dieron un abrazo y luego él se alejó. Miró por encima del hombro una última vez y la vio agitando la mano. La imitó.

Después, accedió al interior del edificio. El mismo portal de mármol anaranjado, el mismo farol colgando del techo y las mismas escaleras, que decidió subir andando. Cada peldaño que pisaba le iba trayendo reminiscencias de las semanas que había pasado allí, y una sonrisa nostálgica se dibujó en su boca. En el quinto piso, se detuvo unos segundos frente a la gruesa hoja de madera antes de introducir la llave en la cerradura. ¡Tantos recuerdos!

Dejó escapar un pequeño gemido y soltó el aire que había retenido en los pulmones al acceder al interior. A pesar de que era casi de noche y la penumbra comenzaba a cubrirlo todo, pudo comprobar que el piso estaba igual que siempre. Su corazón se aceleró al recorrer cada uno de sus rincones con la mirada.

El sofá en el que se habían sentado con tanta frecuencia a ver películas.

La cocina donde habían preparado el café por las mañanas y la cena por las noches.

La terraza con sus innumerables plantas y sus butacones. Allí habían desayunado todos los días.

La cama de matrimonio, detrás de la vidriera de cristal, donde habían pasado tantas horas juntos, conociéndose, entregándose el uno al otro...

Y allí en medio habían bailado en infinitas ocasiones. Cualquier melodía había servido para hacerlo...

Y el olor. Un aroma fresco y delicado que sobrevolaba el ambiente. Ese olor a hogar, a Simón...

Notó que los ojos se le humedecían. Estaba demasiado sensible últimamente.

De pronto, el único ocupante del apartamento salió del baño.

—¡Rico! —exclamó con deleite.

El gato fue hacia él con lentitud olisqueando el aire y Mike se agachó para recibirle. De algún modo pareció reconocerle ya que comenzó a restregarse contra su mano. Le cogió en brazos y enterró la nariz en su cuello. Su ronroneo le llegó hasta los oídos.

—He vuelto. ¿Estás contento?

Rico comenzó a chuparle la barbilla y eso le hizo reír. Con él en brazos se acercó a la lámpara que había junto al sofá y la encendió. La luz dorada bañó el piso.

—¡Ah, no sabes cómo he echado esto de menos...!

Sus ojos erráticos volvieron a recorrerlo todo. Y sus pies los siguieron. De verdad que nada había cambiado. Nada.

Excepto la foto que había sobre la puerta de la nevera, cogida con imanes.

Era uno de los selfis de aquella tarde que pasearon por el parque del Oeste. Ambos miraban al objetivo y se reían.

—No has podido olvidarme... —susurró con afecto, repasando la cara de Simón con la punta del dedo índice.

Dejó al gato en el suelo y se sacó el móvil del bolsillo. Eran las nueve y media pasadas. Y Paola le había dicho que el tren de Simón llegaba a las diez. Entre unas cosas y otras no estaría en casa hasta las diez y media o incluso algo más tarde. Todavía faltaba una hora.

Puso la canción —*su* canción— en un volumen muy moderado y deambuló por el piso como un perro sin dueño, rememorando escenas y sensaciones, deteniéndose de vez en cuando y deslizando la mano por el respaldo de una silla, por el borde de una estantería, por el marco de la puerta de la terraza, por algunas de las hojas de un alto ficus...

La melodía resonaba suave en el silencioso apartamento.

Recordaba cuál era su estado de ánimo cuando la compuso. Aquel día estaba tan lleno de Simón y le echaba tanto de menos que le dolía hasta respirar. Cuando la terminó y releyó la letra se dio cuenta de que esa canción tenía que estar en el nuevo álbum. Era preciosa. Cuando se la presentó a sus compañeros, le dieron la razón, y el álbum, que solo iba a tener diez canciones, pasó a tener once.

Ahora, canturreó con voz ronca y cálida el estribillo.

—*And you called me my shining star...*

OceanofPDF.com

Regalo de cumpleaños

Birthday gift

El tren había llegado con algo más de media hora de retraso a Atocha, así que cuando descendió de él ya eran casi las once. Cogió un taxi en la puerta de la estación y le dio la dirección de su casa al taxista. Abrió la ventanilla dejando entrar la brisa al vehículo y se abstraigo mirando por ella. Las luces de los edificios, las de las farolas y los faros de los coches iluminaban la oscuridad convirtiendo la noche casi en día.

Meditó sobre los tres días que había pasado fuera, rodeado de silencio y paz. Esos tres días le habían servido para relajarse. Aunque en un principio se negó a ir al balneario, tenía que reconocer que le había sentado muy bien la experiencia. Lo necesitaba.

Desde que escuchó la canción de los CFB y trató de contactar con Mike, sin éxito, había estado viviendo en tensión.

Un sonido le avisó de un mensaje entrante al móvil.

Seguro que era otra felicitación de cumpleaños.

Así era. De uno de sus alumnos.

Llevaba todo el día recibiendo mensajes de su familia, de sus amigos, de algunos alumnos y de los profesores.

Solo la persona que quería que contactara con él no iba a hacerlo.

Sabía que estaba en Sevilla rodando un anuncio. Había activado las notificaciones en el Google y cada vez que aparecía alguna noticia en internet que le mencionaba, le llegaba un mail, por eso sabía dónde se hallaba casi en todo momento.

Se había planteado coger un tren directo a Sevilla e ir a buscarle, pero había desechado esa opción con rapidez. Ni siquiera tenía muy claro que Mike quisiera volver a verle. Si ese fuese su deseo, ya habría contactado con él. Unos días después de ver el vídeo, había vuelto a llamarle, pero él no le había cogido el teléfono ni le había devuelto las llamadas.

Lo de la canción le tenía completamente desubicado.

¿Cómo era posible que alguien fuera capaz de escribir una canción semejante, tan conmovedora, intensa y profunda, y luego no reaccionase de ninguna manera?

¿Qué había pretendido Mike con eso?

Quizá la compuso al regresar a Reino Unido, el año anterior, cuando todavía sentía algo por él, pero ya habían pasado muchos meses de eso, y era probable que sus sentimientos hubiesen cambiado.

O quizá tenía un nuevo número de teléfono.

Quizá.

Estando en el balneario había tenido mucho tiempo para reflexionar sobre ello. Y aunque le doliera admitirlo, había llegado a la conclusión de que Mike y él habían perdido su oportunidad.

Por su culpa.

Ahora solo tenía que aprender a vivir con ello.

Y no le iba a resultar fácil.

Habría sido mucho mejor para él no saber que Mike había escrito esa canción, no haberla escuchado nunca ni haber visto el vídeo. Mucho mejor.

Aquel dos de mayo de hacía dos semanas, volvió a tener esperanzas. Volvió a creer que podían tener una segunda oportunidad. Mas ahora, quince días después, esas esperanzas habían explotado como una pompa de jabón.

Y él se sentía todavía más miserable que hacía meses.

«Aunque todo haya terminado, podríamos ser amigos, ¿no?», se dijo con amarga melancolía.

Ser su amigo sería mejor que no saber nada de él...

El móvil volvió a sonar de nuevo. Era una llamada.

Luis.

Carraspeó para ahuyentar la melancolía que comenzaba a invadirle antes de aceptarla.

—Hola.

—Feliz cumpleaños, Simón.

—Gracias.

—¿Has vuelto ya?

Miró por la ventanilla y se dio cuenta de que estaban a escasos kilómetros de su calle.

—Voy en el taxi. Estoy a punto de llegar de casa.

—¿Qué tal te han sentado estos días?

—Muy bien —suspiró—. Lo necesitaba.

—¿Había un montón de tías balinesas haciéndote masajes con los pies?

Soltó una risa.

—Para nada. El tío que me daba los masajes se llamaba Flavio y tenía unos pectorales que daban miedo.

—Flavio tampoco suena mal.

—Era un armario de dos por dos. Cada vez que me decía que me diera la vuelta, me entraba el pánico.

Ahora el que se rio fue Luis.

—Lo importante es que hayas desconectado.

—Eso sí.

—Entonces, ¿estás bien? —preguntó algo titubeante.

Simón sabía perfectamente a qué se refería su amigo.

—Todo lo bien que puedo estar, Luis —dijo, imprimiendo firmeza a su voz—. No te preocupes por mí.

Hubo un breve silencio.

—Está bien. No te olvides de que mañana hemos quedado para comer. A las dos.

—No lo olvido. Imposible olvidarlo cuando nos toca pagar a Paola y a mí.

No tardaron en despedirse y Simón se guardó el móvil en el bolsillo. Suspiró. Era gratificante tener tan buenos amigos.

Alzó la cabeza al darse cuenta de que el taxi se había detenido. Estaban justo frente a su edificio. Pagó con su tarjeta de crédito y salió del vehículo. Se colgó la bolsa de viaje al hombro y se encaminó hacia el portal.

Llevaba una chaqueta fina, ya que en el norte hacía fresco, pero en Madrid la temperatura era maravillosa y no se la puso. Ese mayo estaba resultando ser bastante caluroso en la capital.

Miró el buzón, pero no había ni una sola carta. Y mientras subía en el ascensor hasta el quinto piso, tuvo tiempo de contestar dos mensajes más.

Cuando introdujo la llave en la cerradura se dio cuenta de que no tenía la doble vuelta echada. En silencio, regañó a su hermana por haberse dejado la puerta abierta. Tenía que habersele olvidado cuando fue a cambiarle el agua a Rico.

Cuando accedió al interior de la vivienda se percató de que la lámpara de pie del salón también estaba encendida.

«Esta Paola es un desastre», pensó. Al día siguiente la llamaría y le echaría un buen rapapolvo.

Dejó la bolsa de viaje en el suelo junto a la puerta y arrojó la chaqueta sobre el respaldo del sofá. Rico salió a recibirle oscilando su cola en el aire con elegancia.

—Hola, precioso —susurró, agachándose y rascándole debajo de la barbilla. Él cerró los ojos y comenzó a ronronear—. ¿Me has echado de menos?

Un nuevo sonido le avisó de la llegada de otro mensaje. Se incorporó y alzó los ojos al techo. ¿Tan popular era? Volvió a sacarse el móvil del bolsillo y revisó la pantalla. Era un audio de un número desconocido. Le dio al botón, y una sensual voz femenina emergió por el altavoz.

Hola Simón, soy María José, la compañera de Mario del hospital. Creo que ya te ha hablado de mí. Espero que no te moleste que me haya dado tu número. Ya sé que este fin de semana no estás, pero es solo para ver si te apetece quedar el fin de semana que viene. Podemos cenar por ahí o tomar un café o lo que quieras. Llámame y lo hablamos. Y, por cierto, feliz cumpleaños. Un beso.

Joder... Mario y sus intentos de casamentero. Era persistente. Era ya la tercera vez en los últimos dos meses.

Estuvo tentado de llamarle y echarle la bronca por haberle dado su número a una desconocida, pero se frenó en el último momento. Quizá tampoco era una idea tan descabellada quedar con ella. A fin de cuentas, estaba solo y no tenía ni la más remota esperanza de volver a ver a Mike.

Mike...

El dolor que sintió al pensar en él le robó la respiración.

—¿Qué dices, Rico? ¿Le decimos que sí a la chica esta? ¿O pasamos de ella? —le preguntó al gato, fingiendo entereza.

Este le ignoró, por supuesto. Ni siquiera le miró mientras se alejaba hacia el dormitorio.

—Quizá debería tomar una decisión y empezar a salir con alguien —murmuró con resignación mientras se dirigía a la zona de la cocina. Sus ojos se clavaron sobre la foto que tenía sobre la puerta de la nevera y cerró los ojos, afligido, antes de agitar la cabeza y proseguir con un ligero toque

de rebeldía—: ¿Y por qué no hoy? Es mi cumpleaños y me merezco un regalo, ¿no?

—Pues espero que la rechaces porque tu puto regalo de cumpleaños soy yo.

OceanofPDF.com

Di que lo sientes

Say you are sorry

Sabía que su tono de voz había sonado duro y cabreado, pero ¿qué cojones hacía Simón planteándose el quedar con una tía? El escucharle decir que quizá se mereciese una cita con esa mujer fue como si le hubieran echado un jarro de agua fría por encima.

Todo lo que había planeado decirle se esfumó y fue barrido por el enojo.

Estaba en el dormitorio, a oscuras, sentado en el borde del colchón jugueteando con su móvil, ansioso debido a la tardanza de Simón, cuando escuchó cómo se abría la puerta. Con el corazón encogido por la emoción de volver a verle, se mantuvo quieto y expectante. Sus ojos siguieron su figura mientras accedía al apartamento y se movía por él.

No podía apartar la vista.

Simón tenía el pelo algo más largo de lo que recordaba; le caía sobre la frente y se enroscaba por encima de sus orejas. Llevaba unos vaqueros azules y un polo de manga corta de color negro.

Y, como siempre, traía la calma y la serenidad con él.

Su forma de hablarle a Rico, sus movimientos, su mímica...

Paz en estado puro.

Mike tragó saliva. ¡Cómo le había echado de menos!

Simón ni siquiera se había dado cuenta de que no estaba solo, tan ensimismado estaba con el gato.

Entonces llegó el audio y esa odiosa voz de mujer pretendiendo quedar con él. ¡Y Simón dudando sobre si hacerlo o no!

La ira le invadió.

—Pues espero que la rechaces porque tu puto regalo de cumpleaños soy yo —exclamó con rabia, poniéndose de pie y abandonando el dormitorio.

Simón giró la cabeza y se encontró cara a cara con Mike, y todo su cuerpo pareció desintegrarse de repente. Tuvo que apoyar una mano en la mesa del comedor que estaba frente a él. Tenía que estar soñando. Pestañeó

un par de veces para convencer a su cerebro de que aquella imagen que se presentaba ante sus ojos era real.

¿Mike?

Sí, Mike Allen, alto, delgado y brillante estaba en su casa.

No había cambiado en absoluto.

Vaqueros muy bajos en la cadera y camiseta azul. El pelo recogido en una coleta. Su cutis blanco sobre el que resaltaba su tatuaje de estrella. El marcado ángulo de su mandíbula. La hendidura de su barbilla. Sus orejas perforadas con unos cuantos pendientes. Sus ojos azules bordeados por esas pestañas rubias.

Y sus labios... contraídos y mostrando enfado.

—¿Mike? —acertó a murmurar.

—Simón.

—Pero ¿cómo? —se interrumpió porque su voz se negaba a colaborar con él—. ¿Qué... qué haces aquí?

—Estoy de paso —respondió con tono neutro y frío—. Estaba en Sevilla rodando un anuncio. He pasado por Madrid para saludar a viejos amigos antes de volver a mi casa. Tu hermana me ha abierto la puerta.

La respiración de Simón se aceleró.

Bum bum bum...

«Para de latir así, estúpido corazón».

—¿De paso?

Había tantas cosas que había planeado decirle cuando se encontrara con él, y ahora que estaba ahí, a solo dos metros de distancia, su mente se había quedado en blanco.

—Sí. Mañana me voy a Londres.

—¿Mañana?

Se sentía como un gilipollas, repitiendo todo lo que decía. Era incapaz de formar una frase coherente, tal era el estado de excitación en el que se encontraba.

Le recorrió de arriba abajo con ansia, de nuevo, buscando alguna emoción en él. Algo que le indicara que la canción tenía un significado especial y que todavía había esperanza para ellos. No halló nada. Sus ojos se detuvieron más de la cuenta sobre sus manos. Esas manos de largos dedos con las que le había acariciado en tantas ocasiones...

Tragó saliva, abrumado.

Mike estaba tan tranquilo y sosegado como si aquella situación no le afectara en absoluto, mientras que él era un puro manojo de nervios.

En realidad, no era así. Mike apenas podía reprimir su enojo, aunque trataba de que su rostro solo mostrara impasibilidad. Su aplomo era impostado. Las ganas de abrazar a Simón y ahogarle con sus besos eran enormes, pero se controlaba.

«Está bastante más delgado», pensó mientras le devoraba con la mirada.

—Hoy es tu cumpleaños, ¿no? Felicidades.

—Ah..., gracias...

—Tú no me felicitaste por el mío. Fue hace dos meses —soltó con sequedad.

Simón se puso rojo.

—Lo... lo siento —dijo.

—Da igual. Tampoco es necesario que estemos pendientes de nuestros cumpleaños y cosas así, a fin de cuentas, ya no hay nada entre nosotros...

Sabía que estaba siendo ruin y pueril, pero estaba enfadado. Y quería que Simón sintiera su enfado. Además, no iba a ceder un ápice. No iba a ser él el que diese el primer paso. Era el turno de Simón.

«La última vez fuiste tú quien me alejó de tu lado. Ahora te toca a ti extender la mano primero».

—Sé que no hay nada entre nosotros —susurró Simón. Su voz sonaba llena de pesar—. Aun así..., yo quiero... —se interrumpió y se dio media vuelta, dándole la espalda.

Mike maldijo en silencio. Las ganas de adelantarse y abrazarle le acuciaron. No sabía si iba a aguantar mucho tiempo más siendo tan inaccesible y seco, así que decidió cambiar de tema.

—Supongo que te ha sorprendido encontrarme aquí —dijo. Sus ojos seguían todos y cada uno de los movimientos de Simón, que se había alejado hacia la puerta corredera que separaba el salón de la terraza y la abría—. La verdad es que no quería subir, pero tu hermana ha insistido. La llamé ayer para decirle que iba a pasarme a saludar. La he visto unos minutos, pero se ha tenido que ir con su marido. Está tan guapa como siempre. Ha dicho que no te importaría que esperara aquí.

—No, no me importa. Me... alegre de que... a pesar de todo lo que pasó, hayas querido saludarme a mí también.

—Bueno, no soy rencoroso y ha pasado mucho tiempo. Está superado —mintió.

Simón cerró los ojos al escucharle decir aquello.

Está superado.

«¡No, no y no!», deseó gritar. «Yo no lo he superado».

Además, ¿y la canción? Si lo había superado y había pasado página, ¿por qué componer aquella canción que le dio esperanzas? Quería preguntarle por ello con desesperación.

Pero no lo hizo.

—¿Quieres tomar algo? —propuso en cambio.

Le miró por encima del hombro. La presencia de Mike era demasiado apabullante y no estaba preparado para poder encararle de frente, no sin sentir cómo su corazón se partía en pedazos.

—Claro. ¿Qué tienes?

—¿Cerveza?

—Me vale.

Simón se acercó a la nevera. Sus ojos se enfrentaron a la foto de ambos y la contempló con tristeza, vencido por la desazón. Suspiró antes de abrirla y sacar dos latas. Le tendió una a Mike sin mirarle. Luego se dirigió a la terraza.

Tomó asiento en uno de los amplios bancos y clavó la vista en el borde de la mesa. De soslayo, comprobó que Mike, en lugar de sentarse en uno de los butacones de enfrente, se sentaba a su lado. Estaban muy cerca el uno del otro. Mucho.

Abrió su lata y le dio unos tragos a la cerveza. El frío líquido apenas había tenido tiempo de atravesar su garganta cuando volvió a beber.

Ganaba tiempo.

La situación era absurda.

Y surrealista.

Ahí estaban ambos, sentados a meros centímetros de distancia y no había nada que pudieran decirse. Con todo lo que habían vivido juntos...

Mike sabía que Simón se moría por hablarle y por hacerle preguntas, pero se limitaba a agarrar la lata con firmeza, como si fuera un náufrago sujetándose a un salvavidas; bebía de ella como si se tratase de la última cerveza del mundo. La ansiedad era notoria en sus facciones, sin embargo, se mantenía cabizbajo y se esforzaba por rehuir su mirada.

Apretó los labios. No estaba dispuesto a tomar la iniciativa. Tenía que ser Simón el que lo hiciese. Él ya había esperado mucho tiempo con infinita paciencia. No podía hacer más. Ya le había abierto una puerta con la canción para animarle a lanzarse y a reaccionar.

Iba a seguir aguardando.

«Vamos, pregúntame. Dime algo», le animó en silencio mientras le contemplaba con los ojos entornados, saboreando su cerveza con lentitud.

—Escuché la canción —murmuró Simón, de pronto.

—¿Canción? —Fingió ignorancia.

Simón dejó la lata sobre la mesa y carraspeó. La zozobra que le dominaba era más que evidente.

—La de... *My shining Star*.

—Ah, sí. La estaba componiendo mientras estaba aquí en Madrid. Cuando la acabé, a mis compañeros les gustó y la discográfica se empeñó en que formara parte del álbum. Es algo sensiblera, pero a la gente parece gustarle mucho.

Todavía no había terminado de hablar cuando se dio cuenta de que el rostro de Simón se ensombrecía. Acalló la voccecita interna que le llamaba capullo.

—Es muy emotiva —dijo Simón alzando la cara. Un atisbo de dolor se mostraba en sus oscuros ojos.

Mike le sostuvo la mirada con aplomo.

«Pídeme perdón, Simón. Vamos, hazlo. Solo abre la boca y dime que lo sientes. Dime que sientes cómo te comportaste conmigo. Dilo. No hay nada en este mundo que desee tanto como perdonarte, así que pídeme perdón, joder...».

Pero Simón no dijo nada.

—¿Por eso me llamaste? —preguntó Mike al cabo de un breve silencio incómodo—. ¿Para hablar de la canción? Tenía unas cuantas llamadas perdidas de tu número.

—Eh... sí —admitió con voz entrecortada—. Era para felicitarte.

—¿Para felicitarme?

Simón apretó los labios. Odiaba mostrarse tan ansioso y vulnerable, pero así era cómo Mike le hacía sentir. Parecía tan seguro de sí mismo, tan indiferente...

—Sí, quería darte la enhorabuena por la canción. Independientemente del significado que pueda tener para nosotros, es una canción preciosa. Me alegro muchísimo de que esté teniendo tanto éxito.

«Cobarde», se reprochó para sus adentros.

—Vaya, eso suena muy rebuscado... *Independientemente del significado que pueda tener para nosotros...* —repitió Mike con un tono de voz algo desdeñoso antes de darle un sorbo a su cerveza—. Tampoco es para tanto...

Cada vez que Mike le hablaba de ese modo despectivo, Simón sentía como si una mano helada le estrujase el corazón. Aunque no le sorprendía. Después de lo mal que se portó con él, no era de extrañar que la opinión que Mike tenía de él fuera tan baja.

Ahora ya sabía que la canción no significaba lo mismo para los dos.

«Se acabó...».

Al menos, quería pedirle perdón, pero no sabía cómo.

—A pesar de todo, me gustaría que siguiéramos... siendo amigos —dijo con un suspiro.

—¡¿Amigos?! —exclamó Mike con las cejas arqueadas—. ¿Amigos, dices? —repitió con más dureza, dejando la lata encima de la mesa con un golpe seco. Soltó una risa desagradable y sus ojos relampaguearon—. No es eso lo que quiero de ti. No. ¡No quiero ser tu puñetero amigo! —masculló entre dientes.

Simón se estremeció. ¿Ni siquiera quería ser su amigo? ¿No iban a poder mantener el contacto? Apartó la vista y terminó por ponerse de pie y alejarse hacia el ventanal.

Aquello dolía.

Mike estaba colérico.

¿Qué gilipolleces estaba diciendo Simón? ¿Acaso Paola había estado equivocada todo el tiempo? ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Amigos? Él no podía ser su amigo. Ni podía ni quería.

Se incorporó también y se pasó las manos por el pelo. Con brusquedad, se deshizo la coleta y dejó que la melena le cayera sobre los hombros. Sacudió la cabeza y esta se agitó a un lado y a otro. Luego cerró los ojos y respiró hondo.

Quizá estaba enfocando mal toda la situación. Quizá tenía que haber sido el que diese el primer paso en vista de la indecisión de Simón, pero su maldito orgullo se lo impedía.

¡Tenía que ser Simón! ¡Joder!

«¿No te das cuenta de que solo quiero que me pidas perdón?», le lanzó con la mirada fija en su espalda.

En cuanto Simón le dijese que lo sentía, que sentía no haber confiado en él y haberle alejado de su lado, él le perdonaría.

¡Qué frustrante!

Estaba decepcionado. Se había imaginado el reencuentro de otra manera. Con más pasión y más fiereza. En su mente había idealizado una situación en la que Simón se arrojaba a sus brazos y no podía reprimir sus sentimientos.

Y se devoraban a besos.

No quería que Simón le dijese lo bien que se sentía a su lado. No quería solo gustarle de un modo descafeinado. Tampoco quería que le confesara que estaba enamorado o que le había echado de menos... No. Aquello no era suficiente.

¡Era demasiado poco!

Lo que él quería escuchar era más que eso. Quería que Simón reconociese que estaba loco por él. Que admitiera que solo pensaba en sus besos, en sus caricias, en su olor, en su piel, en el timbre de su voz... Quería que le dijese que no podía ni quería vivir sin él.

Eso quería.

Él estaba dispuesto a ofrecer lo mismo, por lo que no iba a conformarse con menos.

Pero Simón seguía ahí, rígido como un poste de madera, guardando silencio.

Eso era más de lo que él podía soportar. ¡Tenía que hacer algo!

No estaba en él seguir con esos juegos mentales y pretender que no sentía lo que verdaderamente sentía. En lugar de aguardar una confesión de Simón que no terminaba de llegar, iba a tener que ser él el que se lanzara. Suspiró para sus adentros. Sentía que estaba perdiendo y que su orgullo se quedaba en el camino, pero el que estaba desesperado era él, así que tenía que rendirse.

Deseaba a Simón con todas sus fuerzas y no quería seguir esperando.

Capituló.

—Sé que Andrew vino a verte y que habló contigo. Sé todo lo que te dijo. Me lo confesó —murmuró al fin.

Simón se dio la vuelta como impulsado por un resorte y le escrutó con fijeza. Las aletas de su nariz se habían dilatado.

—Lo sabes...

—Lo sé —repuso con mucha seriedad—. Sé que pensaste que dejarme era la mejor solución y que creías que ibas a ser un lastre para mi carrera... No tenías que haberle hecho caso a Andrew. Muchas de las cosas que te dijo no eran ciertas. —Chasqueó la lengua con fatiga—. Tenías que haberlo hablado conmigo.

Vio el fogonazo de dolor que atravesó las facciones de Simón.

—No estuve a la altura de las circunstancias —admitió este con amargura.

—Me hablaste como si yo fuera un crío y no supiera nada de la vida. —Hizo una pausa antes de proseguir—: Pero Simón, el que no sabe nada eres tú... Decidiste que lo nuestro no era importante. No creíste en nosotros... Fue una gran decepción para mí.

Simón cerró los ojos y dejó escapar el aire de los pulmones. Sentía que se ahogaba. Mike estaba diciendo la verdad.

Y la verdad hacía daño.

Durante todos esos meses le había dado muchas vueltas a lo que pasó y sabía que no había actuado bien. Fue un necio y tomó la decisión equivocada.

—No soy frágil ni estoy necesitado de cariño porque mi madre me abandonara. Me llevo muy bien con mi padre y su segunda mujer, ¿sabes? —continuó Mike con desdén—. Y es verdad que he tenido otras relaciones, pero joder, ¿quién no? Soy una persona normal, no un monje. —Volvió a detenerse y meneó la cabeza con incredulidad—. Solo estuve un par de meses tomando ansiolíticos, pero él te dijo que yo era adicto a las pastillas... —murmuró como para sí mismo con ironía—. Y tú lo creíste.

—¡No lo creí! —protestó, pero hasta a él mismo su voz le sonó poco firme.

—No confiaste en mí —concluyó Mike con suavidad.

Simón se estremeció. Era cierto. No había confiado en él.

—Tienes razón. Lo que hice no estuvo bien. Tenía que haber hablado contigo. Me he arrepentido mil veces —balbuceó.

El cambio en Mike era muy evidente. Si antes se había comportado con indiferencia y dureza, ahora, su postura y su actitud eran las de una persona

desilusionada y triste. Alguien a punto de tirar la toalla. Tenía los ojos cerrados y había dejado caer la cabeza hacia delante. Su pelo, que ya no llevaba recogido, caía sobre sus hombros formando una cascada sedosa que le cubría el rostro parcialmente.

Simón hubiese deseado enterrar los dedos en esos mechones. Dio unos pasos al frente, acercándose a él, pero se detuvo antes de alcanzarle. La vergüenza le impidió continuar.

—Yo estaba dispuesto a darte todo por ti —farfulló Mike.

Aquellas palabras pronunciadas en un tono áspero le llegaron al alma. Y el uso del tiempo pasado en ellas le llevó a gemir. *Estaba dispuesto...* Apretó los puños.

Entonces Mike alzó la cara y le miró de frente. Solo los separaban un par de metros.

—¿Y tú? ¿También estabas dispuesto a darte todo por mí? —le preguntó con ojos indagadores.

Simón se le quedó mirando con la vista nublada y una enorme opresión en la garganta. Quería asentir con energía y pedirle que le diera otra oportunidad. Quería decirle que sus sentimientos no habían disminuido, por el contrario, habían aumentado y eran mucho más profundos que antes. Deseaba gritarle que solo quería estar con él.

Pero una mezcla de culpa, de innata timidez y de cierto miedo al rechazo le llevaron a permanecer callado, aunque todo aquello que pensaba y que su boca no acertaba a decir se derramó por sus ojos.

Mike resopló frustrado.

A pesar de que podía leer en la mirada de Simón todo lo que no se atrevía a expresar con palabras, le jodía que no fuera capaz de decirlo en voz alta.

Decidido, se acercó a él hasta que ni un soplo de aire quedó entre ellos. Con el cálido y fornido cuerpo de Simón pegado al suyo y su respiración trabajosa penetrando en sus oídos, le miró fijamente.

«Intenta pretender que mi cercanía no te afecta. Vas a sucumbir de un momento a otro y lo sabes, Simón. ¿Qué más tengo que hacer?».

—Pídeme perdón. Dime que lo sientes. Hazlo —susurró con apremio.

—Pero no te merezco... Me porté como un cabrón. Te hice mucho daño —jadeó con los labios abiertos ligeramente.

Mike apretó los puños para contenerse y no besarle.

—Déjame que eso lo juzgue yo y pídemle perdón. Dime que sigues sintiendo lo mismo por mí. ¡Hazlo!

Entonces Simón alzó la mano y la posó sobre su mejilla. Mike tragó saliva. El tacto de esa piel que tanto había echado de menos le removi6 por dentro.

—Perd6name, Mike. Lo siento tanto... —admiti6 Sim6n con voz trémula—. Claro que sigo sintiendo lo mismo por ti... Y quiero que t6 y yo... seamos un nosotros.

Mike cerr6 los ojos. El coraz6n haba comenzado a repiquetearle furioso en el pecho. Esa confesi6n acababa de desbordarle.

¡Dios! ¡Había deseado tanto escuchar aquello!

Baj6 la cara hasta que su frente se pos6 sobre la de Sim6n y permaneci6 unos segundos as6, inm6vil, aspirando su olor —seguía oliendo al mismo champú de entonces, ese que habían compartido cuando vivieron juntos—, y sintiendo el roce de su mano sobre su rostro. Se le habían empañado los ojos y se maldijo en silencio por ser tan proclive a las lágrimas últimamente.

¿A qui6n pretendía engañar haciéndose el duro y el fuerte?

Estaba muy emocionado.

Quería abrazarle y besarle, apretarle contra su cuerpo y decirle al oído todo lo que llevaba dentro. Quería contarle muchas cosas, tantas que le iban a faltar vida y aliento para poder hacerlo.

Pero necesitaba serenarse primero.

Se apart6 con brusquedad y se dio la vuelta. Apenas podía hablar.

No quería que Sim6n le viera as6, con los ojos llenos de lágrimas. Frágil y conmovido como si no fuera capaz de controlar sus emociones.

—Ahora vuelvo —dijo en un tono de voz casi inaudible.

Y se alej6 camino de la puerta.

—Mike...

Su nombre fue lo último que escuch6 antes de abandonar la vivienda.

Quiero cogerte de la mano

I want to hold your hand

¿Se había ido? ¿Así, sin más?

Se quedó quieto en medio del salón, esforzándose por respirar. El sonido del aire entrando y saliendo de sus pulmones resonaba estruendoso en el silencioso piso.

¿Mike se había marchado?

No podía ser cierto.

Se llevó las manos al pecho y se lo apretó con fuerza.

—No...

¡Dios, cómo dolía!

No había servido de nada abrirle su corazón, aparentemente.

¿Era tarde ya?

Estaba confundido. Por un instante pensó que todo iba a ir bien. Eso era lo que había podido interpretar de los gestos de Mike, de su mirada, de su tono...

Entonces, ¿por qué se había marchado?

«No te precipites, Simón. Ha dicho que va a volver», le dijo una voz tranquilizadora en su interior.

Pero ¿dónde había ido?

Se llevó las manos a la cabeza y las enterró en su pelo, alborotándose, mientras comenzaba a dar pequeños paseos erráticos por el piso.

Apenas podía controlar la emoción que se derramaba por todos los poros de su cuerpo. El simple hecho de poder mirarle había sido enorme. Y el poder sentir su piel bajo la palma de su mano y su calor corporal tan cerca de él... ¡Qué guapo estaba!

Un sonido llegó hasta él. Era su móvil que había dejado antes sobre la mesa. Se acercó y lo cogió. Era un escueto mensaje de Mike.

Baja a la calle.

Su corazón se desacompasó.

No se entretuvo nada más que en coger sus llaves. Cerró la puerta y bajó por las escaleras, tomando de dos en dos los escalones. La ansiedad recorría sus venas y proporcionaba alas a sus pies.

La calle estaba desierta. Miró a derecha y a izquierda, pero no vio a nadie.

De pronto, un breve pitido de un coche negro que había aparcado en doble fila le llevó a dirigir la vista hacia allí. Tenía las ventanas tintadas, pero la del pasajero se abrió y pudo ver a Mike sentado frente al volante.

¿Mike tenía coche?

Intrigado, se subió al vehículo. Era una berlina de lujo con asientos de cuero tostado, equipada con todas las comodidades. No se había fijado en qué tipo de coche era, pero el emblema de BMW sobre el volante le desveló la marca.

—Ponte el cinturón —le dijo Mike con suavidad.

Simón le obedeció. Estaba algo perplejo.

—¿Dónde vamos?

—Es una sorpresa. Es tu regalo de cumpleaños.

Con el corazón a punto de salirse por la boca, aceptó aquella respuesta sin replicar. Sus ojos se dirigieron hacia la pantalla del navegador. Allí aparecía que faltaban cuatro horas y media para llegar hasta su destino. Frunció el ceño.

Mike le lanzó una mirada de reojo mientras arrancaba. Sabía que Simón estaba inquieto. Su brusca partida del apartamento tenía que haberle dejado estupefacto. Tragó saliva. A pesar de que ya no estaba tan conmovido como antes, todavía no había sido capaz de controlar sus emociones del todo. Fijó la vista en la carretera.

Transcurrieron unos cuantos segundos en los que ninguno dijo nada.

—¿Y este coche? —preguntó Simón al fin.

—Lo he alquilado en el aeropuerto.

—Ah...

Otro silencio.

A pesar de que era muy consciente de la presencia de Simón a su lado, Mike trató de concentrarse en la conducción. No quería despistarse.

—El navegador dice que vamos a tardar más de cuatro horas en llegar a nuestro destino. —Su curiosidad era evidente—. ¿Te va a dar tiempo a regresar mañana para coger tu avión?

—No me voy mañana.

Un jadeo siguió a esa declaración.

—¿No te vas? —preguntó Simón con una ligera entonación esperanzada.

—No.

—Esa es... una buena noticia... —murmuró.

Mike giró la cabeza y le miró. Simón tenía los ojos cerrados

—Voy a quedarme unos días, hasta que...

Se interrumpió unos segundos mientras ponía el intermitente y accedía a la M-30, siguiendo las indicaciones de la femenina voz del navegador. El tráfico allí era bastante fluido.

—... hasta que tú y yo lo arreglemos todo —terminó con voz ronca.

Simón asintió sin decir nada. Su estómago estaba lleno de mariposas que danzaban alocadamente cada vez que Mike pronunciaba una frase.

—¿Quieres escuchar algo de música? —le preguntó Mike.

A Simón le hubiera gustado rechazar el ofrecimiento. Hubiese preferido hablar con él. Tenía mil preguntas en la punta de la lengua, pero no quería molestarle; parecía muy concentrado en la carretera.

—Está bien —aceptó.

Poco después, la voz de Michael Bublé emergía de los altavoces. Era *Feeling good*.

¿En serio?

—¿Es la radio? —preguntó.

—Sí —repuso Mike, risueño—. Supongo que el destino nos lo quiere poner fácil.

Al ritmo de esa canción habían bailado en su piso, con sus corazones latiendo al unísono y sus lenguas enredadas en un beso sin fin. Simón bajó los párpados, dominado por la emoción. No pudo resistirse más y aquellas palabras que llevaba tanto rato deseando de pronunciar salieron de él a toda velocidad.

—Me prometí que, si alguna vez volvía a verte o a hablar contigo te pediría perdón y, cuando por fin te he tenido frente a mí, ni siquiera he sabido cómo decirlo. Soy un idiota...

Mike tardó en contestar.

—Lo eres —dijo al fin.

—Te fallé. Tenía que haber confiado en ti y haberlo hablado contigo en lugar de decirte todas esas cosas que te dije. Te hice daño y me arrepiento de ello. Durante todos estos meses no me he podido quitar de la cabeza tu cara, aquella noche, cuando te estaba diciendo que lo nuestro se había terminado... Creo que hice algo imperdonable.

El silencio siguió a esa declaración. Simón notaba su garganta estrechándose por momentos y tragó saliva para deshacer el nudo que amenazaba con ahogarle. Enterró las manos en el regazo mientras sus ojos se clavaban en el salpicadero.

—Yo ya te perdoné hace tiempo —dijo Mike con voz suave—. ¿Por qué crees que compuse esa canción? Es nuestra historia y cada palabra de ella es cierta. Antes, en tu piso, he dicho muchas estupideces porque estaba cabreado por el mensaje de la tía esa y por tu actitud. Parecías tan insensible...

—¿Insensible? Me estaba rompiendo por dentro —confesó—. La culpa me paralizaba.

—Ah, Simón...

—¿Por qué te has ido del apartamento, de repente?

—Porque iba a llorar y no quería que me vieras así.

Simón se llevó una mano al cuello, abrumado.

—¿Por qué eres tan honesto cuando yo fui tan cobarde y mentiroso? —suspiró.

—El amor es lo que tiene, Simón —respondió, encogiéndose de hombros.

—Pareces más adulto que yo —murmuró con admiración.

Mike se rio.

—¿De qué sirve engañarse uno mismo y engañar a la persona que uno quiere? Estoy enamorado de ti. Nunca, en ningún momento, he dejado de pensar en ti durante el tiempo que hemos estado separados. Admitirlo no me cuesta nada.

Simón soltó un gemido ahogado.

—Eres... increíble.

—No. Lo increíble es lo que nos ha pasado, Simón. ¿Crees que es algo normal que dos personas tan distintas se conozcan por casualidad, compartan un breve y perfecto espacio de tiempo y decidan que quieren

estar juntas incluso arriesgando su forma de vida? Yo creo que es algo especial y único.

—El que arriesga su forma de vida eres tú —resopló—. Yo arriesgo poco.

—Espera a ver lo que significa ser la pareja de Mike Allen. Todavía te arrepentirás de tus palabras —dijo y añadió con fiereza—: pero no pienses que puedes dejarme. Tienes que quedarte conmigo.

Simón le miró con decisión.

—No voy a arrepentirme de nada. Estoy decidido a seguir adelante, sea como sea. Ya he perdido demasiado tiempo.

—¿Entonces ya no tienes miedo de joder mi carrera?

—Sé que si algo se tuerce, tú serás capaz de arreglarlo. Confío en ti.

Mike giró la cabeza y le miró también. El contorno de su rostro apenas era visible en la oscuridad del vehículo; no obstante, todo en la postura de Simón parecía mostrar su firme determinación.

—Creo que no puedo seguir conduciendo si seguimos hablando en estos términos —masculló.

—¿Quieres que conduzca yo? —propuso Simón.

—Tú tampoco vas a poder conducir.

—¿Por?

—Resultaría difícil que lo hicieras mientras te estoy besando.

Mientras decía eso, accionó el intermitente. Acababa de ver un cartel que indicaba que había un área de descanso a unos quinientos metros.

Solo había tres o cuatro camiones estacionados allí. Él se dirigió hacia la zona de turismos, algo más alejada, y detuvo el coche junto a la silueta de un árbol. Apagó el motor.

La radio siguió sonando de fondo.

La penumbra en el interior del vehículo no era completa debido a la consola iluminada y a la fina tira de LED del techo; no obstante, el juego de luces y sombras creaba un extraño patrón sobre la cara de Simón. Mike se entretuvo contemplándole antes de hablar.

—Te he echado mucho de menos, Simón. Estos meses se me han hecho eternos sin ti. Si no hubiera sido por tu hermana...

—¿Mi hermana? —inquirió con el ceño fruncido.

—Sí, Paola me ha enviado fotos tuyas, y me ha mantenido informado sobre cómo estabas.

—¡No lo puedo creer! —resopló lleno de indignación.

¡Paola había estado en contacto con Mike todo el tiempo! Y no le había dicho ni una palabra. Ella sabía lo mal que lo había pasado y se lo había ocultado. Era difícil de digerir que le hubiera traicionado así.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Mike con un ademán—. Es culpa mía. Yo le hice prometer que no te diría nada.

—¡Pero es mi hermana...!

—Sí, pero ella solo quería ayudar y que resolviéramos nuestros problemas. Cuando me marché a Londres estaba hecho polvo. No conseguía entender por qué habías cortado conmigo y de esa manera... Pasé unos días bastante jodidos. Llamé a Paola para preguntarle por ti, porque no podía no saber nada de ti —continuó—. Aunque es verdad que Andrew me confesó todo después, fue gracias a tu hermana que me enteré de que mi *mánager* fue a verte y de que te contó una serie de mentiras y verdades a medias... Me sentí doblemente traicionado, por él y por ti, la verdad.

El calor acudió a las mejillas de Simón producto de la culpa.

—Cuando descubrí que me habías dejado para no perjudicarme, pero que todavía seguías sintiendo algo por mí, decidí que esperaría hasta que contactaras conmigo. Pero joder, tardabas tanto... —se interrumpió y su vista se dirigió hacia el frente.

—Pensé que me habías olvidado y habías pasado página, Mike —dijo Simón meneando la cabeza—. Todas las fotos que veía en tus redes te mostraban siempre tan alegre y rodeado de gente. Incluso se rumoreaba que estabas saliendo con alguien...

—Fue todo un *show* para que me echaras de menos, para que te dieras cuenta de lo que habías perdido —repuso—. Lo del rumor de mi relación con Sunny se lo inventó la prensa. Solo somos amigos. La mayor parte de las veces no aguantaba ni diez minutos en todas esas fiestas y me largaba a casa. Llamaba a Paola para que me hablara de ti —se rio con desdén.

Simón enterró la cara en las manos y gimió.

—Yo había perdido la esperanza y pensaba que ya no había nada entre nosotros. Si no hubiese sido por la canción... El día que la escuché fue como si..., como si... —se detuvo con el corazón encogido. Le faltaban las palabras—. Creo que nunca me había sentido así antes. Estaba solo en casa y fui siguiendo la letra mientras contemplaba tu cara en la pantalla del ordenador y... —se le rompió la voz al recordarlo.

Notó la mano de Mike deslizándose por su pierna hasta que cubrió la suya, que tenía apoyada sobre la rodilla. El tacto le pareció reconfortante.

—Sabía que no me habías olvidado gracias a Paola, pero tu falta de reacción todos esos meses me tenía aturdido —prosiguió Mike—. La canción era mi última oportunidad. Era lo único que me quedaba para que reaccionaras. Si no me hubieras llamado, no sé qué habría hecho... Yo... quería que fueras tú quien diera el primer paso... El orgullo me impedía darlo a mí...

Simón guardó silencio. Entendía muy bien cómo se había sentido Mike. Él era el que se había comportado como un imbécil.

—Soy un cobarde —gimió—. No sé qué narices ves en mí.

Mike apretó su mano ligeramente y Simón le miró de frente. Sus ojos azules, apenas iluminados por la luz de la consola, brillaban risueños.

Todo él brillaba.

Era el jodido Mike Allen, ¿cómo no iba a brillar?

—Yo tampoco —se rio Mike.

Esa risa distendió el ambiente que se había convertido en algo pesado.

Simón sintió una explosión de efervescente entusiasmo en el pecho.

—Estoy enamorado de ti —confesó.

—Lo sé —respondió Mike con sencillez—. Pero quiero más que eso.

—Dime qué quieres —le pidió.

—Quiero que me abrasces y me susurres al oído que estás loco por mí, que no has podido dejar de pensar en mí ni un instante en todos estos meses. Quiero que me digas que no puedes vivir sin mí —jadeó—. Y luego, después de que me hayas dicho todo eso, quiero que me beses como si fuera lo último que vas a hacer en tu vida. Eso quiero.

Simón se pasó la lengua por los labios y Mike siguió el gesto con avidez.

Entonces, Simón se desabrochó el cinturón de seguridad, acercó su cuerpo al de él y enroscó sus brazos en torno a su cuello con fiereza. Mike pudo sentir el aliento cálido de su respiración justo bajo el lóbulo de su oreja y sus dedos enredándose en su melena, a la altura de su nuca. Se estremeció.

—Estoy loco por ti. No he podido dejar de pensar en ti en ningún momento desde que te fuiste. No puedo ni quiero vivir sin ti.

Todas y cada una de las palabras que iban surgiendo de la boca de Simón, entrecortadas y sibilantes, iban filtrándose dentro de Mike y se le iban clavando en el corazón que había comenzado a latir a una velocidad absurda.

Exactamente lo que quería escuchar.

Mike rompió el abrazo y le miró con intensidad.

—Mi mente fantaseaba con esto constantemente —dijo sin aliento mirando los ojos de Simón que refulgían cargados de pasión—. Lleva haciéndolo meses...

Simón se mordió el labio inferior. Él sí que fantaseaba con Mike. Con sus dedos delgados que le acariciaban. Con su boca preciosa que le besaba. Con su lengua ardiente. Con sus ojos que no se apartaban de los suyos.

—¿Qué estás pensando que tu mirada desprende fuego? —inquirió Mike—. Estás rojo como si fueras a arder de un momento a otro.

—Hace calor dentro del coche... Eso es...

No pudo seguir hablando porque Mike se abalanzó sobre él y se apoderó de su boca con violencia.

—No quiero follarte aquí en el coche como si fuéramos unos críos que no tienen otro lugar al que ir, pero si sigues mirándome así, lo haré —gimió entre beso y beso.

Simón se estremeció.

La postura no era la más cómoda del mundo con la distancia que había entre los asientos y la palanca de cambios entre ellos, pero de algún modo logró que su cuerpo se amoldara al de Mike. Cada protuberancia y espacio parecieron encontrar su sitio, como si hubiese sido creado en exclusiva para él. Su mano terminó sobre su vientre donde comenzaba a manifestarse su erección.

Iba pareja a la suya.

También su miembro había despertado.

Demasiado tiempo sin saciar su hambre.

—Estoy excitado —murmuró.

—Yo también —repuso Mike.

No había nada que deseara más que poseer a Simón. Siete meses sin él eran muchos meses, pero era muy consciente del lugar donde se encontraban.

—Tenemos que parar —dijo con reticencia.

Simón gimió desencantado.

Y Mike se rio contra su boca.

—Si eres capaz de aguantar unas pocas horas, hay un sitio en el que deseo estar contigo cuando amanezca —susurró, colocándose los vaqueros y acomodándose en su asiento.

—Aguantaré. Qué remedio...

—Sí que me has echado de menos —dijo con algo de ironía.

—Ni te lo imaginas —dijo Simón torciendo el gesto.

Mike arrancó el coche y volvieron a ponerse en marcha. Justo cuando abandonaban el área de descanso e iban a acceder a la autovía, la radio comenzó a emitir los acordes de una famosa canción. Una sonrisa apareció en sus labios al escucharla. Subió el volumen.

—Habrá que hacerle caso a la puñetera canción, ¿no? —murmuró mientras le tendía la mano a Simón.

Este dejó escapar una breve risa feliz y no tardó en entrelazar los dedos con los suyos. Mike le apretó la mano, dando gracias al cielo por que el coche fuese automático. Le miró de reojo. Simón le contemplaba con los ojos chispeantes.

—No me mires así o no vamos a llegar a ningún sitio —dijo—. Bueno, quizá consigamos llegar hasta la próxima gasolinera.

Una sonrisa burbujeante curvó los labios de Simón y volvió a mirar al frente.

La mano de Mike era cálida y firme.

La noche se extendía ante ellos mientras en la radio sonaba *I want to hold your hand* de los Beatles.

Felices para siempre

Happily ever after

—Despierta.

Mike apoyó la mano sobre el hombro de Simón y le sacudió con ligereza.

—¿Dónde estamos? —preguntó este con voz somnolienta, parpadeando.

—Hemos llegado a nuestro destino.

Simón abrió los ojos del todo, pero no pudo ver gran cosa, solo la figura de Mike al lado del coche. Seguía siendo más de noche que de día. Olfateó con curiosidad y el olor a mar le entró por las fosas nasales.

—¿Estamos en la playa?

—Sí —repuso Mike con una sonrisa deslumbrante, cogiendo su mano y tirando de él para sacarle del coche.

Simón paseó la vista por el entorno. Habían aparcado frente a un chalet de grandes dimensiones rodeado por palmeras. La grisácea oscuridad impedía ver mucho más. Solo vegetación a un lado y al otro.

—¿Dónde estamos?

—En un pueblecito de la costa mediterránea. Se llama Moraira.

—¿Moraira? Está en Alicante, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Reconciliarnos y celebrar tu cumpleaños —le lanzó Mike con una risa.

Estaba sacando una bolsa de viaje y una mochila del maletero. Llevaba también una bolsa de plástico en la mano.

—¿Cuántos días vamos a quedarnos? —preguntó Simón todavía confuso, acercándose y tendiendo la mano para cogerle la mochila—. Porque no he traído ni ropa ni cepillo de dientes ni nada, y tengo que estar en la escuela el lunes.

—Está todo solucionado. He cogido también algunas cosas para ti. Y por el trabajo, no te preocupes, ya lo he hablado con Paola...

Simón resopló. Su hermana la traidora...

—Mira detrás de la tercera maceta de la derecha —continuó Mike—, y busca la llave de la puerta. Claudia me ha dicho que el de la agencia la ha puesto ahí.

Simón le obedeció. En efecto, detrás de la enorme maceta blanca, en un sobre color café, estaba la llave.

—¿Cuándo has organizado todo esto? —le preguntó con suma curiosidad.

—Lo ha hecho mi asistente desde Londres.

Simón iba a replicar algo, pero no pudo porque Mike se acercó a él por la espalda y le abrazó por el talle. Con la mano que tenía libre le obligó a girar la cara y depositó un beso sobre la comisura de sus labios.

—Tenía muchas ganas de estar contigo y de besarte —le dijo al oído.

—Yo también.

Mike soltó un suspiro y le quitó la llave de la mano.

—Tenemos que darnos prisa. Son ya las seis. Hemos tardado más de lo que pensaba porque he parado en la última gasolinera a comprar café y a estirar las piernas.

—Haberme despertado —protestó.

—Estabas dormido y no quería molestarte.

El interior del chalet olía a pino y a algún producto más, como si alguien acabara de pasar por allí y lo hubiera limpiado. Encendieron la luz y un espacioso salón con suelo de mármol blanco y lujosamente amueblado apareció ante ellos.

—Impresionante —murmuró Simón.

—Esto no es nada. Espera —le dijo Mike dirigiéndose hacia la puerta de la terraza.

Descorrió las cortinas azules y, a solo unos metros de distancia, una piscina infinita iluminada se mostró ante sus ojos.

—¡Oh, Dios mío! —La voz de Simón llena de asombro le hizo volver la cabeza.

—¿Qué te parece?

—Es perfecto —dijo este, maravillado, al tiempo que accedía al exterior y bajaba los dos escalones que conducían a la piscina.

Mike sonrió para sus adentros. Solo había visto el chalet en fotos, pero al natural era igual que en las imágenes. Sabía que Simón se iba a enamorar de la casa, tal y como se había enamorado él. Parecía suspendida sobre el mar y estaba a solo cien metros de una pequeña playita privada, a la que se accedía por una escalera al otro lado del jardín.

Se sacó el móvil del bolsillo y miró la hora. Solo faltaba media hora para que amaneciera. Tenían el tiempo justo para dejar las cosas en el dormitorio, cambiarse y calentar el café.

—Simón —le llamó—. Voy a dejar esto en la habitación. Si quieres, busca la cocina y calienta los cafés. Tiene que haber un microondas.

Cuando Simón se acercó, le tendió la bolsa de plástico.

—Mike, estoy alucinando con esta casa. Es grandiosa. Tiene que haberte costado una fortuna alquilarla.

—¿Alquilarla? —se rio—. La he comprado.

Simón se detuvo de repente con los ojos abiertos como platos. Su mandíbula también se relajó.

—¿Cómo? Pero, pero... esto tiene que ser carísimo...

Mike arqueó ambas cejas.

—Sabes que soy millonario, ¿no?

—A veces se me olvida —farfulló.

Mike le pasó un brazo por encima de los hombros y le besó en la sien.

—Luego inspeccionamos la casa. Tenemos algo menos de media hora hasta que amanezca. Eso era lo que quería hacer contigo. Ver amanecer en la playa —le susurró.

Aspiró fuerte y su aroma, ese que tanto había echado de menos, le entró por la nariz. Estuvo a punto de liberar un suave gemido.

Simón giró la cara y le besó. Estaba conmovido. Las sorpresas se sucedían una tras otra. No sabía ni qué decir.

Mike era simplemente perfecto.

—Eres el mejor —le dijo.

—Pues claro.

Ambos se sonrieron.

—Voy a buscar la cocina —dijo, apartándose de él.

—No creo que el café sea muy bueno, pero no había otra cosa. —Mike se encogió de hombros—. Voy a dejar el equipaje en el dormitorio. He traído bañadores para los dos. ¿Tienes frío o saco el tuyo también?

—En cuanto salga el sol seguro que la temperatura sube, sácalo.

—Vale, pero solo si te cambias delante de mí.

—¡Hecho! —le lanzó por encima del hombro al tiempo que se sonrojaba como un tonto. ¡Estúpida timidez!

Mike se rio.

La cocina, decorada en tonos blancos y azules, estaba equipada con todas las comodidades y parecía nueva. Tenía una isla en medio y sobre ella había una cesta de frutas con una nota que decía *Welcome*⁴¹. Simón abrió el frigorífico y descubrió que estaba lleno. Las estanterías también estaban hasta arriba de comida.

«Qué eficientes los de la agencia».

Sobre la encimera había una moderna cafetera de cápsulas y, junto a ella, diferentes tipos de café. La rellenó con agua y se apresuró a preparar dos cafés. Sin duda, sería mejor que el que había comprado Mike en la gasolinera.

Poco después se encaminaba al jardín con dos tazas humeantes en las manos. Mike ya le estaba esperando, sentado en el borde de una cama balinesa que había en un lateral de la piscina. Se había quitado la ropa y solo llevaba un bañador blanco que le cubría hasta la mitad de los muslos. El color blanco le sentaba bien.

—¿Hay cafetera? —le preguntó olisqueando el aire.

—Sí. Este es mejor que el de la gasolinera. Tu taza es la roja —le dijo y las dejó ambas sobre la mesita que había frente a la cama.

Sus ojos se posaron sobre el borde de la piscina. Era una de esas que se desbordaban y parecían no tener fin. Se fundía con el mar que había tras ella. Uno no sabía dónde acababa la una y dónde comenzaba el otro. Era impactante. Simón solo había visto algo así en las películas.

—Es impresionante.

—¿Te refieres a la cama, al paisaje o a mí en bañador?

—A ti en bañador —repuso sin dudarle, girándose para mirarle.

Mike tenía un aspecto muy apetecible con su pálido cuerpo fibroso y la rubia melena sobre los hombros. Una breve claridad comenzaba a despuntar en el cielo y le iluminaba tenuemente. Hacía tiempo que Simón no le veía así, sin ropa, y debía confesar que no podía apartar los ojos de él.

No solo las vistas eran impactantes.

—Ponte el bañador y ven aquí —le apremió, lanzándole una prenda oscura—. Lo impresionante va a empezar en cinco minutos.

Simón cogió el bañador al vuelo y se fue dentro de la casa seguido por la risa burlona de Mike.

—¡Qué cobarde! —murmuró este viendo cómo se alejaba—. Sigues siendo igual de tímido.

Sus ojos azules se dirigieron hacia el horizonte donde el sol no tardaría en aparecer. Extendió la mano y, con los dedos, trazó la línea donde acababa el mar y empezaba el cielo, como si fuera algo tangible y pudiera palparla de verdad. Una sonrisa llena de satisfacción se proyectó en su boca.

Estaba feliz.

Demasiado.

Tanto que deseaba aullar.

O bailar.

Simón no tardó en aparecer. Su bañador era azul marino, del mismo estilo que el suyo.

—He elegido bien. Te queda perfecto —dijo, recorriendo su cuerpo de arriba abajo—. Has adelgazado, pero tienes más músculos que antes. ¡Joder, esos abdominales parecen tallados! —le dijo con admiración.

Se puso de pie, alargó la mano y se los rozó con la punta de los dedos. Estaban duros.

—He entrenado mucho —reconoció Simón—. Me he matado en el gimnasio, la verdad.

—Tengo ganas de lamértelos —ronroneó, situándose a su espalda y abrazándole mientras apoyaba la barbilla sobre su hombro.

Simón soltó una carcajada tibia.

—Después del café.

—Hecho... —dijo y le dio un beso en la base del cuello.

Después de eso no hablaron más. Se quedaron quietos, en esa misma postura, el pecho de Mike pegado a la espalda de Simón. Saborearon el café con lentitud mientras el sol iba apareciendo poco a poco en el horizonte. Se miraban de soslayo y, de vez en cuando, se sonreían. Y, en un momento dado, sus manos se encontraron y permanecieron unidas.

Las nubes se fueron tiñendo de diversas tonalidades mientras los rayos de sol las atravesaban. Rojos, magentas, naranjas y violetas se sucedieron,

matizados por las nubes y las brumas marinas, formando una increíble paleta de colores y convirtiendo el cielo en un espectáculo único.

Y de fondo, el sonido de las olas chocando contra la orilla.

Parecía como si estuvieran completamente solos en el mundo, allí, lejos de aglomeraciones, lejos de la civilización, lejos del tráfico, y muy cerca de la esencia de la naturaleza.

Fue una ocasión memorable.

—Me gustaría que este instante durase para siempre —susurró Simón—. Sentir siempre lo que estoy sintiendo ahora.

Mike se apartó de él y dejó la taza sobre la mesita. Luego le cogió del brazo y le giró para verle de frente. La luz del alba iluminaba su rostro.

—Pues hagámoslo posible.

Simón le contempló sin decir nada. En sus facciones se reflejaba todo lo que se le estaba pasando por la cabeza. Había anhelo, ilusión, entusiasmo y afecto, mucho afecto...

—Contigo, creo que todo es posible —dijo al fin con suma seriedad, dejando también su taza sobre la mesa.

La respiración de Mike se aceleró.

Se sacó el móvil del bolsillo y accedió a Spotify con rapidez. Encontró la lista de reproducción que buscaba a la primera y le dio al *play*. Luego tiró de Simón hasta que su cuerpo chocó con el suyo.

—Baila conmigo —musitó.

Simón se limitó a obedecerle. Se pegó a él como había hecho en tantas otras ocasiones, y se meció, dejándose llevar por los acordes de la melodía mientras apoyaba la frente en el hueco de su cuello.

Ambos se sabían la letra de memoria.

Era su canción.

—*And you called me my shining star...* —le cantó Mike al oído.

Simón se derritió. ¿Cómo no iba a hacerlo? Sentía las piernas como si fueran de gelatina y su estómago sufría un vuelco tras otro. Tenía todo el vello de su cuerpo erizado.

Alzó la vista y contempló su rostro.

Bello y perfecto.

—Feliz cumpleaños —dijo Mike—. ¿Te gusta tu regalo?

—Me encanta.

—Era esto o atarme un lazo rojo al cuello —se rio.

—Sin duda ese hubiera sido el mejor regalo de todos.

Se miraron fijamente unos cuantos segundos.

—Quiero acostarme contigo —dijo Mike con un tono de voz áspero y ronco. Erótico, muy erótico.

Esas tres palabras penetraron hasta el interior de Simón y le hicieron cosquillas en el abdomen. Cerró los ojos al notar cómo su miembro se endurecía.

—Yo también quiero acostarme contigo —admitió, fijando sus ojos en los de Mike.

Este le besó con suavidad.

Un beso con sabor a café que le trajo recuerdos.

—Me encantaría abrazarte, tumbarme encima de ti, besarte y pasar la lengua por cada centímetro de tu piel hasta que grites de placer... —Mike se interrumpió y suspiró—, pero me temo que no va a ser posible...

—¿No?

—No, no voy a ser capaz de ir despacio porque hace tanto tiempo, que no sé si voy a poder contenerme...

—¿De veras no has estado con nadie en todo este tiempo?

Quería saberlo.

—Te voy a confesar la verdad —le dijo, bajando la vista.

El corazón de Simón se detuvo. Si Mike se había acostado con alguien en esos meses no podría enfadarse, al fin y al cabo, no estaban juntos.

—No he estado con nadie, pero me he matado a pajas pensando en ti.

Simón se rio, aliviado.

—¡Qué romántico eres! —se burló.

—Vamos a dejar el romanticismo para mañana. Ahora lo que necesito es otra cosa —jadeó contra sus labios.

—¿Otra cosa? —le preguntó con tono provocador mientras se frotaba contra él—. ¿Como qué?

—Como follarte.

Y nada más decir eso, le metió la lengua en la boca y su manó encontró su erección y la apretó con firmeza.

Simón se pegó a él y enredó los dedos en su pelo. Había echado tanto de menos su voz, su olor y hasta su temperatura corporal...

—Creo que yo tampoco voy a poder aguantar mucho —gimió—. Si quieres, la primera vez que sea rápida. La segunda, nos podemos tomar más

tiempo...

—Joder, cómo me pones hablando así... —gruñó Mike.

No le dio tiempo a que pudiese reaccionar. Se apartó y le empujó con vigor, por lo que Simón cayó pesadamente sobre la cama, mas no lo hizo solo. Mientras caía tiró de la cinturilla del bañador de Mike y este cayó sobre él.

Sus lenguas se encontraron en un beso húmedo que se convirtió en un intercambio de potentes jadeos. Mike se movía contra él de un modo de lo más sensual y excitante. Y él hacía lo mismo.

Rodaron por la cama. A ratos, Mike se posicionaba encima. A ratos, era Simón el que cubría el cuerpo de Mike.

Hacía tanto tiempo que no estaban juntos que sus besos se tornaron algo violentos y apresurados, llenos de gemidos y algún que otro gruñido gutural.

Según transcurrían los segundos de pasión desenfrenada, su excitación fue en aumento. Simón trató de quitarle el bañador a Mike con prisas y cierta torpeza. Este levantó la cabeza y, respirando ahogadamente, le regaló una sonrisa canallesca.

—Qué impaciente...

Pero mientras hablaba, se apartó y se desembarazó de la prenda sin apartar la vista de Simón, que le observaba con las pupilas dilatadas y la boca entreabierta.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con lascivia, irguiéndose por encima de él.

Su polla se alzaba firme y rígida hasta casi alcanzar su ombligo. Se la rodeó con la mano derecha y se la acarició con languidez arriba y abajo.

—Sí... —jadeó Simón, observando sus movimientos, hipnotizado. De pronto, su bañador se le antojaba incómodo y molesto.

Mike, como si le hubiera leído los pensamientos, se inclinó y le liberó del tejido, dejando al descubierto su pesada erección. La brisa matutina acarició su desnudez, provocándole un estremecimiento. Ansioso por sentir el cuerpo de Mike contra el suyo de nuevo, le agarró de los bíceps y tiró hasta que este se tendió sobre él.

Piel contra piel. Carne contra carne. Músculo contra músculo.

Era una sensación indescriptible.

Mike se restregó contra él disfrutando con su cálido contacto mientras notaba cómo su ardor crecía. Una risa se fugó de garganta mientras le besaba, recreándose en la aspereza de su mentón.

¡Le había echado tanto de menos!

Ahora que le tenía justo debajo, se sentía pletórico.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó Simón, jadeante.

—Me he imaginado este momento tantas veces...

—Yo también —confesó.

—¿También te la has cascado pensando en mí?

—Sí.

—¿No has estado con nadie más en estos meses?

—¿Con quién iba a estar? —expelió una risa ahogada—. Tú eres el único con el que quiero estar ya, me has echado a perder.

Mike le mordisqueó el labio inferior, deleitándose en el estertor ahogado que salió de su garganta.

Estaban tumbados de lado, uno frente al otro, solo separados por un soplo de aire, acariciándose con impaciente urgencia.

—Qué sexi eres y qué cachondo me pones, joder... —susurró Mike y le pasó una mano por el fornido torso y los abdominales—. Antes has dicho que podía lamértelos después del café, ¿no?

—Sí —respondió con voz temblorosa.

—Pues ya me he tomado el café —dijo con una sonrisa llena de lujuria.

Le empujó para que se tendiera boca arriba y su cabeza se deslizó hasta su pecho. Le lamió un pezón antes de introducirse en la boca y succionarlo con suavidad, provocando que Simón gimiera. Pero no se detuvo ahí y siguió bajando, trazando un camino de besos hasta que llegó a sus abdominales y se los repasó con la lengua, tal y como había prometido.

Simón corcoveó muy excitado mientras farfullaba algo ininteligible.

—Quiero que me folles —suplicó.

Escucharse a sí mismo diciendo eso le avergonzó, y se cubrió la cara con las manos. Sintió la risa de Mike bajando por su abdomen, llegando a su cadera, y luego su respiración caliente sobre la punta de su erección. Apenas había podido coger aire, sorprendido, cuando su boca le engulló por completo.

Soltó un grito ahogado y levantó la cabeza para poder verle. Mike le miraba con los ojos radiantes mientras su lengua le lamía desde la base

hasta el extremo, provocándole un espasmo tras otro.

La imagen era simplemente increíble y sensual.

—No voy a aguantar mucho más —balbuceó—. Si sigues así me voy a correr... hace demasiado tiempo...

Mike se incorporó sin apartar la vista de su cara.

—Pues eso no puede ser —murmuró.

Se giró y sacó algo de debajo del colchón. Debía de haberlo puesto ahí con anterioridad. Eran condones y un bote de lubricante.

—*Top or bottom?*⁴² —le preguntó con una ceja arqueada.

—Creo que ya te lo he dicho antes. Quiero que me folles.

Mike volvió a reírse. Su risa era honda y genuina.

—Ay, Simón... cómo me gusta cuando eres así de vulgar... Me gusta tanto que voy a tener que sacrificarme y follarte —concedió en voz baja y muy voluptuosa.

Abrió el bote de lubricante y se echó una generosa porción en la mano. Luego la condujo a la zona del perineo de Simón, presionando a propósito hasta que sintió sus sacudidas. Siguió su avance e introdujo los dedos viscosos entre sus glúteos, abriéndose paso con cuidado hacia su interior.

La cara de Simón era toda una maravilla de contemplar. Cómo entornaba los ojos, cómo arrugaba el ceño, cómo se mordía el labio inferior y cómo sus mejillas se oscurecían según él iba profundizando su caricia, preparándole poco a poco. Sus dedos entraban y salían, encontrando cada vez menos resistencia.

Comenzó a besarle en el abdomen y a recorrerle la polla con la lengua, deteniéndose en la punta y jugueteando con ella, rodeándola y succionándola con los labios. Aquella escena le llevó a acordarse del episodio que protagonizaron en la ducha del piso de Simón, la primera vez que le hizo correrse, y ese recuerdo le excitó sobremanera y le hizo ser más vehemente con sus envites.

Los gemidos de Simón adquirieron más intensidad y su cuerpo comenzó a estremecerse y a convulsionar, y Mike supo que estaba más que preparado. Retiró la mano y se incorporó. No vaciló y Simón tampoco mostró ningún tipo de titubeo cuando le contempló ansioso. Su mirada le animaba a seguir. A ir hasta el final.

Tardó solo un segundo en rasgar el envoltorio de un condón y en ponérselo, y otro más en llenarse de lubricante.

Un par de segundos después estaba en el interior de Simón.

Emitió un grito enronquecido al sentir su calor y su increíble angostura.

¡Joder! ¡Qué puta delicia!

Simón arqueó la espalda e hizo rotar las caderas. Mike le llenaba de una forma indescriptible mientras se iba moviendo dentro de él. Entraba y salía con suma languidez como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Y él se retorció en agonía. Era una tortura sentirle de aquel modo. Un atisbo de dolor se mezclaba con el más puro enardecimiento.

La escena tenía algo de mágico e irreal. El cielo azul y el mar. El sol sobre sus cabezas. Las cortinas blancas que colgaban del dosel agitadas por la brisa que tenía ese olor característico a sal marina...

Y Mike dentro de él...

Mike...

Sus ojos se trabaron en los suyos, hundiéndose en ellos.

—Me gusta hacerlo así contigo, mirándote a la cara —farfulló Mike justo antes de besarle, enredando la lengua con la suya.

Solo recibió un murmullo.

Quizá fue ese sonido el que provocó que comenzara a moverse más deprisa y con más ímpetu. Simón no pudo protestar ni objetar nada porque la mano de largos dedos de Mike le rodeó la polla y su puño comenzó a bombear con firmeza, llevándole a gritar de éxtasis.

—No voy a aguantar más... —gruñó Mike con la mandíbula apretada —. Me voy a correr...

—¡Pues córrete! —jadeó Simón, que también estaba al borde del orgasmo.

Lo notaba en el calor que empezaba a esparcirse por su vientre y en el cosquilleo que sentía en la base de su miembro. Se retorció e hincó los talones en la cama, tensando todo su cuerpo cuando, solo unos instantes después, el placer se derramó de su cuerpo empapándole el abdomen.

Mike pudo sentir los espasmos de su clímax, estrujándole, y eso le catapultó a su propio orgasmo.

—*Fuck!* —rugió.

Le embistió un par de veces más hasta que sintió las palpitaciones por todas partes. Se puso rígido y se derramó dentro de un tembloroso Simón.

Este, exhausto y sin aliento, entreabrió los ojos y la imagen que se presentó ante él le dejó fascinado.

La rubia melena de Mike oscilaba en el aire, cubriendo parte de su rostro como una cortina dorada. Tenía la cara levantada hacia el cielo y la claridad del sol se reflejaba en ella y la convertía en oro puro.

Nunca le había visto tan hermoso.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

¡Dios, cómo era posible que estuviera tan sensible! Bajó los párpados y suspiró.

Mike, ajeno a su extraño estado de ánimo, salió de dentro de él con lentitud y se tumbó a su lado mientras se quitaba el condón y lo arrojaba al suelo. Jadeaba.

Tardó en recuperarse.

—¿Estás bien? —le preguntó al fin, depositando un ligero beso sobre su sien.

—Sí.

—Perdona por las prisas. Estaba demasiado ansioso.

—Yo también.

—Te prometo que la próxima será mejor. Seré un verdadero dios del sexo —dijo, y la risa resonaba en su tono.

Simón le acompañó en la risa, aunque la suya sonó hueca; todavía estaba demasiado abrumado.

Mike le miró de reojo. Algo no andaba bien con Simón. Escrutó su rostro con avidez.

—¿Qué pasa? —preguntó con seriedad.

Simón no respondió y ni siquiera le miró. Tenía la vista extraviada sobre el cielo. Cuando por fin habló, lo hizo en voz muy baja.

—Estoy feliz.

—¿Y por eso tienes esa cara? —le cuestionó, alzando la mano y acariciándole la áspera mejilla.

Simón volteó la cabeza y le miró. Un rayo de sol se filtró entre las cortinas y le dio de lleno en los ojos. En sus preciosos ojos castaños.

—Es porque estoy loco por ti —confesó—. Es porque no sé qué habría hecho si no hubieses dado el primer paso con esa canción. No me imagino mi vida sin ti.

A Mike se le encogió el pecho.

—Es perfecto, entonces, porque sientes exactamente lo mismo que yo —murmuró, y una enorme sonrisa bailó en sus labios.

Su mirada se posó sobre su garganta, allá donde sus violentos besos habían dejado unas cuantas marcas. Las acarició con la punta de los dedos y su sonrisa se hizo todavía más amplia.

«Soy un salvaje».

Simón se acercó, buscando cobijo en su calor corporal. Tenía las emociones a flor de piel. Cada gesto que hacía Mike y cada palabra que pronunciaba le llegaban al alma. Enterró la cara en su cuello y se regodeó en la suavidad de su melena.

Mientras un ligero vientecillo arrullaba sus cuerpos desnudos intercambiaron unas cuantas caricias lánguidas, carentes de pasión pero llenas de afecto.

—*I think this is the beginning of a beautiful friendship*⁴³.

La voz ronca por encima de su cabeza le hizo apartarse unos milímetros.

—¿Estás citando la frase final de *Casablanca*? —Abrió los ojos muy sorprendido.

—Has creado un monstruo —repuso Mike con un guiño—. Durante estos meses no he parado de ver cine clásico cuando tenía tiempo. Me he enviciado...

Simón soltó una risa entusiasmada. Aquella confesión le hacía una ilusión enorme. El que Mike se interesara por las mismas cosas que le gustaban a él le llenaba de felicidad.

—¿Quieres que nos demos un baño? —preguntó este repentinamente.

Asintió. Le pareció una idea fantástica. Se notaba pegajoso en la zona del vientre.

—Ven —le dijo entonces Mike, poniéndose en pie con energía y tirando de él.

Simón se dejó llevar hasta la ducha que había al otro extremo del jardín. El agua estaba congelada, pero le vino bien sentir el chorro frío sobre su cuerpo. Miró a Mike a hurtadillas, que esperaba su turno mientras se estiraba al sol como un gato desperezándose.

Desnudo y fulgurante.

Seré un verdadero dios del sexo.

Eso había dicho.

Ya lo era. Vaya si lo era.

Mientras se encaminaba a la piscina pudo escuchar los gritos y sonrió. Mike se quejaba de la temperatura del agua.

Se tiró de cabeza. El agua, en comparación con la de la ducha, estaba deliciosamente templada. Se sentía raro, sin bañador, pero hizo a un lado esa curiosa sensación y nadó con vigor hasta el borde más alejado, se acodó en él y contempló el mar que se extendía frente a sus ojos en colores verdosos y azul turquesa.

Estaba con Mike.

Apenas podía creerlo, pero así era.

No tenía ni idea de cómo iban a poder seguir adelante y mantener esa relación, siendo sus mundos tan diferentes, pero en ese momento no le importaba demasiado. Solo quería disfrutar del instante y dejarse llevar.

Un chapoteo a su espalda le indicó que Mike también se había sumergido. Se dio la vuelta, pero no le encontró; había desaparecido debajo de la superficie. De pronto, emergió a unos dos metros de él. Multitud de pequeñas gotas de agua salieron despedidas de su larga melena y volaron en todas direcciones, atrapando la luz del sol.

Simón le contempló boquiabierto. Era como un dios. El dios del agua. Hermoso y seductor.

No podía ser, pero su masculinidad volvía a despertarse.

¡Joder! ¡Pero si acababa de correrse!

Incapaz de controlar sus instintos más primarios, se giró y se concentró de nuevo en el océano, respirando hondo. No tardó en sentir su cuerpo pegándose al suyo y sus labios mojados besándole el lóbulo de la oreja.

—¿Te gusta?

—Es espectacular —repuso, tratando de sosegar. Cosa harto difícil cuando sentía la piel de Mike acariciando la suya.

Permanecieron unos segundos en silencio, hasta que Mike lo rompió.

—Quiero que repitamos esto con frecuencia. Que podamos escaparnos y estar solos, sin que nadie nos moleste. Por eso he comprado esta casa. Será nuestro refugio.

—¿Tan seguro estabas de que te iba a aceptar? —le preguntó con tono provocador.

—Por supuesto. Tengo una cómplice de lujo. Paola me informaba de todo. Sabía que te morías por mí —repuso con suficiencia.

—Paola es una traidora —resopló Simón.

—Ni se te ocurra meterte con mi cuñada. Y confiesa que te enamoraste de mí el primer día que me viste. Cuando te manché la cazadora.

—Lo confieso. Me enamoré de ti en cuanto te vi —confirmó haciendo un ademán vago con una mano—. ¿Y tú? ¿Cuándo te enamoraste tú de mí?

Mike paseó la vista por el entorno, deteniéndose en las palmeras que había a un lado del jardín. Frente a ellos, el sol arrancaba pequeños destellos del mar azul, que estaba tan calmado como si fuera la superficie de un espejo. Enredó sus piernas con las de Simón debajo del agua y apoyó la barbilla sobre su hombro derecho.

¿Cuándo se enamoró de Simón?

Era una pregunta fácil.

—Creo que me enamoraba de ti un poquito más cada día. Quizá la primera vez que sentí algo por ti fue en el concierto, cuando vi tu cara horrorizada al dedicarte aquella canción —se rio—. Y luego en tu piso, la primera mañana, cuando desayunamos en la terraza y me di cuenta de que estabas nervioso y que mi presencia te afectaba... Me mirabas como si fuera un hombre atractivo y no Mike Allen. Y eso me gustó... —se interrumpió—. En realidad, me gusta todo de ti.

Después de eso guardó silencio. Había muchas más cosas que quería decirle a Simón. Pero ya habría tiempo de hacerlo. Ahora solo quería disfrutar del momento.

Cerró los ojos y se abrazó a su musculoso cuerpo mientras el agua se arremolinaba en torno a ellos y la brisa acariciaba su cabello.

¿Cómo iba a ser el resto de su vida? ¿Qué iba a ser de ellos?

Si era honesto consigo mismo, no tenía ni la menor idea. Quizá pudiesen continuar con esa relación a distancia. O quizá se fueran a vivir juntos... No había modo de saber qué les deparaba el futuro; estaba lleno de incertidumbres. Pero sí que había una cosa de la que estaba muy seguro.

Solo una cosa.

El hecho indisputable de que quería estar con Simón.

Y era por eso que, independientemente de lo que les tuviera reservado el futuro, mientras estuvieran juntos, Mike estaba convencido de que serían felices para siempre.

Sí. *Felices para siempre*. Como en los puñeteros cuentos de hadas.

—¿Recuerdas que antes te he dicho que la segunda vez podía ser más lenta y que podíamos tomarnos más tiempo?

La voz de Simón, apenas un susurro sensual, llegó hasta él y le sacó de su ensimismamiento.

—Lo recuerdo perfectamente —musitó levantando la cara.

—Pues ya estoy preparado.

Soltó una risa breve.

—Eres insaciable...

—Contigo sí.

No pudo evitarlo. Mientras la sangre comenzaba a correr rauda por sus venas, le giró la cara y le miró. Gotas de agua se habían quedado suspendidas en sus largas pestañas negras y sus profundos ojos oscuros reflejaban una mezcla de ternura y deseo.

Una ternura y un deseo semejantes a los que sentía él.

Le besó con ansia y Simón le correspondió con el mismo ardor.

—Bien, estoy listo para el segundo asalto —susurró contra su boca.

*Una especie de epílogo que exactamente no lo es,
dos años después*

A sort of epilogue that isn't quite one, two years later

—Últimamente no ha habido ningún rumor sobre ti. ¿Quiere decir eso que has sentado la cabeza? ¿Has conocido a alguien especial?

Mike se echó a reír. Con un gesto teatral y mirando a sus compañeros con picardía, elevó la mano izquierda en cuyo dedo anular lucía una alianza de oro blanco engastada con siete pequeños diamantes.

—¡Dios mío! —exclamó la entrevistadora, alargando la mano y cogiendo la de Mike—. ¿Esto significa lo que yo creo?

—Parece que sí —repuso con una sonrisa ladeada.

—¿Te has casado? ¿Cuándo ha sido eso?

—Hace cuatro días.

—¡¿Hace cuatro días?! —barbotó.

La pobre mujer parecía al borde del colapso.

—¡Esto sí que no nos lo esperábamos! Queridos telespectadores —prosiguió, mirando a la cámara—, esta es una noticia en exclusiva para *KTC Unplugged*. Mike Allen, el cantante del exitoso grupo CFB se ha casado. ¡Se ha casado! ¿Ha sido una ceremonia secreta?

—Tan secreta no, que nosotros hemos ido —intervino Rob soltando una risa.

—¿Cuántos corazones rotos tenemos ahora entre el público? Pero todavía no sabemos quién ha sido la chica que ha conseguido atraparte —continuó ella. Parecía seguir en estado de *shock*—. Dinos, Mike, ¿cuál es el nombre de la afortunada?

—Se llama Simón. Y es un hombre muy afortunado —repuso con un guiño burlón mirando a Vince, que también sonreía de oreja a oreja. Y luego lanzó un beso hacia la cámara y añadió en español—: Te quiero.

Simón se echó hacia atrás en el sofá de cuero y meneó la cabeza, risueño. Era la cuarta vez que veía la entrevista y la escena seguía pareciéndole una verdadera pasada. Alargó la mano en la que brillaba el mismo anillo que lucía Mike y cogió el mando del televisor. Pulsó el botón para hacer avanzar la grabación y volvió detenerla un minuto después, en la parte en la que Mike le contaba a la presentadora cómo se habían conocido.

—Fue en España, hace dos años y medio, en el concierto que dimos allí. Él estaba entre el público. Fue amor a primera vista. —Se encogió de hombros—. Estaba en una de las salas VIP. Su hermana le había obligado a ir. Él ni siquiera sabía quiénes eran los CFB.

—¿Hay alguien en el mundo que no sepa quiénes sois? —le preguntó ella con incredulidad.

—Eso mismo le dije yo —repuso con suficiencia—. Pero de verdad no lo sabía. Sin embargo, en cuanto me vio, cayó rendido a mis pies. Y luego le dediqué una canción...

—La canción... —murmuró entre risas Vince.

—¡Espera un momento! —exclamó la presentadora—. Creo recordar que se comentó algo hace un par de años de que le habías dedicado una canción a un hombre. Hubo incluso algún artículo en prensa...

—Sí. Fue a él.

—¿Quieres decir que lleváis más de dos años juntos? —Semejaba estar anonadada.

—Sí.

—Pero ¿cómo habéis podido mantenerlo en secreto?

—No ha sido fácil. Doy fe —intervino Joe.

Los cuatro integrantes del grupo soltaron una carcajada.

—Simón es una persona muy discreta. No le gusta demasiado ser el centro de atención ni estar frente a las cámaras ni los focos. Y yo, como soy su esclavo —bromeó Mike, alzando los brazos con exageración—, hago todo lo que me pide.

Simón elevó los ojos al techo y resopló como había hecho las últimas cuatro veces al escucharle decir eso.

—Pues a partir de ahora sabes que vuestra intimidad se ha acabado. Vas a tener a una multitud de reporteros detrás para conseguir una foto. ¿Eso no le va a importar a tu marido?

—Ya lo hemos hablado.

—¿Y puedes contarnos más cosas de él?

—No —negó con suavidad—. Esto ha sido más que suficiente. El resto ya es solo nuestro.

—Solo una última pregunta antes de seguir hablando del nuevo álbum. ¿Crees que el que tu pareja sea del mismo sexo que tú va a afectar negativamente a las ventas? La mayor parte de tus seguidoras son mujeres...

Mike sonrió con cierta frialdad.

—¿Quieres decir que si me hubiera casado con una mujer a mis seguidoras no les habría importado? No entiendo tu pregunta —terminó con una ceja arqueada.

La presentadora carraspeó visiblemente incómoda y fingió colocar los papeles que tenía en las manos. Luego los miró de nuevo y comenzó a interrogarlos sobre el nuevo álbum.

Simón meneó la cabeza.

—Pobre mujer, la ha dejado trastocada.

En fin, la suerte estaba echada.

Sabía que las cosas iban a cambiar mucho. Hasta aquel día habían conseguido mantener su historia en secreto. Solo la gente más allegada a ellos sabía que estaban juntos. Las familias y los amigos de ambos, Paul Archer, el nuevo agente de los CFB, y nadie más.

Sin embargo, Mike era demasiado famoso y llamativo para que pudiera esconder algo así. Siempre tenía a alguien siguiéndole. Periodistas, reporteros, fanáticos, *groupies*... Durante el tiempo en que la relación fue a distancia, no fue tan difícil. Cada vez que Mike viajaba a Madrid para visitar a Simón lo hacía de incógnito y, una vez allí, no salían demasiado o, si lo hacían, procuraban ir a lugares poco concurridos. Solo en una ocasión habían tenido que huir del Jardín Botánico perseguidos por un grupo de chicas que le reconocieron.

Pero desde que habían tomado la decisión de irse a vivir juntos —hacía ya dos meses de aquello—, era bastante más complicado seguir ocultando que eran una pareja. La casa de Mike en Primrose Hill solía estar casi siempre rodeada de reporteros o curiosos.

Hacía unos días, justo antes de la boda, lo habían hablado y habían decidido que no podían continuar en la sombra. Su relación ya no podía seguir siendo algo íntimo y solo para ellos.

Simón sabía que las cosas se iban a complicar, pero no había otra opción. Serían la novedad del momento, pero la gente terminaría por cansarse y los dejaría en paz en un futuro próximo.

Eso esperaba.

La idea de anunciarlo así en televisión fue de Mike, por supuesto. Él y su teatralidad... A Simón ya no le sorprendía nada. Después de dos años de estar juntos, se había acostumbrado a sus excentricidades y a su forma de ser. De algún modo, y aunque eran muy distintos, se complementaban a la perfección. Su relación, que podía haber parecido destinada al fracaso debido a sus diferencias, cada día se afianzaba más.

El día en que Mike le pidió que se casara con él, hacía ya cuatro meses, no vaciló ni un instante. Había pocas cosas de las que Simón estuviera seguro al cien por cien en su vida. Una de ellas era su familia, su madre y su hermana, la otra, era Mike.

Su estrella brillante.

Volvió a centrarse en la pantalla.

Los cuatro componentes de los CFB estaban sentados en un sofá a la derecha mientras que la presentadora lo hacía en una butaca frente a ellos.

Mike vestía de negro, con unos pantalones muy ajustados, botas de militar, una camiseta larga hasta las rodillas y un sombrero de ala ancha. Como siempre, estaba guapo a rabiar.

Los contempló un rato más mientras contestaban a las preguntas sobre el nuevo álbum que habían sacado hacía dos meses. Desde el lanzamiento estaban muy ocupados con la promoción y ver a Mike se había convertido en toda una odisea.

Su móvil comenzó a sonar. Se lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

Paola.

—Hola, señor marido de Mike Allen —le saludó con una risa.

—Perdona, pero es él el que es el marido de Simón Muñoz —repuso con retintín.

—¡Ja! Tus ganas... —bufó—. ¿Qué tal la vida de casados?

—Pues ni idea. Desde que se fue el miércoles no he vuelto a verle.

—¿Todavía no ha vuelto?

—Ya está en Londres. Me ha llamado cuando ha aterrizado en Heathrow hace unas horas. Tenía una entrevista en la tele, pero tiene que estar a punto de llegar a casa.

—¿Os vais mañana por la tarde, entonces?

—Sí, después de comer.

—Me dais una envidia que me muero.

—Ya sabes. Divórciate de Pedro y lánzate a por Joe. Sigue soltero... y en la boda te hacía ojitos.

—Le hace más ojitos a Pedro que a mí —protestó con sarcasmo.

Simón se rio con ganas. Era cierto que Joe se llevaba a las mil maravillas con Pedro. Cuando se conocieron en uno de los conciertos de los CFB, hacía algo más de un año, resultó que ambos eran unos fanáticos del *World of Warcraft* y, cada vez que se juntaban, terminaban apartados de los demás hablando de batallas y estrategias.

—Te estoy llamando porque hace mucho que no sabía de ti y para decirte unas cosillas —prosiguió ella cambiando de tema—. La primera, que tenías una clase hace cinco minutos.

—¡Joder! —exclamó Simón mirándose el reloj. Lo había olvidado completamente.

—No te preocupes. He contactado con tus alumnos y les he dicho que la clase empieza un cuarto de hora más tarde.

—Muchas gracias, Pao.

A pesar de que se había mudado a Inglaterra, no había renunciado a su trabajo como profesor, solo que ahora las clases las impartía online.

—Y la otra razón por la que te llamo es para decirte que la boda fue preciosa. ¡Qué emocionante! De veras, Simón. Todavía se me cae alguna lagrimilla cuando me acuerdo. Estabais tan guapos los dos...

—Yo más, ¿verdad?

—No. Lo siento mucho. Eres mi hermano y te quiero, pero no le llegas a Mike ni a la suela de los zapatos. Él estaba espectacular.

—¡Qué cabrona eres! —masculló fingiendo indignación.

—La realidad es la realidad. Asúmelo —dijo—. No, ahora en serio. Fue una ceremonia superentrañable. Quiero copias de las fotos. Hay por ahí una en la que os estáis mirando a los ojos embobados. Esa la quiero. Estabais de un mono... —suspiró.

Simón sabía perfectamente a qué foto se refería. También era su favorita.

—Te la mando al mail —dijo.

El fotógrafo les había hecho llegar unas cuantas y esa estaba entre ellas.

—Simón, estoy muy feliz por vosotros. Ya no por la boda, sino porque hayáis decidido ir a vivir juntos. Las relaciones a distancia son un fastidio.

Le dio la razón mentalmente. Esos dos años que habían pasado viéndose solo una vez al mes habían sido duros. Había echado mucho de menos a Mike. Sin embargo, no se arrepentía de su decisión. Durante ese periodo de tiempo su relación se había afianzado y Mike había podido dedicarse de lleno a su carrera.

—¿Cuánto tiempo vais a estar fuera? —le preguntó ella.

—Cuatro semanas —respondió.

—Lláname todos los días y pásame un informe de todos los sitios a los que vayáis.

Se rio con ironía.

—¿No lo vas a hacer? —inquirió ella con indignación.

—¿Todos los días? Te llamaré una vez a la semana, si me acuerdo...

—¡Qué capullo eres! ¡Qué rápido te olvidas de la familia, señor Allen!

—Venga, está bien. Te llamaré dos veces a la semana. No prometo más.

Paola resopló con fuerza en el teléfono.

—Lo acepto porque no me queda otra. Te voy a dejar que te estoy entreteniendo demasiado y vas a llegar tarde a tu clase.

—Dale un beso a mamá cuando la veas. He intentado llamarla y no he podido localizarla.

—Está en Portugal. Se fue ayer. Conociéndola se habrá olvidado de cargar el móvil o algo... Me abandonáis todos. Mamá y ahora tú. Estoy tan sola... —fingió lloriquear.

Simón volvió a reírse.

—Te mandaré entradas VIP para el próximo concierto de los CFB.

—Genial. Por mí puedes irte con Mike al fin del mundo, entonces —dijo con entusiasmo.

—Chaquetera...

Entre risas, se despidieron poco después.

Simón se miró el reloj. Solo quedaban un par de minutos para que empezara la clase, así que apagó la tele y se encaminó hacia su despacho. Era uno de los dormitorios de la planta superior que habían convertido en oficina cuando él se trasladó allí.

La clase era una de preparación al TestDaF para alumnos que querían acceder a la universidad en Alemania. Y era su última clase antes de irse de viaje por Europa con Mike.

De luna de miel.

Su cara se iluminó.

«Luna de miel...».

¡Qué bien sonaba aquello!

* * *

Mike aparcó el coche, apagó el motor y salió de él a toda velocidad. Tenía la adrenalina por las nubes y unas ganas tremendas de besar a Simón.

Su esposo.

Se rio como un imbécil.

De unas cuantas zancadas salió del garaje y atravesó el pasillo que llevaba al interior de la casa. Subió las escaleras y se encaminó al salón. Las luces estaban encendidas, pero no había nadie allí. Toda la casa estaba muy silenciosa. ¿Dónde estaba Simón? Imposible que hubiera salido. Eran ya las diez de la noche.

Subió a la primera planta y entró en su dormitorio. Estaba a oscuras. Encendió una de las lámparas de la mesilla y se quitó las botas y la chaqueta, arrojando esta sobre la cama. Unos suaves murmullos llegaron hasta él y agudizó el oído.

Provenían del despacho de Simón.

Ansioso por verle y abrazarle se dirigió hacia allí. Estaba al final del corredor. Se detuvo frente a la puerta que estaba entreabierta y espió a través de la rendija.

Simón estaba en una clase online, sentado frente a la pantalla de su ordenador. Hablaba en alemán con sus alumnos. Y justo a su lado, tendido en el suelo de madera, estaba Rico. El gato, cuando se percató de su presencia, se puso de pie, se desperezó y fue a su encuentro. Se coló por la abertura de la puerta y se detuvo junto a su tobillo. Mike le cogió en brazos y enterró la nariz en su pelaje mientras seguía contemplando a Simón, que permanecía ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Estaba muy concentrado.

Llevaba unos pantalones grises de lino y una camiseta blanca de manga larga. Sus gafas de profesor sexi cabalgaban sobre su nariz y, entre frase y frase, se tironeaba del labio inferior inconscientemente. Tenía un boli en la mano y anotaba algunas cosas en un cuaderno.

Mike se recreó mirándole mientras se le aceleraba el corazón.

Llevaban tres días sin verse, exactamente desde la mañana después de la boda.

Se habían casado el martes en España. El miércoles a primera hora él y sus compañeros tuvieron que coger un vuelo a Londres y luego otro a Edimburgo, donde habían pasado dos días grabando el vídeo musical de uno de los temas del último álbum. Por fin habían regresado a Londres esa misma tarde, pero fueron directamente a la cadena de televisión para participar en la entrevista.

La entrevista...

No sabía si Simón la había visto.

Pero tal y como habían convenido, había hecho pública su relación.

Por fin.

Después de dos años, Simón había accedido a hacerlo.

Que las cosas no iban a ser fáciles para ellos de ahí en adelante era algo con lo que contaba, pero tenía mucha confianza en ambos y sabía que los lazos que los unían eran fuertes. Podrían con todo y saldrían adelante. Estaba seguro.

Él hubiese pregonado a los cuatro vientos que eran una pareja mucho antes. Estaba ansioso por que el mundo entero lo supiese, pero Simón se había negado, aduciendo que no quería perjudicarlo. Y fue inflexible hasta el final.

Mike no creía que su carrera pudiera salir afectada de ningún modo. Los CFB estaban en la cresta de la ola. El año anterior habían ganado cuatro Grammys y ese año, la canción principal de su nuevo álbum llevaba varias semanas en todas las listas de descargas y estaba batiendo récords de escuchas. Y su vídeo era uno de los más vistos en YouTube.

Eran imparables.

No obstante, había respetado la decisión de Simón. Era capaz de hacer cualquier cosa para hacerle feliz.

Rico ronroneó entre sus brazos y Mike le rascó la barbilla donde sabía que le gustaba, provocando que el gato cerrase los ojos y que su ronroneo se

hiciera más sonoro. Aunque todavía seguía husmeando todos los rincones de su nueva vivienda, se había acostumbrado muy bien a la enorme casa.

Como su dueño.

Simón también se había aclimatado con rapidez.

A Mike le encantaba verle con su ropa cómoda, deambulando de un lado a otro, haciendo el desayuno en la cocina, viendo la televisión tirado en el sofá, ensimismado en su despacho mientras preparaba una clase o yendo a visitarle a su estudio mientras él trabajaba... Era como si Simón siempre hubiera estado en su hogar, como si perteneciera allí.

Echaba de menos el pequeño y coqueto piso de Madrid donde tantos buenos ratos habían pasado, pero lo habían conservado y podían escaparse allí cuando quisieran para revivir recuerdos.

Y también tenían el chalet de Moraira.

Allí era donde se habían casado.

En su jardín con vistas al mar se dieron el sí quiero frente a la gente que los quería.

A la ceremonia acudieron la madre de Simón y su novio, Paola, Pedro y el resto de sus amigos. Y por parte de Mike, solo los otros tres miembros de los CFB, su padre y su madrastra, Ellen. Fue una celebración sencilla y muy íntima, tal y como ambos deseaban.

Preciosa y perfecta.

Mike todavía se emocionaba cuando pensaba en ella.

Debió de hacer algún ruido porque Simón se dio la vuelta y le descubrió en la puerta. Le lanzó una rápida sonrisa antes de dirigirse a sus alumnos y decirles algo con un tono de voz risueño.

Solo unos segundos después desconectaba el monitor y se quitaba las gafas.

Mike dejó a Rico en el suelo y se apresuró a entrar en la oficina. Se abalanzó sobre él y le encajonó contra el escritorio, besándole con ansia.

—Te he echado de menos —susurró contra su boca—. Estos días se me han hecho eternos.

Simón se aferró a su cuello mientras le devolvía el beso con el mismo ímpetu.

—Yo también te he echado de menos.

—¿Has visto la entrevista? —inquirió, alzando la cabeza.

—Cuatro veces —respondió.

—¿Y?

—Ha estado bien.

Resopló, decepcionado, y Simón soltó una risa.

—¿Ha estado bien? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Has estado fantástico —concedió—. Cuando has levantado la mano así como con descuido y has mostrado el anillo, ha sido un momento espectacular. A la presentadora casi se le caen los papeles de la mano.

—Y también te he dicho que te quiero, mirando a la cámara...

—Me ha gustado eso —reconoció.

—Y la he puesto en su lugar cuando ha dicho estupideces.

—Has estado perfecto.

—Lo sé —repuso Mike con una mueca engreída.

De pronto, un rictus de desagrado apareció en su boca.

—Hay reporteros fuera —dijo con pesar—. A partir de ahora van a estar ahí, al menos hasta que se calme todo. He tenido que entrar con el coche por la parte de atrás. Es una mierda, Simón. Lo siento...

—Ya lo habíamos hablado y sabíamos que las cosas iban a cambiar, así que no te preocupes por mí.

—Pero sé cuánto te molesta...

—Para —le cortó—. Es algo con lo que ya contaba cuando empezamos a salir y hemos conseguido esquivarlo durante dos años. —Se encogió de hombros—. Lo superaremos. No me importa pasar por ello si a cambio estoy contigo.

Mike sonrió ampliamente y se acercó hasta que los labios de ambos se encontraron. Volvieron a besarse con suavidad, sin apartar los ojos el uno del otro. Estaban tan cerca que Simón pudo ver la silueta de su cabeza reflejada en sus pupilas.

—Por cierto, ya he preparado las maletas —dijo sonriente.

—Genial —repuso Mike, regalándole una sonrisa similar.

Al día siguiente partían hacia Berlín. Iba a ser el primer lugar que visitarían. Después pasarían unos días en Praga, en Viena, en Budapest, en Roma y en Lisboa y terminarían en Madrid donde se quedarían el último fin de semana antes de volver a Londres de nuevo.

Un mes para ellos solos. Más o menos. Iban a compaginar la luna de miel con algunas apariciones de Mike y su grupo en programas de televisión europeos.

Un mes del que Simón pensaba exprimir hasta el último segundo ya que después de su retorno a Inglaterra, Mike iba a estar muy ocupado preparando la gira de verano que iba a llevar a los CFB a los Estados Unidos.

Mike aprovechó que estaba distraído para colocarse entre sus muslos y apretarse contra él. Simón se sentó sobre la mesa y le rodeó el talle con las piernas. Un objeto que había sobre la superficie del escritorio se volcó. Miró por encima del hombro y se dio cuenta de que era la foto de su boda, esa de la cual Paola quería una copia y que Mike todavía no había visto. Alargó el brazo y la cogió.

—Mira. La enmarqué ayer.

Mike se echó hacia atrás y cogió el marco de madera. Se quedó mirando la fotografía con la boca entreabierta y una curiosa expresión en el semblante. Le emoción se derramaba por sus ojos.

Bum bum bum...

El corazón de Simón amenazó con estallarle en el pecho al ver cómo la mirada azul de Mike se enturbiaba... Era tan franco con sus sentimientos y sus emociones. No ocultaba nada. Era tan directo... Simón le admiraba profundamente por ser tan fiel a lo que sentía y jamás avergonzarse de ello.

Le estudió fascinado. Sus facciones continuaban siendo igual de delicadas que siempre, pero ahora le envolvía un aura de madura intensidad, que cuando le conoció no estaba allí.

Llevaba el pelo suelto y, aunque se lo había cortado y apenas le llegaba a los hombros, seguía tan atractivo como siempre. O quizá más.

Suspiró en silencio.

Le quería tanto...

Nunca pensó que se pudiera querer tanto a alguien fuera de su familia.

Mike no podía apartar la vista de la foto. Aparecían ambos en primer plano, de cintura para arriba. Simón iba vestido de azul y él de blanco. Tenían el mar al fondo. Se miraban a los ojos y sonreían. Su frente se apoyaba en la de Simón mientras este le tocaba la cara con la mano izquierda, donde destacaba su alianza de boda.

Era una imagen preciosa que mostraba con toda claridad lo mucho que significaban el uno para el otro.

Se le encogió la garganta y sus ojos se humedecieron. Los cerró, conmovido.

Cómo amaba a Simón...

A veces le parecía un sueño que estuvieran juntos. ¿Quién le iba a haber dicho que un simple encuentro fortuito durante un concierto le iba a llevar a encontrar a la persona con la que quería compartir su vida?

—¿Te gusta? —preguntó Simón en un susurro.

—*I love it...*⁴⁴ —respondió. Se dio cuenta de que la voz se le había quebrado y carraspeó, aclarándosela, al tiempo que elevaba los párpados—. Quiero una igual para mi estudio.

—Ya la tienes allí. Enmarqué dos.

—Eres el mejor. Y yo tengo la suerte de que seas mi marido.

—La suerte es mía. No todo el mundo puede decir que está con un millonario superfamoso —bromeó Simón.

Mike se rio y le contempló con los ojos brillantes antes de apartarse y tirar de su mano para que se bajara de la mesa.

—Ven, vamos a preparar la cena.

—Acepto. Me estoy muriendo de hambre. Y me tienes que contar qué tal ha ido todo en Escocia —dijo, siguiéndole fuera del despacho.

—Mientras tú cocinas te lo cuento.

—Qué cara más dura...

Mike volvió a reírse. Se detuvo en el pasillo, antes de las escaleras que conducían al piso inferior, y le empujó contra la pared haciendo un mohín.

—Consíenteme un poquito...

—¿Por qué pones morritos?

—¿No te parece sexi? —preguntó exagerando el gesto.

Los ojos relampagueantes de Simón y su forma de morderse el labio inferior le dieron la respuesta.

«Le parezco sexi».

Simón le empujó y se apresuró a bajar las escaleras, refunfuñando por lo bajo algo similar a *Es tan guapo que no puedo resistirme, qué capullo...*

Mike le siguió, riéndose entre dientes.

—Si cocinas, prometo recompensarte después en el dormitorio o en la ducha, como prefieras... —le dijo con tono lascivo.

—Es lo mínimo que puedes hacer. —Le lanzó por encima del hombro.

Mike siguió riéndose y apresuró sus pasos para poder alcanzarle. Lo hizo justo cuando llegaba a la planta inferior. Le agarró por el talle y le besó

bajo el lóbulo de la oreja, aspirando su aroma. Olía tan bien...

Simón giró la cabeza y sus miradas se cruzaron.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —le preguntó en un murmullo.

—Lo sé —respondió Mike.

—Te lo digo pocas veces.

—No me importa. Lo veo en tus ojos constantemente.

—¿Sí? —Se dio la vuelta y le miró con fijeza—. ¿Qué te estoy diciendo ahora?

Mike clavó la mirada en la suya y le escrutó a través de sus pestañas

—Que me amas con locura —musitó con voz ronca—. Que te mueres por mí y que quieres estar conmigo para siempre.

Simón sonrió.

—Exactamente eso te estaba diciendo.

Mike se rio y se apoderó de su boca.

—Lo sabía. Te has vuelto tan transparente...

Fin

OceanofPDF.com

Lista de canciones

Esta novela es una novela en la que la música es una gran protagonista.

Hubiese sido genial poder escuchar las canciones de los Crazy Fucking Bastards con la maravillosa voz de Mike Allen, pero dado que es imposible y solo existen en mi cabeza, al menos os dejo la lista de las otras canciones en Spotify. Podéis imaginaros a Mike deslizándose por el piso de Simón al ritmo de cualquiera de ellas.

Cherry Bomb – The Runaways

I wanna be sedated – Ramones

Redondo Beach – Patti Smith

One way or another – Blondie

Don't want to know if you are lonely – Hüsker Dü

In the city – The Jam

Personality crisis – New York Dolls

Radio, radio – Elvis Costello & The Attractions

Cry to me – Solomon Burke

These arms of mine – Otis Redding

When a man loves a woman – Percy Sledge

I never loved a man – Aretha Franklin

Sultans of Swing – Dire Straits

Friday I'm in love – The Cure

Feeling good – Michael Bublé

I want to hold your hand – The Beatles

<https://spoti.fi/3gDG4C5>



[OceanofPDF.com](https://oceanofpdf.com)

Nota de la autora

Como siempre digo, queridos lectores, si habéis conseguido llegar hasta aquí, ya es un logro para mí y quiero daros las gracias por ello. Espero que hayáis disfrutado con la historia de Mike y Simón. Yo lo he hecho mientras la escribía.

Mucho.

¿Por qué me he decidido por una historia de amor entre dos hombres?

La explicación más sencilla es que soy una asidua lectora de novelas LGTBI y de mangas yaoi, así como consumidora de series asiáticas BL, por lo que es un tema que me llama mucho la atención, así que el siguiente paso era escribir algo semejante yo misma.

My shining Star es el resultado.

La historia surgió el año pasado durante esos largos meses de encierro que nos tuvieron con la vida en pausa. Me encerré en mi despacho y me senté frente al ordenador y reconozco que, mientras el resto del mundo protestaba porque no podía salir a la calle, yo era completamente feliz sin apartarme del teclado, inmersa en estos dos personajes.

Quería crear una historia de amor sin prejuicios, sin mucho drama, sin excesivas subidas y bajadas, solo un romance que hiciera sentir bien a las personas que lo leyeran. Durante muchos meses, mientras terminaba la novela y la corregía y editaba, Mike y Simón me han acompañado y han sido solo míos. Y los he querido mucho. Confieso que me ha dado un poco de respeto dejarlos volar libres y que fueran de todos porque, de nuevo, me salía de mi zona de confort con una historia así, pero creo que ellos dos se merecen que todo el mundo los conozca, así que ahí van, ya son de todos.

Si os habéis enamorado de ellos, gracias.

Y, sobre todo, gracias a ti, que nunca has leído ninguna novela de este género, pero has decidido darle una oportunidad. Amor es amor, a fin de cuentas.

Sin más dilación paso a los agradecimientos, que son muchos, pero seré breve según mi costumbre:

En primer lugar y como siempre quiero agradecerle a Nere su trabajo de maquetación y a Nune su trabajo en el diseño de la portada. Tengo suerte de poder contar con grandes profesionales en el ámbito técnico. Gracias, chicas. ¡Hasta el infinito y más allá!

Una mención especial se merece Joaquín, mi estilista, que lleva años animándome a escribir una historia de amor entre dos hombres. *¡Mira, Joaquín, ya la he escrito! Es esta. Gracias, corazón, por ser tan insistente.*

Gracias también a Simon (sin tilde) Williamson. Él es británico y me ha echado un cable con las expresiones coloquiales en ese idioma.

Hay también otro Simón por ahí al que tengo que darle las gracias infinitas: Simón Muñoz, una persona a la que adoro y tengo mucho afecto. *¡Gracias por dejarme utilizar tu nombre (involuntariamente) para mi protagonista! Sé que estás encantado, Simonet. Eres el más mejor, como diría Paola ;)*

Por supuesto, no puedo dejar de mencionar a mis lectores cero favoritos: Paco, mi hermana Fely y mi sobrina Angy, que siempre están ahí apoyándome y queriéndome, que se leen todo lo que escribo y me animan muchísimo.

También a mi Mayte del alma que no solo se lee mis manuscritos, sino que me aguanta durante todo el año y ese mérito es enorme, que soy muy pesada. Gracias Maytechu, que te quiero mucho. Hoy no sería lo que soy si no fuese por ti.

Sumo también a otras tres personas que me aguantan mucho durante todo el año que son Yasnaia, Maiki y Alissa. Durante meses me han escuchado hablarles en audios interminables de esta novela y de todas mis enfermedades y problemas y me han soportado estoicamente. Nos unieron los dramas coreanos, pero ahora ese grupito de las F4 (como nos llamamos) se ha convertido en mucho más. Gracias, chingus, no sé qué sería de mí sin vosotras.

Además, esta vez he contado con una lectora cero de excepción: Josephine Lys. Creo que fue la primera persona en leerse la novela. Ella, al igual que yo, es una asidua lectora de historias LGTBI y yo tenía la necesidad de conocer la opinión de alguien que fuera versada en el tema, así que le pasé el manuscrito en cuanto lo acabé. Debo reconocer que estaba

ansiosa por saber qué opinaba. ¡Y le gustó! Qué conversaciones más maravillosas hemos tenido por teléfono (de horas) analizando los personajes y destripando la trama. Ha sido un placer compartir a Mike y a Simón con ella desde el principio. Esta novela es un poquito suya también porque desde el minuto cero creyó en mí y me animó muchísimo. *Te quiero mucho. Mil gracias, de verdad.*

Y no me puedo olvidar de mencionar a Pilar Muñoz. He contado con ella como lectora cero y correctora, y ha sido una experiencia increíble. Pilar es maravillosa (muy dura también, jejeje). Ve cosas que nadie más ve y es capaz de desmontarte todo un argumento con un par de palabras, así que si la novela ha quedado bonita es también gracias a ella que me ha regañado mucho (pero de buen rollo, que yo disfrutaba recibiendo sus audios todas las mañanas) y me ha servido para aprender de mis errores. Trabajar con ella ha sido una experiencia muy estimulante y enriquecedora. GRACIAS.

En último lugar, pero no por ello menos importante, quiero también darles las gracias a todas las personas que compran mis novelas, las leen, las disfrutan e incluso se toman el tiempo de escribirme y darme su opinión. Es una pasada poder contar con gente así, que valora mi trabajo de ese modo. No sabéis lo gratificante que resulta. Gracias, lectores. Tengo una suerte infinita con vosotros.

Sin más, me despido de todos y espero que la vida nos haga coincidir de nuevo.

Hasta la próxima novela ♥

OceanofPDF.com

Sobre la autora

Laura Sanz aprendió a leer antes que a hablar y a escribir antes que a andar. Así que después de largos años de no saber qué hacer con su vida, además de irse al extranjero y aprender idiomas, trabajar en sitios diversos y escribir compulsivamente en servilletas de bar... decidió publicar.

Todos sus libros tienen #happyending garantizado.

Actualmente vive en Madrid con su marido y sus tres gatos.

Le encanta recibir mensajes de sus admiradores y detractores. Por favor contactad con ella en: laurasanzautora@gmail.com

Probablemente conteste :)

Si queréis saber más sobre ella y sus próximos lanzamientos, visitad:

www.laurasanzautora.com

Además la podéis encontrar en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Otras novelas de la autora:

[La chica del pelo azul](#)

[La historia de Cas \(Landvik #1\)](#)

[La lucha de Jan \(Landvik #2\)](#)

[La culpa de Till \(Landvik #3\)](#)

[Harry Wolf](#)

[Le llamaban Bronco \(Wild West #1\)](#)

[Su nombre era Rico Salas \(Wild West #2\)](#)

[La irrelevancia de llamarse Poncho](#)

OceanofPDF.com

Notas

1 Bastardos jodidamente locos.

2 Banda de chicos.

3 Es todo aquel miembro del equipo técnico que viaja con el artista o grupo musical en las giras. Este término incluye al mánager en gira, los encargados de producción e iluminación, los técnicos de escenario, el personal de seguridad, etc.

4 Joder.

5 Lo siento

6 ¿Quieres amarme o follarme?

7 Te voy a tomar por detrás. Por favor, no te muevas y quédate quieto/a. Sé que esto es lo que te gusta.

8 ¡Gracias, gracias! ¡Sois fantásticos! Nos vemos pronto.

9 Persona que trabaja por cuenta propia, de manera independiente.

10 La salida del armario de Mike Allen.

11 Literal: vaca sagrada. En español se utilizaría la expresión: ¡La leche!

12 Estrella brillante.

13 No te emociones demasiado.

14 ¡Algodón, ven aquí!

15 ¿Qué quieres, Algodón?

16 ¿Eres mi amigo? ¿Te gusto, compañero?

17 Acaudalado.

18 Jodido español. *Spic* es un término muy ofensivo para referirse a una persona de habla hispana, ya sea nacido en México, América Central, España o incluso Portugal.

19 Marica.

20 ¿En serio? ¡No me jodas, hombre!

21 ¿Debería frenar o ser más atrevido?

22 ¡Sí! ¡Siempre puedo contar contigo, compañero!

23 Está bien.

24 Un modo vulgar y no literal para: ¿Y qué importa?

25 Por favor.

26 La práctica hace al maestro.

27 Del francés *frotter*, es una práctica sexual no penetrativa entre varones que implica la mutua manipulación de los genitales.

28 Este es mi novio, aunque él todavía no lo sabe.

29 ¡Practicando mi español con Paola, la mejor profesora de la historia!

30 ¿Quieres estar encima? (ser el activo).

31 Nunca he querido a un hombre como te quiero a ti.

32 Estoy tan jodidamente feliz...

33 Yo también.

34 ¿Estás preparado para pelear?

35 Sí, estoy preparado.

36 Es un nuevo amanecer, es un nuevo día, es una nueva vida para mí, y me estoy sintiendo bien...

37 Es un término *slang* que se refiere al fan de un músico, celebridad o grupo musical en particular que sigue a esta persona o banda mientras está de gira o que asiste a tantas apariciones públicas como le es posible, generalmente con la esperanza de llegar a conocerlos.

38 ¡Jodido infierno!

39 ¡A tomar por culo!

40 Vivimos en nuestro propio paraíso durante cinco semanas. Nos besábamos y todo sabía dulce, hasta el café más amargo. Durante cinco semanas fuimos los protagonistas de nuestra propia película romántica. Y cada vez que nuestros ojos se encontraban nos enamorábamos de nuevo. Y me llamabas mi estrella brillante.

41 Bienvenido.

42 ¿Activo o pasivo?

43 Presiento que este es el comienzo de una hermosa amistad.

44 La amo.